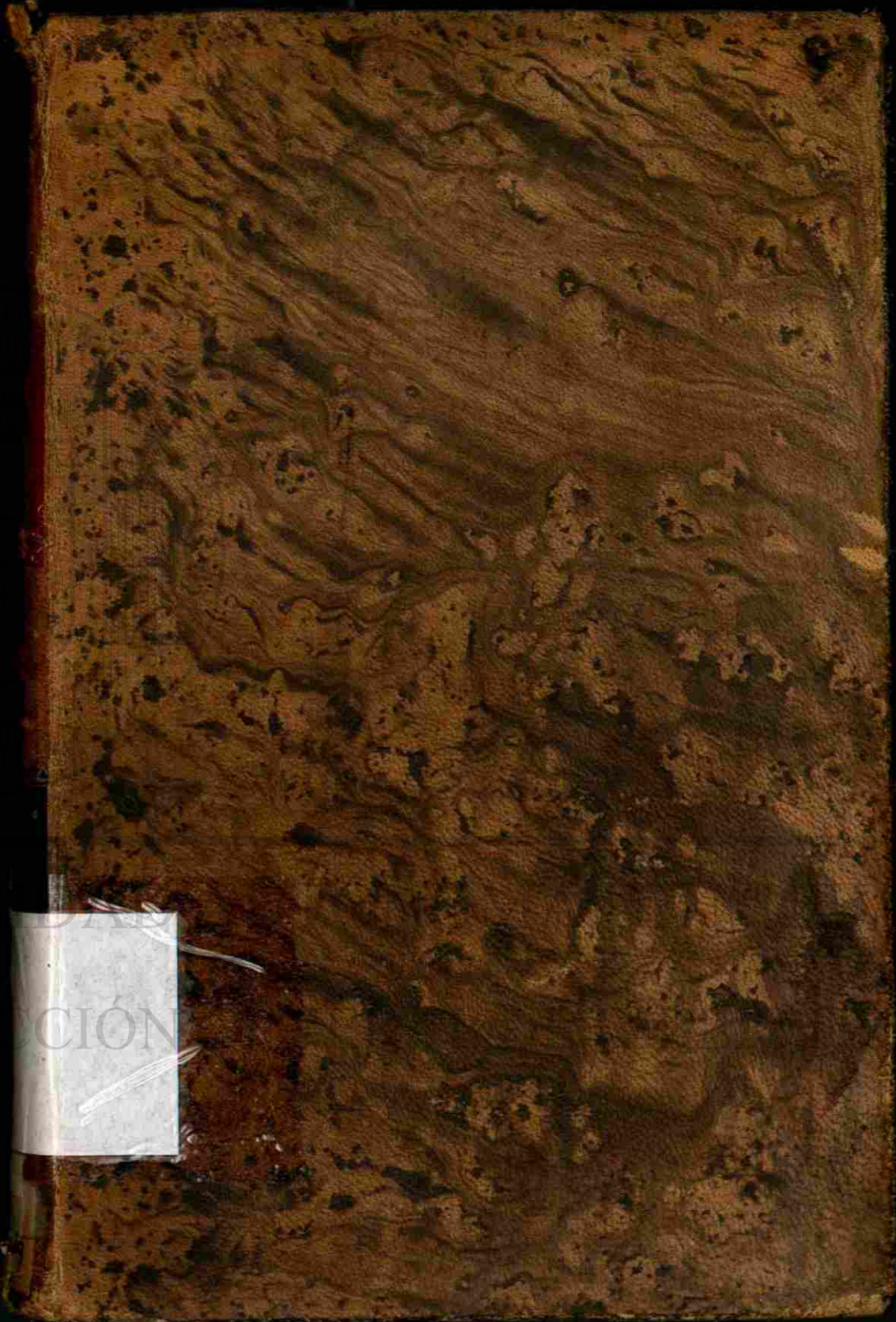




GARCIA
SERMONES
PANEGIRICOS

6

BX1756

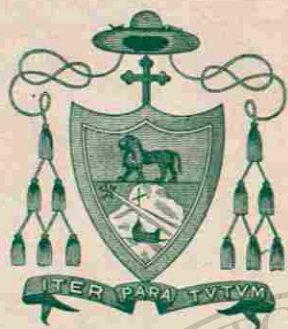
G3

1961

V. 6

C. 1

048609



1080020928

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

SERMONES PANEGÍRICOS

DE VARIOS MISTERIOS,
FESTIVIDADES Y SANTOS.

SU AUTOR

EL M. R. P. FR. PANTALEON GARCIA,

DEL ÓRDEN DE SAN FRANCISCO, LECTOR DOS VEGES JUBILADO, EXAMINADOR
SINODAL DEL OBISPADO DE CÓRDOBA DEL TUCUMAN, TEÓLOGO CONSULTOR
POR EL REAL PATRONATO EN LAS SILLAS DE OPOSICION DE AQUELLA
CATEDRAL, DOCTOR TEÓLOGO Y EXCATEDRÁTICO DE PRIMA DE LA REAL
UNIVERSIDAD DE LA MISMA CIUDAD, CANCELARIO Y RECTOR ACTUAL DE
AQUEL CLAUSTRO Y DEL COLEGIO CONVICTORIO DE MONSERRATE, Y PADRE
DE LA PROVINCIA DE BUENOS-AYRES, ETC., ETC.

TOMO VI.



TERCERA EDICION.

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

MADRID:—1861.

IMPRENTA DE D. F. SANCHEZ.

Se vende en la librería de SANCHEZ, calle de Carretas, núm. 21.

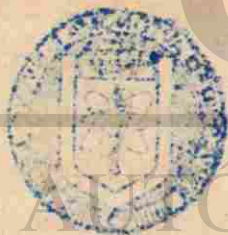
45223

Bx 1756

G3

1861

V.6



FONDO EXTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA.

La favorable acogida que han merecido al Público los Sermones Panegíricos del M. R. P. Fr. Pantaleon García, ha movido al Editor de esta obra apreciable, á no perdonar gasto ni fatiga para darla toda la perfeccion que le ha sido posible en la parte typográfica, y sobre todo á activar su publicacion con un empeño tan constante, que á pesar de los muchos obstáculos que ofrece el actual estado de las cosas, tiene la particular complacencia de haberla concluido en tan corto tiempo, que seguramente puede lisonjearse de no haber sido molesto á los que la esperaban con la impaciencia á que era acreedora una obra de tanto mérito.

En efecto, la han hecho la debida justicia los sabio é imparciales Españoles, y se han convencido con su lec-

000600

tura de que con esta coleccion, y alguna otra, publicada originalmente en nuestro idioma, y estimada, como debia serlo, por los que saben apreciar el verdadero mérito (1), no tenemos necesidad de mendigar los Sermonarios extranjeros: porque en ellas se encuentran los modelos mas perfectos de la oratoria sagrada, así en lo panegírico como en lo moral, dogmático y doctrinal, con la ventaja de estar exentos de los lunares que por lo comun suelen afeár á las traducciones que de semejantes Sermones se han hecho de algunos años á esta parte.

Se dixo en el Prólogo del tomo primero, que la coleccion entera de los

(1) Los excelentes Sermones, Doctrinas y demas obras del Illmo. Señor Don Fr. Miguel de Santander, Obispo Auxiliar de Zaragoza, sugeto bien conocido dentro y fuera de España, por su virtud, por su eloquencia varonil, por sus tareas apostólicas, y por su infatigable zelo: se han publicado ya doce tomos en quarto de este sabio y laborioso Escritor, honor de nuestra España, y gloria del Obispado, cuyos preciosos escritos han sido recibidos del público, con los grandes elogios, y en muy poco tiempo se han hecho dos copiosas ediciones.

Sermones del R. P. Fr. Pantaleon García es bastante voluminosa, pues consta de muchas oraciones morales dichas en la Catedral de Córdoba del Tucuman, y en otros templos de aquel pueblo de su residencia, y juntamente de un crecido número de Panegíricos, y varias pláticas instructivas dichas á Religiosas, unas en el dia que vistieron el santo hábito, y otras en el dia de su profesion.

Con este tomo sexto, que es por ahora el último que se publica, queda completa la coleccion de todos los Sermones Panegíricos que han llegado á manos del Editor, el qual, continuando sus tareas y desvelos en beneficio del Público, y mas particularmente de los que estan encargados del ministerio de anunciar la palabra de Dios, ofrece presentarle, si tuviere oportunidad para ello, las demas composiciones oratorias del Padre García.

En el mismo Prólogo se advirtió

que al fin de dicha coleccion se colocarian algunos Sermones escritos y predicados por el célebre Franciscano Fr. Mariano de Velasco, de un mérito sobresaliente por todas sus circunstancias.

Esto es lo que se ha executado en el tomo presente; y aunque no ha sido posible señalar con la debida puntualidad los que tiene por autor á García, y los que son obra de Velasco, cree el Editor que las personas inteligentes en materia de estilos, acertarán á discernirlos, y que conociendo el mérito de ese último orador, no llevarán á mal que se les haya presentado esta ligera muestra de sus talentos y erudicion.

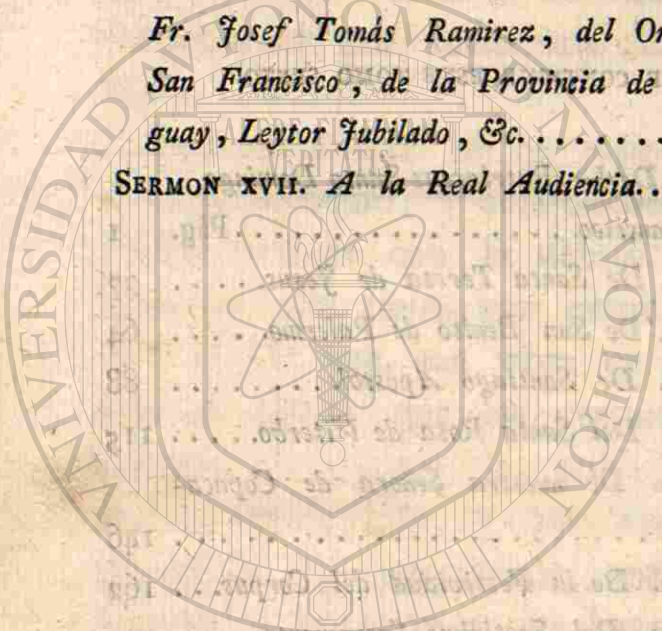
INDICE

DE LOS SERMONES

QUE CONTIENE ESTE TOMO SEXTO.

SERMON I. <i>De los Patriarcas Santo Domingo y San Francisco.</i>	Pág. 1
SERMON II. <i>De Santa Teresa de Jesus.</i>	37
SERMON III. <i>De San Benito de Palermo.</i>	64
SERMON IV. <i>De Santiago Apóstol.</i>	88
SERMON V. <i>Del Santa Rosa de Viterbo.</i>	115
SERMON VI. <i>De nuestra Señora de Copacavana.</i>	146
SERMON VII. <i>De la Festividad del Corpus.</i> . .	162
SERMON VIII. <i>Del Santísimo Sacramento.</i>	175
SERMON IX. <i>De la Concepcion de nuestra Señora.</i>	190
SERMON X. <i>En la profesion de una religiosa.</i> .	211
SERMON XI. <i>En la recepcion de dos religiosas Carmelitas.</i>	227
SERMON XII. <i>De San Benito de Palermo.</i> . . .	241
SERMON XIII. <i>De la Bula de la Santa Cruzada.</i>	278

SERMON XIV. De los Dolores de nuestra Señora.	304
SERMON XV. De Santo Tomás de Aquino.	325
SERMON XVI. En las Exéquias del M. R. P. Fr. Josef Tomás Ramirez, del Orden de San Francisco, de la Provincia de Para- guay, Leytor Jubilado, &c.	352
SERMON XVII. A la Real Audiencia.	378



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PRIMERO.

DE LOS PATRIARCAS

SANTO DOMINGO Y SAN FRANCISCO.

*Ipse dedit quosdam Apostolos.... in opus ministerii,
edificationem Corporis Christi.*

Apost. ad Ef. cap. 4. vers. 3.

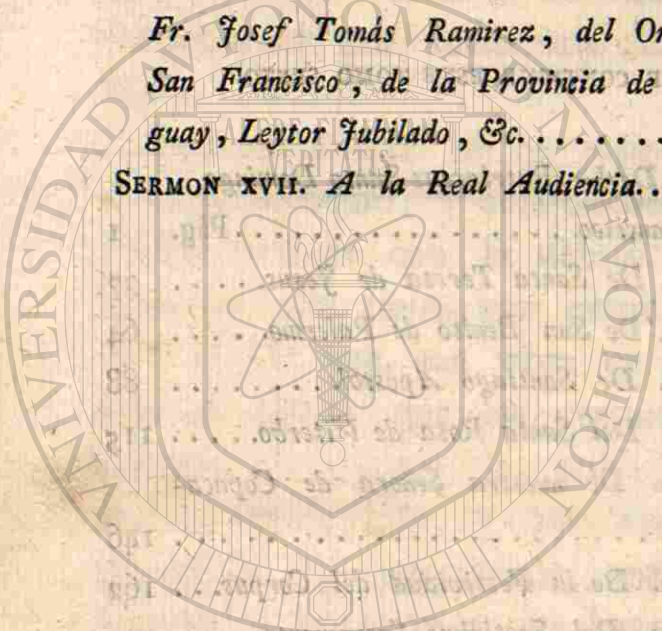
A unos hizo Dios Apóstoles para que sostengan la Iglesia, y la edifiquen con su predicacion y admirables exemplos.

Admirable es Dios en sus Santos, dice el Profeta Rey, y la variedad de los caminos por donde conduce á sus escogidos, es uno de aquellos tesoros ocultos, sobre que pone su sabiduría profundos abismos, y en que resplandecen con mas claridad sus adorables perfecciones; su grandeza, su bondad, su justicia, su misericordia, su poder infinito, y aquella fecundidad maravillosa, que siendo semejante á sí misma, y siempre diferente de sí misma, derrama sobre sus obras una prodigiosa mezcla de semejanza y de diversidad, que todo lo congrega y lo reúne sin confusion ni desorden. Con efecto, aunque un mismo espíritu forma todos los Santos, aunque una misma fé los justifica, y uno mismo es el Dios que los corona; pero no en todos los Santos se halla un mismo carácter de Santidad: todos ellos llegaron al heroísmo

Tom. VI.

A

SERMON XIV. <i>De los Dolores de nuestra Señora.</i>	304
SERMON XV. <i>De Santo Tomás de Aquino.</i>	325
SERMON XVI. <i>En las Exéquias del M. R. P. Fr. Josef Tomás Ramirez, del Orden de San Francisco, de la Provincia de Paraguay, Leytor Jubilado, &c.</i>	352
SERMON XVII. <i>A la Real Audiencia.</i>	378



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PRIMERO.

DE LOS PATRIARCAS

SANTO DOMINGO Y SAN FRANCISCO.

Ipse dedit quosdam Apostolos.... in opus ministerii, ædificationem Corporis Christi.

Apost. ad Ef. cap. 4. vers. 3.

A unos hizo Dios Apóstoles para que sostengan la Iglesia, y la edifiquen con su predicacion y admirables exemplos.

Admirable es Dios en sus Santos, dice el Profeta Rey, y la variedad de los caminos por donde conduce á sus escogidos, es uno de aquellos tesoros ocultos, sobre que pone su sabiduría profundos abismos, y en que resplandecen con mas claridad sus adorables perfecciones; su grandeza, su bondad, su justicia, su misericordia, su poder infinito, y aquella fecundidad maravillosa, que siendo semejante á sí misma, y siempre diferente de sí misma, derrama sobre sus obras una prodigiosa mezcla de semejanza y de diversidad, que todo lo congrega y lo reúne sin confusion ni desorden. Con efecto, aunque un mismo espíritu forma todos los Santos, aunque una misma fé los justifica, y uno mismo es el Dios que los corona; pero no en todos los Santos se halla un mismo carácter de Santidad: todos ellos llegaron al heroísmo

Tom. VI.

A

de la perfeccion, y poseyeron juntas todas las virtudes; pero cada uno parece que resplandece con mas especialidad en una virtud, y cada virtud parece que tiene su héroe propio y personal. El Abad Antonio fué el héroe del desierto, un Ambrosio de la fortaleza, un Nolasco de la caridad, un Cayetano de la confianza, un Luis de la pureza, un Sales de la mansedumbre, un Mauro de la obediencia, un Juan de la Cruz de la abnegacion, y un Gonzaga de la inocencia.

De aquí procede tambien, que aunque la gracia santificadora es una misma, pero varía sus efectos, segun la diversidad de los sugetos, y Dios guia á sus escogidos á un mismo término por diferentes caminos. A unos llama á la obscuridad de los claustros, en donde separados del boato de Babilonia, viven crucificados al mundo y sus placeres, contentos con derramar lágrimas sobre las ruinas de la ciudad santa, y levantar sus manos inmaculadas al cielo para alcanzar sus misericordias á la tierra, como los Alcántaras, Regalados y Diegos de Alcalá. A otros inspira una vida peregrina y solitaria, y renunciando estos sin tardanza los intereses de una fortuna brillante, olvidando el esplendor de su ilustre nacimiento, y rompiendo los vínculos más fuertes de la sangre, trasmigran de provincia en provincia, caminan errantes por países incógnitos, cargados de enfermedades y miserias, expuestos á la intemperie de las estaciones, y al desprecio de los insensatos, como los Roques, Alejos y Egidios. A aquellos lleva á la soledad de los bosques, cuyo silencio solo interrumpe el bramido de las fieras; y allí retirados del comercio de las criaturas, habitan aquellas selvas inaccesibles, sepultados en sus cuevas y cavernas, esperando el día del Señor, como los Pablos, Hilarios y Romualdos. A otros

los llena de su espíritu, y les da segun la metáfora de Job un cuerpo de bronce y de metal, y los conduce á los anfiteatros, para que con una santa intrepidez se arrosten con los tiranos, y expongan sus miembros en obsequio de la fé á las ruedas, al cuchillo, á las hogueras, y al furor de las bestias, como los Dionisios, Policarpus y Lorenzos. A aquellos dexa baxo el contagioso clima de una Corte tumultuosa; y en medio de la púrpura y del fausto los anima á practicar virtudes dignas de los solitarios de la Siria y la Tebayda, como los Fernandos, Luises y Casimiros. A otros finalmente nacidos en una humilde cuna, los saca de su obscura condicion, y los eleva al más alto grado de gloria y reputacion: su prodigiosa vida forma época en los fastos de la Religión, y llegan á ser el asombro de los pueblos y la admiracion de su siglo, como los Franciscos de Paula y los Benitos de Palermo. Confesemos, Católicos, que estos famosos héroes, que la mano omnipotente conduxo por sendas diferentes, han sido á manera de aquellos fenómenos extraordinarios, que puestos sobre el Orizonte de la Iglesia, la han iluminado con el resplandor de sus virtudes, la han fomentado con el calor de sus milagros, la han edificado con su vida penitente, y han dado una prueba auténtica de la singular providencia con que el Señor mira por la felicidad de su casta esposa; pero no podemos negar que hay algunos Santos de primer orden, á quienes el Omnipotente ha guiado por veredas muy particulares, y en cuyas manos parece haber depositado con especialidad el destino de su Iglesia, sacándolos de los tesoros de su misericordia para que sirvan de columna y sosten de la Religión; para que puestos como en espectáculo al universo, inti-

men verdades eternas á los grandes y pequeños, sostengan la fé fluctuante entre los vayvenes del error y del cisma, afirmen los altares desquiciados, contengan el furioso torbellino de la corrupcion; y volando de region en region, como el sol en su carrera apresurada, lleven el Evangelio de Poniente á Oriente, para iluminar á los que descansan á la sombra de las tinieblas, y enriquecer al cielo por medio de sus conquistas con los despojos de la tierra: *Ipse dedit quosdam Apostolos... in opus ministerii, in ædificationem Corporis Christi.*

Ved aquí en este diseño una imagen viva de aquellos dos esclarecidos héroes del siglo XIII. Domingo y Francisco: la diestra soberana los llenó de fuego celestial, y en testimonio de su tierna predileccion los presentó á la Iglesia como el mas precioso don, para despertar por su medio la fé adormecida, y darla un nuevo semblante, para resistir á las incursiones enemigas que atacaban el bagel de Pedro, para detener el torrente de los vicios que inundaban la tierra, para excitar en los corazones de los fieles la devocion, el fervor y la piedad; y finalmente para colgar en las bóvedas de Sion las preciosidades de Egipto, quiero decir, para que reproducidos estos insignes varones en numerosas tribus, y multiplicados en una estirpe inmortal, brotase de sus mismas cenizas un nuevo pueblo de Santos: *In ædificationem Corporis Christi.*

Ya podeis columbrar de aquí mi pensamiento; pero yo me insinuaré con mas claridad. Afirmo, pues, resueltamente con San Buenaventura, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la Iglesia, criando en su seno á Domingo y Francisco. ¿Cómo así? porque con esta dádiva la concedió dos varones singulares llenos de su espíritu, y

adornados con todo género de virtudes: primer argumento de su heroismo. Porque con esta dádiva la concedió dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aflicciones y necesidades: segundo argumento de su elogio: *Ipse dedit quosdam Apostolos in ædificationem Corporis Christi.*

Cielos, alabad al Criador, y abrid las mansiones de la eternidad, para colocar en las moradas de Sion un lucido escuadrón de Mártires rubricados con su sangre, de Confesores adornados con el trofeo de sus victorias, de Apóstoles cargados con los frutos de su zelo, y de vírgenes ceñidas con estolas de pureza: *Laudate cali.* Iglesia santa, convierte ya tus gemidos en cánticos de triunfos y alegría: de aquí adelante concurrirán á tus solemnidades Christianos fervorosos, Sacerdotes irreprehensibles, Pastores escogidos del cielo, y Pontífices zelosos, y hasta los Grandes de la tierra doblarán la rodilla delante de sus altares: *Exulta terra.*

Universidades del orbe, ensanchad vuestros liceos para que suban á las cátedras sabios famosos, cuya ciencia igualará á su virtud, y cuya fama inmortal volará por los paises mas amenos de Minerva. Montañas del nuevo mundo, abatid vuestras soberbias cimas para recibir las fecundas nubes, que van á derramar sobre vosotras el saludable rocío de la divina gracia: *Jubilare montes laudem.*

Sagradas familias, prole escogida, pueblo de adquisicion, unid vuestras voces á las mías para pagar el justo tributo de alabanzas á nuestros fundadores inclitos: *Laudemus viros gloriosos parentes nostros.* Juntad al mismo tiempo vuestras súplicas á las del numeroso pueblo que me escucha para implorar la gracia que necesito por medio de la Reyna del cielo, saludándola con el Angel: *Ave María.*

La conducta que ha observado Dios desde el origen de los siglos, es un misterio de misericordia, y una prueba innegable de la providencia con que se desvela por el bien y felicidad de su pueblo. Aun antes del nacimiento de la Iglesia llama á Abraham de la Caldea, en cuyo seno habia mamado la leche de la supersticion, le inspira principios de religion para que instruya á su pequeña familia, le constituye padre de los creyentes, y establece con él una alianza sempiterna. Luego que su descendencia se multiplica baxo el cautiverio de una potencia extranjería, destina á Moysés para que enjague sus lágrimas, le autoriza con los esfuerzos de su brazo, y con una vara portentosa enmudece á los inmundos Pitones, que quieren remedar sus prodigios, hace temblar en su misma Corte al Príncipe tirano, y á fuerza de maravillas y portentos obliga á un pueblo indócil á abrazar la ley que le intima su legislador escogido.

Para entrar este mismo pueblo en el pais prometido substituye á Josué, y este famoso General suspende al sol en su carrera, pisa con sus plantas vencedoras la cerviz de sus feroces rivales, echa por tierra los baluartes de la orgullosa Jericó, afianza los derechos de la nacion santa, y pone á Israel en posesion de Canaan. En los siglos posteriores renueva la misma providencia con la Sinagoga; unas veces movido de sus desgracias, se vale del zelo de Otoniel, Débora, Barac, y Jepté para contener la insolencia de Moab y Amon; otras elige á Gedeon y Sason para exterminar el furor de los incircuncisos; ya por último suscita á Samuel para confundir á Amalec, y restablecer el culto sagrado.

Esta misma máxima reitera en la plenitud de los tiempos con la Iglesia naciente. Envía á su uni-

génito disfrazado baxo el velo de la humanidad, y elige doce discípulos, que llenos de su espíritu vuelan como ligeras nubes de un polo al otro polo, surcan inmensos mares, penetran enmarañadas selvas, pisan profundos valles, trepan ásperas montañas, y sostenidos con la fuerza de su poder triunfan del paganismo y de la perfidia judaica, y enarbolan la cruz sobre las cenizas de los ídolos y las reliquias de la Sinagoga.

¿No advertís en esta série inviolable de proteccion los esmeros de la Providencia á favor de su pueblo escogido? Pues avivad la atencion, y vereis el amor tierno de Dios para con su Iglesia en el precioso don con que la enriquece, concediéndola á Domingo y Francisco: *Ipse dedit quosdam Apostolos*. El siglo XIII. fué testigo de las maravillas de estos dos partos de la gracia, y Europa vió con asombro levantarse sobre su emisferio dos astros de primera magnitud. En efecto, nacidos en el seno de la opulencia, y prevenidos con bendiciones de dulzura, pasaron casi desde el vientre materno á los brazos de la piedad, y puede dudarse justamente, si hubo alguna interrupcion entre su nacimiento y la virtud, porque ser hombres y ser virtuosos fué en ellos una misma cosa, y tardaron poco en ser esclarecidos Santos. Idlo observando en los pasages de su preciosa vida.

La cuna, teatro funesto de las baxezas del hombre, fué para Domingo mansion de honor y gloria: distinguido en la fuente con una estrella luminosa, apenas vé la luz, este aborto de la gracia; apenas se organiza su tierno cuerpecito, quando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazon puro, que jamas probó la ponzoña del deleyte: todavia titubea entre los arrullos y las fajas, y ya anima su lengua balbuciente para pronunciar

el generoso voto de perpetua castidad, que renovó en los últimos suspiros, y cuya inviolable guarda le hizo aborrecer hasta la sombra del vicio: adoptado en los crepúsculos de la puericia por hijo de María, se acoge el infante héroe al regazo de la Emperatriz Madre: ella es su numen tutelar, su protectora divina, y el soberano imán de su corazón. María instruye á su pequeño adoptivo en la sabiduría del cielo, aquella que dirigió sus hermosos pasos entre los escollos de la juventud, la que le condujo en las fatigas de su Apostolado, y le formó uno de los mayores Santos que admira la Religión; pero sabiduría muy semejante á la que ilustró al Serafín de Asís en la primavera de su edad juvenil.

No lo dudeis: delineado Francisco desde el seno de su madre sobre el modelo de Dios hombre, nace el humano Serafín con una cruz roxa en el hombro, índice de su principado, y pronóstico que anunciaba á la Toscana la gran luz que con el tiempo habia de esparcir en la Iglesia un niño que traía impreso en sí el sello de la mano omnipotente: los agigantados progresos que hizo en la virtud, dieron testimonio de esta verdad. Educado en los brazos de la abundancia concibe en la aurora de su pubertad un deseo inextinguible de pisar la gloria mundana, deseo ardiente que anima al jóven atleta á luchar con un corazón nacido para el fausto, con un genio franco y jovial, con una naturaleza formada entre los embelesos de la fortuna; y á pesar de tan poderosos incentivos sofoca las halagüeñas voces de la humanidad, rompe los tiernos lazos de la carne, renuncia los fueros de la sangre, cambia sus ricos vestidos con los andrajos del primer pobre que encuentra, y vuela en alas de su fervor á los yermos de la Umbria, donde habla de

su Dios con todos los objetos que le rodean, donde alimenta su espíritu con las verdades eternas, y se excita á emprender los caminos y pisadas de un Dios pobre, donde forma el designio de ser el Apóstol de la pobreza, el héroe de la humildad, y el modelo de la abnegacion; y á los primeros pasos que da en la carrera de la virtud, se remonta al ápice de la perfeccion, empieza por donde terminaron los mas famosos solitarios, y dexa muy atrás á quantos Angeles del desierto ocultaron la Nitria y la Tebayda en sus venerables grutas.

¡O! Iglesia santa, tú sola tenias derecho á los tempranos frutos de estos dos gemelos de la gracia, tan semejantes entre sí, como unidos en sus admirables proyectos; muy presto los vereis crecer en santidad, como aquella misteriosa fuentequilla de Mardoqueo, hasta convertirse en caudalosos rios que fertilizarán con sus cristalinas aguas los mas distantes climas de la tierra. No es hipérbole. Apenas toca Guzman con las manos el último escalon de la infancia, quando suspira por enriquecer su alma grande con el precioso tesoro de las letras, para derramar despues en el seno de la Iglesia abundantes raudales de doctrina pura. Este deseo le arranca de su patria, y parientes, y le trasplanta á la primera Universidad del Imperio Godo: Palencia era entonces en la Peninsula lo que antiguamente habia sido Atenas en la Grecia, esto es, el asiento de las bellas letras y el domicilio de las ciencias, segun la expresion de un Sabio; *Litterarum sedem, et domicilium*. En esta célebre academia se presenta Domingo lleno de fervor, y al punto arrebató la admiracion de sus maestros con la viveza de su ingenio, y la sublimidad de sus raros talentos: sus coetáneos le respetan como á un oráculo, su mérito pasma á los sabios que componen aquel distinguido

gremio, la Universidad aplaude su clara y sana doctrina, y la capital de Castilla le admira como al primer luminar de su escuela.

Pero la multitud y variedad de sus estudios no pudieron entibiar las ansias que tenia de aspirar á la mas sublime santidad: esta noble ambicion le devora en medio de sus penosas tareas, y le obliga á formar el proyecto de consagrarse al servicio de slo altares: la nobleza de su origen era un título ilustre en el mundo para el Santo jóven, pero él renuncia de un golpe las linsogeras esperanzas con que le brinda el resplandor de su nacimiento, corta de raíz las conexiones de su sangre, y se incorpora en el orden levítico: la Iglesia de Osma le franquea la entrada al Santuario, y el zeloso pastor que la gobierna, mira al nuevo presbítero como la mas firme esperanza de su Clero. Desde este instante el retiro del mundo, el olvido de sí mismo, el culto divino, la frecuencia de los templos, el amparo de los miserables, la instruccion de los ignorantes, la oracion, el ayuno y la disciplina fueron su única ocupacion. Arrebatado de un entusiasmo divino llega todos los dias á la sagrada mesa, donde desprendida su alma de los sentidos, se familiariza con su Dios, pasando á veces en estos inexplicables éxtasis muchas horas: con el mismo espíritu asiste á los divinos oficios á celebrar las grandezas del Señor, y cada palabra que sale de su boca, es un nuevo dardo de fuego que inflama su corazon: lleno de Jesuchristo, y transformado en él se despoja enteramente de sí mismo, y de toda aficion terrena: distribuye á los menesterosos los preciosos muebles que se habian librado de su zelo, vende hasta su libreria para socorrerlos, y quando ya no tiene que darles, les ofrece su propia persona, á lo menos, para mendigarles el

sustento diario de puerta en puerta.

Un espíritu muy semejante animó á Francisco en la flor de su juventud. Estadme atentos, porque aquí estriba todo el mérito de el Patriarca de Asis. En los siglos de oro abrigaron los bosques de Egipto y Palestina una multitud de fervorosos colonos, que desprendidos absolutamente de los bienes de la tierra, vivian olvidados del mundo y de sí mismos, y entregados á los rigores de la mas estrecha pobreza, sin reservarse para sí otro derecho que el escaso trabajo de sus manos para ganar el sustento: los Pablos, Brunos, Hilariones, Arsenios, Pacomios y Gualbertos fueron los valerosos xefes que poblaron con su exemplo los desiertos de pobres evangélicos.

¿Os parece, Católicos, que estos famosos héroes del Yermo llegaron al mas alto punto de la pobreza? Pues sabed que ya no parecen pobres en comparacion de Francisco. El cielo habia destinado al Padre de los Menores para dar al mundo un exemplar de pobreza, original, único é ignorado desde el tiempo de los Apóstoles. Francisco, que apenas habia nacido, quando, segun la frase de San Gregorio, sintió el peso de las riquezas, no se contenta con renunciar su legítima, sus fueros, su filiacion, y todos los bienes de la tierra; es un jóven embelesado con la pobreza, que se turba, se acongoja y vierte copiosas lágrimas al considerar que hay otros mas pobres que él, porque quisiera él solo ser el pobre universal de todo el mundo: un jóven que agitado de una impetuosa inclinacion á esta virtud, sale como fuera de sí, y corre por calles, plazas y lugares de Umbria, preguntando por la pobreza, sin que puedan contenerle ni el desprecio de sus paisanos, ni la persecucion de sus deudos, ni los rigores de su padre. ¿Habeis

visto un avariento, que hidrópico de codicia anhela por las riquezas? pues Francisco suspira con mayor ansia por el tesoro de la pobreza. Se postra á los pies de un Crucifijo, y clama á su Dios que le conceda esta virtud en toda su extension; ya se entra en los cabalozos y hospitales á contemplar en sus victimas las penurias que padecen para sacar modelos que imitar; ya explica la ternura y exceso de su amor con afectuosas caricias, llamando á la pobreza mi reyna y mi esposa; pero esposa tan amada, que hubiera primero muerto que divorciarse con ella.

¡Ah, qué pobreza tan sublime! Nadie pudo penetrar á fondo sus quitaes, sino el Dios que la inspiró; el vulgo la perdió de vista, los Teólogos no alcanzaron á especularla, los Cardenales la juzgan impracticable, el Padre Santo al oirla se sorprende y vacila; y si un rayo de luz celestial no hubiera iluminado al depositario del anillo del Pescador, ciertamente la hubiera reputado Inocencio III por temeraria. Pero pobreza la mas cabal y ajustada á las máximas del Evangelio que fixó su trono en el corazon de Francisco, para que fuese su Apóstol en practicarla, así como habia de ser su legislador en establecerla.

Apoyados Domingo y Francisco sobre la excelente máxima de la pobreza; qué progresos tan gigantes no harian en la virtud de la humildad? Yo sé que en sentir de Santo Tomás de Villanueva la pobreza es la escala mas segura para la humildad, y el origen de toda la perfeccion; y aunque un sabio Pontífice dexó escrito que es infinitamente mas difícil dexarse á sí mismo, que renunciar los bienes caducos con que brinda el mundo; pero qué empresa habrá difícil para unos corazones animosos y entregados á las impresiones de la gracia como

los de estos dos grandes Patriarcas? Examinad todos los instantes de su vida, y vereis que están señalados con los actos mas heroicos de humildad. Ello es que los mas fieles apologistas del siglo ilustrado publican que Domingo en los ardores juveniles fué ya el espectáculo de Europa por sus abatimientos; insensible á los ataques del amor propio, no piensa sino en defenderse de los elogios que le dan, y de las dignidades que le ofrecen: si los pueblos edificados de su virtud y milagros, le aplauden, se turba, suspira y gime baxo el peso de la universal aclamacion; si la púrpura romana pasmada de su heroismo, le reverencia, él se confunde á vista de su nada y su miseria; si la suprema cabeza de la Iglesia le honra cinco veces con la dignidad de Obispo, otras tantas renuncia con lágrimas la Mitra. Padre y fundador de una esclarecida familia, abraza con preferencia los ejercicios mas viles de la comunidad, y se tiene por el oprobio y perisema de los claustros: rebosa en alegría, quando una chusma de piratas le llena de injurias, y se regocija quando los hereges califican sus éxtasis de ilusiones, y su penitencia de hipocresía; y se da los parabienes entre los ultrajes, como pudiera el mas ambicioso entre las aclamaciones.

¿Seguiria Francisco con igual teson los baxios del abatimiento? ¿Pero qué pregunto yo? ¿No es la humildad su carácter? ¿Puede acaso nombrarse esta virtud, sin que al punto se presente á la memoria Francisco de Asis? ¡Ah! yo afirmo que así como en la antigüedad un Macabeo fué conocido por su valor, un Elías por su zelo, un Salomon por su sabiduría, y una Magdalena por sus lágrimas; así es conocido Francisco en la nueva ley por su humildad. Seguidle sus pasos, y lo vereis. Penetra-

do de los abatimientos de un Dios humillado, se propone arrancar de su corazón hasta las últimas fibras del amor propio; y para decapitar este monstruo, inventa los arbitrios mas raros de abatirse: Asís, que poco antes le habia visto rodeado del esplendor de sus galas, le mira con asombro en sus calles y plazas cubierto con un zurcido de andrajos, y le reputa por insensato: los libertinos, la plebe, y hasta los mas cuerdos le insultan; pero quando mas agoviado de ignominias, entonces se revuelca en un lodazar, se confunde con los pobres, y corre las comarcas de su patria en esta figura extraña con un deseo insaciable de apurar el amargo cáliz de los improperios hasta sus últimas heces. ¡Qué humildad tan asombrosa! Era necesario, católicos, hacer anatomía de su corazón, para mostraros el fondo de su humildad; veriais una humildad identificada con la masa de su sér, que no feneció sino con él, que descendió con él al sepulcro, y desde las entrañas de la tierra, que le abriga, volvió á brotar de su yerto é inanimado cadáver un nuevo pimpollo mas hermoso de humildad. Oid la prueba. Elevado al mas alto grado de santidad, y constituido cabeza de una posteridad tan numerosa como las arenas del mar, no puede sufrir la aclamación de los pueblos, y pide á Dios con lágrimas que le envíe la muerte antes que profanar su humilde profesion con el contagioso ayre de la vanidad: sabe que el Cardenal Hugolino es apologista de sus virtudes, y al punto abandona para siempre su palacio. ¿Qué mas? Estando para espirar ordena que su cadáver quede desnudo sobre la tierra, para que sea hollado de todos y despues sepultado á los pies del patíbulo, donde se executa el suplicio de los facinerosos: despues de dos siglos que habia muerto, intenta Nicolás V. besarle el pie, y él le retira por humildad.

Digamos pues sin recelo en honor de mi séráfico Padre, que si la humildad encarnára para hacerse visible á nuestros ojos, hubiera tomado la fisonimia y el traje de Francisco.

No preguntemos ya si Domingo y Francisco fueron penitentes, supuesto que eran tan humildes; porque segun opinion de San Gerónimo, estando muertos á sí mismos y al mundo, era consiguiente que tambien estuviesen crucificados exteriormente á la carne. ¿Pero con qué género de penitencia juzgais que crucificaron sus cuerpos? Jamas tirano alguno, por inexorable que fuese, concibió odio tan implacable al nombre christiano, como estos dos héroes á sí mismos. Domingo reúne en un cuerpo virgen los dolores que podian causar los instrumentos mas fieros, que inventó el furor en odio de la Religion. Vestido con una túnica, cuya aspereza podia espantar á la penitencia, ata su cintura con una malla de hierro, cuyas puntas aceradas abren profundas heridas por donde casi asoman las entrañas: su alimento es tan escaso que apenas basta para entrete-ner la muerte: su sueño tan corto, que el breve descanso que tomaba era como un tributo que por fuerza le pedia su desfallecimiento: sus disciplinas tan prolongadas que muchas veces le causaron mortales agonias: sus vigili-^{as} continuas, sus ayunos perpetuos, sus crueles silicios, y la tierra humedecida con su sangre, apenas le dexaron un soplo de vida; tanto, que sus mismos hijos asustados al ver que peligraba su cuerpo al rigor de sus penitencias, le piden con lágrimas que modere su austeridad; pero él responde: ¡ay amados hijos míos! ¿con qué vergüenza me presentaria al tribunal de Dios, si no llevára en mi persona la imágen del crucificado, y las sangrientas señales de su Pasion?

Francisco, todavia mas ingenioso, condena su

inocente cuerpo á mayores suplicios. Tan presto se arroja á los estanques helados en el rigor del invierno, tan presto se acuesta sobre carbones encendidos, tan presto se revuelca desnudo entre las espinas y zarzas, tan presto camina descalzo por lugares sembrados de abrojos, tan presto se retira á las asperezas de Alvernia, y allí sepultado en una espantosa gruta, observa un silencio profundo, interrumpido solo con el estruendo de las cadenas y garfios con que despedaza su carne virgen: nadando en su propia sangre, continúa sus sangrientas disciplinas hasta faltarle las fuerzas: su desfallecido cuerpo no tiene otro descanso, que una dura piedra en que se recuesta, mas á propósito para abrir nuevas llagas, ó renovar las antiguas: su toscó sustento son las raíces amargas que produce aquel país inculto, las que primero riega con sus lágrimas, antes de llevarlas á sus macilentos labios, su vestido un horroroso silicio, su sueño las interminables vigiliás, su... ¿Pero acabaria yo, si quisiera referir por menor la asombrosa austeridad que usó consigo hasta el borde mismo del sepulcro? Basta decir, que trató su agonizante cuerpo con tan increíble rigor, que fué necesario pedirle perdón á la hora de la muerte de lo mucho que le habia castigado.

Con tan generosos sacrificios se elevaron Domingo y Francisco al heroismo de todas las virtudes. Quisiera Señores poderos manifestar sus corazones, é introducirlos en el santuario de unas almas las mas grandes que admiró Roma en los siglos pasados. Veriais reunido en sus corazones un prodigioso enlace de lo mas sublime y perfecto que hay en los Evangelios: humildad profunda, fé viva, esperanza firme, caridad ardiente, austera penitencia, una pureza tan inalterable, que mas parecian

Angeles en carne, que hombres viadores, y un amor á Dios el mas acendrado, cuyo valor apenas alcanza á comprehender el entendimiento humano; veriais una abnegacion la mas perfecta, divorcio eterno con el mundo, silencio inviolable, paciencia extremada, y un celo activo y generoso; veriais unos hombres transformados en Jesuchristo, y tan divinizados, que caminan entre las clamorosas voces de Babilonia, sin que el estrépito de las gentes, ni las fatigas de la vida apostólica, ni los cuidados de sus hijos, ni la muchedumbre que los cerca, puedan distraerlos de la union íntima con Dios; en vano suena al rededor de ellos el bullicio tempestuoso del mundo, porque absortos y unidos con Dios, no piensan ni hablan sino de Dios, no suspiran sino por Dios, no ven ni oyen sino á Dios, de modo, que solitarios en medio del tumulto, no parecian vivientes mortales, sino dos Serafines abrasados en caridad; veriais por último... ¿pero podré yo añadir algo mas, habiendo reducido á compendio virtudes que componen el panegirico de muchos Santos? Sin embargo, puedo afirmar que apenas he dado principio á su elogio.

No extrañéis la proposicion, porque no hay eloqüencia tan afuente, que sea capaz de recorrer aun el índice de las heróycas acciones que nos presenta la historia de sus portentosas vidas; no obstante, por no defraudar vuestras esperanzas, permitidme que os haga á lo ménos un resumen de las principales circunstancias que entran en el complemento de su heroismo. ¡Ah! qué dichoso sería yo si pudiera referiros dignamente aquellos éxtasis profundos que los sacan fuera de sí, y los suspenden entre el cielo y la tierra; aquellas enagenaciones extraordinarias; aquellos transportes de

amor que los unen y enlazan con el sumo bien; aquel trato familiar con Dios; aquellas mercedes tan señaladas que recibieron del cielo. Domingo se halla muchas veces anegado en el seno de su amado, y entra en posesion de quantos tesoros es capaz en la tierra un hombre viador; su entendimiento, ilustrado con rayos de luz celestial, descubre profundos misterios, y arcanos impenetrables: su voluntad inflamada con los incendios de un fuego divino, siente que se excitan en su alma inefables dulzuras: su corazon inundado en gozo, experimenta unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem, y en este estado se le aparece el mismo Christo, le aplica los labios á su divino costado, y le dá á gustar las purísimas gotas de su sangre deifica.

Francisco disfruta la misma familiaridad con Dios, y aun recibe mayores privilegios. No pretendo molestaros con una lista prolixa de hechos pequeños que solo sirven para degradar asuntos heroicos; yo me dirijo con el pensamiento á las montañas de Alvernia, depositarias de tantos prodigios: seguidme con la imaginacion, discurrid por aquellos desiertos, penetrad la dichosa gruta en que hace su mansion el humano Serafin, y reparad en los inflamadores suspiros que exhála, en los dulces deliquios que padece, y en los raptos impetuosos que le elevan: impelido Francisco de la vehemencia de su amor, y arrebatado por la fuerza de su espíritu, sale á encontrar á su Dios, cuya cercanía le anuncia su corazon: Jesus crucificado se presenta visible á sus ojos, y disparando de sus divinas llagas dardos encendidos, traspasa sus pies, manos y costado, y queda Francisco hecho una imágen y una copia del crucificado. ¡Qué espectáculo tan asombroso! Privilegio inaudito, ex-

clama San Buenaventura, no concedido á los siglos precedentes; privilegio único y singular que pone entre el Redentor y el Patriarca de los menores una perfecta semejanza, para que pueda decir entre todos los Santos: *Vivo ego &c.*

Pero no penseis que fenecieron aquí los privilegios del cielo. El espíritu del Señor descansa sobre la cabeza de estos nuevos Profetas, y rompen el velo que oculta los sucesos de los siglos futuros; ven las revoluciones mas extrañas, y las mas singulares escenas que han de acaecer en la Iglesia y en el Estado, y como si tuvieran presentes todos los lugares, declaran lo que pasa en todas partes. Los secretos del corazon se descubren á la penetracion de estos Samueles, y como aquel Profeta del antiguo pueblo registran lo mas interior de las conciencias, á unos revelan funestos decretos de la Providencia, y á otros anuncian sucesos prósperos y favorables. Domingo pronostica á sus hijos los progresos de su Orden, los héroes que han de florecer en él, los protectores que ha de tener. Francisco profetiza al Cardenal Hugolino su futuro ascenso á la tiara pontificia, y el Cónclave le saluda con el nombre de Gregorio IX.

Profetas y Taumaturgos á un mismo tiempo mandan á la naturaleza, y la naturaleza atónita oye su voz; los elementos olvidan su impetuosidad, el ayre depone sus pestilencias, los vientos reprimen sus furias, el mar, este elemento tan furioso, vomita quarenta peregrinos que se habia tragado en un naufragio, luego que Domingo lo manda, habla Francisco, y al punto consolida sus aguas, y le da paso franco á él y sus compañeros. Arbitros y dueños del mundo, atraviesan la Europa, y dexan en todas partes vestigios de sus manos mila-

grosas: aquí cierran el sepulcro, y libran de las fauces de la muerte á los desauiciados: allí dan vista á los ciegos, y oído á los sordos: acá hacen hablar á los mudos, y expulsan á los demonios de los energúmenos: Domingo habla á la muerte en Roma, y resucita al jóven Napoleon con asombro de aquella capital, despues de seis horas que habia muerto despedazado por la violenta caída de un caballo: Francisco impera á los sepulcros, y al momento se animan ocho cadáveres que estaban ya para ser en ellos sepultados.

Unos hombres de tan extraordinaria santidad, y tan poderosos en obras y palabras, ¿cómo podrian dexar de ser el asombro y la expectation de toda Europa? Fuéronlo en efecto. Las Cortes mas florecientes, la púrpura romana, los gefes de la tribu santa, los Sumos Pontífices, los pueblos ultramontanos, las ciudades ultramarinas, los grandes y pequeños, se vieron precisados á publicar con pasmo y edificacion de sus almas el poder y santidad de estos dos héroes del siglo XIII; los mismos sectarios del error, enemigos implacables de la Santa Silla; los discípulos de Lutero y Calvino, estos fanáticos confiesan á despecho suyo en la protesta de Ausburgo, y en su gran Catecismo, que solo Domingo y Francisco eran los únicos Santos de que podia blasonar la Iglesia de Roma. Y ved aquí comprobada la proposicion primera que asenté en el exordio de mi panegírico; esto es, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la Iglesia, concediéndola dos varones singulares, adornados con todo género de virtudes. Estadme atentos, y vereis que no fué menos misericordioso en concederla dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aflicciones. Y estoy en el

SEGUNDO PUNTO.

Los Santos Padres nos representan á la Iglesia en su nacimiento como una nave agitada de borrascas, que disputa con los vientos el triste momento de su naufragio: unas veces intercepta sus progresos la idolatría protegida por las potestades del siglo: otras el judaismo autorizado con la antigüedad de su culto; pero esta Iglesia siempre combatida y siempre victoriosa, se eleva triunfante por el zelo y actividad de los Apóstoles: su imperio se extiende de Oriente á Poniente, las naciones mas incultas abrazan el Evangelio, y la fé halla adoradores en las regiones adonde la soberbia Roma, hinchada con el viento que soplabá en el capitolio, no habia podido entablar sus altivas pretensiones.

¿Pero acaso esta misma Iglesia ya adulta ha dexado de sufrir en todas las edades los mismos combates? ¡Ah! cada siglo se levantan nuevos enemigos coligados que juran su ruina. A la idolatría y al judaismo se juntan la heregia, el Alcorán, el ateismo, el cisma, la impiedad y la depravacion universal de costumbres; y aunque el Salvador nunca ha abandonado á su amada Iglesia; pero muchas veces ha estado sepultada entre tinieblas, y ha llegado casi á pique de zozobrar; y se puede decir que el siglo XIII fué para ella el mas funesto por la monstruosa complicacion de males que la afligian.

El mahometismo inundaba todo el Oriente, el trono de Pedro atropellado por un Emperador cismático, la heregia turbaba lo mas florido del Norte, y el christianismo dormia sepultado en un profundo sueño de vicios. Nunca tuvo la Iglesia mas

necesidad que entónces de un Apóstol; y Dios, que no la permite los males sino para probar su constancia, la concedió dos héroes famosos para que enxugasen sus lágrimas. En efecto Domingo y Francisco, autorizados por una mision extraordinaria, simbolizada en sueños al Papa Inocencio en la Iglesia de Letran, emplearon sus talentos, sus virtudes, sus vigiliass, sus oraciones, sus austeridades, sus fatigas, sus viages, y su zelo en beneficio de la Iglesia. España fué el primer teatro de los fervores de Domingo, Palencia, Osma, Segovia, Calahorra, Valladolid y Burgos oyen con admiracion las verdades eternas que pronuncia, y sin poder resistir á la energía y fuerza de sus discursos, abrazan la penitencia, y con ella la universal mudanza de costumbres.

Vencedor en Castilla pasa como una ligera nube á Cantabria á conseguir nuevos triunfos. ¿Quién podrá numerar las provincias y ciudades adonde llegó el sonido de sus portentosos ecos? Si se pregunta por él en Barcelona, ya se halla en Navarra exhortando á penitencia: si se le busca en las ciudades del Señorío, ya se halla predicando en Aragon y Asturias: á un mismo tiempo parece que existe en Extremadura, Andalucía y Valencia. ¿Pero con qué sucesos? No preguntemos lo que no es lícito dudar. La paz se entabla en las familias, la equidad en los tribunales, el decoro en los templos, la compostura en el Clero, la union en los casados, la moderacion en los jóvenes, y en todos los estados la observancia de la divina ley.

Pero la Península era pequeña esfera para su ardiente zelo, y obligado de los impulsos de su espíritu, penetra los Pirineos, corre la Francia, y se dexa ver en Langüedoc contagiada con la ponzoña Albigense, y al oír su nombre se estreme-

ce toda una provincia, madriguera de monstruos; los xefes del error abaten su orgullo, la heregia enmudece, sus abominables sectarios se turban, y aquellos espíritus indóciles humillan la cerviz en presencia del héroe español. Representaos aquí uno de los mayores triunfos que alcanzó el glorioso Guzman á favor de la religion; porque, Señores, no era solo un gigante el que insultaba en la campaña de Langüedoc á los pavellones de Israel, ni este nuevo David pelea con un solo Goliath, sino contra un monstruoso conjunto de todos los errores. Los Padres de la Iglesia esgrimieron la pluma contra una sola casta de enemigos. San Atanasio refutó á los Arrianos, San Gerónimo á los Origenistas, San Agustin á los Pelagianos, San Cirilo á los discípulos de Nestorio, y el Papa San Leon á los sectarios de Eutiques; pero Domingo hace frente á una secta universal compuesta de toda especie de errores, y sostenida por un ejército de cien mil Albigenses. Unas veces los atrae á públicas y privadas conferencias, y con la fuerza de sus discursos los obliga á un vergonzoso silencio: otras se dexa ver en el púlpito, y con el estallido de su fulminante voz derriba los monstruos que tiene á su frente; ya los desafía como Taumaturgo á una accion decisiva, arroja á una hoguera encendida un libro que habia compuesto sobre los dogmas de la religion, y aquel elemento voraz que no se atrevió á los niños de Babilonia, respeta los escritos de Domingo.

Su invicto zelo no se contenta con exterminar la heregia; recorre los vastos países que ha libertado del contagio, y comunica incremento y vigor á los christianos que habia hecho renacer á la gracia. En una parte cultiva con la predicacion lo que antes habia sembrado con los exemplos: en

otra parte perfecciona con nuevos esfuerzos las conversiones que habia principiado en una Iglesia, y arranca los escándalos de la casa del Señor: en otra reforma los abusos que habia introducido el veneno del error: todos los lugares de su tránsito quedan señalados con los caracteres de su zelo: funda en Rovilles un famoso monasterio para asilo de doncellas pobres, y sus grandes progresos dan á entender la mano maestra que le formó: establece en Langüedoc el culto del santo Rosario; y la conversion de innumerables pecadores es el precioso fruto de tan santa devocion.

Francisco abrasado con el fuego de los Serafines, segun el idioma de San Buenaventura, se presenta en las plazas de Italia: su voz autorizada con el exemplo, es un rayo que introduce el terror en todas las conciencias: su rostro pálido y desfigurado entenece los corazones mas duros: la imagen del Redentor, impresa en su persona dexa poco que hacer á sus exhortaciones: vestido pobremente, desnudo de pie y pierna, y arrastrando un cuerpo agoviado con el peso de sus rigores, va de ciudad en ciudad formando penitentes, instruyendo ignorantes, convirtiendo pecadores, confundiendo á los libertinos, consolando á los afligidos, alentando á los vacilantes, confirmando á los justos, conteniendo al vicio, destruyendo el imperio de sataná, y reformando en breve con sola su presencia toda la Italia.

Pero su corazon, para quien el universo entero era corto espacio, suspira por conquistar todos los climas del orbe. ¿Visteis un relámpago, que agitado de un impetuoso uracan, sale del Oriente, y brilla al mismo tiempo en el Occidente, forma sus giros por el austro, y dexando por todas partes señales de su luz, perfecciona con celeri-

dad su carrera? De este modo Francisco impelido de la fogosidad de su zelo, vuela en alas de su fervor á los abrasados arenales de la Africa, anuncia en Marruecos el Evangelio, pasa á Egipto, y de aquí se traslada á las regiones del Asia á combatir las extravagancias del Alcoran. Gobernaba entonces el imperio Otomano el cruel Meledin, hombre guerrero, espíritu altivo, que hacia temblar á todo el Oriente baxo las severas leyes de un dominio despótico, un nuevo Bautista habia de ser el Apóstol de la Corte de este nuevo Herodes: Francisco exclama en presencia de este leon terrible, le manifiesta el peligro de su eterna perdicion; le pinta con los mas vivos colores la impureza de su secta: su retrato le espanta y atemoriza: su temor y sus sustos son testigos de su mudanza y de su rendimiento: Meledin iluminado y desengañado, da señales nada equívocas de su verdadera conversion, y esto basta para gloria de Francisco, y honor de su religion.

Cargado con los trofeos del Oriente se restituye á las provincias de España y Francia. ¿Qué invectivas no arbitria para ganar los corazones, y hacer florecer la inocencia de costumbres! Unas veces con un dogal al cuello pasea las ciudades mas populosas, y con este espectáculo edificante infunde el desprecio de las vanidades; otras se dexa ver en el púlpito puestos los ojos en un crucifijo, y con una voz muda pero eficaz, triunfa de los espíritus mas indóciles, ya toma la figura de un delinquente, y sale castigando su llagado cuerpo por calles y plazas, y al ver á un inocente homicida de su carne, abrazan la penitencia desde el sólio hasta la cabaña mas vil; ya se entra en los templos, y postrado al pie de los altares exhála ardientes suspiros, riega el suelo con sus lágrimas, y

ofrece á Dios sus ayunos, sus vigili-
das, y todo su mérito por la salvación de las al-
mas; ya... ¿pero qué tiempo me bastaría si qui-
siera referir todos los medios de que se valió para
restituir á la Iglesia su antiguo esplendor? Basta
decir que saliendo de un extremo de Italia á re-
parar las ruinas del Santuario, hizo renacer en Eu-
ropa de sus propias cenizas los hermosos días de
la primitiva Iglesia.

¿Os parece, Señores, que estos dos héroes se
contentarian con tan felices sucesos, y se pondrían
á descansar á la sombra de estos laureles? No por
cierto, su zelo nunca conoció descanso, ya los ha-
beis visto ocupados en resistir á los asaltos de la
heregía, en reformar los abusos que desfiguraban
la hermosura de Sion, en arrancar las espinas de
los vicios, en llevar la luz hasta las estremidades
de la tierra, en restablecer el culto de los templos,
y el uso frecuente de los Sacramentos; ahora los
vereis santamente ansiosos por introducir la per-
feccion evangélica hasta en el seno mismo de Babi-
lonia. No os engaño. Su zelo doble los sacrifica en
medio de sus penosas tareas á dirigir un lucido es-
quadron de vírgenes, las entresacan del medio del
siglo, las separan de las vanidades del mundo, las
instruyen en todo género de virtudes, y las animan
á subir á la cumbre de la perfeccion. Las Catalinas
de Sena, las Claras de Asís, las Micaelinas de Pi-
saura, y las Hipólitas de Casia serán eternamente
la corona de Domingo y Francisco; ellos fueron
sus maestros y sus padres, lo mismo que un San
Mateo de las Ifigenias, un San Gerónimo de las
Paulas, un San Benito de las Escolásticas, y un San
Leandro de las Florentinas.

¿Cómo pudieron dos hombres solos bastar para
tantas empresas? ¡Ah! Los Apóstoles no necesitan

mas elasticidad que su propio espíritu; nosotros co-
nocemos poco las fuerzas, la actividad y los arbi-
trios que inspira el zelo. Ahora es quando dan prin-
cipio á su apostolado: Guzman se dirige á la Me-
trópoli y Señora de las Iglesias: Roma, cabeza de
las Tribus santas, abrigaba en su mismo seno un
numeroso Clero, que salvando las barreras del San-
tuario, habia degenerado de su primitivo fervor;
esta viña plantada por el Príncipe del Sacro Cole-
gio, y cultivada por sus dignos sucesores, se ha-
bia convertido en una horrorosa selva de abomina-
cion: la simonía, la avaricia, el desenfreno, la di-
solucion y la ignorancia habian privado al Sacer-
docio de toda su santidad y resplandor: en el altar
no se veían sino ministros indignos de acercarse á
él, y parece que bastaba ser Sacerdote para ser malo
con libertad. El Padre Santo, el oráculo del Vati-
cano, el sagrado Cesar Inocencio, gemía sin fruto
oprimido baxo el torrente impetuoso de la iniqui-
dad. ¡O amable disciplina! ¿Estabas acaso dester-
rada para siempre de la primera de las Iglesias?
¿O esperabas al zeloso Guzman para que fuese tu
restaurador? ¡Ah, qué difícil es reducir al yugo
de la disciplina y de la virtud á los Sacerdotes del
Señor, que han tenido la osadía de sacudirle con
escándalo! Como la caída es tanto mas peligro-
sa, quanto viene de mas alto, rara vez sucede que
se levanten aquellos ministros sagrados que han lle-
gado á ser prevaricadores. Sin embargo no hay im-
posible para un Apóstol animado del zelo de la
casa de Dios: Domingo habla, exhorta, insta y
persuade: el Sacerdocio recobra su esplendor, la
iniquidad no se atreve á volverse á presentar en
el Santuario, y los que le habian afrentado con sus
infracciones, le honraron despues con la santidad
de sus costumbres; de modo, que si antes habia

desaparecido la disciplina en el Clero, fué para que despues brillase con mayor resplandor.

Al concluir esta empresa difícil, da principio á otra no menos ardua. El desórden se habia comunicado hasta los monasterios de las vírgenes: estos lugares destinados para asilo del pudor y de la inocencia, se habian convertido en moradas del vicio, llegando á tanto el exceso, que las esposas de Jesuchristo vivian derramadas en las calles y plazas de Roma. ¡Qué relaxacion tan monstruosa! Pero Domingo se interesa, y las vírgenes christianas, obedientes á su voz, detestan la infeliz libertad que se habian usurpado contra los vínculos de su perfeccion, y haciendo un eterno divorcio con el siglo, se encierran para siempre en la casa de San Sixto.

Restaurador de la disciplina en Roma, pasa Domingo á la Etiopia y Mauritania á conquistar nuevos enemigos, por entre zarzas y espinas se abre paso para ir á tratar con unos pueblos sin principios, distintos de los demas hombres por las tinieblas en que viven, y por la insensibilidad de su corazon. ¡Os parece, Señores, que su zelo se intimidaria á vista de unas naciones feroces acostumbradas á devorar á los de su especie? No lo creais. Domingo es un nuevo Daniel, que sabe jugar con los leones y los osos; él esfuerza su voz en medio de unos pueblos que apenas parecen hombres, y en breve levanta el estandarte de la cruz sobre las ruinas de los ídolos, ata al carro de Jesuchristo los preciosos despojos del paganismo, y se puede decir sin mucha exágeracion, que en el Oriente de la Iglesia no se bautizaron en un solo dia mas Neofitos, que en aquellos paises de horror y de confusion.

Francisco, alentado de igual espíritu, nos pre-

senta á la vista otros tantos testimonios de su zelo. Vedle, Señores, atravesar de nuevo el Mediterraneo para correr toda la Palestina consagrada con las huellas del Mesias, regada con los sudores de San Simon y San Matías, pero abandonada despues á los delirios del Mahometismo, y sepultada en las tinieblas de la ignorancia. ¿Podrá prometerse Francisco sucesos felices en el centro mismo de la sensualidad? ¿Abrazarán el Evangelio unos pueblos esclavos de la preocupacion, sectarios acérrimos de Mahoma, y enemigos declarados del christianismo? ¿Quién podrá persuadirles que en otra Religion serán mas felices que en la suya? No obstante, un hombre amparado del cielo puede facilmente desvanecer las imposturas de un falso Profeta. En efecto, Asís se vale de las persuasiones, de las instancias y de los exemplos, y enarbola las vanderas del Evangelio sobre los torreones del Mahometismo; anuncia á esta nacion ilusa la falsedad de su Alcorán, lo ridículo de su culto, y el exceso de sus delitos, la hace abrazar el camino de la verdad, y toma posesion de aquel dichoso pais, teatro de nuestra redencion, para transmitirle en sucesion hereditaria á su posteridad.

Este triunfo no fué mas que un nuevo soplo que avivó su zelo para multiplicar servicios á favor de la Iglesia. A la manera que el sol sin cansarse jamas en su carrera, la renueva cada dia para bien de la tierra, del mismo modo Francisco vuelve presuroso á la Europa, y recorre una y otra vez sus antiguas conquistas para hacer florecer de nuevo las virtudes. ¿Y de qué arbitrios se valió su ingenioso espíritu para conseguirlo? Oid un admirable proyecto, ignorado desde el nacimiento del christianismo, y reservado para el incomparable Asís. Ya en la Iglesia de Dios habia muchos Monaste-

rios donde se refugiaba la inocencia contra los asaltos de un mundo impostor; pero faltaba en medio de los bullicios del siglo, y en el seno mismo de las familias, un asilo comun donde pudiesen acogerse personas de ambos sexos, y de todos los estados y condiciones. ¿Y qué hace Francisco? Medita un nuevo plan que le inspira su ingenioso zelo, y él mismo pone en execucion el designio; funda un Orden de Penitencia capaz de santificar á toda suerte de hombres: un Orden que ha hecho extraordinarios progresos en la virtud, y ha llenado la Iglesia de eterna complacencia; un Orden, al fin, que ha poblado el mundo de Santos, y ha servido de gloriosa cuna á los Luises de Francia, á las Isabelas de Ungría y Portugal, á las Rosas de Viterbo, á las Margaritas de Cortona, á los Roques, Elsearios y Conrados.

¿Qué servicios tan útiles y tan interesantes á la Religion christiana! Yo callo por no fatigar vuestra atencion un inmenso catálogo de hechos prodigiosos, y muy importantes á la Iglesia que pedian un Panegirico entero, porque me contento con acordaros un solo establecimiento el mas esencial y decisivo del zelo apostólico de Domingo y Francisco, obra principal que ocupa un lugar muy distinguido en los fastos de la Iglesia, y exígia todo el espíritu y toda la destreza de estos dos héroes del siglo XIII; esta es la fundacion de las dos Sagradas Religiones de Predicadores y Menores. ¡Ah, con qué honores podrá pagar la Iglesia lo que debe á estos dos Santos tan grandes, de quienes se valió Dios para multiplicar por medio de sus hijos la gloria y las riquezas de Israel! Porque Señores, ¿quién podrá, no digo ponderar, pero ni aun referir los progresos que ha logrado el Christianismo con estos dos establecimientos? Apenas se levanta

la cuna de estas dos grandes tribus, quando ya la Europa, la Asia, el Septentrion y el Mediodia se hallan habitados por sus hijos, instruidos con su exemplo, y santificados con su zelo; la Iglesia Romana se vé precisada á ensanchar sus basilicas para dar culto á los Antoninos, Raymundos, Pios, Alcántaras, Regalados, Bernardinos, Luises, Diegos y Baylones, luminas de primer orden que brillan en las mansiones del Empireo, cuya memoria no acabará con el mundo.

El Vaticano pronuncia sus oráculos, y promulga honores inmortales á los gloriosos triunfos de los Danieles, Hugolinos, Bautistas, Juanes de Prado, Berardos y Leones, héroes invictos, comparables con los mas esforzados atletas del siglo de oro, que entregaron sus gargantas al cuchillo, y tiñeron con su sangre las mazmorras de Africa, y los cadahalsos de la Belgia; las naciones del Oriente, del Aquilon y del Occidente manifiestan su regocijo al escuchar los ecos apostólicos de los Jacintos, Vicentes, Paduas, Capistranos y Jacomes de la Marca, que como ligeras exhalaciones volaron á las regiones de España, Lusitania, Italia, Alemania, Ungría, Polonia, Bohemia y Armenia para sembrar la palabra divina; las montañas del nuevo mundo abaten sus soberbias cumbres para recibir á los Luises, Beltranes, Solanos, Buenaventuras y Bolaños, que como fecundas nubes derramaron sobre ellas el saludable rocío de la divina gracia; las Universidades del Orbe abren sus Liceos para que suban á sus cátedras los Antoninos de Florencia, Hugos, Albertos Magnos, Escotos, Alexandros de Alés, Mayrones, Bañez y Victorias. Pero olvidemos estos ingenios sublimes que han dado tanto esplendor al Claustro y á las Academias; porque para gloria inmortal de tan ilustres Patriarcas bas-

tan los dos oráculos de la Iglesia, los dos Angeles exterminadores del error, los dos Salomones de las escuelas, las dos lumbreras mayores de Italia; así llamo yo al incomparable Aquino, y al Serafin Buenaventura; Principes de la Teología, Doctores ecuménicos, vivas copias de los Santos Padres, y órganos incorruptibles por donde hablaron todos ellos.

¡Qué honor para un Santo Tomás, ver que los mismos Obispos de Roma, Jueces infalibles de las controversias, descienden del trono Pontificio, y consultan sus admirables escritos para terminar las diferencias que turban la Iglesia! Los sagrados Concilios congregados en Viena, Constanza y Florencia, forman sus Cánones tomando cláusulas á la letra de sus obras para condenar á los discípulos de Wiclef, Lutero y Calvino: el Sinodo general de Trento, aquella asamblea tan augusta, manda poner sobre un mismo altar la Suma Angélica, y la sagrada Biblia en presencia de todo el Concilio para resolver las dudas, y degollar los monstruos de la heregía. ¡Qué elogios podremos dar á este hombre extraordinario, á este pasmo de la sabiduría, á este prodigio de los entendimientos? ¡Habrà lengua tan fecunda que sea capaz de dar alguna idea de su incomprehensible talento? Pero yo me engaño, porque en una sola palabra se encierra su mas completo elogio; pues son tales los aplausos y la veneracion con que le celebra el mundo, que en diciendo Santo Tomás de Aquino, está todo dicho.

¡Qué elogios no merece igualmente el ilustre General de los Menores San Buenaventura! Este Cardenal Serafin es el árbitro supremo de los negocios mas importantes de su siglo; el alma de los Concilios; el sabio, cuya celestial doctrina aplaude toda la

Iglesia. Vedle en medio de los Cardenales congregados en Viterbo para elegir al sucesor de Clemente IV; pero divididos entre sí, y discordes los votos, se vieron precisados á comprometerse en el Doctor Seráfico; Buenaventura habla, y los ancianos de Israel callan en su presencia; aquella ilustre asamblea escucha con respeto su dictamen, él solo forma un cónclave entero, toda la Italia recibe de su mano á Gregorio X por legítimo Pontífice, y Roma admira lo que jamas vió la Iglesia desde su nacimiento, y acaso no lo volverá á ver; esto es, un hijo de Francisco, en quien reside toda la autoridad de un cónclave, y en quien descansa toda la fuerza del Espíritu Divino. Vedlo en el Concilio general de Leon sentado á la derecha del supremo xefe de la Iglesia, resplandeciendo como una antorcha refulgente, reuniendo con su eloqüencia la Iglesia Latina con la Griega, y ligando á los Obispos del Oriente al carro triunfal de la Santa Silla. Ved por último sus prodigiosas obras recibidas como oráculos de la fé en el Sinodo general de Florencia, y aprobadas por tres Sumos Pontífices con los mas magníficos elogios.

Inferid de aqui el mérito inmortal que han contraído con la Iglesia Domingo y Francisco por la fundacion de sus dos grandes Ordenes. Mérito inmortal, he dicho, porque estos dos Ordenes están marcados con el sello de la inmortalidad, y á pesar de la injuria de los tiempos permanecerán mientras duren los siglos venideros; los monumentos profanos que levanta el espíritu del orgullo y de la ambicion se arruinan sucesivamente; aquellas conquistas ruidosas de los Césares, Alexandros y Anibales no han podido perpetuar el verdor de sus laureles; la memoria de los Amurates, Solimanes y Bayaceros, que erigieron el trono de sus Califas so-

ber las ruinas del universo, desapareció á manera de aquellos meteoros que brillan, deslumbran, fenece y se convierten en tinieblas; pero los sagrados establecimientos de Domingo y Francisco no espiraron con ellos en el sepulcro; los felices sucesos de sus discípulos han eternizado los de sus Santos Fundadores, y aquellos países que no tuvieron la dicha de conocer á los padres, los han conocido en los hijos; hoy mismo admira el mundo los prodigios que entonces solo vió con la esperanza, y se da el parabien de recoger el espíritu de tan santos Patriarcas en los herederos de su zelo, que han llevado su nombre y su fama hasta los últimos términos de la tierra.

No es paradoxa, Señores, los Predicadores y Menores han llevado sus gloriosas empresas de un extremo al otro extremo del mundo, y han surcado los mares de un cabo á otro del Océano; ellos se han familiarizado con los Canibales, Trogloditas, Mamelos, y todos los pueblos antropófagos, penetrando hasta los climas adonde la avaricia de los hombres, ni la ambicion de los conquistadores no han podido llegar con sus deseos; ellos evangelizaron á los Indios de Oriente y Occidente, animando con su exemplo á los dignos obreros de otras Religiones que han caminado despues sobre sus huellas y vestigios; sabemos que fué un Obispo Minorita quien recibió en Goa á San Francisco Xavier, y le asistió con paternal benignidad; así como no ignoramos que las playas americanas fueron inaccesibles al Evangelio antes de la venida de los Predicadores y Menores, del mismo modo que el nuevo mundo fué desconocido antes del insigne Colon. Por eso el inmortal Carlos III decia, que mas queria una mision de Franciscos en la América, que un batallon de soldados en la Europa; y el piadoso

Monarca San Luis juzgó que estos obreros evangélicos eran todo el consuelo y la gloria de su reyno.

Y ved aquí que estos grandes y maravillosos frutos que han producido las dos familias sagradas, hacen ver la excelencia de su causa, y prueban con evidencia que despues de los Apóstoles no ha habido Santos que hayan trabajado mas en beneficio de la Iglesia que los dos grandes Patriarcas, cuya memoria veneramos, ni á quienes por consecuencia deba manifestar con mas justicia su reconocimiento la Religión christiana, supuesto que en la solemnidad que consagra á estos dos Santos, se renueva la memoria del precioso don que hizo Dios á su Iglesia, concediéndola dos varones extraordinarios que la protegiese en el apuro de sus necesidades y aflicciones: *Ipse dedit quosdam Apostolos.... in opus ministerii in ædificationem Corporis Christi.*

Vos, Señor, que quisisteis criar á Domingo y Francisco para reparar vuestra Iglesia, y tuvisteis á bien de derramar vuestras mas abundantes bendiciones sobre la posteridad de unos Padres tan santos; hablasteis y se abrieron las entrañas de la tierra para recibir dos renuevos que bien presto crecieron en frondosos árboles, y cubrieron con su sombra todo el mundo: su cima superó á las mas altas cumbres de los cedros del Libano, sus ramas se extendieron de un mar al otro mar, y ocuparon las mas florecientes ciudades. Dignaos, Señor, mirar con ojos propicios la obra de vuestras manos: *Respice de cælo et vide, et visita vineam istam.... quam plantavit dextera tua.* Derramad vuestras gracias sobre estas dos familias para que continuen imitando las huellas de sus gloriosos Padres, y consigan á un mismo tiempo el mérito de su propia santificación, y los progresos de su ministerio apostólico.

Juntemos hermanos míos nuestro zelo al de nues-

tros Santos fundadores, hagamos con nuestro exemplo parecer de un modo visible la santidad de nuestro instituto, y trabajemos eficazmente en la salvacion de las almas.

Y vosotros fieles aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oir; imitad á estos dos prodigios de la gracia en el valor con que despreciaron las pompas del mundo, aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais vivir en Jesuchristo con el divino auxilio para vivir eternamente con él en su gloria. Amen.

SERMON II.

DE SANTA TERESA DE JESUS.

Quæsi vi sponsam mihi eam asumere, et amator factus sum forme illius.

Sap. cap. 8.

Me propuse tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez fuera lícito á un orador cristiano entrar en la responsabilidad de llenar la universal espectacion de su auditorio, seria sin duda en este dia consagrado á la solemnidad de una Virgen heroyca, cuyo solo nombre basta para su mayor elogio. Porque ¿qué argumento mas ventajoso podía presentarme la suerte, que el empeño de elogiar á una Santa, que por medio de las mas sublimes virtudes llegó á la mas alta perfeccion, de que es capaz la criatura en el curso de esta mortal vida, que trilló unos caminos nuevos y desconocidos hasta su tiempo, y se llenó de una doctrina sobre humana, que despues de doscientos años añade cada dia á su reputacion un nuevo sello de inmortalidad? ¿A una Virgen en quien se reunieron la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroismo de Judit, que fué al mismo tiempo Apóstol, Profeta y Legislador, nuevo Pablo en sus éxtasis, y nuevo Agustin en sus escritos? ¿A una Virgen en quien nada habia que no fuese prodigioso; entendimiento claro y sublime, alma grande y heroyca, espíritu varonil y constante, corazon intrépido y

tros Santos fundadores, hagamos con nuestro exemplo parecer de un modo visible la santidad de nuestro instituto, y trabajemos eficazmente en la salvacion de las almas.

Y vosotros fieles aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oir; imitad á estos dos prodigios de la gracia en el valor con que despreciaron las pompas del mundo, aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais vivir en Jesuchristo con el divino auxilio para vivir eternamente con él en su gloria. Amen.

SERMON II.

DE SANTA TERESA DE JESUS.

Quæsi vi sponsam mihi eam asumere, et amator factus sum forme illius.

Sap. cap. 8.

Me propuse tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez fuera lícito á un orador cristiano entrar en la responsabilidad de llenar la universal espectacion de su auditorio, seria sin duda en este dia consagrado á la solemnidad de una Virgen heroyca, cuyo solo nombre basta para su mayor elogio. Porque ¿qué argumento mas ventajoso podía presentarme la suerte, que el empeño de elogiar á una Santa, que por medio de las mas sublimes virtudes llegó á la mas alta perfeccion, de que es capaz la criatura en el curso de esta mortal vida, que trilló unos caminos nuevos y desconocidos hasta su tiempo, y se llenó de una doctrina sobre humana, que despues de doscientos años añade cada dia á su reputacion un nuevo sello de inmortalidad? ¿A una Virgen en quien se reunieron la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroismo de Judit, que fué al mismo tiempo Apóstol, Profeta y Legislador, nuevo Pablo en sus éxtasis, y nuevo Agustin en sus escritos? ¿A una Virgen en quien nada habia que no fuese prodigioso; entendimiento claro y sublime, alma grande y heroyca, espíritu varonil y constante, corazon intrépido y

generoso, origen y fundamento de tantos sucesos, que serán siempre el embeleso y la admiracion de los siglos venideros.

He dicho, y no me retrato: ¿qué motivo de mayor júbilo podia depararme la fortuna, que tener el honor de pronunciar las alabanzas de la incomparable Teresa, gloria y ornamento de Castilla, reformadora del Carmelo, astro luminoso de la Iberia, Doctora mística, modelo de la piedad y esplendor de las Vírgenes, cuyas virtudes han llenado de edificación los dilatados ámbitos de la Iglesia? Yo confieso que solo al proferir el nombre de Teresa, me siento arrebatado de la grandeza de mi objeto, porque la imaginacion me avisa, que su portentosa vida no es mas que un animado mapa de prodigios inauditos, una alternativa de privilegios insólitos, una cadena de acaecimientos extraordinarios, un agregado de empresas gloriosas, y una pirámide de triunfos capaces de hacer época en la serie de los tiempos. Si exámino el catálogo de sus brillantes acciones, la veo en su misma infancia émula de los mayores Atletas de la Religion, volar en alas de su fervor á los paises australes, por derramar en honra de su esposo una sangre inocente que apenas ha empezado á fluir en sus venas. Si la miro en la primavera de su edad, me parece una alma criada de nuevo por la mano Omnipotente para amar á Dios con todo el lleno de que es susceptible la naturaleza, remontada á una santidad que la eleva sobre la esfera terrestre, y colmada de unos dones sobrenaturales casi no oídos en la Iglesia desde su nacimiento.

Si contemplo los rápidos vuelos de su pluma ingeniosa, se me figura otro Elías, que elevándose por la region etherea en el misterioso carro de la contemplacion, bebe en el seno mismo de la divi-

nidad aquella ciencia sublime, que la distingue entre los mas ilustrados Doctores, que la ha hecho respetar como el ágila de la teología mística que ha arrancado de la boca de los sabios los mas singulares elogios, y ha precisado al Vaticano á canonizarla como una emanacion divina inspirada por el Padre de las luces. Si considero los progresos de su zelo, la veo que como un nuevo Neemías reanima el sagrado fuego del Santuario, vuelve al Carmelo su antiguo esplendor, renueva su primitiva pureza, y llega á ser madre de la posteridad de Elías; los pueblos se disputan la dicha de poseer su Reforma dentro de sus muros, la fama de sus progresos vuela como un fuego rápido por todos los paises de la Europa, las Cortes se conmueven al sonido de sus maravillas, Felipe II sentado entonces sobre el trono de España, apoya el proyecto de Teresa con todo el peso de su autoridad Real, y la Silla de San Pedro confirma la empresa de la Reforma, de la que reconoce á Dios por autor único.

Y ved aquí, que este cúmulo de circunstancias, que pudiera por su variedad hacer zozobrar al ingenio mas robusto, me proporciona sin embargo nuevas ventajas para fundar el Panegirico de esta Virgen incomparable. ¿Cómo así? Porque un pensamiento de gloria, capaz de llenar de algun modo la extension de su mérito, me está precisando á que me transporte en espíritu á las regiones del Aquilon, y con mano intrépida estampe sobre el marmol que cubre su incorrupto cadáver, aquella celestial inscripcion que el mas sabio Monarca de Israel grabó en los libros de la antigua alianza para encarecer los dotes de la sabiduria: *Quæsi vi spon-*
sam mihi eam asumere, et amator factus sum formæ
illius. Me propuse tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria. Asi hablaba

antiguamente el Rey Salomon, y yo me persuado que baxo esta hermosa sentencia nos dexó un cumplido elogio de la prodigiosa Virgen de Avila. Digamos pues sin rezelo, que Dios amó desde la eternidad á Teresa como á esposa suya. ¿Pero de qué modo? Atendedme, porque en esto consiste todo su elogio. La amó como á esposa suya disponiéndola al real tálamo por medio de gracias especiales, y de una escrupulosa experiencia que hizo de su fidelidad y constancia, *quæsi vi sponsam mihi eam asumere*: primer indicio de su amor, y primera parte de mi discurso. La amó como á esposa suya, interesándose en exaltarla y colmarla con los mas señalados favores de su soberana diestra: *et amator factus sum formæ illius*: segundo indicio de su amor, y segunda parte de mi Panegirico. Imploremos los divinos auxilios para el acierto, por la intercesion de María; saludándola con el Angel. *Ave Maria*.

Como Dios habia elegido á la incomparable Teresa con singular predileccion antes del nacimiento de los siglos para esposa suya, la adornó al tiempo de nacer con aquel conjunto de circunstancias que forman el peculiar carácter de una alma escogida, y la proporcionó desde la cuna tantos privilegios y mercedes que solo pudo combinarlos su adorable Providencia: la concedió una alma ingeniosa parecida á la de Salomon, llena de bondad y dulzura, un candor de ánimo inaccesible al vapor de la corrupcion, unas inclinaciones aptas á perfeccionarse con el soplo de las inspiraciones, un espíritu vivo, naturalmente inclinado á objetos grandes, un talento propio para abrazar el sistema de la razon, un juicio sólido incapaz de deslumbrarse por las apariencias, un corazon generoso capaz de amar mucho, é incapaz de amar mas de lo necesario, un valor inalterable muy superior á la comun

capacidad de su sexô, una bella índole, y un genio dócil, que fueron otros tantos presagios de su futuro heroismo.

A estas felices qualidades añadió la mano Omnipotente los fomentos de la educacion paterna, y los estímulos de una familia que parecia el patrimonio de los justos. Nació la venturosa Virgen de una familia noble y llena de honores y fortuna, donde solo reynaba la paz, la union, la armonía, la subordinacion y la piedad, y en la que halló quantos medios pueden desearse para mover una alma y guiarla al ápice de la perfeccion. En su padre veía un Jacob, ascendiente de doce hijos, á los que edificaba con sus exemplos, y gobernaba con sus consejos. En su madre una muger fuerte igual á Raquel en hermosura, á Lia en fecundidad, y á ambas en piedad y modestia. En su amable nacion encontró una semilla de héroes, cuyas acciones inmortales podian alentarla al séquito de la virtud, un esquadron de esclarecidos doctores que habian ilustrado la península con los rasgos de su valiente pluma, de zelosos pastores que la habian cultivado con los sudores de su apostolado, de ilustres vírgenes que la habian santificado con sus huellas, de esforzados mártires que la habian tefido con su preciosa sangre; y para decirlo en compendio, el cielo destinó el nacimiento de Teresa en el seno de una familia gloriosa, donde todo lo que mira al rededor de su ilustre cuna, no respira sino estímulos de santidad y de virtud.

Pero aun pasó la Providencia Divina mas adelante; á todas estas saludables proporciones de la naturaleza, adelanta los dones de la gracia, capaces de propagar á la tierna esposa mayores incentivos en la carrera de las virtudes. La inspira en los preludios de la infancia el amor á la soledad,

haciéndola insípido los tumultos de Babilonia; graba en su corazón tierno una inclinación natural al bien, al honor, al agradecimiento y á la piedad: un pudor y una antipatía extrema á la menor mancha que pudiera empañar su alma; imprime en su entendimiento la hermosa idea de las cosas celestiales, y una secreta indiferencia á todo lo terreno; la inclina á los ejercicios de la oración, haciendo que experimente en ella sus dulzuras; inspira finalmente en su voluntad un deseo eficaz de ser fiel á Dios en todas sus acciones, y llenar toda la medida de sus deberes.

Ved ahí los preciosos dotes con que el Señor adornó este vaso de elección, que destinaba para su gloria y servicio; ó por mejor decir, ved ahí una Virgen dichosa objeto de las caricias de Dios prevenida con las bendiciones de su diestra, y enriquecida con las mas exquisitas joyas de la gracia: pero una Virgen cuya pronta correspondencia á los favores del cielo, contribuyó á formarla una Esposa digna de la elección y de las complacencias de su amado. ¿Deseais verlo? Retroceded en espíritu al siglo XVI, y observad con reflexión sus primeros ensayos. Yo registro, Señores, con cuidado los fastos de la Iglesia, y aunque advierto una serie brillante de ilustres víctimas, de que hace ostentación el christianismo, aunque veo el precioso holocausto que ofrecieron al Esposo celestial las Ineses, Rufinas, Ursulas, Catalinas y Eulalias, nada me parece mas agradable que el que presenta Teresa de sí misma en el primer uso de su razón. Ella empieza su carrera por donde acaban los mayores héroes de la gracia, y á pesar de quanto tiene el martirio de mas repugnante á la naturaleza, á pesar de las caricias de un padre que la ama tiernamente, ella se escapa de entre sus brazos, y

vuela á los siete años no cumplidos en alas de su fervor hácia los países de los Moros, lisonjeándose de que aquellos bárbaros, enemigos de su fé y de su nación, tendrán tanta fiereza para degollar una víctima todavía balbuciente, como valor ella para ofrecerse al sacrificio.

¡Qué acto tan heróico de religion, tan capaz de acreditar la gloria de Teresa sobre todos los triunfos y laureles de los primeros siglos! Pero el ángel que vela por la felicidad del Carmelo, y por la gloria de toda la Iglesia, detuvo los fervorosos vuelos de esta inocente víctima, aceptó el cielo sus deseos como en otro tiempo los de Ananías sin disminuir su mérito; pero frustró su sacrificio porque la tenia destinada para otros combates mas prolongados, en que por un nuevo género de martirio habia de alcanzar la corona con las penitencias y castigos de su propia carne. Teresa llora su desgracia, y vuelta á la casa de sus padres no halla otro consuelo que el de ocultarse á los ojos del mundo en una pequeña ermita, que edifica con sus propias manos, para acostumbrarse al retiro y á la oración: allí encerrada dentro de sí misma, se ocupa en ataviar su alma con todos los adornos que podian ganar el corazón de su dueño: allí se apresura á agradarle, ofreciéndole en holocausto los placeres mas legítimos que le permite su puericia: allí observa los movimientos de su corazón para escusar el menor desliz que pueda ofender los ojos de su amado: allí se aplica á mortificar sus sentidos, á recoger sus potencias, á vencer sus deseos, á sofocar sus inclinaciones, á alimentar su espíritu, á sujetar su voluntad, y perfeccionar sus acciones. ¡Ah! ¡Qué feliz hubiera sido la jóven heroína, si el espíritu de la distracción no hubiera entiviado sus primeros fervores, y si el sutil veneno de la

vanidad no hubiera profanado en cierto modo el santuario de su corazón!

El comun enemigo ingenioso en el arte de sorprender, se empeña en arrebatarse al Esposo esta víctima que parecia haber ya coronado con sus manos. El seductor busca en la misma Teresa los instrumentos de su depravacion, se vale de su genio festivo, de su espíritu generoso, y de su hermoso talle para sugerirle ciertos deseos vagos de agradar, de ver y ser vista; ciertas complacencias secretas, ciertos adornos afectados, y ciertas lecturas gustosas y atractivas que empezaron á resfriar su piedad, y la iban despeñando al precipicio.

¿Y qué, permitirá el Esposo celestial que una Virgen destinada á ser la honra de su sexo, y el oráculo de su siglo, cayga en la ignominia de ser víctima de la vanidad? ¿Sufrirá un amante compasivo que la ilustre Teresa llegue á ser presa infeliz de las garras de satanás? No lo creais. Dios, que la habia elegido en los esplandores de los Santos para esposa suya alarga la mano para sostenerla, acude liberal á socorrerla, la toca al corazón con nuevas gracias, la habla interiormente, la ilumina, la fortifica y hace renacer en su espíritu su antiguo fervor. Entónces asustada Teresa al ver el precipicio adonde insensiblemente se iba arrimando, se propone inmediatamente evitar para siempre las falacias de un mundo engañador, forma la resolución heróyca de cortar los vínculos mas íntimos de la carne, que pudieran servir de obstáculo á sus designios, abandona los brazos de su amoroso padre, y ya que no pudo dar su vida por Dios baxo los filos de la espada Sarracena, á lo ménos se determina á consagrarle su libertad en las aras de la religion.

¡O monte santo del Carmelo! Tú solo tenias de-

recho al corazón de Teresa; recibe el parabien de ser tú el feliz depositario de una Virgen heredera de las virtudes del grande Elías, cuyo nombre será el mas precioso de toda la Iglesia, y cuyos progresos fixarán para siempre su primitivo esplendor. En efecto, luego que la jóven doncella pisó la montaña santa que habían trillado los Profetas, y se vió honrada con la qualidad de esposa de Jesuchristo, se adelantó con muchas ventajas á quantas Virgenes habian emprendido antes que ella el camino de la perfeccion religiosa; como su noble corazón era capaz de una dilatacion inmensa, apenas entra en los nuevos empeños que habia contraído con su Esposo, quando reúne todos los resortes de su alma, todo el nervio de sus potencias, toda la vivacidad de sus pensamientos, y todo el fervor de sus deseos para pertenecer á solo Dios, y agradarle como á su único dueño: su espíritu generoso avergonzado de su tibieza pasada, abraza en toda su extension las virtudes que podian interesar la satisfaccion de su amado: observa un silencio inviolable, al que junta una oracion continua, soledad impenetrable, contemplacion extática, fervor indelible, austeridad asombrosa, divorcio eterno con la tierra, perfecta abnegacion de sí misma, humildad profunda, pureza acendrada, obediencia ciega, pobreza extrema, caridad ardiente, zelo activo, fidelidad inalterable, candor, sinceridad y amor inmenso á su Dios. Poco he dicho, por mas que he comprendido las virtudes que componen el elogio de muchos Santos; pero si habeis leído la vida de la ilustre Teresa, ya habreis entendido que apenas he dado principio á su elogio.

Renúevase en su alma muy á los preludios de su retiro la memoria de las ligeras infidelidades que habia usado en el siglo con su Esposo, las que no

salieron de la esfera de venialidades, y al punto se constituye un Juez inexorable en su propia causa, las delata, las acrimina, las abulta en su opinion, ó por mejor decir, ella se calumnia á sí misma, se apropia los humillantes epítetos de muger ruin, de abismo de iniquidad, de monstruo de ingratitude, y se condena al suplicio de la mas dura penitencia, sin condescender con la fragilidad de su sexô, ni con la miserable constitucion de un cuerpo asaltado de las enfermedades mas agudas, reúne en su persona todo el espíritu de mortificacion que hizo tan memorables á los pobladores del antiguo Carmelo; vestida de una túnica burda y grosera, se sujeta á un prolixo ayuno de toda la vida, y el escaso alimento que alguna vez llega á sus macilentos labios, apenas basta para entretener su desfallecimiento; un lecho duro mal avenido con el placer, es el lugar de su descanso; los silicios y disciplina son los atavíos con que se adorna esta nueva Estér para agradar al divino Asuero: una crucifixion severa de los sentidos, vigiliias continuas, exercicios laboriosos que no dexan respirar al amor propio, y que mudando de objeto no hacen mas que cambiar el suplicio, éste es el circulo de toda su vida; en una palabra, la medida de sus mortificaciones fué mortificarse sin medida; y el término de su padecer fué padecer sin término: *Aut pati, aut mori*: como decia esta misma Santa.

¡Qué espíritu tan austero! Espíritu que fué como el carácter de Teresa, que la acompañó hasta los últimos linderos de la eternidad. Sin embargo, es preciso confesar, que su pasion dominante fué el amor á su divino esposo. La naturaleza habia dado á esta Virgen un corazón sensible, depósito de toda especie de afectos, cuyo fondo de ternura solo necesitaba una leve impresion para enar-

decerse, y Teresa encontró en los atractivos de la gracia todo el impulso que podia esperar. ¡Ah! ¡quién pudiera decir el término á que llegó la vivacidad de su amor! Siempre á los pies de los altares en busca de su Dios, ansiosa de renacer como el Fenix de las cenizas del antiguo Adán para transformarse en su amado; siempre ocupada en sus divinas alabanzas, derramando su alma en unas efusiones tan tiernas, en que parece se agota el corazón humano; siempre abrasada en una hoguera, cuyas llamas la elevan sobre lo terreno, y la precisan suspirar por su esposo. Señor, le decia en el exceso de sus deliquios, entrad en esta alma, cautiva en una region que me separa de tu vista, y encerrada en un cuerpo que me dilata tu posesion: yo no quiero respirar sino para amaros; vuestro amor es toda mi existencia, es un peso violento que me arrastra como á su centro, todo me es odioso sin vos, las criaturas irritan las santas impaciencias que tengo de gozaros, la muerte es mi mayor suplicio por lo mucho que tarda, y no me dexa mas aliento que para pronunciar que muero porque no muero.

Ved aquí unas frases sublimes, que el amor divino animó en los labios de la seráfica Teresa, capaces de triunfar del corazón de su Esposo, y que sin embargo no la merecieron mas recompensa que veinte y dos años continuos de indiferencias, sequedades y desdenes, en que sufre la enamorada Virgen todos los rigores de una virtud triste y amarga. ¿Quién lo creeria, Señores? Pues no lo dudeis un solo momento. Como Dios es un amante zeloso que lo quiere todo para sí sin admitir excepciones, antes de franquearla el honor de Esposa, la prepara una cadena de tribulaciones para hacer una escrupulosa experiencia de la fidelidad de esta alma

santa; á este fin junta en el ánimo de una Virgen flaca, atacada de males complicados, todo quanto sufrieron un Job en el muladar, un David en los páramos de Idumea, y un Pablo en su apostolado; desolaciones de espíritu, penas interiores, obscuridades interminables, sugeriones malignas, persecuciones exteriores, calumnias atroces, escrúpulos, ansiedades de conciencia: estos son los arbitrios de que se vale el Esposo muy propios para hacer vacilar al espíritu mas animoso, y estas son las pruebas terribles que van á decidir la constancia de Teresa: *Quæsiui sponsam mihi eam assumere.*

Idlo observando con toda reflexión. En lugar de aquellas suavidades que sentia en la virtud, se levanta improvisamente en su corazon un mar de tentaciones que la agitan, su entendimiento fluctúa en un abismo de obscuridad, su memoria se llena de fantasmas de ilusion, su voluntad titubea al golpe de las arideces y amarguras: los escrúpulos la despedazan, los remordimientos la atormentan, la penitencia la asusta, la oracion la repugna, y la soledad la acobarda. Indecisa entre un torbellino de temores levanta al cielo su voz interrumpida con sollozos; pero el cielo se vuelve de bronce: el mismo Dios se le esconde entre nubes, y la dexa inonidada en un cáliz de amargura. Desfallecido su corazon con tanto rigor, suspira, clama, se queja y llega casi á punto de perecer.

No obstante Teresa, esta valerosa Judit, vuelta sobre sí, encuentra en el seno de su humildad los consuelos que no ha podido hallar en medio del mas triste desamparo. Ella se dice á sí misma: ¿entraste acaso Teresa al Carmelo á servir á Dios por los consuelos que reparte, ó por el infinito amor que se merece? Ahora que experimentas el penoso desvío de sus desdenes, has de mostrarte mas fina

en su obsequio que en otras ocasiones. ¡O constancia inimitable! Esto llamo yo pelear con Dios, y vencer como Jacob sus lentitudes con una santa porfia. En efecto: el Señor, que por los altos designios de su providencia, y por dexar á la posteridad un modelo de constancia, tardó veinte y dos años en responder á su afligida esposa, supo recompensar bien esta tardanza, la envia dos varones de primer orden que edificaban la España en aquella feliz época, para que asegurasen su espíritu fluctuante: los Alcántaras y los Borjas son para Teresa lo que habian sido los Gerónimos, los Benitos y los Franciscos para las Paulas, Escolásticas y Claras: estos nuevos Rafaelles la guian por los fragosos senderos de la virtud, la iluminan en sus dudas, disipan sus tinieblas, calman sus temores, aquietan sus escrúpulos, fixan su espíritu, y Teresa corre viento en popa tras los perfumes de su Esposo, gozando de una apacible serenidad despues de una borrasca tan desecha.

¿Pero se acabaron por eso las aflicciones? ¡Ah! Ahora es quando se renuevan los zelos de su Esposo, y la dispone un nuevo género de pruebas superiores á su sexô. Aparécesela visiblemente, y la manda que tome á su cargo la obligacion de zelar su honor, y contribuir de todos modos al aumento de su gloria. *Deinceps ut vera sponsa meum zelabis honorem.* ¿Qué impresion tan violenta no hicieron sobre el tierno corazon de Teresa los ecos de su Esposo! Juzguemos nosotros de su tamaño por la grandeza de las empresas que abrazó para desempeñar su fidelidad. Instruida de la voluntad de su dueño, y animada de su amor, forma el gran proyecto de restituir al Carmelo su antiguo esplendor, reparando con su zelo las brechas que el tiempo socabó en la montaña santa de los Profetas; este grande

Orden que esconde su origen en los remotos siglos, habia sido la mansion de los Angeles del desierto: sus profesores habian conservado muchos años el espíritu de su primer fundador, y se habian hecho recomendables por su separacion del mundo, por la inocencia de sus costumbres, por la integridad de su fé, y con su zelo por la Religion; pero la humana inestabilidad, que no respeta ni las obras de los Santos, se atrevió á alterar esta obra del grande Elias: sus hijos empezaron á alexarse de su profesion con pretexto de caridad, y conversando con el mundo, apagaron insensiblemente el fervor que habian mamado en la soledad. Solo la gran Teresa, para cuyo amor no habia imposible, era capaz de emprender un proyecto tan arduo, que ha asustado siempre á los Papas y Soberanos. Solo ella pudo resolverse á dar unos nuevos hijos á su padre, y un nuevo nacimiento á su propia madre, quiero decir, á la Religion, que la engendró en su seno: *In spiritu, et virtute Eliæ.*

¡Pero qué fatigas no sufrió en la execucion de esta empresa! ¡Qué oposiciones no padeció! ¡Qué lágrimas no derramó! Al dar principio á su Reforma divisa sobre el Orizonte de España una tempestad furiosa, cuyas olas parece que iban á sumergirla en el abismo: todo el Reyno se pone en movimiento: unos la pintan como una muger prestigiosa, que quiere eludir al público: otros la miran como á una hipócrita, que mezcla su propio interés con la honra del Señor: los políticos la juzgan delinquente contra el Estado, los sabios imaginan que está seducida por el espíritu del error, los mas piadosos la muerden con sus sátiras, sus confesores la exórcizan, sus hermanas huyen de ella como de un contagio: los pulpitos, los estrados, las plazas, los claustros, todo está en fermento.

tacion: las Cortes, los Obispos, los Tribunales, todos forman partido para interceptar los primeros vuelos de su empresa. ¿Mas qué importa? Teresa, esta invencible heroína, apoyada en su fidelidad, concluye una obra que hubiera acobardado á innumerables héroes unidos entre sí, y para cuyo éxito no hubiera bastado todo el poder del mundo: una Virgen pobre, destituida del humano socorro, á pesar de todos los obstáculos, á pesar de sus enfermedades, y de la debilidad de su sexó, emprende largos y penosos viages, recorre toda la Peninsula, dejando en cada paso un trofeo de su zelo: funda treinta y dos Monasterios, que han propagado su espíritu de austeridad, de fervor, de ciencia y abnegacion á los dos continentes del antiguo y nuevo mundo, y llega por último Teresa á ser la piedra fundamental sobre que descansa todo el peso de la montaña santa de los Profetas.

¿Qué prueba mas decisiva podia presentar de su fidelidad, ni qué experiencia mas costosa pudo exigir de su constancia el divino Esposo? Con todo, Teresa para mostrar á su amado todo el lleno de su zelo, y el último testimonio que podia pedirle de su inviolable fidelidad, no se contenta con haber exáltado su honra en el recinto de los claustros, dilata sus deseos hasta las extremidades del universo, y abraza quanto pueda contribuir al aumento de su gloria. Llena de este santo entusiasmo, y deseando encender el mundo con el fuego que la abrasa, se arrebató en espíritu á los Reynos de Europa, á los países de Asia y Africa, á las regiones de América, á las islas, bosques, á las cavernas mas inaccesibles, y reuniendo los ardores á su zelo, dirige encendidas súplicas al cielo para hacer baxar las divinas influencias que sirvan de fomento á la piedad de los fieles, y de luz

á los que descansan de las sombras de las tinieblas. Sin abandonar su clausura, atraviesa los mares, y transportándose en espíritu á las regiones del Oriente, ruega á su Dios por la extincion del Paganismo: corre con la imaginacion la Francia y Alemania infestadas con los errores de Lutero y Calvino, y derrama un diluvio de lágrimas para apagar las llamas de aquel fuego devorador: se dirige á los continentes de Asia y Africa, y ofrece todos sus méritos por la salvacion de aquellas almas: ¿qué mas? Une su espíritu á los obreros del Evangelio que propagaron la fé en el siglo XVI por las quatro partes del mundo, agrega sus oraciones á la palabra divina, y levantando sus manos inocentes al cielo, se hace suyas desde la montaña santa como Moyses las victorias y conquistas de aquellos valerosos soldados de la Cruz que combatieron en los valles, ciudades y reynos del mundo.

Vosotras, soledades del Carmelo, la visteis muchas veces deshecha en suspiros pedir al Señor operarios que reparasen las brechas de Jerusalem. Vosotras fuisteis testigos de los desconuelos que la secaban de dolor al verse incapaz por sus enfermedades y por su sexó de seguir los rápidos vuelos de su ardiente zelo. Las visteis sacrificar con generosidad las austeridades mas costosas, y ofrecerse á sufrir todos los males de esta vida, todas las penas del Purgatorio hasta el fin de los siglos por salvar una sola alma. La visteis... ¿Pero en qué me empeño? ¿Acabaria yo jamás si hubiera de seguir los impulsos de su zelo? Contengamonos en los límites de una oracion, y para no defraudar el mérito de Teresa, hagamos por lo menos un resumen de la última prueba que hizo el Señor de su firmeza para admitirla á ser su esposa. Despues de un enlace de cuidados, de fatigas, de viages, de aba-

timientos, austeridades, y experiencias las mas terribles, ya era tiempo de que la heroína del Carmelo entrase á disfrutar los privilegios de Esposa. Pero ved aquí, que antes de franquearla el Esposo su mano soberana, la hace beber un cáliz de dolores, que van á apurar los esfuerzos de su constancia, y decidir el momento dichoso de su desposorio; se presenta visible delante de sus ojos una vez atado á la columna, otra cubierto de llagas, ya traspasado con clavos, y ya finalmente coronado de espinas, á fin de hacerla conocer por medio de estas espantosas visiones los trabajos y sufrimientos que debía abrazar para merecer el honor de esposa: Teresa lo entiende así; y á pesar de un espectáculo que pudiera intimidar á qualquiera otro corazon, que no fuera el de esta generosa Virgen, se siente penetrada de una animosidad sin exemplar, y forma un voto hasta entonces no oido en la Iglesia, de abrazar en todo y por todo, y para siempre lo mas penoso á la naturaleza humana, y lo mas agradable á los ojos de Dios.

¡Qué generosidad tan asombrosa! Este fué el sello que coronó la fidelidad de la ilustre Virgen de Avila, que la hizo digna de la eleccion de su Esposo, y la puso en posesion de los inmensos dones y privilegios que gozó en el curso de esta vida mortal: *Quæsi vi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.* Estamos en la

SEGUNDA PARTE.

Aunque el espíritu santificador nos asegura por boca de Salomon que Dios ha puesto siempre sus tiernas delicias en las criaturas que formó á su imagen, llegando su bondad al exceso de jugar sobre la tierra con los hijos de los hombres: sin embar-

go, esta condescendencia tan liberal no ha podido jamas desprenderle de los derechos inamisibles de su magestad, ni despojarle de aquel imperio absoluto que exerce sobre la naturaleza; pero quando este mismo Dios admite una alma escogida á su estrecha alianza, y se digna honrarla con los privilegios de esposa, entonces parece que suprimiendo toda su grandeza, y olvidando en cierto modo los fueros de su soberanía, la hace entrar consigo en una íntima familiaridad, la comunica los arcanos mas reservados de su divinidad, la regala con los favores mas señalados, la franquea los tesoros inexplicables de su misericordia, la concede una plenitud de poder sobre la naturaleza, y pone en sus manos las llaves del cielo y de la tierra.

Ved ahí la sabia economía que observó el Señor con la ilustre Virgen que veneramos. Luego que Teresa llenó la medida del corazon de su Esposo, se halló anegada en un abismo de mercedes extraordinarias, que inundaron su alma por mas de treinta años: arrebatada en profundos éxtasis entra en posesion de quantas dulzuras contiene la oracion mas fervorosa, de quantas luces puede comunicar la mas alta contemplacion, y de quantas delicias promete en la tierra la union íntima con el celestial esposo: ya ilustran su entendimiento luces que exceden la humana comprehension: ya parece que se la han revelado los mas profundos misterios, y los dogmas mas incomprehensibles, de modo que ella casi no reconoce ya tinieblas en la fé, y vé con sus ojos quanto cree. Al mismo tiempo se siente su corazon inundado en gozo. ¡O dichosos momentos! ¡Cómo os pintaré yo? Siente que de improviso se excita en su alma un indecible deleyte que la hace dudar si vive aun en carne mortal; por otra parte se desprende un rayo de luz celestial,

que hiriendo en sus ojos, parece que la descubre en toda su plenitud la hermosura eterna: experimenta unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem; bebe en aquella fuente de delicias que embriaga á los Santos: oye aquellas palabras misteriosas que no se concedió profesar á ningun hombre mortal. Acalorase su corazon, abrasase, derritese, rebosa en avenidas, y no pudiendo soportar el torrente de delicias que inunda su alma, exclama á su Esposo divino en uno de sus éxtasis: Señor, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores. En este estado ¿qué mas podía desear Teresa para ser dichosa? No obstante, el Esposo que no se contenta con esta desmayada imagen de la felicidad celestial, la transporta como á Pablo á las moradas de la Santa Sion; allí descubre á sus ojos el velo que oculta á los mortales su grandeza eterna; ella admira la felicidad que goza; se vé vestida de resplandores, y rodeada de gloria; ella contempla al Sumo bien, no sé si me atreva á decir con toda la claridad que se presenta á los Bienaventurados en el cielo; lo que puedo afirmar es, que en esta terrena comprehensora se admiraban todas las dotes que constituyen una alma bienaventurada. De aquí aquellas luces que bañaban su rostro virgen en medio de sus largos raptos, y ofuscaban á todos los que se atrevian á mirarla. De aquí aquel calor sensible que percibian en su exterior los que se acercaban á ella, y que ciertamente no eran otra cosa mas que unas efusiones y vapores divinos de aquel amor beatífico que ardía en su enamorado pecho. De aquí aquella agilidad que la levantaba visiblemente en el ayre, siguiendo ciudadana de los Angeles las divinas influencias del soberano iman por quien suspiraba. De aquí aquellos vuelos de su alma que espiritualizando un cuerpo

material y terreno le llenaban de sutileza para dexarse ver á un mismo tiempo entrando y saliendo de los Monasterios con las puertas cerradas. De aquí, finalmente, aquella impasibilidad que la eximia de las necesidades inseparables de la vida mortal, y la preservaba en los penosos viages de su Reforma, del sueño, de la hambre, de la sed, y de la intemperie de las estaciones; pudiendo decir en los veinte años últimos de su peregrinacion lo que un Angel dixo á Tobías: yo uso de un alimento invisible, que es el mismo Dios: *Ego utor cibo invisibili.*

¿Juzgais vosotros que no pasó de aquí todo el patrimonio de la ilustre heroína del Carmelo? No Señores. Las delicias que acabais de oirme, no fueron mas que una pequeña porcion de las arras con que el Esposo coronó los triunfos de Teresa; su mano soberana, que no ponía término á sus profusiones se empeña en privilegiar á esta su cara Esposa, que habia de ser el modelo de las Virgenes; dispensa con ella las leyes ordinarias de su Providencia, y la regala con maravillosas apariciones que la hacen á un mismo tiempo morir de placer y de dolor: parece que todo el cielo se pone en movimiento para honrar á esta nueva Esther: los espíritus soberanos baxan del Paraiso á celebrar sobre la montaña santa las bodas del Cordero. ¡Ah! La Santísima Virgen, los antiguos Patriarcas y los santos Angeles se la manifiestan visiblemente, la hablan con la misma familiaridad que si fuera ya conciudadana del Empireo, y comunican con ella las felicidades de la patria: un Serafin se presenta armado para traspasar su corazon con un dardo, y la sangre que sale de aquella penetrante herida inunda su alma con un torrente de delicias: el mismo Salvador se dexa ver en figura corporal, unas veces rodeado con los resplandores de su gloria,

otras recién nacido en el pesebre, ya entre las humillaciones del Calvario, ya resucitado y glorioso á la diestra de su Padre, causando en el corazon de su esposa unas impresiones tan vivas, tan tiernas y tan penetrantes, que jamas podrá llegar á comprenderlas la humana inteligencia. ¡O soledades de Egipto y de la Tebayda, santificadas con los prodigios y virtudes de los Pablos, Antonios, Hilariones, Egypciacas y Pelagias! Vosotras depositarias de las maravillas del cielo, ¿fuisteis alguna vez testigos de tan plausible y asombroso espectáculo? ¡O gran Dios! ¡Con qué abundancia os deramais sobre una alma, que predestinais con una especial predileccion para vuestra esposa! ¡Cómo haceis que brille sobre la tierra una Virgen que santificasteis para vos! ¡Con qué santa profusion premiais su fortaleza y su constancia! ¡Con qué dulzuras tan copiosas pagais sus trabajos y combates!

¿Qué mejor apología, Señores, ni que testimonio mas auténtico podriamos apetecer para asegurarnos de los dones inestimables y señalados favores con que el cielo colmó á su predilecta Esposa? Sin embargo, era necesario que su entendimiento del mismo modo que su corazon recogiese el fruto de sus combates, y entrase en la posesion de aquella sabiduría sublime que en otro tiempo habia fecundado el entendimiento de los Davides, Isaías, Ezequieles y Jeremías, con el conocimiento de las verdades mas importantes de la Religion. Es verdad que la ilustre Teresa no tuvo el honor de ser instruida como una Bárbara baxo el magisterio del grande Orígenes, ni como las Eustaquias, Letas y Marcelinas en la Escuela de Gerónimo. Aunque jamas se la vió pisar los famosos Liceos de España, ni freqüentar sus célebres academias, ella no obs-

tante llega á ser á un mismo tiempo la luz de los pueblos, la Doctora de las naciones, la Maestra de los ignorantes, la consultora de los sabios, y el oráculo de su siglo. Su maestro es Jesuchristo, y su escuela es la oracion; aquí ilustrada con una luz, superior á la razon humana, toma un rápido vuelo, y se remonta á contemplar los secretos del Altísimo, en el seno mismo de la divinidad; ungida con la gracia, y anegada en un torrente de luces penetra los misterios mas oscuros de nuestra creencia, descubre las maravillas que encierra el adorable arcano de la Trinidad, comprende la unidad de la esencia divina, la inmensidad de su Sér, la plenitud de su poder, el nacimiento eterno del Verbo, las humillaciones de su encarnacion temporal, las inagotables riquezas de su sabiduría, y los tesoros maravillosos de su gracia. Entra en los caminos de la providencia, y forma en su espíritu una imagen de la eternidad que la representa los sucesos futuros, la revolucion de los tiempos, la decadencia de los imperios, los ocultos senos del corazón humano, lo mas oculto de las conciencias, los decretos de la predestinacion, los pensamientos, las ideas, los designios, y las máximas mas escondidas del hombre. ¡Qué conocimientos tan sublimes y tan superiores á la capacidad mortal!

Cargada con los tesoros de la sabiduría eterna, vuelve á la tierra esta nueva Profetisa, esta sabia Española empuña en sus virginales manos aquella pluma veloz que ha sido la admiracion de los sabios, y forma la inmortal obra de la Teología mística, que puede mirarse como cuerpo y centro de la vida espiritual, y cuyo plan la habia inspirado el mismo Dios. Bien sabido es, Señores, que en el siglo de Teresa la Teología mística era un tesoro oculto en la tierra; los Padres de la Iglesia aun-

que habian ilustrado el dogma para conservar la fé en su pureza; aunque San Cipriano habia explicado la inmortalidad del alma, San Atanasio la divinidad de Jesuchristo, San Agustin los principios de la gracia, San Hilario las nociones de la Trinidad, y Santo Tomás los dogmas de la predestinacion; pero estos Doctores tan célebres no habian hecho mas que iluminar el entendimiento para ponerle á cubierto contra los sofismas del error; faltaba un cuerpo sistemático de principios, que arreglasen los movimientos del corazón hácia Dios; esto es, una Teología mística que guiase el alma por grados sucesivos hasta unirla inmediatamente con el Sumo Bien.

Pues esta es la excelente obra que el espíritu del Señor comunicó á la Virgen de Avila, la que inventó esta heroína extraordinaria, la que aprobó Roma con asombro del Universo, y la que ha llenado de luces toda la Europa: obra inmensa á la que la Iglesia ha hecho mas durable que el mármol con los elogios que la ha tributado, y con los socorros que ha sacado de ella; en esta grande obra abraza Teresa todos los arcanos de la vida espiritual, y los explica con sencillez y energia: en ella se encuentran reglas para no equivocarse la falsa con la verdadera virtud, para conocer los artificios del amor propio, las ilusiones del Angel de tinieblas, las astucias de este enemigo, los delirios del entendimiento, los devaneos de la imaginacion, los errores de la simplicidad, los rodeos del orgullo, los movimientos de la gracia, las inspiraciones del cielo, las sequedades del espíritu, los escrúpulos que inquietan, los temores que asustan, la paz que consuela, las delicias que enagenan... En una palabra, Teresa enseña con claridad, y desenvuelve con método quanto se habia dicho con obscuridad en

los siglos anteriores: oír á esta Doctora iluminada, es lo mismo que oír á todos los contemplativos que la habian precedido y se siguieron despues de ella, á los Clementes de Alexandria, á los Dionisios, á los Naziancenos, á los Gerónimos, á los Ambrosios, á los Casianos, ó por mejor decir, es lo mismo que oír á la verdad que habla por su boca.

Ella es la regla de que se ha valido la Iglesia en estos últimos tiempos para disipar el espeso humo que se ha levantado de los pozos del abismo, para confundir el partido de los fanáticos, y pronunciar sus anatemas contra los falsos Visionarios. Aunque Roma se vea amenazada de un incendio con el fatal rizon que sopló Molinos, inventor del quietismo, y su sistema ridiculo halle discípulos en tan gran número que lleguen á asustar á toda la Iglesia, la pluma de Teresa fulmina desde el cielo la condenacion de aquel fanático; y queda proscripto su sistema con los principios sólidos y ortodoxos de la Doctora del Carmelo. Aunque toda la Francia se estremezca al golpe de los esfuerzos de un gran partido de Quietistas apoyados en las sublimes luces del Sabio Fenelon, Arzobispo de Cambray, y pongan en tortura á uno de los mayores ingenios que vió el siglo de oro de Luis XIV, quiero decir, al insigne Bossuet, Obispo de Meaux; luego que la controversia se lleva á Roma, centro de la fé y de la unidad, la misma cabeza de la Iglesia Inocencio XII. desde su trono hace subir las obras de Teresa al Solio Pontificio para que sea maestra en esta causa, y al punto se termina la disputa: Bossuet triunfa, y Fenelon se humilla. Aunque... Pero basta.

¿Qué nos admiramos despues de esto, si uno de los mas famosos Monarcas de España coloca con aplauso en la Biblioteca Real las obras de Teresa entre los originales de San Agustin y de San Juan

Chrisóstomo: si los maestros mas consumados en la escuela de la contemplacion como un San Francisco de Sales, un San Juan de la Cruz y un Venerable Avila la llaman Doctora sublime y escritora privilegiada de la Teología mística: si los escritores mas eloqüentes del siglo iluminado nos aseguran, que una pincelada suya vale mas que muchos volúmenes acreditados: si las prensas de toda la Europa se fatigan por satisfacer la santa ambicion de los que desean poseer este gran tesoro? Dicen que si los Angeles hubieran de conservar en la tierra elegirían la lengua de Teresa, y que su voz es el órgano mas adecuado al eco del Espiritu Santo.

Pues con todo, no fué este el capital de la dote que la preparó el Esposo. Parece que Dios, permitiéndome que lo diga, miró á la bella Castellana con cierta aceptacion, y no contento con haber enriquecido su entendimiento con tan sublimes luces, la llenó del espíritu y poder de sus mas ilustres Profetas. Podíamos decir segun el sistema de un Filósofo antiguo, que las almas de los Samueles, Eliseos y Danieles habian transmigrado al cuerpo de Teresa: ella desde el fondo de su celdilla rompe el velo funesto que oculta á los mortales los sucesos futuros, y presente con claridad las revoluciones mas extrañas, y las particulares escenas que algun dia se han de admirar en la Iglesia y en el Estado. Antevé los rápidos progresos de su nuevo instituto, los héroes y heroínas que han de florecer en él, y los protectores que ha de tener, y como si tuviera presentes todós los monasterios de su Reforma, declara á sus hijas lo que pasa en todos ellos. Los senos del corazon humano se abren á los ojos de esta nueva Profetisa, y como los Videntes de Israel, registra el interior de las conciencias, palpa el es-

tado de sus almas, y consuela á los que conoce afligidos, suaviza á los enemistados, enciende á los tibios, anima á los fervorosos, aquieta á los tímidos, y á manera del sol, cuyas influencias son tan benéficas á la tierra, comunica la luz, y el calor á todos los que se acercan á ella.

Profetisa, y árbitra al mismo tiempo del universo, manda á la naturaleza, y la naturaleza obediente rompe sus fueros, los elementos pierden sus leyes, los astros mejoran sus influencias, los vientos reprimen su furia, el mar calma sus olas, el fuego suspende su voracidad, la tierra esfuerza sus estaciones, el cielo se abre ó se cierra á su voz, las criaturas mas insensibles se detienen ó se mueven á su advitrio, y toda la naturaleza reconoce en ella el poder de su Criador. ¿Qué mas? Dueña soberana de todo el mundo, atraviesa la Península, dexando por todas partes vestigios de su mano milagrosa; aquí cierra los sepulcros, y libra de las fauces de la muerte á los desauiciados; allí cura llagas en que el arte habia apurado en vano sus fuerzas: aquí da vigor á los cuerpos consumidos con fiebres inveteradas; allí da vista á los ciegos, y oído á los sordos: acá hace hablar á los mudos, y expulsa á los demonios de los energúmenos. Todos estos hechos extraordinarios se hallan sellados en una historia fiel, y estan honrosamente colocados en los Anales de los Reyes, y en los de la Iglesia; porque era muy justo que en todas partes se levantasen trofeos á una heroína que el cielo habia elegido para esposa suya, y se habia interesado en colmarla de los mas señalados favores: *Quæsiui sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.*

Si, gran Santa, ornamento singular de la España, y de toda la iglesia: estos fueron los premios

de un Dios infinitamente liberal que os habia santificado para sí con especial predileccion. Ahora que reynais con él en perpetuas eternidades, derramad sobre nosotros los poderosos influxos de vuestra mano, para que plantemos en nuestras almas las virtudes que practicasteis sobre la tierra, acreditad lo mucho que valeis con vuestro Esposo y alcanzadnos la gracia de nuestra santificacion. Yo no os pido por ese ilustre coro de vírgenes inocentes, que á la sombra de los claustros esconden virtudes tanto mas apreciables, quanto que la saben ocultar con mayor recato de la admiracion pública. Vos sois su madre, ella son vuestras hijas; pero unas hijas dignas de tal madre. El tiempo, que todo lo consume, ha respetado su fervor, y no degenerando de sí mismas, las veis despues de dos siglos tales, quales las visteis en los floridos dias de la Reforma; y supuesto que el curso de los años nada ha alterado en ellas, tampoco habrá mudado las disposiciones de vuestro corazon para con ellas. Ahora imploro vuestra proteccion para nosotros; pero en especial os pido que renoveis vuestro zelo á favor del Pastor universal de la Iglesia, para que el maligno viento del Aquilón no empañe la pureza de su fé; prosperad igualmente á nuestro augusto Monarca Carlos, á todos sus dominios, á nuestro Ilustrísimo Prelado, y á todos los moradores de este pueblo, para que imitando vuestros exemplos os acompañemos eternamente en la gloria. Amen.

SERMON III.

DE SAN BENITO DE PALERMO.

In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.

Ecles. cap. 48. vers. 15.

Mientras vivió hizo prodigios, y despues de su muerte obró muchas maravillas.

Este es el magnífico elogio con que el espíritu santificador honra la augusta memoria del incomparable Eliseo digno sucesor del grande Elías, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los mas yertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del mas esclarecido Israelita, que dotado del doble espíritu de contemplacion y de zelo, fué el Taumaturgo entre los Profetas de su siglo; omnipotente entre las manos del Todo-poderoso, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; como dueño absoluto muda todas las leyes del universo, la naturaleza atónita oye su voz, los elementos pierden su impetuosa actividad al sonido de sus palabras, la tierra sujeta le obedece, el fuego embota su voracidad; en su presencia los vientos se enfrenan y enmudecen, el mar calma sus hinchadas olas, la muerte abandona sus trofeos: de su boca sale un soplo vivificador que penetra hasta las entrañas del abismo, y restituye á la vida los cuerpos soterra-

DE SAN BENITO DE PALERMO.

dos entre las tinieblas del olvido: los Reyes admirados le respetan, la púrpura y la magestad se rinden á su imperio, la Palestina confiesa la fuerza de su poder, y los pueblos afligidos acuden á sus pies: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al mas famoso Profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en conocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taumaturgo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo Franciscano, el Benjamin amado del nuevo Jacob, la copia mas original de su llagado Patriarca, gloria de la nacion Africana, luz prodigiosa del Septentrion y Mediodia, varon singular, alma grande de aquellas, que en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias, para hacer alarde á los ojos del mundo de su poder comunicado á un hombre mortal, animándole con los esfuerzos de su mano poderosa, para que tanto en el sepulcro como en la cuna, manifieste la magestad y omnipotencia del Sér supremo con señales y prodigios: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Consideremos á un mismo tiempo la asombrosa multitud de maravillas que obró en vida y muerte el bienaventurado de Palermo, y la prodigiosa santidad con que ilustró la Iglesia de Dios. Si la vida del glorioso Benito fué un agregado, y un cúmulo de hechos extraordinarios, no lo fué menos de acciones heroicas que daban mayor esplendor á sus maravillas: si sus milagros asombraron desde Filadelfia las regiones del Aquilon y del Austro, por su multitud, por su variedad y por su singularidad, tambien llenó de admiracion la sublimidad de

sus virtudes las soledades mas yermas, y todos los lugares donde residió: si él obró los prodigios que engrandecieron á los mayores héroes de ambos Testamentos, poseyó igualmente la santidad en que florecieron los hombres mas grandes que ha tenido la Religion en todas las edades; por esta razon no puedo daros idea mas cabal de su carácter, que representándole como un prodigio de la gracia, tanto por el heroismo de sus virtudes, como por la magnificencia de sus milagros. Yo me explicaré con claridad, y vosotros entendereis mi pensamiento. Voy á proponeros dos proposiciones que servirán de basa y fundamento á mi panegirico, y darán toda la materia para componer su completo elogio. Escuchadme. La prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió nuevo realce y autoridad á la multitud de sus milagros: esta será la primera parte. Las maravillas y portentos que obró Benito en vida y muerte, contribuyeron al mayor aumento y perfeccion de su santidad; segundo punto: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Ahi teneis, ilustre Archicofradia, dos puntos que á manera de palmas van á entreteger una guirnalda para ceñir las sienes de mi héroe, y de vuestro glorioso Patron: vosotros juntad y esforzad vuestros ruegos al Divino Espíritu, para que me alcance las luces que necesito para proponer sus prodigiosos exemplos, de tal suerte, que edifiquen á vuestra piedad, y alienten la fé de mis oyentes. Para conseguir esta gracia pongamos por intercesora á Maria Santísima, saludándola con el Angel. *Ave Maria.*

Aquel Dios de magestad, cuya voz de magnificencia, segun la frase de David, rompe los cedros del Libano, divide las llamas del fuego, reprime los vórtices del ayre, suspende el curso de

los astros, pone término á las olas del mar, conmueve las sombrías selvas del desierto, estremece la inmensa mole del globo, conturba las potestades del abismo, humilla, abate, rinde y enmudece, quando quiere, á toda la naturaleza: aquel Señor Omnipotente, cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura mas débil elevándola sobre las potestades de la tierra, y haciéndola superior á los demás mortales: este gran Dios, único y soberano Autor del universo, escogió por un efecto de su bondad entre la esclarecida estirpe del nuevo Abraham, al bienaventurado de Palermo, le comunicó su espíritu, y le revistió de su fortaleza para que fuese el depositario de su poder, y brillase entre todos los héroes de la Ley de Gracia, como un varon prodigioso: este es su carácter propio y personal que le distingue de los demás Santos que han resplandecido en la Iglesia de Dios, y en el antiguo Testamento.

En efecto, si desde nuestros tiempos retrocedemos á los siglos mas remotos, apenas encontraremos en tan inmenso espacio quien se le parezca á Benito de Palermo: hallaremos justos en quienes substituyó el Omnipotente la virtud de su divino brazo: veremos á un Moyses, legislador de los Judíos, que con su portentosa vara apacigua y divide las encrespadas olas del mar Rubio: á un Josué, General de las tropas del Señor, que hace parar al primer planeta en su carrera: á un Elias que pone su boca en las nubes, y el cielo se abre y se cierra al imperio de su voz: al jóven Daniel que amansa la fiereza de los leones: á un Martin, aquel insigne Obispo de Tours, que suspende el impetu abrasador de las llamas, y este elemento voraz le respecta y se apaga obediente á su palabra: á un San Gregorio, que manda como Soberano á los mon-

tes, y á pesar de su ingente mole se trasladan de un lugar á otro.

Pero todos estos héroes de la gracia, aunque obraron como depositarios de la Omnipotencia, la virtud milagrosa que se admiraba en ellos la recibieron con mas economía en ciertos dias, y en ciertos momentos; al paso que esta misma virtud la comunicó el Omnipotente al insigne de Palermo casi sin medida: ella empieza, por decirlo así, desde su misma cuna, y le sigue en todos los pasos de su vida: ella desciende con él al sepulcro, y desde las concavides de la tumba parece que manda á la naturaleza, pues se muestra dócil y obediente á sus órdenes. ¡Qué espectáculo tan asombroso sería para vosotros, si yo expusiera á vuestra vista en un momento toda la serie de sus portentos y maravillas! Pero no penseis que yo me propongo hacer una puntual relacion de sus milagros, lo que intento manifestaros es que estos milagros, por estupendos y asombrosos que sean, no deben admiraros ni pasmaros en Benito de Palermo, porque su misma santidad exígia en cierto modo este don maravilloso; y siendo tan singular el heroismo de sus virtudes, era como consiguiente y natural que hiciese todo lo que hizo. Continuada vuestra atención, y procurad entender el verdadero carácter de un Santo, cuya sublime virtud llenó de admiración al siglo XVI, y dió todo el lustre y esplendor á sus portentosos hechos.

La cuna, teatro funesto de las flaquezas y miserias del hombre, fué para Benito mansion de honor y de gloria: apenas vé la luz este fenómeno de la gracia apenas se organiza su tierno cuerpecito, quando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazón puro: dueño de sí en medio de las faxas que le aprisionan, levanta al cielo sus manos

tremulas en ademan de unirse con el Sumo bien: las primeras palabras que articula su lengua balbuciente son cánticos de alabanza que consagra al divino Hacedor: á él se encaminan y dirigen todas sus potencias, y le hace un temprano homenaje de su entendimiento, de su voluntad, y de todos sus sentidos: superior á las flaquezas de la naturaleza, luego que descubre un rayo de la gracia, ya experimenta sus divinas influencias, ama á Dios aun casi antes de saber los poderosos motivos que le obligan á amarle, y su edad infantil no tanto es presagio, como continuo ejercicio de virtudes. De la infancia de los demas Santos rara vez se hace mérito en sus elogios, porque arrebatados de las primeras impresiones de una naturaleza corrompida, se dexaron llevar del impulso de sus deseos antes de escuchar la hermosa voz de la virtud, y quando empezaron á resplandecer como astros, fué despues de un largo eclipse, que habia empañado sus primeros dias; un San Mateo, que quando Apóstol llena de admiración á los fieles recién convertidos con su desinterés y perfecto desapropio, habia sido un publicano estafador, que taló los pueblos con usuras; una Magdalena deshecha en lágrimas á los pies del Salvador, habia sido antes en la primavera de sus años el ídolo de la juventud, y la idólatra del mundo; las Egipcacas y Pelagias, tan célebres despues por su penitencia, fueron igualmente famosas al principio por sus desenvolturas; pero Benito no reserva para el Señor una victima manchada con los profanos respetos que antes hubiese tributado al mundo y á sus halagos: su corazón nunca probó la ponzoña del vicio: en él la prudencia se adelantó al uso de la razón, y la razón al número de los años: como generosa águila voló desde el nido de su infancia á los brazos de la virtud, y se puede justamente du-

dar si hubo alguna interrupcion entre su cuna y la virtud; porque ser hombre y ser virtuoso, fué en él una misma cosa: todavía no sabe fixar sus vacilantes plantas, y ya se dirige al templo en alas de su amor: allí alimenta su tierno espíritu con las verdades eternas: allí abrasa su corazon en los incendios de la mas ardiente caridad: allí humillado á los pies del trono se excita á formar la idea admirable de ser el héroe de las virtudes, el exemplar de la penitencia, y el modelo de la abnegacion evangélica; otras veces se oculta de sus padres en lo mas escondido de su casa, y puestas sus pequeñas rodillas sobre el duro suelo, se ensaya en aquella perfeccion, con que despues habia de ilustrar la soledad de los yermos, y el retiro de los claustros.

¡Qué sacrificios tan generosos y tan anticipados! Pero sacrificios que no eran mas que unos vislumbres precursores de la esclarecida santidad de este gigante de la gracia: su prodigiosa virtud, que ocultaba el velo de su puericia, se dexó ver con claridad luego que el joven atleta empuñó á los nueve años el cayado de pastor: esta ocupacion inocente que habia justificado en las dos edades del mundo á los mas célebres Patriarcas de la antigüedad, fué el exercicio que descubrió los quilates de su grande alma: ocupado en velar sobre su rebaño en los campos de San Fradelo, se subtrae unas veces sigilosamente de la vista de sus compañeros, y á los pies de una elevada encina derrama su fervoroso corazon en presencia de su Dios: luego forma de una multitud de pieles y arbustos un pequeño Santuario, y pasa las noches insomnes, entonando las canciones de Sion; ya sale de su retiro á buscar los mendigos de las aldeas, y deposita en su seno el escaso alimento que habia reservado para sí; ya practica ayunos poco menos que continuos, y aflige sus delicados miem-

bro con cordeles nudosos; ya se mezcla con los pastorcillos de su edad, y los instruye en los rudimentos de la fé, y en las máximas del Evangelio: unas veces postrado secretamente en tierra, levanta los ojos al cielo, y se dispone á escuchar con prontitud la voz de su Señor, otras se anima á sí mismo, y se apareja como el jóven David á observar todos los movimientos del infernal Goliath; ya concibe el arduo designio de imitar la santidad y perfeccion en que florecieron los Hilariones, Arsenios, Romualdos, Gualbertos, y quantos héroes ocultaron las espantosas grutas de Nitria y Tebaida.

Si Señores, el deseo de buscar modelos y exemplares de perfeccion, le arranca de la casa paterna, y le trasplanta á los bosques de Caronia, coronados de montañas estériles y escarpadas, discurre ansioso, y desahogado por aquellas selvas inaccesibles á los rayos del sol, y cuyo silencio solo interrumpe el fragor de los uracanes, ó el bramido de las fieras, registra sus grutas y profundos valles, camina infatigable por entre riscos y peñas con el fin de hallar á los ancianos pobladores que habitan aquel pais inculto, y satisfacer las ansias que tiene de llegar á la mas sublime santidad. ¡Qué espectáculo! Benito encuentra el precioso tesoro que solicita: vé aquellos ángeles del desierto, aquellos venerables ermitaños, que baxo el sagrado instituto del gran Francisco de Asís, habian encanecido entre las rocas y torrentes, se postra á los pies de aquellos prodigios de perfeccion, los oye y los admira como un discípulo que va á consultar á sus maestros, como un hijo que desea recibir lecciones de sus padres. ¡Ah católicos! Me parece que estoy viendo á Eliseo enriqueciéndose con el doble espíritu que le comunican aquellos nuevos Elías de la ley de gracia: Benito contempla en el silencio la austera conducta

de aquellos solitarios, observa sus rigores, sus combates y sus victorias, y siente encenderse en su interior un fuego que le consume, y un ardor que le enagena; desciende con ellos á la palestra, sigue sus admirables huellas, anda por todos sus caminos, toma parte en todos sus sacrificios, y á los primeros pasos de su carrera asombra el jóven novicio á sus mismos maestros, se remonta á la cumbre misma de perfeccion, dexa muy atrás á los mas pro-
 vectos y adelantados en la virtud, y adquiere una santidad tan prodigiosa, que empieza por donde terminaron aquellos famosos solitarios.

Cargado el Bienaventurado de Palermo de los despojos y trofeos que recogió en las selvas de Caronia vuela en alas de su fervor á la capital de Sicilia, por orden del Sumo Pontífice Pio IV; el Padre Santo habia disuelto y relajado la vida solitaria, que por privilegio apostólico emprendieron aquellos famosos ermitaños, y Benito escoge por inspiracion divina la conventualidad de Palermo, donde asociado á los religiosos de la reforma de Santa María de Jesus, suelta de nuevo los diques á su gigante espíritu. ¡Ah! acompañemos con el pensamiento á este humano serafin en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este célebre colono del yermo se incorpora en claustros minoritas, trae á su memoria las acciones de los mayores Santos, que como luminares de primer orden brillaron en el firmamento Seráfico; recorre en su imaginacion el espíritu apostólico de los Paduas, la austeridad de los Alcántaras, el zelo de los Capistranos, las vigili-
 as de los Regalados, el fervor de los Bernardinos, la humildad de los Diegos de Alcalá, la pobreza de los Luises, y los éxtasis de los Baylones: revuelve en su fervorosa fantasia los gloriosos triunfos que con-

siguieron de los tiranos en las mazmorras de Africa, y en las plazas de la Belgia los Danieles, Hugolinos, Bautistas, Otónes, Acursios, Berardos y Leones; y resuelto á copiar tan sublimes originales, se empeña en unir en sola su persona todos los caracteres de santidad que hubo en ellos.

Animado de esta noble ambicion da principio por una crucifixion general de todos sus sentidos; ¿pero qué crucifixion? Jamás tirano alguno, por inexorable que fuese, concibió odio tan implacable al nombre christiano, como Benito contra su inocente cuerpo, y todavia mas ingenioso que ellos, inventa arbitrios de crueldad que se habian ocultado á su furor: vestido de una túnica andrajosa y grosera arma contra sí su propio brazo, y despedaza muchas veces cada noche su carne virgen; cuyas heridas aumenta con una malla de hierro que llevaba sobre sus llagados miembros; aprisiona su cintura con una cadena herizada de agudas puntas, que continuó hasta el borde mismo del sepulcro; se condena á un prolixo ayuno de siete quaresmas, y el corto alimento que llega á sus macilentos labios, mas bien sirve para entretener la muerte, que para sustentar la vida; sus vigili-
 as son tan prolongadas, que el poco sueño que toma sobre un manojo de sarmientos, no es otra cosa que un tributo indispensable, que por fuerza le arranca su desfallecimiento; camina descalzo por lugares sembrados de aspereza; abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los pies, y otras tantas heridas en el corazon; expone sus fatigados miembros á la intemperie de las estaciones, para que á un tiempo le persigan el frio, el calor y la hambre, ¿pero qué es lo que intento? Yo no soy capaz de explicar el santo furor con que une en sí todo el rigor de los mayores penitentes que florecieron en

la numerosa familia del Patriarca de Asís; basta decir, que reduxo su afligida carne á tan asombrosa severidad, que mas parecia un cadáver animado, que un hombre vivo.

Adornado el héroe Africano con las sangrientas señales de la penitencia, se apresura á copiar las demas virtudes compañeras inseparables de la mortificación y austeridad. En efecto, luego que Benito llegó á ser el mas famoso penitente que vió la religion Seráfica en los siglos de oro, tardó muy poco en plantar radicalmente en el fondo de su corazon el reyno de la humildad: insensible á los impulsos del amor propio, y transformado en su misma nada, abraza con gusto los ministerios mas viles de la comunidad, se reputa por el oprobio y perisema de los claustros, y anegado en su propia miseria se tiene en su concepto por el mas inútil y pequeño entre sus hermanos: los pueblos convencidos de su extraordinaria virtud y milagros le aplauden; él suspira, llora y gime oprimido baxo el peso de la universal reputacion, y huye á los rincones mas escondidos del Convento para no ser visto de nadie, y evitar de este modo sus importunos aplausos: si sale de allí, es para conducirse á las chozas mas humildes, y mezclarse con la mas infima plebe por conciliarse el desprecio de los grandes; si cruza las calles y plazas de Sicilia, es para llevar sobre sus fatigados hombros un costal de mendrugos, que ha juntado para alivio de los pordioseros; si entra en los hospitales y calabozos, domicilios del hambre, y del contagio, es para limpiar las úlceras á los leprosos, besar sus llagas, socorrer su caimiento, y acompañarlos en sus miserias; si se confunde con una chusma de muchachos, es para instruirlos en los primeros rudimentos; y hacerse al mismo tiempo mirar como

insensato y extravagante. Pero qué expresiones me bastarian para ponderar los extremos de su abatimiento, ni qué tiempo tendria yo para numerar las demas virtudes, que resplandecian en su persona? Recojamos velas en una materia tan vasta y tan dilatada.

El insigne Benito por medio de un prodigioso enlace hermanó las qualidades mas excelentes que se hallaron esparcidas en los héroes Franciscanos que le precedieron; y para formar su perfecto pangeirico, seria necesario hablaros de la santidad de todos los justos de su Orden; él tuvo el zelo de los operarios mas famosos del Evangelio que sudaron en las quatro partes del orbe, y se hizo participante de sus conquistas apostólicas por sus fervorosas oraciones dirigidas al Padre de las luces; él juntó la pureza mas acendrada con los rigores de la austeridad; las suavidades de la contemplacion con el empleo continuo de la mendicidad, la abnegacion y recogimiento interior con el bullicio del siglo. Él concilió la mansedumbre y sencillez con la entereza y libertad de ánimo: la separacion de las gentes con las ocupaciones públicas de la obediencia: la soledad y retiro con los ejercicios diarios de caridad. Él al fin se transformaba con la gracia en todas las formas y figuras: todas las virtudes residian en él, y él se señoreaba de todas ellas.

Este conjunto de tan heróycas virtudes le elevó, á pesar de su estado laical, á la prefectura de Santa Maria de Jesus. ¡O, y qué resplandores no difundió este astro luminoso colocado sobre el horizonte de su prelacia! Qué espectáculo tan digno de admiracion el verle rodeado de su pequeña grey! A mí se me figura que veo al grande Antonio en medio de sus discipulos, ó al zeloso Capistrano ocupado en los afanes de su reforma. A unos confir-

ma con sus consejos, á otros dirige con su prudencia, á aquellos alienta con sus exemplos, y á todos enseña las virtudes de su profesion: á los débiles consuela con juiciosa condescendencia, y suaviza con ellos el rigor de la regla, sin debilitar su espíritu: á los fervorosos alaba con equidad y sabiduría; á los novicios instruye en los ápices mas menudos, y á los mas provechosos anima á caminar á la cumbre de la perfeccion. Él olvida su autoridad y sus facultades, y no se acuerda de la superioridad sino para elegir la celda mas pobre y estrecha, para vestir el hábito mas burdo, para ejercitarse en los ministerios mas humildes, para ocuparse en los oficios mas viles, y para hacerse como Pablo todo para todos: no nos cansemos, él fué á manera de un sol, que en el oriente de su guardianía, y en su ocaso lució de un mismo modo para iluminar á sus súbditos con el resplandor de sus exemplos, y fomentar en ellos la observancia de su sagrado instituto.

Un hombre tan extraordinario, ¿cómo podría dexar de ser la espectacion y el asombro de toda la Europa? ¿Ni cómo podrían los pueblos ultramarinos dexar de entender que sus virtudes iban de acuerdo con sus milagros? Y ved aquí como la prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió mayor realce y autoridad á las maravillas que obraba. Avivad vuestra fantasia, y tened presente que esta fué la primera proposicion que elegí en el exordio de mi panegirico, y voy á demostraros con una sola pincelada.

Supuesto que San Benito de Palermo reunió en sí la virtud de todos los Justos, ya no es maravilla que obrase los milagros que hicieron famosos á los Santos de uno y otro Testamento; si como Moisés se cubria su rostro de extraordinarios res-

plandores, y su cuerpo se bañaba de luces al separarse de la sagrada mesa del altar, tambien tuvo la mansedumbre, la paciencia, y las demas excellencias de este gran legislador; si mandó como Elías á los elementos y á las nubes, tambien poseyó la intrepidez y ardiente zelo de aquel célebre Profeta; si como Samuel penetra lo mas interior de las conciencias, y antevió como Isaías, las vicisitudes y acaecimientos futuros, imitó igualmente la fidelidad de estos Profetas en la observancia de la divina Ley; si gozó como Pablo en carne mortal las delicias del Paraíso, tambien tuvo la encendida caridad que abrasó al Apóstol de las naciones; si restituye á la vida muchas veces como los Paduas, á los que difuntos yacian en las tinieblas del sepulcro, poseyó igualmente la inocencia y el espíritu de aquel prodigio de la gracia; si finalmente dió perfecta sanidad á los desauiciados que pisaban ya los umbrales de la muerte como los Cantalicios y Baylones, tambien tuvo la humildad y candor de estos dos héroes Minoritas.

De suerte, que Dios se empeñó en hacerle un hombre extraordinario, obrador de maravillas, y él trabajó toda su vida para ser hombre de prodigiosa santidad; el resplandor de sus milagros fué correspondiente á su portentosa virtud, y ésta sirvió de realce y confirmacion á sus maravillas; los pueblos, testigos oculares de los milagros continuos que obraba, fueron al mismo tiempo espectadores fieles de sus virtudes, y éstas les causaron mayor asombro que sus mismos milagros; los Grandes de la tierra, en los que parece que tienen su centro las sospechas, y las desconfianzas, estos Potentados del siglo tributaban respetuosos honores á sus prodigios, porque se hallaban convencidos del tenor de su portentosa vida. Los Vireyes de

Sicilia, los Magistrados, los Duques, los Prelados y todos los fieles de ambos sexos, absortos á vista de sus portentos, se maravillan aun mas al ver que este varon singular apenas pisó las primeras gradas de la juventud, quando ya emulaba la sublime perfeccion de los Antonios, Hilariones y Pablos; al ver, que en medio del tumulto de las gentes conservaba el recogimiento del mas perfecto solitario, y la mortificacion del penitente mas austero; al ver sus vigiliass, sus ayunos, su humildad, su oracion, sus raptos, su comercio con el cielo, y los rayos de luz que salian de su rostro; al ver finalmente, que aquellas manos obradoras de tantas maravillas, que dan salud á los enfermos, lengua á los mudos, vista á los ciegos, pies á los tullidos, y vida á los muertos; que aquellas manos prodigiosas eran las mismas que se empleaban en los ministerios mas viles y despreciables del claustro, en limpiar las inmundas llagas de los leprosos, y en transportar el alimento preciso á los encarcelados. ¿Qué prueba mas decisiva de la verdad de sus milagros, que la evidencia de sus prodigiosas virtudes? ¿Qué señal mas clara de ser Benito el Taumaturgo de su siglo, que el verle practicar en todos los instantes de su vida los actos mas heróycos de perfeccion?

Él en su infancia pasó desde la misma cuna á los brazos de la virtud: en sus años juveniles poseyó la heroycidad de los mayores Santos; y en su ancianidad conserva el mismo espíritu y las mismas virtudes: su inocente cuerpo estuvo siempre agoviado con las santas crueldades que practicó desde su tierna edad hasta los últimos suspiros: su corazon vivió siempre abrasado en los incendios de la mas ardiente caridad; y todos sus sentidos estuvieron siempre sujetos á las impresiones de la gra-

cia: él al fin fué un hombre que al primer paso llegó al término de la perfeccion, y en una edad sexágenaria continuaba todavia en caminar con igual fervor á vista de todo el mundo. ¿Podia darse testimonio mas auténtico, ni otra prueba mas eficaz para convencer á todos, que ver que sus milagros correspondian á sus virtudes, y que estas daban nuevo realce, y servian de apoyo y confirmacion á los portentos que obraba? Concluyamos, que la prodigiosa santidad de Benito dió nuevo lustre y autoridad á sus prodigios, y esta misma santidad hizo mas creibles sus milagros. Esto fué lo que propuse demostrar en la primera parte. Ahora añado, que sus milagros sirvieron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raiz de mayor perfeccion. Estoy en él

PUNTO SEGUNDO.

Por mas que la profana antigüedad adorne su historia con las mentidas maravillas, de que se gloria, para deslumbrar á los incautos: por mas que la Pitonisa de Endor atribuya á sus encantos la famosa aparicion de Samúel, y los hechiceros de Egypto multipliquen prestigios para remedar los portentos que obraba Moysés: por mas que los soberbios Pagános aplaudan los falsos milagros de un Apolino de Tíanea, y Roma sea el teatro de las fingidas maravillas de Simon Mago; solo Dios, dice el Angel de las Escuelas, puede mudar las leyes del universo, y á él solamente pertenece escoger una criatura, comunicarla su poder, hacer de ella un Taumaturgo, y elevarla sobre toda la naturaleza; entonces la sabiduría del siglo, el valor de los conquistadores, la habilidad de los políticos, la autoridad de los Magistrados, la magestad del

trono, la púrpura romana, toda la grandeza pierde su resplandor, y se eclipsa en presencia del hombre de milagros, á quien Dios ha escogido: éste parece superior á los demas mortales, porque es depositario del poder del mismo Dios, y aun las criaturas insensibles, los elementos, el fuego, la tierra, el ayre, el mar y el abismo escuchan con sumision el sonido de su voz.

De este modo se portó Dios con el incomparable Benito. Desde su nacimiento le propuso como un espectáculo extraordinario á todo el universo, imprimió en él los caracteres y señales de su poder divino, le revistió con la fuerza de su brazo, puso en sus manos las llaves del cielo, y le enriqueció con los tesoros de su omnipotencia. En su presencia se postran las deidades sublunares, el mundo entero le tributa sus respetos, los pueblos, los Monarcas, los Obispos, los Vireyes, los Cardenales y los Sumos pontífices le reverencian, y admiran los prodigios que obra en vida y en muerte, y su sepulcro se halla adornado de los trofeos, que á su memoria han levantado el sacerdocio y el imperio.

¡Qué asombro, señores, ver á un pobre lego hecho árbitro, dueño y señor de todo el mundo, á cuya voz nada hay en la naturaleza capaz de resistir! Él manda, y al punto los elementos olvidan su natural inclinacion: el ayre pierde sus malignas influencias, los vientos reprimen sus furiosos embates, la tierra mejora sus estaciones, el mar apacigua sus espumosas olas, el cielo se explica en abundantes lluvias, las criaturas mas insensibles se detienen ó se mueven á la voluntad de este Tauturgo, y toda la naturaleza pasmada, atenta y obediente reconoce en él el poder del supremo Criador.

Seria poco haber tenido este imperio sobre las criaturas inanimadas, si no lo hubiera exercido tambien sobre los mismos hombres. En efecto vieron á este varon portentoso caminar por las plazas, aldeas y ciudades populosas, llevando consigo las llaves de la vida y de la muerte. Le vieron atravesar toda la Sicilia, dexando en todas partes vestigios y señales de su mano milagrosa. Allí hace revivir á dos niños despues de muchas horas que habian espirado, y los restituye sanos á sus desconsolados padres. Aquí renueva el prodigio de San Pedro en el pórtico de Jerusalem, y hace caminar á un paralítico con el contacto de sus manos. Allí cierra el sepulcro, y libra de las fauces de la muerte á una matrona desauiciada entre los dolores del parto, y aun á otra muger hidrópica que habia apurado en vano todos los arbitrios de la medicina. Aquí da vista á dos ciegos de nacimiento, y luego cura las calenturas mas pútridas, y las llagas mas desesperadas con un sorbo de agua comun, ó dando á mascar á los pacientes una corteza de pan. Allí hace hablar á los mudos, oir á los sordos, y salir á los demonios de los cuerpos de los energúmenos que habian atormentado mucho tiempo. Ya se dexa de ver en los hospitales de los agonizantes, y á su vista huyen las fiebres malignas, y los enfermos quedan consolados y restituidos á una perfecta salud. Y para decirlo en compendio, todos los lugares por donde pasa ven desaparecer los males que los afligian, ninguno invoca en vano su maravilloso poder; en una ciudad renueva los mismos prodigios que acaba de obrar en otra, y parecia que la naturaleza habia recibido orden de su Autor para obedecer en todo á Benito de Palermo: *In vita sua fecit monstrea, et in morte mirabilia operatus est.*

Taumaturgo y Profeta á un mismo tiempo, rompe los velos que ocultan los sucesos de los siglos futuros, y queda todo patente á su vista: ve las revoluciones mas extrañas, y las mas singulares escenas que han de acaecer en la Iglesia y en el Estado. Reune su imaginacion las diferencias de los tiempos, señala con la mayor distincion sus circunstancias, y como si tuviera presentes todos los lugares, declara como Isaias y Jeremías lo que pasa en todas partes; los secretos del corazon se descubren á la penetracion de este Samuel, y como aquel Vidente del antiguo pueblo registra lo mas interior de las conciencias, él revela á unos, como Ezequiel, el funesto decreto de su muerte, y á otros anuncia, como Natan, sucesos prósperos y favorables.

¿Qué mas? Un hombre sin letras, educado en medio de las selvas, empleado en los ministerios económicos del claustro, sin haber cursado jamas las Academias de Europa, habla el language de los sabios, discurre sobre los puntos mas delicados de Teología, penetra los misterios mas altos de la Religión, y descubre las verdades mas abstrusas, que no se alcanzan con el estudio de las letras; los varones mas famosos de su siglo, los oráculos que se habian hecho admirar en el Concilio general de Trento, estos hombres que habian encanecido sobre los libros le consultan en sus dudas: los pueblos acuden en tropel al retiro de su celda, ansiosos de oír las palabras de vida eterna que salen de su boca; la fama de su nombre vuela hasta los últimos confines de la Europa, y todos repiten admirados lo mismo que decian los Doctores de la antigua Ley, hablando del Salvador: *Quomodo hic litteras scit cum non didicerit?*

¿Quién creeria, oyentes, que un hombre cerca-

do de tantos honores, lisongeadó de grandes y pequeños, y rodeado de los aplausos de un numeroso pueblo que acude á la voz de sus prodigios: un hombre, cuya gloriosa memoria todavia brilla en la obscura noche del sepulcro, y cada dia se manifiesta con nuevas maravillas, y cuyos inauditos portentos han volado por las dilatadas regiones del antiguo y nuevo mundo; quién creeria que este hombre, colocado en medio de las clamorosas voces de la tumultuaria muchedumbre que le aplaude, no expondría su virtud al peligro de la distraccion, su austeridad al riesgo de la tibieza, ó su humildad á los lisongeros vapores de la vanidad? Sin embargo, acompañadle con la consideracion á las ciudades mas populosas, á la presencia de los Vireyes, al palacio de los Obispos, á las casas de los Grandes, donde el ocio y las delicias se suceden mutuamente: seguidle por las calles y plazas mas públicas, centro y depósito de los placeres y de la disipacion, y le admirareis en todas partes el solitario mas perfecto, y el religioso mas austero; y convendreis conmigo en que sus milagros contribuyeron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raiz de mayor perfeccion.

No lo dudeis. Presentanse á su vista el aparato ostentoso y pompa alhagüeña del siglo, pero sin merecerle la menor atencion vive sosegado en el seno de la confusion, y silencioso en medio del estrépito; su alma se halla tan unida con Dios, que el mundo no tiene la menor entrada en su corazon: enagenado en las profundidades de una sublime contemplacion, camina por medio del tumulto olvidado de todo, desasido de la tierra, y tan absorto en las cosas del cielo, que no piensa sino en Dios, no suspira sino por Dios, no vé ni oye sino á Dios, como si en este vasto universo no hubiese

mas que Dios y Benito. El bullicio tempestuoso del siglo que le embiste, no le impide sus rigurosos ayunos, su austeridad continua, el ejercicio de su oracion, el fervor de su devocion, la vigilancia de su zelo, lo encendido de su caridad, ni su profundo recogimiento: él vive unido con Dios, y crucificado al mundo en medio del mismo mundo, y Dios se comunica con él con la mayor abundancia y liberalidad. ¡O famosas soledades de Egipto y de Tebayda! ¿podreis vosotras, mansion de los mas célebres anacoretas, presentarnos á la vista un exemplo mas ilustre de perfeccion? ¡Ah! Vivir en soledad retirado del bullicio del mundo, vivir en las cavernas subterráneas adonde no llegan los silvos lisongeros de la sirena encantadora: esto lo han hecho gloriosamente los Arsenios, Romualdos, Hilariones y Pacomios; pero vivir en soledad en el mismo mundo, en medio de una babilonia tempestuosa, en las ciudades de mas tumulto, y hasta en los palacios de los grandes sin arriesgar la santidad, estaba reservado para el incomparable Benito de Palermo; la disipacion, el boato, las delicias y el estrépito de un siglo tumultuoso no pudieron turbar su recogimiento interior, su union con Dios, ni su amor á la penitencia: así como los aplausos, las honras y los obsequios de un mundo halagüeño no fueron capaces de alterar su profunda humildad.

En efecto, Benito se vió elevado al mas alto grado de reputacion: los pueblos se postran á sus pies para implorar su proteccion, los enfermos convallecidos, los ciegos que recobran la vista, y los muertos resucitados publican á gritos sus maravillas: los grandes aplauden su poder, el mundo entero asombrado con sus milagros pregoná sus elogios, los Prelados, los Vireyes, los Duques y

Marqueses, lo mas alto y sagrado del Sacerdocio, lo mas encumbrado y augusto del siglo, todos obsequian y panegirizan publicamente sus portentos; pero estas aclamaciones tan lisongeras, léjos de deslumbrar y de ingreir su corazon, le sirvieron para humillarle y confundirle mas. De sus universales aplausos apela al tribunal de su conciencia, y llora amargamente la ceguedad de unos pueblos empeñados en tributarle alabanzas, que solo merece el supremo Criador: se llena de congoja, gime y se aflige porque no puede persuadirles que las maravillas que le ven obrar son únicamente dádivas graciosas del Omnipotente; se duele porque no le creen que él no tiene parte alguna en los milagros que tanto ponderan, y solo se consuela, quando resarce sus importunos honores con los abatimientos y humillaciones que inventa.

Representaos christianos á este hombre singular hecho la admiracion y asombro de los pueblos; poderoso en obras y palabras; aclamado en todos los contornos de Sicilia, Nápoles y España; famoso en la opinion de los grandes y pequeños; el Profeta que vaticina á las naciones sus futuros destinos; el Taumaturgo á quien obedece la naturaleza; el justo á quien Roma prepara ya altares y dispone templos; preguntadle qué piensa de sí, y os dirá que es un pecador miserable, digno de ser el oprobrio y el desprecio de las criaturas. Si considerais sus acciones, todas son una serie de humillaciones, y una cadena de abatimientos; vedle huyendo de los aplausos, que le ganan sus milagros, á los últimos rincones del claustro; vedle ocupado diariamente en los ministerios mas baxos y despreciables de la comunidad: vedle como el mas miserable pordiosero mendigando dia y noche

de puerta en puerta el alimento necesario para los Religiosos de su Convento; vedle.... ¿Pero qué no veriais en un hombre extraordinario, nacido para la virtud, y que habia levantado en el fondo de su corazon el imperio de la humildad? ¿Son estos los efectos maravillosos que causan en Benito de Palermo los honores y las aclamaciones que por todas partes le cercan á vista de sus milagros? Si por cierto, Católicos: los prodigios y las maravillas que ha obrado, y los aplausos que se ha merecido solo han servido para aumentar, acrisolar y perfeccionar su santidad.

Confesemos pues que los milagros de San Benito de Palermo debieron su mayor aplauso, su mayor esplendor y su mayor gloria á su prodigiosa santidad, así como su santidad debió su mayor aumento y su mayor mérito á sus milagros; la santidad de Benito fué la prueba, el apoyo y el argumento de sus milagros, porque ella misma hizo mas creibles sus milagros, y de ella le resultó mayor autoridad y mayor aplauso, y sus mismos milagros acreditaron su santidad, porque contribuyeron al aumento y á la perfeccion de su virtud, y fueron ocasion y origen de mayor santidad. Por eso para pintar á San Benito de Palermo con un solo rasgo, y ceñir su elogio á las palabras de mi tema, concluyo que este grande hombre tan obrador de maravillas y prodigios, fué igualmente santo que milagroso: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Santo mio, por tu nacimiento perteneces á Sicilia: por inclinacion eres hijo del Patriarca de Asís; pero la piedad de tus devotos cofrades te reconoce por Patron, Abogado y Protector: mira con propicios ojos desde el cielo donde habitas á esta ilustre confraternidad: extiende sobre ella tu

mano fecunda en milagros para que se conserve con el mismo espíritu y fervor. No te olvides de este pueblo devoto que fija en tu proteccion toda su prosperidad: alcanzale por tu medio los auxilios y gracias que necesita para conducirse por las sendas rectas, merecer el premio eterno, y alabar á Dios en vuestra compañía por toda una eternidad. Amen.

SERMON IV.

DE SANTIAGO APÓSTOL.

O Beatum Apostulum, qui inter primos electos primus omnium Apostolorum Domini calicem bibere meruit.

Eccles. in ofic. prop. S. Jacob.

¡O! Bienaventurado Apóstol, que elegido entre los primeros discípulos mereció entre todos ser el primero que bebió el caliz del Señor.

Aquel Dios de magestad, cuya voz victoriosa, en frase del Rey Santo, rompe los cedros del Líbano, divide las llamas del fuego, reprime los torbellinos del ayre, suspende el curso de los astros, pone término á las olas del mar, conmueve las sombrías selvas del desierto, estremece la inmensa mole del globo, conturba las potestades del abismo, humilla, abate, rinde y enmudece quando quiere á toda la naturaleza; aquel Señor Omnipotente cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura mas débil; en cuya soberana mano un Josef prisionero pasa desde un oscuro calabozo al segundo trono de Egypto, un pastorcillo David desde el humilde cayado al magnífico solio de Israel, y el pequeño hijo de Sarvia al frente de las tropas de Judá: en cuyas manos una Judit inunda con sangre incircuncisa las llanuras de Betulia, una Estér derriba de la mano del soberbio Asuero el rayo fulminante que vá á arruinar

el pueblo escogido, un balbuciente Jeremías asusta con espantosos anuncios al Rey Sedecias en medio de su misma purpura y diadema.

Este gran Dios quando se propuso triunfar de la ferocidad de los bárbaros, de la vanidad de los Filósofos, de la sabiduría de los Griegos, de la fuerza de los Romanos, de la ceguedad de los Judios, y de la supersticion de los pueblos: quando quiso abatir el orgullo de sus enemigos, y establecer sobre las cenizas de la Sinagoga y del Gentilismo los fundamentos de la verdadera Religion, entonces sin valerse de los políticos mas hábiles, ni de los ingenios mas sublimes, ni de los Césares Romanos, ni de los Conquistadores famosos, ni de los Sabios de Atenas, ni de los Doctores de Israel; echa mano para la execucion de tan extraordinario proyecto de doce hombres despreciables, figurados en aquellos doce Patriarcas de la ley escrita, en aquellos doce Príncipes elegidos por Moysés para Capitanes de su pueblo, en aquellas doce espías enviadas al descubrimiento de Canaan, en aquellas doce lápidas del Jordan, sobre las cuales descansó el arca del Señor, y en aquellas doce piedras preciosas engastadas en el Pontifical de Aaron. A estos doce hombres rústicos, pobres, ignorantes y desvalidos, á estos hombres sin talento, sin poder, sin autoridad, sin valimiento, y sin riquezas, á estos autoriza con la fuerza de su brazo, les comunica el don de lenguas, les infunde una sabiduría divina, y los llena de su espíritu para que se presenten á la frente de todo el mundo, humillen la soberbia de los Príncipes, abatan las testas coronadas, arruinen el monstruoso coloso del error, resistan á los estragos de la culpa, publiquen el nombre del Salvador desde el Oriente del Sol hasta el Ocaso, y enarbohlen el estandarte de la Cruz sobre el catástrofe de

Tom. VI.

M

la idolatría y el judaismo. En efecto, estos doce hombres sin letras y sin armas, animados con la fuerza del poder divino, se trasladaron como ligeras nubes segun la expresion de Isaías, de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, surcaron inmensos mares, penetraron enmarañados bosques, pisaron profundos valles, treparon ásperas montañas, corrieron del un polo al otro polo, dirigieron sus pasos hasta las estremidades del Orbe, por extender los límites del imperio de Jesuchristo, y tremolar las banderas de la cruz sobre las ruinas de los ídolos: Armenia, Persia y Albania fueron ilustres teatros del fervoroso zelo de un Bartolomé: los pueblos de Frigia y Galacia dan testimonio de las apostólicas tareas de un Felipe: la Mauritania, Livia y Judea oyeron las palabras de vida eterna de la boca de los Simones y Matías: los Marcos y Mateos hicieron resonar los ecos del Evangelio sobre los abrasados arenales de la Africa; así como un Tadeo juntó las dispersiones de Israel en las vastas regiones de la Moscovia, baxó la sombra de la nueva Jerusalem.

Pero entre estos grandes héroes que plantaron la Religion con su misma sangre: entre estas antorchas refulgentes, que iluminaron los ángulos mas remotos de la mística Sion, ocupa un lugar muy distinguido el inclito y esclarecido Apóstol Santiago, objeto tierno de vuestros solemnes cultos: aquel Apóstol todo de fuego, aquel hijo del trueno, segun la frase de la Escritura, á quien escogió el Salvador para depositario de sus secretos, compañero de sus peregrinaciones, y espectador fiel de sus mas asombrosos prodigios: aquel discípulo privilegiado que mereció ver en el Tabor las glorias de su maestro, y registrar con sus ojos en el huerto la trágica escena de su mortal agonía: aquel Apóstol hé-

roe, gloria inmortal de Betsaida, astro luminoso de la Iberia, ornamento singular de Galicia, consuelo de la naciente Iglesia, terror y espanto de las lunas Africanas: aquel discípulo amartelado, generoso, magnanimo, intrépido, activo y fogoso, que entre todos los Apóstoles fué el primero que se arrostró con el indómito Hebreo, que surcó el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules, que anunció el Evangelio hasta las estremidades de Europa, que recorrió las playas Asiáticas, y rubricó con su sangre la fé de Jesuchristo.

Y ved aquí trazado el plan de mi discurso, y bosquejado todo el elogio del grande Apóstol Santiago: escuchadme, que voy á explicaros mi idea en dos proposiciones: Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del sagrado Colegio el primero que mereció anunciar á las naciones el Evangelio de Jesuchristo: ahí teneis el primer punto. Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del sagrado Colegio el primero que mereció derramar su sangre por la gloria de Jesuchristo: aquí teneis la segunda parte. Mas breve: Santiago el mayor, primer predicador del Evangelio; Santiago, primera víctima del Evangelio, son dos partes de mi oracion.

Santísima Virgen, voy á elogiar en este dia á un Apóstol, que consagró en honra vuestra á las margenes del Ebro, el primer santuario, y á quien os dignasteis honrar en vida con vuestra maravillosa aparicion: alcanzadme, Soberana Reyna, los auxilios que necesito para representar dignamente las gloriosas acciones de tan esclarecido Apóstol. Esta es la gracia que imploro, y á este fin os saludamos con el Angel. *Ave Maria.*

Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del sagrado Colegio el primero que mereció anunciar á las naciones el Evangelio de Jesuchristo.

PRIMERA PROPOSICION.

¿Quál juzgais, señores, es el carácter que forma un Apóstol? Juntad en vuestra imaginacion todas las prendas que constituyen los grandes hombres á la vista del mundo, y los grandes Santos á los ojos de Dios: reunid en vuestra memoria todos los dotes que eternizan el nombre de los mas famosos héroes en la historia de los imperios, y en los fastos de la Religion: representaos todos los prodigios de la naturaleza, y los milagros de la gracia; grandes talentos, grandes empresas, grandes sucesos, y grandes virtudes de parte de la naturaleza: considerad un ingenio vivo, delicado, penetrante, comprehensivo y universal, capaz de las luces mas sublimes: un corazon grande, vasto, generoso, tierno, ardiente y firme en sus resoluciones, capaz de comprehender en su seno todo el mundo: de parte de la gracia, contemplad una alma adornada con todo género de virtudes en el grado mas sublime; un hombre mas que héroe y mas que santo, capaz de llamarse con toda propiedad el maestro, la luz, el exemplar, el oráculo, el árbitro, y el doctor de todas las naciones: un hombre desnudo de los afectos mas naturales, en quien ninguna impresion hagan, ni las amenazas de los poderosos, ni los halagos del mundo, ni los placeres de la carne, ni los trabajos de la vida, ni los desprecios de las criaturas, ni las grandezas del siglo, ni la pobreza de los bienes, ni las riquezas de la tierra: un hombre crucificado al mundo, y asimismo dócil á la voz del

cielo, que no tiene mas vida, mas objeto, ni mas movimiento sino para Dios, y para los intereses del cielo: un hombre al fin elegido por Dios entre una multitud inmensa de criaturas, para publicar su divina ley, para manifestar su santo nombre, para ganarle adoradores, para estender su soberano Imperio, y sujetar á su dominio las almas y los corazones.

La portentosa vida del esclarecido Santo que veneramos, es el mejor modelo práctico que ha salido á luz sobre estas esenciales circunstancias, que forman el peculiar carácter de un Apóstol. Escuchadme: nacido este héroe Israelita en Betsaida, pequeña ciudad de Galilea, con aquel conjunto de prendas que disponen al sublime ministerio del Apostolado, apenas oye la voz del Salvador en las playas de Genezaret, quando al primer sonido de su celestial eco, sin mostrar la resistencia de Jonás, ni la cobardía de un Ezequiel, ni la timidez de un Jeremías; sin examinar ni lo que se le pide, ni lo que se le ofrece, abandona á su anciano padre, rompe los vínculos que le estrechaban á su amada familia, y se asocia prontamente á aquel Mesías errante y fugitivo en medio de su propia patria: se declara á pesar de la pertinacia de su nacion, por discípulo, amigo y compañero inseparable de un Dios hombre, cargado con los valdones de toda la Judá, y de todo Israel: aborrecido de los Escribas y Fariseos, perseguido por la envidia de los Pontífices, despreciado de todos los Grandes, cuyo nombre era abominable, y cuyos partidarios se reputaban como delinquentes contra la religion y el Estado: de un hombre Dios, que no prometía otra felicidad á sus discípulos que una vida afanada, laboriosa, pobre, penitente y austera: una

vida llena de inquietudes, de sobresaltos, de peligros y de calamidades continuas, eslabonada con una cadena de peregrinaciones, vigiliass, oraciones, abnegacion de sentidos, y privacion de todos los placeres mundanos.

Sin embargo Santiago, este discípulo intrépido, sigue á Jesuchristo en tan funestas circunstancias, le ama tiernamente, le sujeta su entendimiento, le da su corazon, se entrega á él inviolablemente, y le asegura en presencia de sus concólegas que defenderá su santo nombre contra el furor de sus enemigos, y derramará toda su sangre por los intereses de su gloria. ¡Qué sacrificio tan noble y tan desinteresado! ¡Qué amor tan ardiente y tan impetuoso! Desde aquel momento no se aparta un instante de su lado, viaja en su compañía por las ciudades de Israel y Judá, por las aldeas de Samaria, y por toda la Palestina.

Unas veces aprendiendo en la escuela de aquel divino maestro el arte de ilustrar los entendimientos y de mover los corazones; otras solo y sin guia, anunciando á los pueblos lo que habian escuchado sus oidos, lo que habian visto sus ojos, y lo que habian tocado sus manos en el Verbo encarnado: unas veces ejercitándose á la sombra de su querido Jesus en las virtudes mas puras y sublimes, y abrazando con preferencia la virginidad, aquella virtud ignorada en los contornos de Palestina, como en el pórtico, y en las academias de la Grecia; y de la que no se hallaban en la ley Moysaca las voces del precepto, ni del consejo: otras practicando ayunos rigurosos, vigiliass perpetuas, abstinencia inviolable, y quantas austeridades admiraron despues el Egipto y la Tebayda en los Pablos, Antonios, Hilariones, Ar-

senios, Macarios y Pacomios. De este modo llegó en breve á ocupar un lugar muy distinguido en el sagrado Colegio, porque, como observa el Chrisóstomo, entre todos los Apóstoles apenas alguno podia disputar á Santiago el mérito de su heroica virtud, y la gloria del amor mas sólido, mas constante, mas intrépido, y mas invariable que ardia en su generoso pecho; y por esta razon era consiguiente que el Salvador le distinguiese entre todos sus discípulos con las señales mas auténticas de una especial predileccion, y le diese las pruebas mas sólidas de la singular preferencia que disfrutaba en su corazon. Asi lo dió á entender el Soberano Maestro en diferentes ocasiones. ¡Quántas veces se dignó este Salvador Divino de asistir, acompañar, y aun tener parte en sus tareas navales? Si fué necesario ostentar su virtud omnipotente en presencia de los hombres, espera que Santiago le insinúe, y por respeto suyo obra una pesca milagrosa en el mar de Galilea: si ha de resucitar á la hija del Príncipe de la Sinagoga, solo permite que Pedro, Juan y Santiago sean testigos oculares de la asombrosa resurreccion de aquella jóven Princesa: si quiere manifestar los resplandores de su cuerpo en presencia de Moysés y Elias, olvida á los demas discípulos, y solo llama á la cumbre del monte, entre otros, á Santiago, para que sea espectador singular de su gloriosa transfiguracion: si ha de sudar sangre en la prolixa oracion que hizo á su eterno Padre en el huerto, solo consiente que Pedro, Juan y Santiago se hallen presentes al triste espectáculo de sus mortales angustias.

Esta distincion tan gloriosa, que habia usado el Salvador con el hijo del Zebedeo, fué un incentivo poderoso que avivó tanto la llama de su

fogoso zelo, que no pudiendo contenerse dentro de los cortos límites de su corazón, se manifestó en las calles y plazas de Jerusalem á manera de un fuego voraz, que ilumina y quema quanto se aproxima á él; si señores: apenas habia espirado el amable Redentor en manos de una nación sacrilega y obstinada, todavía los Apóstoles no habian recibido al espíritu consolador quando impaciente este hijo del trueno por anunciar la nueva ley del crucificado Mesías, se dexa ver en medio de aquel pérfido pueblo, que hidrópico con la sangre de los Profetas, habia sellado su última reprobacion con el mas horrendo deicidio: de aquel pueblo furioso, que coligado con los Griegos, Romanos, Zireneos y Alexandrinos acababa de manchar sus manos sanguinarias con la muerte de un Santo diácono; contra esta nación pérfida y rebelde se presenta intrépido el animoso atleta en el campo de batalla, y sin valerse como David de las armas de Saúl para derribar los gigantes que tiene á su frente, despliega su voz fulminante en medio de una ciudad, madriguera de monstruos, ataca á los Escribas y Fariseos, disputa con los sabios de la Sinagoga, discurre por los tribunales, lleva por toda Judea las luces de la fe, explica los profundos misterios de las Escrituras, declara los oráculos de los Profetas, y atestigua con prodigios innegables la divinidad de Jesus crucificado; y á vista de tantas maravillas, los mágicos se ocultan, los doctores de la ley se confunden, los Sacerdotes enmudecen, los xefes del Judaismo abaten su orgullo, y muchos espíritus indóciles humillan su cerviz baxo el yugo del Evangelio.

Pero estos triunfos no fueron mas que unos preliminares de su Apostolado. Animado de su im-

petuoso zelo medita Santiago la conquista de una nación orgullosa, sensual, guerrera y belicosa, y se dispone surcar el Océano hesperio por levantar en aquel país idólatra el estandarte de la cruz sobre la ruina de sus templos. Vayan en hora buena los demas Apóstoles á ser el objeto de la admiracion, y de los aplausos de un mundo convertido: dirija desde luego sus pasos un Felipe hácia las regiones de la Siria, y lleve el Evangelio á unas gentes mas feroces que el mismo clima que habitan: penetre el Santo Apóstol Tomás el dilatado país de la India, y convierta con su predicacion á unos pueblos que suspendieron las conquistas de Alexandro; recorra San Pedro los remotos climas del Ponto, Calacia, Capadocia, Egipto, Bitinia, Africa y Roma; para Santiago está reservada la gloria de ser el primero que ha de conquistar con su zelo apostólico un gran reyno, amante de su libertad, que habia hecho frente á los Scipiones, Pompeyos, Césares y Octavios, y habia teñido muchas veces sus campañas con la sangre de los mas esforzados xefes de Roma.

En efecto, Santiago se dirige en alas de su zelo hácia la península resuelto á establecer el Evangelio sobre el sepulcro de la idolatría; pasa el mediterráneo, y á pesar de las tempestades y escollos aborda en Asturias, y ataca á una nación, que era otro tanto mas difícil de vencer, quanto era mas amante de la libertad: acomete á unas gentes, que siendo constantes en todas sus máximas, hacian particular profesion de serlo en sus ritos y ceremonias, y de perder antes las vidas que abandonar los dioses que adoraban. ¿Y de qué armas se vale para la execucion de tan extraña empresa? ¿Seguiria acaso las huellas y vestigios de aquellos grandes conquistadores, los Xenofontes, Lisandros, Pirros y Timan-

tes, que domaron con el acero á los pueblos del Oriente? ¿Se valdria de la afluencia de los Pericles, Demóstenes, Ortensios y Salustios para ganar los corazones Españoles? No Señores: Santiago, este grande Apóstol era apellidado Boanerges, que quiere decir hijo del trueno, y era forzoso que des-empañase el arrogante nombre que Jesuchristo le habia impuesto. ¿Habeis visto un relámpago que sale del Oriente, y brilla al mismo tiempo en el Occidente, forma sus giros, y dexando por todas partes señales de su luz, perfecciona velozmente su carrera? ¿Visteis un rayo que agitado de un impetuoso uracán, y armado de una fulminante llama, ahora se abanza, ahora retrocede, aquí humilla las mas soberbias torres, allí soterra magníficos edificios, en aquel lugar troncha los mas robustos cedros, en éste reduce á pavesas los vivientes, en otro derrite los metales, y formando obliquas líneas para correrlo todo, todo lo vence, todo lo humilla, todo lo avasalla?

Pues ved aquí los maravillosos efectos que causó este hijo del trueno en los habitantes de la península. Apenas se dexa sentir sobre el orizonte español, quando al pavoroso estallido de su voz tiembla el paganismo, la idolatría se oculta, los ídolos enmudecen, las estatuas de los falsos dioses caen por tierra, Júpiter, Hércules, Baco y Juno se hacen pedazos, el vicio desaparece, el demonio, la mas formidable bestia, brama estrechada por una invisible potestad, y atónita la España á tantos prodigios, dexa caer de las manos el acero, y recibe gustosa la ley que le intima el santo Apóstol. ¡Qué repentina mudanza! ¡Qué maravillosa metamórfosis! Santiago, dueño de la península, y poseedor de una región fértil, que habia sido el objeto de la emulacion de los Céltas, Fenicios, Cartaginenses y Ro-

manos lleva la luz del Evangelio con la velocidad de un rayo hasta las últimas márgenes: se dexa ver en Asturias, y al sonido de su voz abate sus escarpadas rocas, y queda desvanecida la idolatría como una fantasma aerea. Pasa á Galicia, trepa sus ásperas montañas, riega con su sudor apostólico aquellos campos amasados con la sangre de los Romanos, y de su general Decio Bruto, aumenta el número de sus discípulos, funda Iglesias, forma á los Eufrasios, Indalecios y Torquatos nuevos Apóstoles sucesores de su espíritu, y toma posesion de aquel pais dichoso, que habia de tener la honra de ser glorioso mausóleo de su sagrado cuerpo.

Vencedor en Galicia pasa á Castilla á pelear con nuevos enemigos, y conseguir nuevos triunfos. Castilla era como Galicia, centro del error y de las ilusiones: allí dominaba el principe de las tinieblas, y parecia que el abismo habia vomitado monstruosas deidades en medio de sus montañas, bosques y dehesas; pero el hijo del Zebedeo truena, y sus palabras como un fuego activo abrasan los corazones Castellanos, y reduce á cenizas sus falsas divinidades. Desde aquí atraviesa el Ebro, pisa con sus sagradas plantas el suelo Aragonés, y disipa con el repentino esplendor de sus luces el tenebroso caos del paganismo, y levanta en las márgenes del Ebro, por orden de la Reyna de los cielos, una casa de refugio, depositaria de su virginal poder y ternura: un famoso Santuario con el augusto título del Pilar: un templo, obra de las manos de los Angeles, gloria, timbre y ornamento del reyno de Aragon.

¡Qué progresos tan rápidos! Estos sí que pueden llamarse sucesos felices, propios de un espíritu fogoso, y muy semejantes á los maravillosos efectos del rayo. ¿Qué os parece, señores, no des-

empeñó cabalmente nuestro Santo Apóstol el glorioso renombre de hijo del trueno, que el Salvador le habia impuesto? Y para decirlo mejor, ¿no fué el primero entre todos los Apóstoles del Sagrado Colegio, que tuvo la gloria de anunciar el Evangelio, postrar el soberbio coloso del Paganismo, y levantar el estandarte de la cruz en medio de una nacion idólatra? ¿Quién lo duda? Santiago derribó con su voz victoriosa los muros de la soberbia Jericó, auyentó de los contornos de la península á todas las potestades del abismo, causó la ruina total de la idolatría, y tremoló sobre las infames reliquias de los ídolos las vanderas del Evangelio: lo que antes habia sido el teatro donde el príncipe de las tinieblas imponia sus leyes, se convirtió en teatro de su infamia; y el que hacia postrar á sus pies á tantos pueblos, se vió postrado á los pies de Santiago, y atado vergonzosamente al carro de su triunfo. ¿Y cuáles fueron los sucesos gloriosos que se siguieron á tan asombrosa conquista? ¡Ah! Inmediatamente se vieron en aquella feliz época renacer de las cenizas de las falsas divinidades los Atanasios, Teodoros, Cecilios, Arcadios y Agapitos, preciosos frutos de las tareas apostólicas del hijo del Zebedeo, cuya santidad ha llenado de fragancia los altares, y ha sido para la Iglesia motivo de eterno consuelo; ha estos primeros campeones sucedieron los Fermín, Lorenzos, Vicentes, Ciriacos, Felices, Justos, Pastores y Leocadias, atletas invictos, que expusieron sus sagrados miembros al furor de los tiranos, y rubricaron con su sangre las verdades que habian heredado del hijo del trueno: esta generosa sangre, derramada en los cadalsos, ha sido el manantial perenne de donde han brotado como hermosos pimpollos los Ildefonsos, Leandros, Fulgencios, Isidoros, Braulios y Rudesindos, astros

luminosos que han esparcido sus resplandores en toda la Iglesia, y han sostenido sus derechos con los admirables rasgos de su pluma vencedora; de donde han renacido los Vicentes Ferreres, los Luis Beltranes, los Xavieres y Solanos, obreros infatigables que han propagado el Evangelio por las quatro partes del mundo; de donde han salido los grandes Patriarcas y Adalides de las religiones, los Guzmanes, Loyolas, Juanes de Dios, Alcántaras y Teresas de Jesus, héroes inmortales que serán para siempre la mayor gloria de España, y un eterno trofeo del apostolado de Santiago.

Pero lo que mas ensalza los triunfos del invencible Boanerges es la gloria de conservarse hasta nuestros dias sus apostólicas conquistas en todo su esplendor; porque á la verdad, los demas Apóstoles anunciaron con igual zelo, despues de la venida del Espíritu Santo, las verdades del Evangelio en los vastos países de la Asia, Africa y Europa: corrieron como fecundas nubes la Etiopia, Scitia, Armenia, Persia, Mesopotamia, Grecia y Romania; sin embargo, extendió la vista por aquellas regiones Asiáticas y Africanas, empapadas en la sangre de los Andreses, Simones, Matías y Bernabés, regadas con los sudores de los Atanasios, Ciprianos, Gregorios, Chrisóstomos y Cirilos, y las vereis sepultadas en las tinieblas de la ignorancia, y abandonadas á la idolatría, al cisma, y á las extravagancias del Alcorán: volved vuestros ojos quebrados de dolor á las márgenes Anglicanas, registrad aquel reyno floreciente, cultivado con las fatigas apostólicas de los Patricios, Agustinos, Palacios y Tomases: aquellas famosas islas, domicilio de Santos, y las hallareis desfiguradas con los negros vapores del cisma, y de las extraordinarias revoluciones que han dado tanto motivo para llorar á

todas las Cortes católicas: mirad despues de eso las Provincias que componen nuestra España, y encontrareis una estirpe bendita, una generacion gloriosa, que escucha con respeto, como hija primogénita, la voz del Vaticano; una nacion cuyas primeras luces, preciosas reliquias del Apostolado de Santiago, no han podido extinguir ni el furor de los Emperadores Romanos, ni las irrupciones bárbaras, ni la dominacion Arábiga, ni la extravagancia de las naciones, ni todos los furores de satanás. Es verdad que la confusa mezcla de ritos extrangeros eclipsó algun tanto los primeros brillos que habia esparcido Santiago sobre el emisferio Español; pero del mismo seno de las tinieblas renació una pequeña luz, que ha formado un gran luminar que no se apagará hasta la consumacion de los siglos, á pesar de todas las potestades del infierno.

Ved aquí amados Ultramarinos, lo mucho que debeis á un Apóstol que mereció entre todos los discípulos del Sagrado Colegio, ser el primero que anunció á las naciones el Evangelio de Jesuchristo. Escuchadme, y vereis que tambien fué el primero que entre todos mereció derramar su sangre por la gloria de Jesuchristo; y estoy en la segunda parte.

Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del Sagrado Colegio el primero que mereció derramar su sangre por la gloria de Jesuchristo.

PROPOSICION SEGUNDA.

Quando el hijo del Zebedeo fué llamado en las playas de Galilea al Sagrado Colegio de los Apóstoles, las naciones que habitaban la tierra se hallaban divididas en dos pueblos, el Judío y el Gen-

til, y ambos se disputaban la gloria de la primacía: el pueblo Judaico se hallaba encerrado dentro de los estrechos limites de la Palestina, el Gentil estendia su imperio á todo el universo; la idolatría era superior al Judaismo por la fuerza y terror de las armas; el Judaismo creia ser superior á la idolatría por la antigüedad y excelencia de su culto; el Judío esperaba vanamente á un Dios, á quien no habia querido recibir; el Gentil confesaba tantos dioses quantos eran los objetos á quienes su locura atribuia la divinidad; estos dos pueblos eran enemigos declarados por política y por religion: el Paganismo despreciaba á la sinagoga, y ésta miraba con horror al Paganismo; pero se hallaban animados de igual furor contra el Evangelio que anunciaba el Mesias prometido, y el Gentil que acusaba al Judío de ser pueblo supersticioso, convenia con él en acusar al Salvador y á sus discípulos de una nueva supersticion.

Pero ya llegó el tiempo en que todo habia de mudar de semblante: Santiago vencedor de ambas naciones, tuvo la gloria de hacer de estos dos pueblos un solo pueblo en Jesuchristo; su zelo sabio y prudente rompió el fatal muro de division, y formó el estrecho lazo que debia unir estas dos potencias enemigas: acometió sucesivamente á estos dos pueblos, los venció con la impetuosidad de su espíritu, y cargado con los despojos del Occidente, vuelve desde España á Jerusalem, repasa la provincia de Palestina, recorre sus antiguas conquistas, reengendra de nuevo á los Neofitos Hebreos que antes habia formado, los anima con saludables consejos, los conforta con sus discursos, riega y cultiva la sagrada semilla que habia sembrado antes de su venida á Europa, perfecciona con nuevos esfuerzos las conversiones que habia principiado, y comuni-

ca á aquellos Israelitas Christianos las mas sinceras resoluciones de perseverar en la observancia de la nueva ley.

¡Pero ah! los felices sucesos de Santiago despiertan la envidia y el furor de los magnates de la Sinagoga: impacientes de ver las extraordinarias conversiones que obraba, incitan á dos famosos Magos, Hermógenes y Fileto, para que por medio de su nigromancia oscurezcan con falsos prestigios los verdaderos milagros que hacia el Santo Apóstol: encienden al mismo tiempo la llama de la discordia; en todas partes se advierte la indignacion del público; el pueblo desenfrenado insulta al ministerio de Santiago, le persigue, le maltrata, le sacrifica á su furor, y le entrega al tirano poder de Herodes Agripa; este Príncipe sensual y ambicioso, despues de haber comprado el trono de sus padres con el favor de los Romanos, solo pensaba en conservar con la política lo que habia conseguido con sus ardidés; veia, dice San Juan Chrisóstomo, que Santiago por la actividad, ardimiento y victorias de su zelo, era la columna mas firme del Evangelio, el terror y espanto del indómito Hebreo, y se aprovechó prontamente de esta ocasion para grangearse la benevolencia del pueblo, condescendiendo en su muerte.

No lo dudeis: el cruel Agripa condena al hijo del Zebedeo, por medio de un bárbaro edicto, á ser degollado en público cadalso, y la muerte de un solo hombre, acompañada de sucesos prodigiosos, extremece á toda la Sinagoga: Santiago muere en manos de un populacho amotinado, que habia perseguido á los Isaías, Jeremías, Eleázaro y Zacarías; pero tiene la gloria de ser el primero, entre todos los discipulos del Sagrado Colegio, que selló con su sangre la fé de su Soberano Maestro, y le-

vantó sobre los destrozos del Judaismo el estandarte de la Cruz; la gloria de ser el Proto-mártir entre los Apóstoles, que caminan á su frente como su general, que los anima con su exemplo, que los llama con su voz moribunda, é inspirándoles ánimo y fortaleza, se hace participante de sus futuros combates y triunfos. Santiago muere; pero este hijo del Zebedeo, caminando al lugar de su martirio, sana á los paralíticos, da vista á los ciegos, lengua á los mudos, y convierte á sus mismos verdugos á los pies del cadalso. Santiago muere; pero este hijo del trueno halla el secreto de triunfar aun despues de muerto: su precioso cuerpo transportado prodigiosamente al Reyno mismo que habia conquistado, tiene el privilegio de sobrevivir á sus mismas cenizas: su espíritu todo entero queda perpetuamente en las Iglesias de España: este espíritu vencedor alcanza nuevas victorias contra el furor de los Nerones, Domicianos, Mezenios y Falaris: sus inanimados huesos despiden del centro mismo de su sepulcro nuevos resplandores que disipan las densas tinieblas del arrianismo y de la heregia gótica; su sagrada tumba, mas célebre que la de los demas Apóstoles, es el alcázar donde reposa en paz la Religión Católica plantada en los corazones Españoles.

Así sucedió, señores: su precioso cuerpo, trasladado de Oriente á Occidente en hombros de sus queridos discipulos Teodoro y Atanasio, á las márgenes de Compostela, es como la torre mística de David: situada en la metrópoli de Galicia, de la que penden mil escudos impenetrables á los dardos del error y de la impiedad; y aun puedo decir sin rezelos, que el sagrado cuerpo de Santiago es el mas precioso depósito que forma el capital de la gloria Española: ¡si amados oyentes!

la posesion del sagrado cuerpo de Santiago es la mayor gloria de España; porque aunque es verdad que la península cuenta otras muchas glorias, y ha sido siempre el objeto de las pretensiones extrangeras por la opulencia de sus minas, por la benignidad de sus influencias, por la pureza de sus ayres, por la fertilidad de sus campos, y por el temple de su clima, aunque es verdad que este suelo feraz, este reyno fecundo en héroes, esta nacion ingeniosa y marcial tiene la gloria de haber dado aun en los tiempos oscuros á la Silla Pontificia los Dámasos, Calixtos y Alexandros; al trono imperial los Teodosios, Arcadios, Honorios y Trajanos; á las armas los Anibales, Virriatos, Cides y Capitanes; á las ciencias los Pomponios, Columelas, Balbos y Aberroes; á la oratoria los Porcios, Sénecas, Lucanos y Galiones; y á la poesia los Canios, Sextilios, Aurelios y Marciales, partos todos de su extraordinaria fecundidad; pero la mayor gloria de la península, su timbre singular, y su blason envidiable consiste en el precioso depósito que oculta en el seno mismo de Galicia. ¿Porque quién ignora que la gloria sólida es aquella que se funda en una felicidad sin contingencias, en una dicha estable, y en una fortuna que no depende de la caducidad de los tiempos? ¿Y qué dicha mas constante, ni mas ventajosa pueden apetecer la Religion y el Estado que la que ha disfrutado todo el reyno baxo la proteccion del sagrado cuerpo de Santiago? Ya lo he dicho; pero no importa que lo repita: Santiago, reviviendo como el fenix de sus mismas cenizas, ha propagado su espíritu marcial á sus áridos huesos, y con ellos anima los corazones Españoles para ahuyentar á los monstruos incircuncisos que han querido agostar los frutos de su predicacion. ¿Quántas veces de

las entrañas mismas de su sepulcro ha salido una virtud oculta que ha derrotado los exércitos enemigos, bañando los laureles de España con la sangre de sus injustos ofensores? Quántas veces apareciendo visiblemente á los Recaredos, Pelayos, Ramiros, Alfonsos, Iñigos, Fernandos y Felipes ha restituido al acero Español su antiguo brio, encendiendo en sus pechos aquel fuego que solo se aplaca con el placer de las victorias? Quántas veces renovando los gloriosos triunfos del Macabeo contra Lisias, Nicanor, Gorgias y Antiocho se ha dexado ver al frente de las tropas Españolas, y ha arrebatado de las manos del Africano los trofeos, de que ya se creia seguro poseedor? Las sangrientas derrotas de Mérida, Rioja, Monte mayor, Xerez y Coimbra serán siempre una gloriosa época para las armas de España, y en los anales del Africa serán una memoria lúgubre que humille la altivez de las armas Musulmanas: las rápidas conquistas de Córdoba, Murcia, Jaen y Sevilla son otros tantos testimonios del espíritu marcial con que peleaba la península por los intereses de la Religion, protegida de su Capitan y Apóstol que comandaba sus tropas: la toma de Granada, Tarifa, Orán, Túnez y Argel, es una prueba auténtica del valor militar que animaba á los brazos de España, y un monumento eterno que hará ver á los siglos venideros la proteccion visible de Santiago.

Es verdad que la historia, compañera del tiempo, y apologista fiel de los sucesos, nos acuerda que tambien Nápoles protegida de San Genaro supo mantener sus derechos contra los insultos del Príncipe de Salerno; que Paris tuvo valor para reprimir el orgullo de los Normandos, auxiliada con el favor de San Marcelo; que Módena, baxo la proteccion de San Geminiano, fué preservada de

la horrible tempestad de los Hunnos; que las Agui- las imperiales prevalecieron contra las banderas de Eugenio, su poderoso rival, por el socorro visible de los dos Apóstoles Juan y Felipe; pero estos triunfos transitorios, ó no fueron completos en todas sus partes, ó apenas han dexado su memoria en los siglos posteriores, al paso que las armas Españolas, precedidas de su grande Apóstol, han caminado siempre coronadas de laureles en medio de una brillante cadena de victorias, triunfos y conquistas, con que han evacuado sus dominios de la infame raza del Mahometismo, introduciendo el terror y el espanto hasta las mismas márgenes del Africa, y subyugando toda aquella inmensa costa al imperio de su dominacion legislativa.

¿Y qué, la proteccion visible de Santiago se limitó solamente á contener la crueldad de la potencia Sarracena? No lo creais, su glorioso sepulcro, semejante á aquella piscina de Jerusalem, tan celebrada en los libros santos, ha sido un imán prodigioso que ha atraído en todos los siglos numerosos concursos, no para clamar inutilmente al pie de sus aras, como la antigua Egypto ante el altar de un cocodrilo, ni como Israel ante un bezerro, sino para implorar la proteccion de un Apóstol que ha derramado sus favores á manos llenas en beneficio de su amada España. ¿Qué eloquencia, por afuente que sea, podrá expresar el número de sus gracias y maravillas? Allí vereis á unos que llegan á sus aras ansiosos como Nahaman por limpiarse de su contagiosa lepra, y sus prodigiosos huesos manan al punto el suave bálsamo que cura sus dolencias; otros á manera del tullido que sanó San Pedro en el pórtico del templo, apenas pisan el pavimento de su sepulcro, quando vuelven por sus propios pies ensalzando el poder y

las misericordias de su bienhechor: algunos como el ciego de Siloé alcanzan la vista con solo presentarse ante su sagrada tumba: los mudos recobran el perfecto uso de la lengua, los sordos oyen, los energúmenos se libran de la potestad infernal, las tempestades se disipan, las fiebres huyen, el contagio desaparece, la epidemia se ausenta, y no hay persona ó necesidad corporal á que no se extienda su benéfica proteccion; de modo que podemos acomodar sin violencia al famoso sepulcro de Compostela, la expresion del Profeta Rey, aplicada á la Reyna de los Angeles por San Bernardo: *Non est qui se abscondat à calore ejus.*

Pero no estrechemos los favores de nuestro esclarecido Apóstol á los cortos límites de la península; no señores. Los anales de Galicia nos enseñan que el buen olor de sus gracias se difundió muy al principio sobre las mas altas cimas de los Alpes, Pirineos y otros montes, y los mayores personajes de la christiandad se conmovieron al oir sus maravillas: de unos á otros se propagaron las noticias que habian oido anunciar á sus mayores; y se animaron reciprocamente á visitar los preciosos despojos de su sepulcro: las Brígidas de Suecia, las Isabelas de la Lusitania, los Franciscos de Asis, los Juanes de Dios, y los Bernardinos de Sena corrieron presurosos á buscar en Compostela el alivio de sus necesidades, y el consuelo de sus almas: los mismos potentados de la Europa, los Carlos de Alemania, los Duartes de Inglaterra, los Calvos de Francia, los Manueles de Portugal, los Fernandos de Castilla, los Alfonsos de Aragon, y los Ordoños de Leon, se vieron precisados á abrir sus tesoros, y cargados con las preciosidades de su pais, hincaron la rodilla delante de las sagradas cenizas del bienaventurado hijo del trueno; abatieron sus

testas coronadas en presencia del héroe conquistador de las Españas: imploraron para sus reynos su apostólica proteccion; y ofrecieron reconocidos el justo tributo de las presentallas, allí suspende el Rey de Portugal Don Manuel, delante de la esfigie del Santo Apóstol, una preciosa lámpara de plata con el peso de dos mil quatrocientos marcos: acá se registra un rico tabernáculo de primorosa estructura, matizado con variedad de esmeraldas, diamantes y rubíes, monumento auténtico que acuerda la real munificencia del Emperador Carlos V, Felipe IV y Carlos II: allí ofrece á los pies del sagrado cuerpo del Zebedeo Luis XI de Francia diez mil escudos de oro para la construccion de una hermosa torre que disputa su elevacion con las nubes, y cuya extraordinaria magnitud excede en opinion de algunos á la Giralda de Sevilla: acá penden al rededor de su sagrada tumba un sin número de lámparas de plata, padron eterno de la gratitud y reconocimiento de los Soberanos de España, Francia, Portugal y Nápoles: allá se ve un magnífico hospital que construyó el piadoso zelo de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, para domicilio de peregrinos, y alivio de sus dolencias: acá... ¿mas para qué me canso? Los Monarcas de la Europa han hecho servir en aquel insigne santuario, en honra del ilustre Patron de las Españas, los marmoles de la Libia, los aromas de la Arabia, las piedras preciosas del Eritreo, las exquisitas sedas de la Frigia, los ametistos y zafiros de la India, y las esmeraldas de la Scitia.

No son estos los únicos monumentos que afianzan la vigilante proteccion y beneficencia de este Santo Apóstol. Los Sumos Pontífices, ansiosos de dar alguna muestra de su ternura y reconocimiento,

se han explicado á favor del santuario de Compostela con donativos dignos de su soberana magnificencia. Sixto IV, Calixto III, Alexandro VI, Benedicto XIII; y para decirlo mas breve casi todos los Vicarios, de Jesuchristo que han gobernado la Iglesia de Dios, le han enriquecido con unas prerogativas y gracias mucho mayores que las que se ganan en los altares de Asís, en los Eremitorios de Albernia, y en los montes Garganos: han establecido penitenciarías perpetuas con las facultades mas amplias que han dimanado de la Silla de Roma: han erigido Seminarios, han fundado por medio de los Reyes Católicos veinte Dignidades, quarenta y tres Canonicatos, y diez y ocho Racioneros, y han agregado cien Capellanes mayores, y cincuenta de varias fundaciones, las mas pingües que tiene la Europa.

Aquí pudiera yo daros otras pruebas mas positivas de la gratitud de la Iglesia de Roma, y del reconocimiento de los Monarcas de España al Santo Apóstol, si el tiempo no me intimara el silencio; ¿pero dexaré de referir lo que entra en el complemento de su elogio? ¿Me olvidaré de la famosa extravagante expedida por la Santidad de Sixto IV, en la que se reserva el voto de peregrinacion á Compostela, como uno de los mas importantes votos que pueda hacer un christiano, y cuya dispensa no depende de las facultades de los Regulares, Obispos, Legados y Nuncios Apostólicos, sino de las llaves supremas del Vaticano? ¿Callaré el Jubileo plenísimo que se gana cada siete años en aquel Santuario, comparado á la visita de los Santos Lugares de Jerusalem, y de las Iglesias de Roma consagradas á los Príncipes de los Apóstoles, cuyo singular privilegio no goza ningun Santuario del mundo Christiano? ¿Me veré precisado á pasar en silencio el ilus-

tre Orden de Caballeros establecido en la ciudad de Leon, baxo el Real Hábito de Santiago, distinguido con particulares preeminencias, y fomentado por el Rey Alfonso IX, en la ciudad y castillo de Velez? ¿No diré cosa alguna de reconocimiento universal de toda la nacion, junta con sus piadosos Monarcas, con que ha aclamado al hijo del Zebedeo por numen tutelar y Patron especial de sus dominios, en cuyas manos se han divinizado sus heróycos hechos, y por cuya mediacion ha adquirido una doble felicidad?

¡Ah! estos monumentos de gratitud publican mejor que la eloqüencia mas artificiosa, los singulares beneficios del bienaventurado Santiago á favor de la Iglesia, y de toda la Monarquia; y al mismo tiempo son una voz muda que manifiesta la gloria accidental que ha querido Dios deparar al Apóstol de las Españas, y á un discipulo el mas amartelado del Salvador, que aunque fué posterior en la vocacion á un San Andrés, en la autoridad á un San Pedro, en el favor á un San Juan, y en el Sacerdocio á Santiago el Menor; pero tuvo la gloria entre todos de ser el primero que anunció en público la ley Evangélica á las Naciones: el primero que conquistó una de las mas bellas Provincias de la Europa, y el primero que tuvo el honor de dar la vida por la defensa de Jesuchristo, y el establecimiento de su Evangelio; dexando á la prosperidad con su preciosa muerte un testimonio auténtico del amor mas intrépido que ardia en su fogoso pecho, y animando con su exemplo á innumerables confesores, preladados, solitarios y vírgenes, que despues derramaron su sangre por la misma causa.

Si, amados oyentes, ya lo habeis oido; pero volvámoslo á decir para gloria suya: Santiago mereció entre todos los Apóstoles ser el primero, que co-

mo el Patriarca Enoch enseñó á una nacion sepultada en las tinieblas de la idolatría, á invocar el nombre del verdadero Dios; el que semejante á Noé encerró en la nueva arca de la Iglesia un Reyno que habia corrompido todos sus caminos; el que como Elías derribó los altares de los falsos dioses, y exterminó sus ciegos adoradores; el que juntó y formó como Eliseo unos discípulos, dignos sucesores de su piedad y de su zelo; el que defendió como el Pontífice Onías á la nacion Española, y mantuvo la Monarquía con su zelo en la observancia de la divina ley; el que como Esteban entre los Diáconos, fué el primero que entre los Apóstoles bañó con su sangre las verdades del Evangelio. ¿Pues qué resta, si no que vosotros os esforceis á contribuir con vuestras buenas obras al aumento de la Religion, que este Santo Apóstol plantó en el corazon de vuestros mayores? Añadid pues, á la pureza de vuestra fé, unas virtudes que la hagan respetable á las Naciones enemigas, y que el anchuroso mar que os separa del precioso depósito de su sagrado cuerpo, no sirva de rémora que entibie en vuestras almas la religion que habeis mamado, y heredado de vuestros antepasados, como un tesoro celestial que os habia conducido el hijo del trueno de las regiones Orientales.

Y vos, grande Apóstol, ornamento singular del reyno de Galicia, y Patron universal de todos los dominios de España, recibid estos reverentes cultos que hoy os consagran vuestros devotos hijos en señal de su eterno reconocimiento: derramad sobre ellos, desde el cielo donde reynais, copiosos auxilios para que conserven en sus almas la fé que plantasteis con vuestro sudor apostólico en los corazones de vuestros antiguos Españoles: renovad en especial vuestro zelo con nuestro augusta Monarca

Carlos IV: haced que ningun maligno viento del Aquilon perturbe su tranquilidad: que ninguna nube oscurezca los resplandores de su claridad, para que se acredite digno sucesor de los Recaredos, Fernandos, Felipes y Carlos; prosperad toda su Real Familia, todos sus dominios católicos, y echad vuestra bendicion sobre todos sus moradores, para que haciendo frutos dignos de penitencia, os acompañen eternamente en la gloria. Amen.



SERMON V.

DE SANTA ROSA DE VITERBO.

Quæsiui sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.

Sapient. cap. 8.

Me resolví á tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez pudiera liosgearme de haber ocupado la cátedra santa, sin el menor riesgo de defraudar vuestros deseos, sería ciertamente en este dia consagrado á la solemnidad de un objeto el mas tierno, el mas sublime, y el mas digno de la universal espectacion. Porque, ¿qué argumento mas noble ni mas ventajoso podia presentarme la suerte, que el empeño de exponer los encomios de una Virgen heróyca, á quien el divino Esposo, por un rasgo de graciosa predileccion, colmó en los albores de la infancia de los dones mas exquisitos, para señalarla con los caracteres propios de una esposa, destinada desde la eternidad al divino tálamo? El elogio de una doncella generosa, que en los crepusculos de su vida presagió con singulares portentos su santidad futura, llenó de asombro la Italia, de júbilo la nacion Ultramontana, de consuelo la Metrópoli del mundo, y dió á entender en su misma cuna que nacia en la Toscana una niña que habia de llegar á ser luz y gloria de Viterbo? El panegirico de una esclarecida jóven, que á pesar de las

Carlos IV: haced que ningun maligno viento del Aquilon perturbe su tranquilidad: que ninguna nube oscurezca los resplandores de su claridad, para que se acredite digno sucesor de los Recaredos, Fernandos, Felipes y Carlos; prosperad toda su Real Familia, todos sus dominios católicos, y echad vuestra bendicion sobre todos sus moradores, para que haciendo frutos dignos de penitencia, os acompañen eternamente en la gloria. Amen.



SERMON V.

DE SANTA ROSA DE VITERBO.

Quæsiui sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.

Sapient. cap. 8.

Me resolví á tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez pudiera liosgearme de haber ocupado la cátedra santa, sin el menor riesgo de defraudar vuestros deseos, sería ciertamente en este dia consagrado á la solemnidad de un objeto el mas tierno, el mas sublime, y el mas digno de la universal espectacion. Porque, ¿qué argumento mas noble ni mas ventajoso podia presentarme la suerte, que el empeño de exponer los encomios de una Virgen heróyca, á quien el divino Esposo, por un rasgo de graciosa predileccion, colmó en los albores de la infancia de los dones mas exquisitos, para señalarla con los caracteres propios de una esposa, destinada desde la eternidad al divino tálamo? El elogio de una doncella generosa, que en los crepusculos de su vida presagió con singulares portentos su santidad futura, llenó de asombro la Italia, de júbilo la nacion Ultramontana, de consuelo la Metrópoli del mundo, y dió á entender en su misma cuna que nacia en la Toscana una niña que habia de llegar á ser luz y gloria de Viterbo? El panegirico de una esclarecida jóven, que á pesar de las

funestas impresiones de Adán, llegó en los arrullos de la puericia á la senectud de la perfeccion, á la pureza de los espíritus Angélicos, á la sabiduría de los Querubines, al encendido amor de los Serafines, y al zelo de los mas fervorosos Apóstoles? Lo diré de una vez: ¿qué motivo de mayor complacencia podia depararme la fortuna, que tener la gloria de presentarme en este sagrado sitio para pronunciar las alabanzas de la incomparable Rosa, honor de la Religion Minorita, vengadora de las inmunidades de la Iglesia, domadora de monstruos, terror de los cismas, modelo de la piedad, esplendor de las Vírgenes, ornamento de su débil sexó, y la flor mas fragante del Septentrion, cuyos aromas han llenado de suavidad los dilatados ámbitos de la Iglesia.

Yo confieso que solo al proferir el bienaventurado nombre de Rosa, me siento animado interiormente de la grandeza de mi objeto, porque la imaginacion me avisa, que su portentosa vida no es otra cosa que un ameno vergel, matizado con las mas bellas flores, una primavera de sazonados frutos, un animado mapa de prodigios inauditos, una alternativa de privilegios insólitos, una cadena de sucesos extraordinarios, un agregado de empresas gloriosas, y una pirámide de triunfos, capaces de hacer época en la série de los tiempos. Si me propongo analizar los principales pasages de su Crónica, la veo en su misma aurora, como un pequeño Moysés, suscitada por la Providencia en un siglo obscuro, para hacer alarde de su poder contra la petulante impiedad de Federico II, indigno sucesor de los Enriques, Lotarios, Carlos y Ludovicos, que roró los frenos de la obediencia al Sumo Pontífice, tiranizaba la nacion escogida, dividiendo furioso la túnica inconsutil de la Iglesia. Si la miro en los pre-

liminares de su infancia, me parece desde luego un Eliseo, que penetrando la tenebrosa region de los muertos, resucita á una tia suya con asombro de quantos concurrieron á suavizar las amarguras de su afligida familia; y luego convierte unos fragmentos de pan que habia reservado para los pobres, en purpúreas rosas por deslumbrar á su anciano padre opuesto á las profusiones de su balbuciente caridad. Si la contemplo en su adolescencia, se me figura un Josué, que enarvolando las vanderas de la Cruz, arrostra con las naciones enemigas, pisa con sus plantas vencedoras el cuello de sus feroces ribales, echa por tierra el soberbio coloso del cisma, afianza los derechos del Vaticano, y pone á Roma en la antigua posesion del patrimonio santo. Si exámino los hermosos dias de su pubertad, se me representa un Pablo, porque poseida de un espíritu universal; y semejante á una nube que vá derramando un saludable rocío por los lugares de su tránsito, siembra la palabra divina con la eficacia de sus exemplos y doctrina en los pueblos de Soriano, Viterbo, Espoleto y Vitorquiano. Si vuelvo los ojos á los instantes póstumos de su vida, reparo que la fama de su santidad vuela como un fuego rápido por todos los paises de la Etruria, los pueblos se disputan la dicha de tenerla dentro de sus muros, las plazas de Italia se convierten en teatros de su gloria, las Cortes de Europa se conmueven al sonido de sus maravillas, y la Silla de San Pedro, atónita á vista de este espectáculo, expide Letras Pontificias indagadoras de su virtud, como si intentára colocarla viva sobre los altares.

Y ved aquí que este cúmulo de circunstancias admirables en que pudieran por su misma abundancia zozobrar los labios mas eloqüentes, y tal vez fluctuar el entendimiento mas robusto, me propor-

ciona sin embargo nuevas ventajas para fundar el elogio de mi incomparable Rosa. ¿Cómo así? Porque un pensamiento de gloria, capaz de llenar de algun modo la amplitud de su mérito, contrayendo su santidad trascendental á ciertos límites, me está precisando á que me transporte en espíritu desde el Austro hasta las regiones del Aquilon, y me insta á que con mano intrépida estampe con caracteres de oro, sobre el mármol que cubre su incorrupto cadáver, aquella celestial inscripcion que el mas sabio Monarca de Israel grabó en los libros Santos de la antigua alianza para encarecer las preciosas dotes de la sabiduría: *Quæsiui sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius*. Me resolví á tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria. Así hablaba el Rey Salomon quando se propuso alabar las bellas calidades de la sabiduría; y yo me persuado, que baxo esta hermosa idea quiso dexarnos un cumplido elogio de la prodigiosa virgen de Viterbo. No hay que dudarle: Dios que siempre ha puesto sus delicias en los hijos de los hombres, amó á Rosa desde los caminos de la eternidad, previniéndola anticipadamente con las señales mas expresivas de su ternura: *Quæsiui sponsam mihi eam assumere*. La amó, distinguiéndola con los privilegios mas auténticos de una predilecta esposa: *Et amator factus sum formæ illius*. Digamos pues, sin rezelo, que Dios amó desde la eternidad á Santa Rosa de Viterbo como á esposa suya. ¿Pero de qué modo? Atendedme, porque en esto consiste todo su elogio. La amó como á esposa suya, disponiéndola al divino tálamo por medio de gracias especiales, y de una escrupulosa experiencia que hizo de su fidelidad y constancia: primér indicio de su amor, y primera parte de mi discurso. La amó como á esposa suya,

interesándose en exáltarla y colmarla de los mas señalados favores y beneficios de su soberana diestra: segundo indicio de su amor, y segunda parte de mi Panegirico.

Estas son, venerable congreso de Penitencia, las dos proposiciones que van á formar el elogio de vuestra cohermana y singular Patrona, la incomparable Rosa, esclarecida hija del Seráfico Padre, y hermoso pimpollo que brotó de las raices del grande árbol de vuestra Orden Tercera: árbol frondoso que ha cubierto con su prodigiosa sombra los inmensos espacios de la Europa, Asia, Septentrion y Mediodia: árbol feraz que ha producido preciosos frutos de santidad, cuya fragancia esparcida sobre los altares ha sido para la Iglesia motivo de eterno gozo: árbol místico, sobre cuyas ramas han descansado las tiaras, los cetros, las púrpuras y las mitras; árbol finalmente, que para ser fecundo bastaria haber fomentado en su seno á una Rosa de Viterbo, vuestra gloriosa tutelar, á quien habeis elegido por modelo de vuestras costumbres. Para referir con fruto sus heróycas acciones, y hablar dignamente de una Santa que hizo tanto honor á vuestra Orden Tercera, imploremos del cielo las luces necesarias, y á este fin recurramos á la que es Madre de la gracia, saludándola con el Angel. *Ave María*.

Dios amó á Santa Rosa de Viterbo como á esposa suya, y la dispuso al divino tálamo por medio de gracias especiales, y de una escrupulosa experiencia que hizo de su fidelidad y constancia.

PRIMERA PROPOSICION.

Como Dios habia elegido á la bienaventurada Rosa con singular predileccion antes del nacimien-

to de los siglos para esposa suya, en virtud de esta admirable disposicion la segrega anticipadamente como á los Isaías y Danieles, de la masa comun de la corrupcion por medio de ciertos favores extraordinarios, imprime en ella desde el vientre materno el sello irrevocable de su divina misericordia, la dispone con especial cariño para que sea objeto digno de sus tiernas complacencias, la señala con distinguidos privilegios, y singulares muestras de una particular dignacion, la previene como al Profeta Precursor con las augustas bendiciones de su soberana diestra, derrama en ella con profusion el oceano de sus celestiales caricias, la adorna con aquel conjunto de circunstancias que forman el peculiar carácter de una alma escogida, y se propone muy de antemano conducirla con los esfuerzos de su brazo por las sendas rectas, á pesar de los funestos escollos que pudieran precipitarla.

En consecuencia de esta misma eleccion la proporciona al tiempo de formar su misma substancia una cadena de prodigios que solo pudo combinar su adorable Providencia. Fecunda la impotente esterilidad de su anciana madre, para declarar con un parto milagroso el feliz nacimiento de una niña, que con el tiempo llenaria de honor y gozo los pueblos Ultramontanos: la infunde en su primera organizacion una alma ingeniosa, parecida á la de Salomon, llena de bondad y dulzura: la concede en el instante de su nacimiento una inocencia rara, y un candor de ánimo incapaz de empañarse con las obscuras sombras del vicio: la da una bella índole, naturalmente inclinada á abrazar el partido de la virtud: un corazon puro que jamas pudo contagiar el venenoso ayre de la corrupcion: un talento escogido, muy propio para seguir el sistema luminoso de la razon: un valor y una constancia su-

perior á las extravagancias de un siglo corrompido: unas inclinaciones piadosas, aptas á perfeccionarse con el soplo de las inspiraciones: un espíritu varonil, y un genio dócil, que fueron otros tantos presagios de los admirables progresos que haria esta niña heróyca desde los primeros bosquejos de su vida.

A estas felices disposiciones añade la Providencia divina los fomentos de la educacion paterna, y los poderosos estímulos de su amable nacion. Si señores: la destina al rededor de su ilustre cuna un padre anciano, muy semejante en la fé al Patriarca Abraham, y en la piedad al viejo Tobías, una madre tan virtuosa como la esposa de Elcana, tan discreta como Noemi, y tan prudente como Abigail, así no conoce otro mas importante cuidado que la instruccion del bendito fruto de su fecundidad. La depara una familia honesta, donde solo reyna la paz sólida, la armonía suave, la union constante, la subordinacion prudente, la continua aplicacion á los exercicios de piedad, y un perfecto espíritu del christianismo. La coloca en fin á la sombra de una estirpe gloriosa, de una nacion escogida que escucha con respeto como hija primogénita la voz del Vaticano: á la sombra de un país regado con los sudores apostólicos de los dos Príncipes de la Iglesia, teñido con la preciosa sangre de tantos Mártires, cultivado con el fervoroso zelo de los Benitos, Franciscos, Bernardinos, Neris y Borromeos; ilustrado con los resplandores eloqüentes de los Chrisólogos, Anselmos, Aquinos y Buenaventuras, y santificado con las prodigiosas pisadas de las Claras, Catalinas y Franciscas: á la sombra de unos pueblos, cuya verdadera Religion, preciosa reliquia del Apostolado de Pedro, no han podido extinguir, ni el furor de los Emperadores Roma-

nos, ni las erupciones bárbaras, ni la extravagancia de ritos extranjeros, ni todas las furias infernales. En una palabra, la pone el Señor en medio de una region, donde todo lo que mira al rededor de sí respira el buen olor de la santidad y de la virtud.

Ved aquí una venturosa Virgen, objeto de las caricias de un Dios, prevenida con bendiciones de dulzura, rubricada desde el seno de su madre con la sagrada marca del Empireo, y adornada con las mas preciosas joyas de la divina gracia; pero una Virgen, cuya pronta y fiel correspondencia á los favores del cielo, contribuyó á formarla una esposa digna de la eleccion y de las complacencias de su amado. ¿Deseais verlo? Retroceded en espíritu al siglo XIII, y observad con reflexion sus primeros ensayos. Apenas estuvo organizado su tierno corazon, quando sin vacilar un punto entre el bien y el mal, pasa desde las mismas faxas á los brazos de la virtud; su lengua balbuciente aun no puede articular mas voces que las de Jesus y María, y ya pide con ansia ser llevada al templo de Santa María de Po-dio: allí postrada como el niño Samuel al pie de los altares, levanta sus tiernecitas manos hácia el divino Hacedor, adora la inmensa grandeza de su soberanía, le consagra los primeros fervores de su alma, le ofrece todos sus respetos, se entrega á él sin reserva alguna, le hace un pronto y temprano sacrificio de todas sus potencias, y pasa los dias enteros, empleándose en dulces coloquios con su divino Esposo.

¿No es esta, oyentes, una señal clara de que Dios con una especial predileccion guiaba á esta su pequeña esposa por las maravillosas sendas de la perfeccion y del mérito? Avivad la imaginacion, y acompañad conmigo sus rápidos vuelos. Cumple Rosa los tres años, y superior á la imbecilidad de la

naturaleza humana, halla en su infancia el secreto que no encontró la famosa Judit hasta la edad adulta de triunfar del mundo en medio de él. ¡Qué espectáculo tan digno de admiracion! Una parvulita inocente, que acaba de descolgarse del pecho de su madre, y que no ha tocado ni aun los preludios de la pubertad, y ya sabe formarse una especie de soledad y de retiro en medio de una celdilla estrecha y oscura, que elige en lo mas oculto de su familia. Aquí sin huir como Abraham á los desiertos de Mambré, sin morar en las fragosas cimas de Oreb como Moysés, sin ocultarse como Elías entre las asperezas del Carmelo, y sin buscar las grutas que habitaron los antiguos Colonos del Yermo, los Pablos, Brunos y Mauros, encerrada dentro de sí misma, y á la faz de un siglo tumultuoso, se ocupa en ataviar su inocente alma con aquellos adornos que podian ganar el corazon de su dueño. ¡Con qué esmero se apresura á agradarle, ofreciéndole en holocausto los placeres mas legitimos que la permite su infancia! ¡Con qué cuidado observa los movimientos de su corazon para escusar el menor desliz que pueda ofender los castos ojos de su amado! ¡Con qué fervor se aplica á regular sus sentidos, á recoger sus potencias, á vencer sus deseos, á sofocar sus pasiones, á alimentar su espíritu, á fortificar su voluntad y perfeccionar sus obras! Unas veces anegada en el abismo de las mas dulces contemplaciones, pasa las noches á manera de las Egypciacas, Pelagias y Magdalenas, absorta en el seno de su divino bien, y se queja de la aurora que con tanta celeridad turba sus castas delicias: otras elevada hasta el trono inaccesible de su esposo, se diviniza en cierto modo, y se instruye en los arcanos mas impenetrables de su reyno: ahora convida á las criaturas insensibles como los jóvenes Hebreos

Ananias y Misael, á bendecir el nombre santo de su Criador: ahora llama con el Profeta David á los espíritus Angélicos á dar gracias á su Señor: ya provoca las potestades tártareas á rendir su soberbio cuello al omnipotente: ya finalmente, ungida con el bálsamo de la gracia, y suspensa entre el cielo y la tierra, hace baxar á su corazon aquel espíritu vivificante, y aquella divina semilla que despues habia de derramar sobre los pueblos de la Toscana.

Embelesada Rosa con el iman de las suavidades eternas, preciosos gages de su estática contemplacion, y ansiosa de morir enteramente al mundo, toma la resolucion santa á los nueve años de su edad de vestir el ceniciento trage del Venerable Orden de Penitencia, y pasa de una tierra profana á una region santificada con las huellas de las Margaritas, Isabeles, Delfinas, Angelas, Jacintas, Ludovicas y Micaelas; se cubre su hermoso rostro con un velo lúgubre, carga sobre sus virginales carnes una túnica áspera, ciñe su cintura con una cuerda gruesa, corta la dorada madeja de sus cabellos, y los ofrece por víctima de su amor, y como una señal expresa de su eterna alianza con Jesuchristo, esposo invisible, á quien únicamente desea agradar. De este modo, adornada con las penitentes insignias de su sagrado órden, é impaciente por transformarse toda en su enamorado dueño, se abraza con la pesada cruz de la mortificacion; émula de tantas famosas heroínas, que la precedieron en la carrera de la austeridad, rodea su inocente cuerpecillo con un espantoso aparato de inusitados tormentos que pudieran estremecer al solitario mas esforzado: observa en lo mas interior de su recogimiento un profundo silencio, que interrumpe solo con el estruendo de los crueles instrumentos de su penitencia: ciñe su inocente cuerpo con un horrible silicio, cuyas

sangrientas heridas renuevan las disciplinas con que aflige su martirizada carne tres veces cada dia: su alimento es tan escaso, que mas sirve para detener la muerte que para sustentar la vida, y aun primero le riega con sus lágrimas, antes de llevarlo á sus macilentos labios: su cama es el duro suelo, y el breve sueño que toma es un tributo que por fuerza le arranca su desfallecimiento: expone su afligido cuerpecito á la intemperie de los elementos, para que sucesivamente le persigan el frio, el calor, la sed y el hambre: reúne en su persona todos los dolores que podian causar los toros de bronce, las parrillas, los garfios, las nabajas y quantas invenciones halló la fiereza en ódio de la Religion. ¿Pero á dónde voy? Yo no soy capaz de explicar los extremos de su rigor: basta decir, que sujetó sus delicados miembros á tan asombrosa austeridad, que mas parecia un destrozado esqueleto, que un cuerpo vivo.

No es paradoxa, no lo creais. Los xefes de la Iglesia Bonifacio IV y Calixto III nos aseguran, que este prodigioso parto de la gracia llegó en sus primeros esfuerzos á la cumbre misma que pisaron los contemplativos mas famosos que habian anegado con su sangre las inaccesibles cavernas de Egipto en la Tebayda: los historiadores de su preciosa vida contestan que sus rigores inauditos llenaron de espanto á los ciudadanos de Viterbo, y de susto á sus ancianos padres, que temerosos de su temprana muerte, ponian mil obstáculos á sus desmedidos fervores: un erudito Escritor de nuestro siglo, añade, que los pueblos vecinos, conmovidos al ruido de sus austeridades, corrian presurosos á Viterbo, por registrar con sus ojos tan singular prodigio de penitencia, y se preguntaban atónitos como los habitantes de Judea en el nacimiento del Bautista.

¿quién juzgais será esta portentosa niña? Todos finalmente subscriben, que consumida Rosa á los golpes de una severidad inimitable, apresuró su dichoso tránsito, y apenas pudo vivir algunos años por una especie de milagro.

Con tan generosos sacrificios se elevó Santa Rosa de Viterbo en los preliminares de su adolescencia sobre la esfera de las cosas terrenas, y se remontó en pocos años al ápice de una perfeccion, á que no llegaron los mayores héroes de la Religion hasta los últimos dias de su vejez. En efecto: su fé en aquella edad tierna era tan viva, y su esperanza tan firme como la de los antiguos Patriarcas Abraham y Jacob: su obediencia tan ciega como la de Isaac, su mansedumbre tan grande como la de Moysés, su pureza tan peregrina como la de Josef, su valor tan esforzado como el de Josué, su zelo tan intrépido como el de Finees, su tolerancia tan constante como la de Miqueas, su caridad tan officiosa como la de Tobias: penetra los calabozos mas lúgubres, y las habitaciones mas tristes por consolar á los enfermos y á las infelices víctimas de la justicia, por alentar con sus discursos á los flacos, suavizar la amargura de los afligidos, persuadir á los tibios la resignacion, ayudar con sus débiles manos á los que la edad ó el desfallecimiento habia privado de sus fuerzas, y emplear en su alivio los residuos de su pobreza y de su abstinencia rigurosa. Su humildad era tan profunda como la de David: luego que advierte alguna aclamacion en el público, vuelve las espaldas á su temprana reputacion, huye á los lugares mas inaccesibles, y se oculta en lo mas interior de su celdilla á llorar sus importunos aplausos. Su amor era mas ardiente que el de la Esposa de los Cantares; inflamado su corazon con los incendios del amor divino, hace resonar conti-

nuamente con sus tiernos suspiros las pequeñas bóvedas de su habitacion, desfallece á los violentos impulsos del divino fuego en que arde, y saliendo fuera de sí, corre impetuosa por las calles y plazas de Viterbo, para desahogar con cánticos de alabanzas el volcan que abrasa su virginal pecho.

Si Señores; poseida Rosa de este santo amor, suspira por abrasar á todo el universo con el sagrado fuego que la inflama; quisiera comunicar á todas las criaturas alguna centella del divino ardor que la devora, á fin de que todas amasen al Soberano dueño de su corazon, y que ninguna le ofendiese; este fervoroso deseo despedaza su tierna alma con las mas vivas impresiones, y la obliga á derramar como Jeremías una fuente de lágrimas para llorar los excesos de su pueblo Viterbo: se llena de dolor y muerte de tristeza, como Elías al contemplar las prevenciones de sus compatriotas, y llega muchas veces á padecer mortales deliquios al ver los estragos que causaba el escandaloso cisma fomentado por un Emperador sacrilego, cuyos ruidosos atentados le hicieron mirar como un monstruo de iniquidad, y como objeto del horror y del ódio de todo el Norte; ya me entendeis, que hablo de Federico II, Príncipe ambicioso, indigno del nombre de los Cesares Christianos: éste invadiendo los derechos mas legítimos de la Iglesia, habia llenado de luto y de amargura á la famosa Metropoli de la christiandad: el Padre Santo, perdidos los fueros de la suprema dignidad, habia buscado su refugio entre los pavellones extranjeros, y todo el patrimonio de S. Pedro se hallaba injustamente ocupado por el tirano invasor: á la sombra de estos escándalos triunfaba la heregia, y el partido cismático á manera de un torrente inundaba toda la Etruria: Viterbo, illustre patria de nuestra santa, era la primera en la rebelion:

Vitorquiano, Soriano, todas las poblaciones y ciudades que poco antes oían los silvos del pastor, habían sacudido de sí con la obediencia del Pontífice, la fé de Roma. ¡Qué teatro éste, y qué empresa tan superior á las débiles fuerzas de una niña!

Sin embargo, Rosa animada de un zelo santo por la honra de su Esposo, y resuelta á darle una prueba decisiva de su fidelidad y constancia, se dexa ver al frente de un pueblo furioso, vestida de un tosco saco, lo mismo que el Profeta Ezequiel en medio de las turbaciones de Jerusalem y de Judea: unas veces levanta su tierno corazón al cielo para aplacar las iras de un Principe vengativo, otras se dirige á sus paisanos, y con suaves y eficaces insinuaciones, despierta en ellos el amor á la patria, y aviva las centellas de religion que aun no se habían apagado del todo; ya levanta sus débiles ecos y corre por las calles y plazas formando nuevos hijos á la Iglesia. En una parte instruye á los que por ignorancia han abrazado el partido cismático, en otra convierte á los obstinados: unas veces confunde á los impíos y libertinos, otras consuela á los afligidos: ya atrae al rebaño las ovejas descarreadas, ya confirma á los buenos en la gracia, contiene al vicio que quiere manifestarse con descaro, alienta la virtud que está para desfallecer, confunde al error que intenta manifestarse, y hace patente la verdad que algunos quieren obscurecer, de modo que en breve tiempo consigue Rosa con la eficacia de sus exhortaciones, que Viterbo mude enteramente de dictámen.

Pero ¡ó permisiones inescrutables de la adorable providencia del Todo-poderoso! Un negro vapor que sale de lo profundo del abismo, se apodera del corazón de los hereges y cismáticos, que avergonzados y envidiosos de los felices progresos

que hacia Rosa en su carrera apostólica, quisieran castigar su santo zelo con el hierro ó con el veneno, y lavar en su inocente sangre los ultrages que se figuran haber recibido sus falsas sectas: la embisten con los libelos mas sangrientos, la muerden con las sátiras mas picantes, la insultan con los dicterios mas sacrílegos de su osada maledicencia, y vomitan contra su honor toda la ponzoña de sus imposturas. Aun es poco todo esto; mancomunados sus émulos preocupan al Gobernador de Viterbo, la desacreditan en su tribunal como á una jóven seductora, digna del mas severo castigo, la acusan como á una murgecilla inquieta y mal morigerada, que pretende grangearse nombre por una empresa temeraria, y quiere abusar de la docilidad del público por medio de las apariencias de una piedad hipócrita en perjuicio de la paz y de los derechos del imperio. Por último, la malicia prevalece contra la inocencia, y sorprendido el Conde Simon, levanta su formidable brazo para descargar el rayo de su furor contra nuestra Santa, y la condena con sus padres al mas riguroso destierro.

¡Quién pudiera, señores, representaros dignamente la terrible cadena de trabajos que padeció la perseguida esposa del Salvador en su penosa expatriación! Figuraos una tierna doncella extenuada con los rigores de su penitencia, abandonada á la fragosidad de un monte, á la inclemencia de una rigorosa estacion, y á la extrema escasez de viveres, expuesta al furor de las bestias, al cuchillo de los hereges, y á la repentina invasion de los cismáticos: agitada de un continuo susto, y viendo cada instante la muerte baxo mil diversos aspectos, ó por mejor decir, muriendo á cada paso que daba, traspasada del frio, consumida del hambre y de la sed, caminando al lado de sus ancianos padres con

los pies descalzos por entre nieves y espinas, y dexando por todas partes sangrientas huellas de su espíritu de mortificación; pues estos fueron, y otros muchos los trabajos que sufrió la afligida Virgen entre las asperezas de un bosque; trabajos muy semejantes á aquella terrible alternativa de penalidades, cuya espantosa enumeracion hace San Pablo en una de sus epístolas, y que efectivamente sufrió el Apóstol en su peregrinacion desde Cesarea hasta Roma; y aun me atrevo á decir, que el Santo Rey David, fugitivo de Saúl, no sintió tantas congojas entre los páramos de Idumea, ni el gran Patriarca del oriente San Atanasio, perseguido por los Arrianos, toleró tantas molestias en los desiertos de la Tebayda como Rosa entre las nevadas selvas de la Toscana; porque al fin, estos eran unos hombres, ya lo sabeis, de cuerpo fuerte, labrados al buril de los trabajos, y formados á los golpes de la tribulacion; pero la inocente Rosa era una niña de un sexô débil, y de una estatura tierna, que acababa de salir de las mantillas, y que apenas debia articular el idioma en que ha nacido: no obstante esta niña, al parecer tan flaca, esta muger tan débil, llena de un espíritu superior á su misma fortaleza, se sostiene en medio de los peligros, triunfa de sus enemigos por la virtud de un Esposo divino, que sabe hacer omnipotente la misma flaqueza, y llega con felicidad despues de atravesar inmensos desiertos á la ciudad de Salerno.

Aquí reuniendo esta evangelizadora de la paz todas las fuerzas de su zelo apostólico, exhorta á los ciudadanos á la obediencia de un Pontífice errante, y destronado por un tirano usurpador, les manifiesta las horribles revoluciones que ha causado un gobierno despótico y turbulento, les hace ver las perniciosas resultas que acarrearán las armas de un Empe-

rador cismático, y les representa la general relajacion que ha introducido la desobediencia y el cisma en un pueblo que antes habia sido el domicilio de la fé y de la piedad; pero todavia hace mas con sus oraciones que con sus discursos: Dios pone en sus manos los corazones de todos, y disponiendo de ellos á su voluntad, consigue finalmente la tranquilidad de Salerno, y la reforma universal de sus costumbres. Luego toma alas de paloma, y vuela como una fecunda nube por las ciudades de Soriano, Orvieto, Aguapendente, Vitorquiano, Corneto y Montefalcone: aquí confirma en la fé á los vacilantes y flacos, allí eleva consigo misma en el ayre la piedra en que asienta sus hermosas plantas para confundir con este milagro á los obstinados y protervos: acá profetiza en público la desgraciada muerte de Federico, que sucede á los ocho dias: despues anuncia á la quietud y futura paz de la Iglesia: luego persuade á toda la Toscana que reciba á un Pontífice prófugo y expatriado, para que vuelva á la Silla que ocupó el príncipe de los Apóstoles en Roma; y últimamente, conseguidos estos triunfos, se restituye á su amada patria Viterbo, trayendo en sus virginales manos los verdores del olivo, como anuncio feliz de la serenidad, y como una señal auténtica de las victorias que ha alcanzado contra el Emperador cismático y sus aliados.

¡O, y qué demostraciones tan singulares de alegría y de placer no manifestaron al verla sus amados compatriotas! ¡Con qué muestras de amor y de agradecimiento no recibieron sus conciudadanos á esta magnánima doncella! ¡Con qué epítetos tan honoríficos no celebraron los triunfos que habia conseguido de sus enemigos! ¡Ah! los ancianos de Viterbo, los grandes, los pequeños, todos los estados

y todas las edades renovando las aclamaciones que oyó la valerosa Judit en Betulia, entonan festivos y armoniosos cánticos de regocijo, y llenos del mas profundo reconocimiento la dicen á una voz: tú, Rosa, eres la evangelizadora de la paz, tú la alegría de Israel, y la honra de nuestro pueblo: tú la consoladora de los afligidos, el refugio de los pobres, la iluminadora de los pueblos, la flor de la inocencia, y la rosa mas fragante de la caridad: tú, finalmente, eres la heroína invencible de la christianidad, la columna de la Iglesia, el apoyo de la Silla Apostólica, la basa de la fé, y columna de la Religion. El Santo Pontífice Inocencio, poseido del mismo espíritu, rinde al Altísimo las debidas gracias, y luego despacha solemne Bula, investigadora de las prodigiosas virtudes de Rosa, para anunciar, como el Sacerdote Eliacim á su amada grey, las maravillas que Dios habia obrado por medio de su fiel Esposa, y declarar al universo las misericordias del Señor, que habia suscitado á esta incomparable virgen para alivio y consuelo de su afligida Iglesia.

Pero todo esto no es el mayor argumento de la fidelidad y constancia de Rosa para con su divino Esposo: otras pruebas mas terminantes dará de su zelo por la honra de su amado, y éstas afianzarán de nuevo, con vínculo indisoluble, la sagrada alianza que ha contraído con su enamorado dueño. En efecto, entre los dogmatizantes del partido cismático habia una famosa hechicera, órgano invisible de Satanás, que tratando de ilusa á la Santa Virgen, afirmaba en público que su doctrina era vana, y que sus milagros eran ilusion de la fantasía y alucinacion de los sentidos. El vulgo vacilaba, y era necesario á la opinion de Rosa: que despues de haber restituido la paz á la Iglesia, defendiese al

pueblo como Moysés de los engaños de Balaan. Ved como se presentan á un singular certamen en presencia del innumerable concurso la humilde doncella, y la soberbia Pitonisa, que ya se considera victoriosa, y se corona con sus propias manos. Pero ¡qué poco tiempo la duró este imaginario triunfo! Esfuerza Rosa con una eloquencia sobrenatural los sublimes misterios del Christianismo, recurre hasta los primeros principios de nuestra Religion; hace ver como fué anunciada por los oráculos, preconizada por los Profetas, y autorizada con el cumplimiento de las predicciones: declara el establecimiento del Evangelio, su promulgacion milagrosa por los Apóstoles, y su feliz propagacion por todo el mundo. Pero viendo Rosa la tercera obstinacion de su anciana competidora, manda preparar una hoguera para que sus voraces llamas sean pregoneiras fieles de la verdad que predica.

Quisiera, señores, en esta ocasion poseer una eloquencia tan afuente como la de los Tulios y Demóstenes, para poder expresar la grandeza de la fé con que se arrojó á la voracidad del fuego la invencible heroína. Confiada Rosa en la palabra de su dulce Esposo, y revestida de todo el valor de los jóvenes de Babilonia, pisa con sus desnudas plantas la actividad de un elemento voráz, y renueva en su persona las maravillas que obró Dios en la incombustion milagrosa de la zarza de Oreb: se pasea alegre y festiva entre las llamas, como otro Elías, que volaba por la region etérea en su carroza de fuego, y se mantiene tres horas en medio del incendio, exhortando sin cesar á su obstinada rival, que llena de asombro y confusion se postra á vista de este espectáculo á los pies de una niña á quien acaba de insultar: baxa su soberbia cabeza, se rinde, se humilla, detesta los errores que habia mama-

do en la fatal escuela de la Nigromancia, confiesa en público las verdades que anuncia nuestra Virgen, y queda para siempre hecha trofeo y prisionera del zelo y constancia de la invicta Rosa.

¿Y qué? ¿pensais que coronada Rosa con tantos laureles, iria á disfrutar la recompensa de sus fatigas en un pacífico retiro? Esto es lo que dicta la naturaleza, y aun lo autoriza la virtud; pero este descanso es incompatible con el zelo activo que tiene por la honra de su divino Esposo: ella continúa y perfecciona sus tareas apostólicas, entregándose á nuevos cuidados: como esposa fiel del Salvador se sacrifica en medio de sus penosos afanes á conducir nuevas esposas á los pies del Cordero Inmaculado, las entresaca del medio del siglo, y las separa de las vanidades del mundo como un Gerónimo á las Paulas y Marcelas: las instruye en todo género de virtudes, como un Benito á las Escolásticas: las anima con su exemplo á que vuelen á la cumbre de la perfeccion como los Leandros á las Florentinas, y á pesar de las contradicciones que experimenta, consigue formar en la tierra un lucido coro de vírgenes envidiable á los mismos Angeles. ¡Qué fidelidad tan constante! Fidelidad que la mereció el agrado de un Esposo celestial, que la habia elegido desde la eternidad, y la habia separado de la masa comun de la corrupcion para esposa suya: esto fué lo que prometí demostraros en la primera parte. Escuchadme, y vereis que Rosa fue tambien una esposa, á quien Dios se propuso exaltar, y colmar de los favores mas singulares de su diestra. Y estoy en el segundo punto.

Dios amó á Santa Rosa de Viterbo como á esposa suya, y se interesó en colmarla con los mas señalados favores y beneficios de su soberana diestra.

SEGUNDA PROPOSICION.

Aunque el Espíritu Santo nos enseña en los Proverbios de Salomon, que Dios ha puesto siempre sus delicias en las criaturas, que formó á su imágen y semejanza, y llega su bondad al exceso de jugar sobre la tierra con los hijos de los hombres; sin embargo, esta condescendencia al parecer tan liberal no ha podido jamas desprenderle de los derechos de su magestad, ni despojarle de aquel imperio absoluto que exerce sobre toda la naturaleza. Pero quando este mismo Dios admite una alma escogida á su estrecha alianza, la une á sí con un vínculo indisoluble, y la honra con los privilegios de esposa, entonces parece que suprimiendo toda su grandeza, y aliviando en cierto modo los inmisibles fueros de su soberanía, la hace entrar en una íntima familiaridad, la comunica los arcanos mas ocultos de su corazon, la regala con los favores mas distinguidos, la franquea los tesoros mas preciosos de su divino erario, la concede un poder despótico sobre las cosas criadas, la hace triunfar de la misma muerte, y pone en sus manos las llaves del cielo y de la tierra.

Ved ahí la sabia economia que observó Dios con la gloriosa niña cuya fiesta celebramos. Luego que esta pequeña Sulamitis tocó las primeras márgenes de la infancia, la sepultó el divino Salomon, su Esposo, en un abismo de mercedes extraordinarias, de beneficios singulares, de celestiales consuelos, de inexplicables delicias, de dulzuras inefables, de

tiernos coloquios, de éxtasis frecuentes, y de raptos prodigiosos que la separan de la tierra, y la transportan hasta el seno mismo de su Soberano bien. ¿Pero cómo podré yo explicar unas maravillas que apenas puede comprender el entendimiento humano? ¿Cómo podré hablar un idioma mas propio de los Angeles, que de una criatura mortal y miserable? ¿Qué eloquencia me bastará para no profanar con mis limitadas expresiones aquellas maravillosas apariciones de la Santísima Virgen, de los Santos y de los espíritus angélicos, con quienes conversaba familiarmente esta niña balbuciente, como si en aquella tierna edad fuera ya conciudadana de la misma patria? ¿Aquellos testimonios auténticos de amor que la dió el Esposo celestial, manifestándosela visiblemente, unas veces rodeado con los resplandores de su gloria, otras cercado de los instrumentos de su sagrada pasion, y obrando con su presencia en el corazon de su pequeña esposa unas impresiones tan vivas que la enagenaban de sus sentidos, y la obligaban á desfallecer en los tiernos brazos de su amado divino? ¿Aquellas sublimes elevaciones, en que despidiendo rayos de luz su virginal rostro, subia por los ayres siguiendo cortesana del cielo los poderosos atractivos del divino imán, por quien suspira? ¿Aquellos amorosos incendios que abrasan su voluntad en el sagrado horno de un amor celestial, y la hacen caer muchas veces en tierra, abrumada con el peso, y baxo la violencia de un fuego omnipotente? ¿Aquellos impetuosos vuelos que la arrebatan en espíritu, y la trasladan á la region bienaventurada; donde goza terrena comprehensora los privilegios del Empireo, y de donde vuelve cargada de los tesoros que saca de la fruicion beatifica, y del comercio íntimo con su Dios? ¿Aquellas luces sobre-

naturales que la hacen penetrar los arcanos mas reconditos, y descubrir las verdades y los misterios mas abstrusos de la Trinidad Santísima, de la unidad de la esencia, de la inmensidad de su sér, de la plenitud de su poder, de la generacion eterna del Verbo, y de su encarnacion temporal?

¿Qué cúmulo este tan asombroso de privilegios inauditos en una edad tan tierna en que apenas habia pisado los umbrales de la juventud! Aquellos Santos Patriarcas y Profetas de la antigua alianza Abraham, Moysés y Eliseo; aquellos célebres Anacoretas de la nueva ley, Pablo, Antonio é Hilarion; aquellos famosos solitarios Bernardo, Gualberto y Romualdo; aquellas santas mugeres Marta, Pelagia y Thais: todos estos héroes de la Religion merecieron muchas veces los favores mas singulares del cielo, y disfrutaron las condescendencias amorosas de su Dios; pero todos ellos lograron estas satisfacciones despues que habian envejecido entre las asperezas del desierto, despues de muchas persecuciones sangrientas toleradas con alegría, quando ya habian conseguido repetidas expediciones santas contra los enemigos de la fé, y quando habian ya consumido sus años á los golpes de la mortificacion, y á los rigores del ayuno: al contrario, Rosa tuvo el privilegio de disfrutar en el oriente mismo de su pubertad las mercedes mas extraordinarias, y las demostraciones mas auténticas de una especial dignacion: en la edad de cinco á siete años la admite ya el esposo á su trato familiar, á su ósculo afectuoso, á sus tiernas caricias, y á sus dulces abrazos; la sublima al grado de una union perfecta, la da parte en sus secretos, la sumerge en el pielago de las divinas luces, la inunda con las avenidas de todas las gracias, y la hace oir muchas veces su celestial voz, y sus amo-

rosos coloquios, ya en vision imaginaria, ya en vision pura y espiritual, de modo que podemos decir con verdad, que esta prodigiosa niña nació cortesana del cielo desde el seno de su madre, ó que en su misma cuna fué prohijada entre los moradores del Empíreo para vivir en la tierra gozando en medio de las miserias humanas todas las delicias del paraíso eterno.

No hay que admirarnos: Dios la habia honrado con el precioso carácter de esposa suya, y era consiguiente que en fuerza de esta sagrada alianza la adornase con las joyas mas preciosas, y la dotase con los tesoros mas inestimables de su divina gracia; y aun añado mas, era forzoso que la autorizase su Esposo con toda la fuerza de su poder divino, para que al sonido de su voz se moviese toda la naturaleza. En efecto, apenas contaba Rosa el primer quinquenio de su vida, quando ya impone leyes á la muerte, impera al fuego, al ayre y á la tierra: manda callar á los vientos y á las tempestades: pone sus labios inocentes en las nubes, y al punto se disipan, expulsa á los demonios y huyen confusos de su presencia: las enfermedades mas incurables respetan sus palabras, los ciegos recuperan la vista, los sordos adquieren el oido, los mudos el habla, y todo género de dolencias cede obediente á sus órdenes.

¿Qué mayor testimonio puedo daros de esta verdad, que aquel asombroso prodigio que obró en su misma infancia con el cadáver de su difunta tia? Manda Rosa con imperio á la muerte, y aquella máquina fria y helada, aquel cuerpo yerto que habia estado privado de la vida por veinte y quatro horas, que habia empezado á ver la corrupcion como el de Lázaro, y que por leyes ordinarias no debia resucitar hasta el dia del juicio universal, vuelve

á animarse, y en presencia de todo Viterbo confiesa la resucitada tia haber debido la vida á la intercesion de su sobrina. ¿Qué os parece, amados oyentes? ¿Será necesario reconocer en este prodigio su gran poder? Pero abramos el proceso auténtico de su canonizacion, y hallaremos que el Santo Pontífice Calixto III aprobó doscientos sesenta y quatro milagros obrados en vida y muerte; por ellos consta que unas veces con sola la aplicacion de su pequeño cordon libra de las fauces de la muerte á una afligida matrona de Viterbo, que habia fluctuado catorce dias entre las violentas agitaciones de un parto peligroso, y desesperado á juicio de peritos; otras veces manda á las hinchadas olas del mar, y al punto vomita vivos quarenta marineros Polacos y Tudescos, que se habia tragado en un naufragio; ya restituye el perfecto uso de la lengua á dos jóvenes mudos de nacimiento con solo el contacto de su toca; ya levanta sano y sin lesion alguna á un caballero Vitorquiano, muerto y despedazado con la repentina caída de un caballo, con solo tomarle de la mano; ya finalmente da la vista á tres doncellas Viterbienses con sola la accion de hacerles una cruz en la frente, y despues suspende la voracidad de un incendio inopinado, que reduciendo á cenizas todo un coro de monjas donde se guardaban sus sagradas reliquias, respeta su venerable urna, y su incorrupto cadáver.

Una niña adornada con tantos privilegios, á quien el divino Esposo habia revestido de toda su autoridad, ¿dexaria de poseer aquella sabiduría sublime, que descendiendo del Padre de las luces, fecundó en otro tiempo el entendimiento de Jeremías y el de David con el conocimiento de las verdades mas importantes de la Religion? No por

cierto: Rosa, aunque no fué instruida como Santa Bárbara, baxo el magisterio de Orígenes, ni como las Eustaquias y Marcelinas en la Escuela de Gerónimo: aunque jamás se la vió á esta niña freqüentar las Academias de Europa, ni pisar los famosos Liceos de Italia; ella, no obstante, es á un mismo tiempo la luz de los pueblos, la doctora de las naciones, la maestra de los ignorantes, y la directora de los sabios: ella es el oráculo de todo su siglo, que como otro Nehemías estaba versada en las leyes políticas y divinas, y como otro Esdras era una intérprete juiciosa de los sagrados libros. Los ancianos de Judá, y los maestros de Israel, quiero decir los mayores hombres de su siglo, y los mas célebres Doctores de Italia corren presurosos á oír las lecciones que salen de la boca de esta Virgen Toscana. El Príncipe de los Sacerdotes, Inocencio IV, la consulta en sus dudas, y la mira como á directora y coadjutora en su Pontificado: los mayores personajes de la Iglesia la respetan como á Fenix de la sabiduría: unos la proponen las questões difíciles de la Escritura, otros la piden su dictamen sobre diferentes puntos de moralidad: los hereges no pueden resistir á su sagrada eloqüencia, los cismáticos llenos de confusion tiemblan los rayos de luz que despiden sus inocentes labios, y todos ellos, semejantes á los Arrianos, que en presencia del Emperador Constancio, desconfiaban poder ofender á la Iglesia mientras estuviese vivo el grande Osio, Obispo de Córdoba, confesaron muchas veces, á despecho suyo, que nada podrian maquinar contra la Silla Apostólica, entre tanto que la ilustre heroína de Viterbo estuviese colocada sobre los muros de la ciudad Santa.

¿Qué mejor apologia para comprobar los inestimables dones, y señalados favores con que el cie-

lo habia colmado á su esposa, que el público testimonio de sus mismos rivales? Sin embargo, las profusiones extraordinarias de su divino Esposo pasaron mas adelante. Ilustrada Rosa con una luz superior, penetra como aquel Vidente del antiguo pueblo los mas ocultos senos del corazon, y descubre los pecados mas escondidos de las conciencias, conoce á punto fixo los pensamientos, las ideas, los designios, y las máximas mas escondidas del hombre, aquellas que segun San Pablo solo puede comprehender el espíritu que en él habita, registra los interiores de todos como si los tuviera abiertos de par en par, y alcanza á ver hasta los destinos y decretos impenetrables de la predestinacion divina: á unos avisa, como Ezequiel, el funesto término de sus días, á otros anuncia sucesos prósperos y favorables, á aquellos declara el mal estado de su conciencia, y á estos predice la gracia de su perseverancia final. ¿Qué mas? Animada con el espíritu de los antiguos Profetas, renueva aquellos conocimientos maravillosos que en otro tiempo llenaron de asombro y admiracion los contornos de la Palestina: unas veces, semejante á Isaías y Jeremías, que profetizaron la destruccion futura de Jerusalem, conoce con anticipacion la desgraciada muerte de Federico y la ruina del escandaloso cisma que habia causado aquel infeliz ungido del Señor: otras veces, semejante al Evangelista Juan, que desde la Isla de Patmos veía todo lo que pasaba en Efeso, Sardis, Laodicea y Filadelfia, registra desde el fondo de su celdilla los perjudiciales estragos que hacia el furor cismático en los pueblos de la Toscana, y derramando amargas lágrimas á los pies de su esposo, le ofrece en holocausto todas sus austeridades, á fin de aplacar sus divinas iras; y para decirlo mas breve reúne en sí los conocimientos

proféticos del Nuevo y Viejo Testamento, y descubre á un mismo tiempo lo pasado, sabe lo presente, prevee lo venidero, y como si tuviera á la vista todas las diferencias de los tiempos, declara lo que pasa en todas partes.

¿No diríamos con razon á vista de tantos dones, que Dios se habia interesado demasiado en exaltar á Viterbo, y colmarla con los mas señalados beneficios de su soberana diestra? Con todo eso, no se contentó su amado con haberla honrado en vida, sino que tambien quiso engrandecerla entre las cenizas del sepulcro. Apenas se divulgó en la capital de la Iglesia el dichoso tránsito de Rosa, quando el ayre resuena con las aclamaciones de una infinita multitud de pueblo, que corre precipitadamente á venerar su santo cadáver. El senado, la nobleza, los magistrados, las parroquias, los monasterios, y todos los cuerpos de la ciudad conspiran á formar su fúnebre pompa, que mas parece una suntuosa fiesta, que un aparato lúgubre: todos la invocan á una voz, y los elogios que la tributan son principio del culto universal y público, que despues la habian de rendir. El Santo y Sumo Pontífice Alexandro IV, acompañado de todo el Clero, traslada personalmente su incorrupto cadáver al Monasterio de Clarisas con triunfal magnificencia: los Sumos Pontífices Eugenio IV, Martino V y Pio II, rodeados de los Cardenales de la Santa Iglesia, visitan hasta dos veces su venerable tumba, y despues de haber humillado sus sagradas cabezas delante de su sepulcro, despues de haber rendido á sus virginales plantas las tiaras y los capelos, se vieron precisados á levantar sus manos para implorar su piedad en beneficio de la Iglesia: los Papas Nicolao V, Sixto IV, Julio II, Clemente VII y X, Pio IV y Calixto III, ansiosos de dar alguna

muestra de su ternura y reconocimiento, se explican con donativos dignos de su soberana munificencia, los que hoy sirven en el sepulcro de Rosa, y contribuyen á su mayor adorno y esplendor. ¿Quién no vé en esta cadena de triunfos el dedo de Dios, empeñado en glorificar hasta los últimos despojos de su amada Rosa? En otro tiempo este mismo Dios oculta por ministerio de Angeles el cuerpo de su Profeta Moyses, porque Israel, siempre infiel al Señor que le habia sacado de Egipto, no tuviese la ocasion de idolatrar en las reliquias de su legislador difunto: pero en el siglo XIII, despues de haber sellado el precioso cuerpo de su querida Esposa con apariencias de inmortalidad, despues de haberle conservado incorrupto por espacio de mas de quinientos años, le expone á la pública veneracion, para que todo el universo aplauda el heroismo de sus virtudes, y la tribute un culto religioso. Imprime en sus áridos huesos una virtud sobrenatural, y un olor suave, que exhalándose sobre las mas altas cimas de los Alpes, Pirineos y otros montes, se ha propagado hasta los confines del orbe: Italia, Nápoles, Francia, España, Portugal, América Septentrional, Indias Occidentales, toda la tierra se ha conmovido al oír sus maravillas, y se esfuerza á pronunciar publicamente sus alabanzas á los pies de los altares. Los Emperadores de Alemania Segismundo y Federico III, semejantes á los Príncipes de Madian y de Efa, abren sus erarios, y cargados con las preciosidades de su imperio, se postran delante de su venerable urna, abaten sus testas coronadas en presencia de la heroína de Viterbo, imploran la felicidad para sus dominios, y presentan las mas ricas joyas para adorno de su Santuario: los Monarcas de España, los Alfonsos y Felipes solicitan vivamente con la Santa Sede

la extension de su sagrado culto hasta los países mas remotos de la christiandad, y ofrecen reconocidos el tributo de unas dádivas dignas de su soberana grandeza: los pueblos erigen templos y altares en honor suyo: los mas sabios analistas dedican sus vigilijs á manifestar y celebrar sus heroicos hechos: los oradores mas célebres hacen resonar en todas partes los christianos púlpitos con sus panegíricos: todos los fieles, finalmente, de ambos sexos, desde el cetro hasta el cayado, desde la tiara hasta los mas humildes fieles, tributan los mas altos repeticos á la memoria de la incomparable Rosa.

Ved aquí, gremio ilustre, los singulares favores que el Esposo divino hizo en vida y en muerte á vuestra singular Patrona, para verificar á la letra que la habia amado como á esposa suya, y se habia constituido zeloso y fiel apreciador de su gloria: *Quæsiui sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum forme illius*. Vosotros que os habeis propuesto imitar sus huellas virginales, arreglad vuestra vida por la santidad de la suya: seguid con empeño el espíritu de la vocacion que os conduxo al venerable Orden que profesais. Emprended animosamente las rectas sendas de la penitencia, sofocad las inclinaciones de la carne, despreciad los placeres de la tierra, y abrazad en todo los ilustres exemplos de vuestra Santa Patrona, y mostraos siempre herederos de su zelo y de sus virtudes. Esta será vuestra corona, vuestra gloria, y vuestra mayor felicidad.

Y vos, Virgen gloriosa, ornamento singular de la religion Seráfica, y de su Orden Tercera, recibid estos reverentes cultos que hoy os consagran vuestros devotos cohermanos en señal de su eterno reconocimiento: derramad sobre ellos desde el

cielo, donde reynais, copiosos auxilios, para que planten en sus almas las virtudes que practicasteis sobre la tierra: renovad en especial vuestro zelo apostólico á favor de la Iglesia y de su Pastor universal, para que ningun maligno viento del Aquilon perturbe su tranquilidad: mirad con ojos propicios á nuestro augusto Monarca Carlos IV, para que se acredite digno sucesor de los Recaredos, Fernandos y Felipes: prosperad toda su Real Familia, todos sus dominios católicos, y echad vuestra virginal bendición sobre todos sus moradores, para que haciendo frutos dignos de penitencia, os acompañen eternamente en la gloria. Amen.

SERMON VI.

DE NUESTRA SEÑORA DE COPACAVANA.

Elegi locum istum mihi in domum.

Paral. 2. cap. 7. v. 12.

Escogí este lugar para mi habitacion.

Aunque el Señor nunca ha abandonado la descendencia de Abraham, y las reliquias de Jacob al saqueo de sus enemigos; sin embargo, ha permitido muchas veces que Dagon ocupe el lugar Santo, y que Baal y Astarot reciban incienso profanos. En efecto, los Egypcios, Persas, Asirios, Griegos, Cananeos y Sidonios doblaron sus rodillas en presencia de las criaturas inanimadas, y tributaron sus respetos al sol, á la luna, y á los demas Planetas: la misma Roma, aquella ciudad orgullosa que imponia leyes á las naciones del Universo, no se avergonzó de postrarse en el capitolio á los pies de Júpiter; la nacion santa, el pueblo escogido, el mismo Israel, ingrato á los favores de su Dios, levantó sus manos para incensar á un becerro de oro, y se inclinó no pocas veces delante de las piedras y de los leños. El Asia, el Africa y la Europa abrazaron el culto bárbaro de las falsas divinidades, y se abandonaron muchas veces á los errores sacrilegos de las naciones enemigas del verdadero Dios.

¿Pero qué digo? El nuevo Mundo, el Perú y México, la América Septentrional y Meridional corría ciegamente tras el torrente de ídolos que inun-

daban sus vastas regiones, y se habia enteramente prostituido á los abominables ritos de la idolatría: Copacavana era entre todas su comarcas, donde el paganismo habia fixado su trono de abominacion, donde habia establecido el panteon de sus divinidades, y donde habia situado la cátedra de sus desvarios. Pero, á pesar de tantos nublados que desfiguraban el culto debido al Supremo Autor del Universo, y de la ciega ingratitud con que se desviaban los Peruanos de su legitimo dueño y señor, apareció la Aurora divina, precursora de la gran luz que habia de disipar las tinieblas de su ignorancia: se dexó ver la Emperatriz de cielos y tierra para renovar en el Perú los prodigios de beneficencia que habia obrado desde el origen de la Iglesia con los desgraciados hijos de Adán, en las regiones de Europa, baxo los gloriosos titulos de las Nieves, Loreto, Peña de Francia, Pilar, Covadonga, Monserrate, Aranzazu, Guadalupe y Atocha.

En efecto, esta gran Reyna, cuyas entrañas estuvieron siempre llenas de benevolencia para con sus hijos desde el instante en que fué constituida Madre universal por su agonizante Unigénito, se dignó escoger á Copacavana para su habitacion, para teatro de sus misericordias, para alcázar de sus liberalidades, para ruina de la idolatría, y para asilo comun de sus moradores, y de quantos fieles pisan el pavimento de aquel Santuario. Dignacion muy especial que fué el preludio de los extraordinarios beneficios, que por una serie continuada ha repartido á favor de la nacion Peruana, y que se han propagado por una extension de su ternura á los habitantes de esta capital. *Elegi locum istum mihi in domum.*

Y ved aquí trazada la materia de vuestra atencion. María por una dignacion singular, estableció

su morada en Copacavana para ruina del paganismo y bien de sus habitantes: primera parte. María, por un efecto de doble beneficencia, extendió su habitación á este santo templo para multiplicar sus dones á favor de este pueblo: segundo punto. Pidamos la gracia para el acierto, por medio de la misma Virgen, saludándola con el Angel: *Ave Maria*.

Quando los libros Sagrados, los Padres Griegos y Latinos, los Santos y Doctores de todos los siglos no aseguraran el zelo y ternura con que ha protegido María desde el nacimiento de la Iglesia á la miserable posteridad del primer hombre; quando los oráculos de los Pontífices, los Cánones de los Concilios, los anales de la Religion, los edictos de los Reyes, las dádivas de los Emperadores, los templos consagrados á su augusto nombre, los altares erigidos en honra suya, y tantos otros monumentos históricos no publicaran la singular vigilancia con que ha mirado la gran Reyna los intereses de la humanidad afligida; si las naciones todas que ilumina el Evangelio, si la Europa y el nuevo mundo en las vastas regiones del Septentrion no contestaran esta misma verdad, bastaria el testimonio visible que nos presenta el Mediodia en Copacavana para convencernos de la proteccion maternal y solicitud con que ha amparado la soberana Princesa á sus adoptivos hijos desde el momento en que fixó sus virginales plantas en aquel santuario.

¿Quereis ver su amor y vigilancia en disipar las tinieblas de la supersticion, en iluminar sus entendimientos, inflamar sus voluntades, derramar sobre ellos sus liberalidades, y prosperarlos en lo temporal y espiritual? Para decirlo mas breve, ¿deseais ver el empeño con que ha llenado todos los deberes de la mas tierna y compasiva madre? Seguidme, y á cada paso reconocereis los vestigios mas autén-

ticos de su mano protectora. En los mismos principios de su entrada, en aquel dichoso lugar ya admira su venturoso pueblo la rapidéz con que una virtud invisible le conduce al colmo de su felicidad: apenas brilla esta estrella mistica sobre el emisferio de su region meridional, quando esparce sus resplandores sobre toda la comarca, y disipa los negros vapores del error; la presencia de su simulacro semejante á aquellas misteriosas trompetas de Israel, que derribaron los baluartes de la orgullosa Jericó, auyenta las potestades del abismo, y anuncia la ruina total del paganismo, obrando en los corazones de sus moradores con una prodigiosa, pero suave violencia, la extraordinaria transformacion que no pudieron conseguir los poderosos esfuerzos de los Pizarros, Mendozas y Toledos, con todo el aparato militar de sus armas. La gentilidad tiembla, las estatuas de las falsas divinidades se desploman como la de Dagon en presencia de la nueva Arca, sus oráculos enmudecen, el antiguo Dragon brama baxo el peso del impulso virginal que le oprime, los altares profanos titubean y se desquician, los ídólatras se turban y detestan sus falsos ritos, el vicio se avergüenza, y la Religion Christiana fixa su trono en medio de aquellos felices Neofitos.

No es paradoxa, señores. Los anales de Copacavana nos informan que sus naturales en los mismos crepúsculos en que la Aurora Divina iluminó aquel santuario, despreciaron el culto supersticioso; y avergonzados de los incienso que habian quemado á la faz de sus divinidades, de los votos con que los habian adorado, y de la ciega confianza que habian puesto en las piedras y en los leños, arruinaron tumultuariamente sus templos, derribaron sus altares, despedazaron sus ídolos, abominaron sus predicciones, detestaron sus prestigios, levantaron el

estandarte de la Cruz sobre sus cenizas, recibieron el Evangelio, y confesaron publicamente que solo el Criador del Universo merecia sus respetos y adoraciones; por manera, que lo que antes habia sido teatro de abominacion, se transformó repentinamente en un lugar de piedad y de perfeccion.

Estos rápidos progresos de la proteccion virginal de María arrebataron la admiracion de los mejores analistas para dexar estampado á la posteridad, que en Copacavana se cumplió á la letra aquella famosa prediceion del Génesis, en que Dios para confusion del Demonio, le pronosticó que una mujer seria el terror de la Serpiente, cuya cerviz habia de pisar con sus plantas vencedoras; oráculo que sin el menor hipérbole puede aplicarse al prodigioso simulacro de aquel santuario. Porque á la verdad, el reyno de satanás, cuya época inmemorial habia continuado en este pueblo hasta el siglo XVI. de la era Christiana, se convirtió en teatro funesto de su infamia, y el que hacia arrodillar á sus pies á tantos ciegos adoradores, se vió en un momento prostrado ignominiosamente á las plantas virginales de María, y arado vergonzosamente al carro de su triunfo.

Sola su imágen disipó los densos vapores que habia exhalado esta antigua serpiente sobre el Horizonte del Perú para contagiar los corazones con la ponzoña de la idolatría; de su prodigioso santuario se vió manar una secreta influencia que afianzó todo aquel recinto en la Religion verdadera, una virtud milagrosa que en breve transformó la barbarie en piedad, la ferocidad en mansedumbre, la rusticidad en cultura, y la disolucion en modestia. Aquellos mismos que poco antes habian manchado sus manos con los inmundos sacrificios que ofrecian al Príncipe de las tinieblas, ya no piensan sino en

levantar nuevas congregaciones, en fundar cofradias, en establecer hermandades, en freqüentar sacramentos y exercitarse en continuos actos de piedad para dar culto á la Soberana imágen de María, llegando de este modo á recóbrar sus fueros la Religion Christiana libre de las manos del infernal usurpador por un derecho, digámoslo así, de *postliminio* á influxos de la Virgen con el titulo de Copacavana.

Ahi teneis los primeros sucesos del zelo y ternura de María á favor de su escogido pueblo, pero sucesos que ya presagiaban las copiosas gracias y mercedes que en la série continua de doscientos años han disfrutado sus adoptivos hijos. Idlo observando con la mas reflexiva atencion. Sabemos por monumentos fidedignos, que de ese hermoso simulacro ha salido en todo tiempo un soplo vivificador, que penetrando hasta las entrañas de la tierra, ha restituido á la vida los difuntos soterrados en las lóbregas concavidades del sepulcro: á la invocacion de su nombre Virgen han recobrado los ciegos la vista, los mudos el habla, los tullidos el uso libre de sus pies, los desahuciados se han librado de las fauces de la muerte, las fiebres y calenturas mas pútridas, las llagas mas ulceradas, y las dolencias que en vano apuraron las fuerzas del arte, han desaparecido con la aplicacion sola del aceyte que arde ante su camarín: los afligidos han hallado consuelo invocándola en medio de sus tribulaciones, los energúmenos se han desembarazado de sus malignos huéspedes, y apenas ha habido alguno en aquel dichoso recinto, que implorando su maternal proteccion, no haya tocado con las manos su total mejoría; de modo, que hasta en sus campos se ha visto introducir la abundancia, sus estaciones se fertilizaron, sus mieses multiplicaron los granos, sus árboles se poblaron de frutos, toda su region á ma-

nera de la antigua tierra de Gesen, ó como aquel famoso país prometido á la nacion santa; parece que manaba leche y miel; y se puede decir sin mucha exágeracion que la gran Reyna del cielo reunió en Copacavana la variedad de mercedes que en los siglos anteriores habia distribuido entre las diversas naciones del mundo christiano, por haber sido este el lugar que escogió para su morada: *Elegi locum istum mihi in domum.*

El ruido de estas maravillas conmovió las comarcas de Copacavana, y á la manera que la sabiduría y liberalidad del Rey Salomon conducidas en alas de la fama atraía á los pies de su trono los pueblos mas distantes del Oriente, ansiosos de tener parte en las magníficas profusiones de un Príncipe tan benigno, así corrieron presurosas las costas del Perú á buscar en aquel santuario los favores que oían anunciar, y apenas se presentan ante el trono de María, quando sobrecogidas de un asombro reverencial, exclaman como la heroína de Sabá: mayores son las liberalidades de la gran Señora de Copacavana, que la fama misma de sus profusiones. Sus enfermos logran la salud, sus entendimientos reciben nuevas luces, su voluntad se inflama en santos deseos, sus corazones se inundan en gozos espirituales, sus almas, robustecidas con las poderosas impresiones de la gracia, experimentan mudanzas extraordinarias. En una palabra, colmados de bienes temporales y espirituales, vuelven á sus respectivos domicilios llenos de reconocimiento, y propagar por los pueblos vecinos las maravillas que han palpado, y animándose unos á otros reciprocamente, vuelan en numerosos concursos al olor de los aromas de la mejor rosa de Jericó, á tener parte en la extraordinaria liberalidad y profusion de la Soberana Princesa.

Si yo pudiera conducirlos á las sagradas plantas del divino simulacro de María, admiraríais el tropel confuso de todos los estados, edades y condiciones, que postrados delante de sus sagradas aras, piden y alcanzan prontamente la felicidad para sus almas y sus cuerpos. Id vosotros en espíritu á aquel dichoso lugar, transportaos con la imaginacion á las puertas de aquel santuario, y contemplad con asombro suspensas en sus paredes y su retablo una armoniosa mezcla de efigies, que representan á los muertos resucitados á la vida, á los enfermos restituidos á la salud, á los encarcelados puestos en libertad, á los caminantes preservados de la voracidad de las fieras, á los precipitados de lo alto de las fabricas sostenidos en el ayre, á los naufragos puestos en seguridad, á los pecadores obstinados que han alcanzado su verdadera conversion, á los atribulados que han conseguido el alivio de sus penas, y á muchos agitados con las olas de las tentaciones que han calmado al pie de su simulacro.

Avivad vuestra fantasia, y representaos los preciosos donativos que acuerdan la gratitud de los Monarcas y Pontentados del siglo, esto es, una magnífica lámpara de plata, con el peso de mil y quinientos marcos con que explicó su religiosa munificencia el famoso Rey del antiguo y nuevo mundo Don Felipe II., en obsequio filial á tan santa Madre: representaos una pingüe fundacion de rentas, que sustentan treinta Cantores y veinte Capellanes doctrineros; testimonio auténtico que publica las liberalidades y mercedes con que ha excitado la Señora de Copacavana la piedad y reconocimiento de sus favorecidos clientes: representaos en sus pilastras una variedad de disticos que entonan sus misericordias, de ricas preseas que adornan su simulacro, de preciosos paramentos que sirven á su al-

tar, y de una multitud brillante de alhajas que contribuyen á su mayor esplendor; monumentos fieles que afianzan la vigilancia con que ha protegido María á su venturoso pueblo, y á toda su comarca: *Elegi locum istum mihi in domum.*

¿No es esto haber establecido María su morada en Copacavana para ruina del paganismo y bien de sus habitantes? ¿Pudo acaso la gran Reyna dar pruebas mas incontestables de su beneficencia, que las que me habeis oido, y nos presenta la Crónica de aquel santuario? ¡Ah! La misma Iglesia de Roma, el Pastor Universal, el Sumo Sacerdote Clemente VII., convencido de la singular dignacion de tan piadosa Madre, poseído al mismo tiempo del mas profundo respeto, y deseoso de avivar el reconocimiento y devocion de los fieles á tan señaladas mercedes, enriqueció aquella santa casa con especiales prerogativas y gracias, franqueando en obsequio de su prodigiosa imagen todo el poder de las llaves de San Pedro. Los Metropolitanos y Obispos del Perú, siguiendo las huellas de la Suprema cabeza, miraron como obligacion precisa contribuir con el apreciable tesoro de las indulgencias, y algunos de ellos exhortaron repetidas veces en sus pastorales y en los púlpitos la frecuencia, culto, devocion y respeto á la protectora del Perú.

¿Deseais todavía señales mas claras de su maternal ternura, amor y proteccion? ¿Quién no vé en esta serie brillante de sucesos portentosos impresa la mano virginal que ha conducido á su escogido pueblo á la cumbre misma de la prosperidad? Bendita seais para siempre, soberana Judit, mas valerosa y compasiva que la heroína de Betulia; vos sois la gloria del Perú, la alegría de su region meridional, y la honra de vuestro amado pueblo. Es-

tas, me parece, que son las mismas voces que han animado siempre sus adoptivos hijos de Copacavana en reconocimiento á sus inestimables é indecibles favores.

Porque efectivamente, desde que esta soberana Reyna colocó su imagen en aquel Santuario, extendió su precioso manto sobre todos sus contornos, cortó la cabeza al infernal Holofernes de la Idolatría, exterminó sus solemnidades profanas, abolió los ritos paternos, hizo llover el maná de sus gracias sobre aquel dichoso suelo, y colmó de todo género de felicidades la santa casa que habia elegido para su morada; y para valirme de otra figura, esta nueva arca de la ley de gracia desde el momento en que se estableció en aquel país, derramó mas bendiciones y gracias sobre sus moradores, que las que repartió el arca del Antiguo Testamento sobre la casa del Sacerdote Obededon, por haber sido el lugar que prefirió á los demas pueblos del Perú para su habitacion: *Elegi locum istum mihi in domum*, que fué la materia del primer punto. Estadme atentos, y vereis que por un efecto de doble beneficencia extendió su habitacion á este santo templo para multiplicar sus dones á favor de este pueblo. Y estoy en la segunda parte.

SEGUNDO PUNTO.

Si hemos de creer á los Santos Padres de la antigüedad, á San Leon, á San Máximo, á los Basilios, á los Chrisóstomos, á los Ambrosios y Agustinos, que refunden las prosperidades temporales y espirituales de los pueblos en el amparo y vigilancia de sus esclarecidos patronos: si hemos de abrazar el sentir comun de los sabios y teólogos, que atribuyen la felicidad de las ciudades al patrocinio de sus Santos tutelares: si hemos de adoptar el

lenguage de todas las naciones de la Christiandad, que publican el cuidado amoroso de los protectores que han elegido y jurado, ya podemos prometer-nos el asilo y amparo maternal de la Señora de Copacavana, despues que por una singular providencia del cielo ha querido ser la piedra angular sobre que se erigió esta Capital á fines del siglo diez y seis, en que su inclito fundador Don Gerónimo Luis de Cabrera, penetrado de la tierna devocion á tan santa Madre, la eligió por especial abogada de este dichoso pueblo.

No hay que dudarle. María, desde aquella feliz época por una extension de su ternura, ha mirado de un modo particular por los intereses de su adoptiva ciudad: desde aquel punto no ha cesado la bella Estér de interceder ante el trono del divino Asuero, para que descienda sobre vosotros el suave rocío de celestiales caricias: sus ruegos han sido la sagrada semilla, que derramada sobre la arena estéril de este pueblo quando se tiraban las primeras líneas para levantar sus cimientos, la fecundizó para que arraygára el frondoso árbol de la virtud, que despues ha formado la heredad santa del Señor. Si, católicos, yo os digo y aseguro la misma verdad que un santo Obispo predicaba al pueblo de Vercelis elogiando á su patron San Eusebio: veis aquí les decia, el copioso manantial del que han salido vuestras felicidades: quanto hay en vosotros de virtud y de gracia, son otras tantas vertientes que os han venido de Eusebio, vuestro inclito tutelar. Las mismas expresiones puedo yo reproducirlos hablando de vuestra incomparable patrona, cuya memoria solemne os congrega. Córdoba, puedo decir, María de Copacavana es como la fuente de quantos bienes has obtenido, tanto en el orden natural como en el sobrenatural: ella es la que ha iluminado

tus pasos entre las tinieblas del Egipto del mundo: la que ha fructificado en los corazones el precioso germen del Evangelio: la que ha dado incremento á tu piedad: la que te santifica y engrandece. Ella es la que ha purificado tu atmósfera en tantas epidemias: la que ha sostenido tus edificios en los temblores de la tierra: la que te ha defendido del furor cruel de las naciones bárbaras: la que te ha alcanzado inmunidad contra la ira de Dios: la que te ha hermoseado con los interesantes ramos de cultura, academias, artes, industria, policia y comercio: la que finalmente te ha hecho reposar en el suave lecho de la prosperidad.

Despues de tantos monumentos de una proteccion, visible, dexadme que yo exámine á esta luz vuestro culto, y os reconenga con San Máximo, si habeis prestado á vuestra patrona el distinguido aprecio que se merece por tan señalados beneficios. ¿La habeis acaso correspondido con una devocion especial, la habeis venerado con particulares obsequios, habeis implorado su maternal amparo á los pies de su simulacro, ó por lo menos os habeis acordado de ella en el discurso del año? Porque ello es que la gratitud así lo exige, y el citado Padre nos enseña, que aunque á todos los Santos debeis venerar por el heroismo de sus virtudes; sin embargo, los que exigen toda vuestra devocion y vuestro culto de un modo especialísimo son los patronos, á cuya tutela habeis sido cometidos por la invisible mano de la providencia, y baxo cuyos auspicios habeis disfrutado las prosperidades que acaso no echais de ver. La misma Iglesia, gobernada por el espíritu santificador, solemniza los dias consagrados al Natalizio y nombre de los patronos, aumenta su celebridad con el rito y ceremonia, y engrandece su culto para excitar

por este medio en sus hijos una particular devocion á aquellos que velan por su defensa y seguridad.

El gran Patriarca del Oriente San Juan Chrisótomo aplaude la singular devocion del pueblo Antioqueno á su patron San Melecio: todos, dice este insigne Doctor, olvidando el nombre de sus progenitores, ponian á sus hijos el de Melecio, por tener el consuelo de repetir continuamente su nombre, que miraban como el principio de su felicidad; en las plazas, en los concursos, en los caminos no se oia resonar sino el nombre de este glorioso mártir: su imágen se veia pintada en los sitios mas públicos, en las portadas de las casas, grabada en los sellos, en los anillos, y hasta en las ánforas.

¿No es esto, oyentes, decirnos la Iglesia y los Santos Padres de un modo el mas solemne y el mas claro, que los pueblos deben profesar á sus patronos una devocion preferente y especial? ¿No es esto enseñarnos la Iglesia, que no se trastorne el orden que ha establecido en el culto de los Santos por un fervor indiscreto, que aprovechándose de su humor ó capricho se entrega á devociones arbitrarias y poco sólidas, olvidando aquellas que inspiran la razon, el reconocimiento y la justicia? En efecto, la Iglesia á quien privativamente toca prescribir límites, imponer reglas, y señalar término á la devocion de sus hijos, ella es la que ha graduado la preferencia que se debe á aquellos tutelares que tienen á su cargo la defensa de los pueblos.

¡Pero ah! Sin embargo de que la proteccion de vuestra amable patrona es la mas poderosa sin comparacion que la de los demas Santos que reynan en el Empíreo: sin embargo de que esta gran Reyna es el canal mas puro y ordinario por donde Dios, segun la frase de San Bernardo, derra-

ma sus gracias y beneficios sobre los mortales: sin embargo de que esta madre amorosa es la criatura mas excelsa, cuyo poder para con Dios es el mas eficaz, y cuya devocion es la mas santa y digna del carácter, y de un christiano; con todo puedo decir, que pasado el dia de su solemnidad, tal vez no ocurre ni se presenta á vuestra memoria el nombre de la Virgen de Copacavana. Y si no decidme, ¿habeis practicado algun obsequio, alguna obra de piedad, algun exercicio penal, ó algun acto de Religion en honor de vuestra patrona? ¿La habeis invocado frecuentemente en vuestros conflictos para que os alcance de Dios el triunfo de las pasiones, el amor á la penitencia, el desprecio del mundo, la conformidad en los trabajos, la resignacion en las dolencias, la fortaleza contra los enemigos invisibles que os rodean y cercan por todas partes, la humildad, la caridad, la paciencia, y las demas virtudes? ¿Pero por lo menos, habeis abierto vuestros labios á los pies de su imagen para solicitar los bienes del cuerpo ó de fortuna, á que suele por lo comun inclinarse una devocion carnal y grosera?

Acaso os llenariais de pudor y confusion si hubierais de contestar á unas reconvenciones tan justas y convincentes. Pero estad ciertos de que os engañais miserablemente quando contentos con haberos alistado en ciertas cofradías, y haber practicado ciertos exercicios y preces á los Santos, que por ideas particulares habeis elegido, abandonais á vuestra legítima patrona, señalada por Dios y jurada por vuestros mayores: esa especie de devociones arbitrarias no las disculpa la buena fé, ni la sencillez del corazón, porque los verdaderos adoradores son aquellos, como decia el Salvador á la Samaritana, que adoran en espíritu y verdad: aquellos que funda-

dos en los principios de un reconocimiento reflexivo y juicioso, siguen los sentimientos de una piedad arreglada y conforme al espíritu de la Iglesia: aquellos que convencidos de la protección particular que han disfrutado, se estimulan y esfuerzan á corresponder á sus favorecedores.

Siendo esto así, no olvideis á aquella santa imagen de Copacavana que se venera en el altar. Vosotros que os reputais por vecinos y republicanos de esta capital: ella es el simulacro que representa á vuestra patrona, á vuestra madre y singular protectora: ella es la columna sobre que se fundó vuestra amada patria: ella el retrato figurado en aquel racimo de la tierra de promisión, que ha fructificado en vuestras almas en el dilatado espacio de dos siglos: María en Copacavana os ha guiado por el mar proceloso de la prostituta Babilonia, todo vagios, todo peligros, todo escollos: procurad merecer con los obsequios el patrocinio de tan recomendable y piadosa medianera, no queráis que una indiferencia delinquente os haga indignos de su protección y favores: ofrécedla vuestros votos, dirigidla vuestras oraciones, honradla como á vuestra tutelar, invocadla en todas ocasiones para que fomenten en vuestro corazón errante la devoción y el fervor á su nombre, para que os alcance el predominio sobre vuestras inclinaciones, el desprecio del mundo, la victoria contra vuestros mas poderosos enemigos, y un verdadero amor á Dios. No ignorais que esta amorosa Madre es el refugio de los mortales; pero en especial de aquellos que ha tomado baxo su amparo y tutela: es el consuelo de los afligidos, la esperanza y el asilo de sus devotos, en cuyas manos están depositadas todas las gracias del cielo.

Si, Virgen purísima, vuestros hijos y todo este

pueblo espera firmemente vuestro amparo maternal, y cree que renovareis y multiplicareis sobre todos sus contornos las bendiciones de vuestra virginal diestra: acordaos que vos misma levántasteis sus primeros cimientos, vos nos habeis mirado siempre con el afecto y ternura de Madre, y en adelante nos visitareis y nos asistireis con las frecuentes gracias y auxilios que necesita para conducirse con felicidad entre los peligrosos escollos de esta vida: á esto os empeñan los clamores de todos, á esto la obligación que funda el noble título de patrona. Daos, Señora, por obligada, y alcánzadnos la protección que solicitamos, para que logrando vuestro favor, tengamos la dicha de acompañaros en la patria celestial. Amen.

SERMON VII.

DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS.

Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel.

Isai. 12. v. 7.

Alegrate, habitacion de Sion, porque el Santo de Israel está en medio de tí.

Explicad vuestra alegría, hijos de la Iglesia, nacion privilegiada entre todas las generaciones del mundo: pronunciad sin cesar las divinas alabanzas: convidad á los cielos y la tierra, á los ángeles y los hombres, y hasta las criaturas inanimadas para que alaben al Señor por sus grandes y asombrosas maravillas; pues cada uno de vosotros es una nueva Sion, y una gustosa morada en donde asiste el gran Dios, y vive el Santo de Israel: *Exulta et lauda:::*

No teneis que envidiar al pueblo escogido, que tuvo la dicha de ver en carne mortal al gran Dios de Sabaoth, engendrado antes de la aurora en el seno del Padre, y en cuya presencia las celestiales inteligencias abaten sus alas, le adoran y reconocen por su Rey y soberano: no echeis menos ni Belén, ni Nazareth, ni Cenáculo, ni Calvario, ni Monte de las olivas: vuestros templos tienen una cosa igualmente augusta, é igualmente preciosa, y aun son mas privilegiados, porque su felicidad es mas constante, y durará hasta la consumacion de

los siglos. No envidies á los ángeles ni á los bienaventurados que habitan las mansiones del Empíreo: quanto tiene el cielo hermoso, grande, magnifico, respetable y sagrado, lo poseeis vosotros, y lo gozais sobre vuestros altares.

Llenaos pues de júbilo y regocijo, almas piadosas, que hoy os habeis congregado en este santo templo, no como las naciones incircuncisas á adorar el idolo de Betsán en Garizin, sino á tributar vuestros homenajes á un Dios hecho hombre, criador del universo, que vió brotar debaxo de su fecunda mano la tierra y los astros, y para quien la vasta redondez del orbe es una habitacion estrecha y limitada. Llenaos, repito, de júbilo y alegría, porque en medio de vosotros está el Dios de gloria y magestad, de grandeza y de poder: aquel Cordero sin mancha, á quien figuraron los sacrificios de Moysés y Aaron, y representaron todos los holocaustos de Israel: aquella fuente fecunda y saludable, que desprendida de las montañas eternas, corre hasta la tierra, comunicando en sus venas las gracias que vivifican: aquella estrella de Jacob, que alumbra con una luz inextinguible á los que vivian de asiento en las sombras de la muerte, y en la region del pecado: en medio de vosotros está aquel Pontífice eterno del orden de Melchisedech, y aquel primer sacrificador de la nueva alianza, el Verbo encarnado, que sin dexar de ser Sacerdote, es al mismo tiempo el holocausto y la víctima que sube en olor de suavidad hasta el trono del Altísimo: *Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel.* Dichoso yo si explicare con todo el decoro y magestad una materia de tanta importancia, y si llegare á ser un fiel intérprete de los sentimientos de la religion acerca del dogma Eucarístico; pero mas dichosos vosotros si oyeseis

con edificacion y con fruto las sublimes alabanzas que ofrece la Iglesia, y los maravillosos efectos que atribuyen los Padres á tan augusto Sacramento; y ved aquí trazado todo el asunto de mi Panegirico. Estadme atentos. La sagrada Eucaristia es el motivo de mayor júbilo para los fieles, porque un Dios hombre Sacramentado habita entre nosotros, y dentro de cada uno de nosotros, hasta la consumacion de los siglos: *Magnus in medio tui Sanctus Israel*. Ved ahí toda la materia de vuestra atencion.

Divino Espíritu, vos solo podeis ilustrar mi entendimiento para hablar dignamente del Santo de los Santos: llenad mi alma de vuestra divina uncion para que mis palabras sean dignas de la magestad del Dios á quien adoramos, y de la edificacion del pueblo á quien instruimos: esta es la gracia que solicito por la intercesion de María, á quien saludamos con el Angel. *Ave María*.

Es verdad, señores, que el admirable misterio de la Encarnacion del Verbo fué el deseo único de los eternos collados como se explica la Escritura: los suspiros de los Profetas, las promesas de los Patriarcas, las peticiones de los Justos se dirigian solamente á la venida de un dios al mundo: los oráculos no cesaban de pronosticar á la Sinagoga el nacimiento temporal de un Mesías heredero y sucesor del trono de David: Isaías, Daniel y Zacarías clamaban continuamente anunciando al Salvador de Israel, al Santo por excelencia, y al Rey eterno de todos los siglos que naceria de una doncella sin detrimento de su virginidad. Pero si hubiera parado aquí nuestra felicidad, y Dios no hubiera hecho mas que unirse á nuestra naturaleza, tendríamos menos motivo para alegrarnos: si el Hijo de Dios despues de obrar los misterios de la redencion humana se hubiera ausentado á los cielos sin la institucion de este

augusto Sacramento; si nos hubiera dexado solos y peregrinos sobre la faz de la tierra, ¿qué descon-suelo seria el nuestro? ¿Qué amargura poseerian nuestros corazones? ¡Ah! El dia de su gloriosa Ascension seria para nosotros festiva, por ver elevada nuestra humanidad á la diestra del Eterno, coronada de gloria, de honra y magestad; pero al mismo tiempo seria lúgubre y llena de tristeza, viéndonos huérfanos de tal Padre: ¿quién podia contener el torrente de nuestras lágrimas? Nuestra pena seria incomparable, y nunca podríamos borrar de la memoria el funesto dia en que perdimos la amable compañía de nuestro Redentor; levantariamos sin cesar los ojos al cielo, preguntariamos á las nubes por nuestro Dios, y no nos cansariamos en requerirlas como los antiguos Patriarcas, para que nos lloviesen al justo.

¿Qué gravosa seria nuestra peregrinacion sobre la tierra, privados de la agradable vista de nuestro Libertador! ¿Con qué ansia buscaríamos á nuestro divino Amado entre todas las criaturas, como la Esposa de los Cantares, sin poderle hallar jamas! Pero á dónde me arrebató el pensamiento la infausta idea de una ausencia imaginada? Acercaos, fieles, con confianza á los pies del altar, y contemplad la mayor obra de un amor ingenioso y omnipotente: esos ligeros velos os ocultan á aquel Mesías esperado, á quien figuraron el Arbol de la vida, el Cordero Pasqual, los Panes de la Proposicion y el Arca Santa: os ocultan al Verbo Encarnado, á la verdad por esencia, á la sabiduría increada, á la palabra eterna del Padre, y detienen el golpe de sus luces para que no quedeis deslumbrados: baxo esas débiles especies está contenido el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de todo un Dios hecho hombre: baxo esos signos visibles habita aquel Señor, que desde

la luz inaccesible donde habia establecido su morada, se dignó encarnar en las entrañas de una Virgen, y ennoblecer nuestra vil naturaleza: aquel Infante Dios nacido en un establo, aclamado por los Angeles, reconocido por los pastores, y adorado por los Magos: aquel Dios Libertador, que desquició las puertas del abismo, arrebató los despojos del infierno, triunfó de la muerte, y reyna en las alturas á la diestra del Eterno: aquel Dios Salvador, que no contento con haber sufrido las humillaciones del pesebre, el cuchillo de la circuncision, y los tormentos del Calvario, quiso poner el último sello á sus favores, quedándose él mismo en medio de los hombres para continuar el oficio de Mediador, y colmarlos con las bendiciones de su dulzura hasta el último de los dias: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Heresiarcas infelices, discípulos del ángel apóstata, que reducís á sombras y figuras la presencia real de un Dios Sacramentado, desapareced de aquí, y volved precipitados á los senos infernales de donde salisteis: Judíos obstinados, que suspirando todavía por un Mesías carnal, negais la Divinidad del Crucificado en la Hostia, huid de nuestros templos: idólatras incrédulos, que fiando en los delirios de vuestros fabulosos oráculos blasfemais contra el Dios de Israel, no os presentéis en nuestros Santuarios: desapareced, vuelvo á decir, en esta grande solemnidad, instituida en alabanza de un Dios oculto sobre nuestras aras: no hablo con vosotros, estirpe proscripta, que degenerando de la nacion santa de Abraham preferís vuestros monstruosos desvarios á la sabiduria del Evangelio: con vosotras hablo solamente, almas felices, que obedientes á la voz del Pastor universal, no vivís sino del espíritu de la Iglesia, y no respiráis sino sus máximas, sus leyes,

sus ritos, sus dogmas, y toda su esencia: en medio de vosotros, hijos fieles de tan Santa Madre, ha puesto su irrevocable morada el Principe de la gloria, el Rey de Magestad, y el Santo de Israel: ha establecido el Señor su tabernáculo en medio de vuestros Santuarios, como se explica San Juan en su Apocalypsi, y habitará con los hombres hasta el fin de las edades: ya no teneis que buscarle sino en el Empíreo entre los Serafines, ó en el adorable Sacramento entre los mortales: allí es su habitacion donde asiste dia y noche, poniendo sus delicias en las criaturas: allí reside disfrazado entre sus hijos: allí les reparte los tesoros de su misericordia; y desde allí forma todo el honor, toda la alegría, y toda la gloria de nuestra Religion: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

No lo dudeis: la Iglesia, ilustrada por el espíritu santificador, ha definido esta verdad capital, que forma nuestra creencia, en los Sagrados Concilios de Trento, de Constanza, de Vercell, de Turs y de Viena: en cinco concilios de Roma, celebrados sucesivamente contra Berengario, Zuinglio y Calostadio, por Juan XXII, Inocencio III, Gregorio VII, Nicolao II y Leon IX: la Iglesia es la que nos enseña esta verdad autorizada con el testimonio de los Santos Padres y Doctores del siglo de oro, de los Ciprianos, Ignacios, Justinos, Ireneos, Dionisios, Clementes, Cirilos y Ambrosios: rubricada con la sangre de tantos gloriosos mártires: autentizada con los mas asombrosos milagros: sostenida por la tradicion inmemorial de todos los siglos; y apoyada en él con sentimiento universal de todos los pueblos, de todos los imperios, y de todo el mundo christiano. ¿No os llenais de júbilo, almas fieles, al oír estas verdades con que la religion os instruye acerca de la presencia real de Jesuchristo en nuestros ta-

bernáculos? ¿No rebois de gozo al escuchar el divino idioma con que os asegura que mora entre vosotros el Rey de las eternidades, cuyo solo nombre estremece á las potestades del averno? ¿no os llenais de placer al contemplar que entre todas las Congregaciones de la tierra sola la vuestra tiene mas cerca y mas propicio al Dios que adora? ¿Pero quién podrá dudar de vuestro júbilo y regocijo en la posesion del tabernáculo de Dios vivo?

Porque aunque vosotros no tengais la dicha que merecieron los Apóstoles de conversar con este gran Dios revestido de nuestra carne mortal, de acompañarle en sus peregrinaciones, estar á su lado, y vivir á la sombra de su divina persona: aunque no tengais la felicidad de recibirle corporalmente en vuestras mesas, como el Publicano Zaqueo y el orgulloso Fariseo, ni de hospedarle visiblemente en vuestras casas como Marta y Magdalena: aunque no tengais la fortuna de disfrutar su amistosa familiaridad como Josef y Nicodemus; no obstante, vuestra dicha es igualmente ventajosa. Vosotros poseeis á este mismo Dios Salvador, con toda la plenitud de su gloria, de su grandeza, de sus dones, de su poder y de sus riquezas: en vuestros tabernáculos le teneis encerrado é invisible: allí permanece despojado de todos sus resplandores para familiarizarse con vosotros para estar mas cerca y veros en todos los instantes, para oír vuestras súplicas á cada momento, para hablaros á cada hora, para haceros compañía en vuestros trabajos, y consolaros en todas vuestras aflicciones: allí está vuestro divino Dueño, vuestro Padre amoroso, y vuestro libertador liberal dispuesto á franquearos todo quanto le pidais, y pronto á derramar sobre vosotros todo género de mercedes: allí es vuestra guía, vuestra luz, vuestro conductor, vuestro apoyo, vuestro consolador, vuestro amigo

y vuestro Dios: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Es verdad que vosotros no habeis tenido como los Judíos el consuelo de ver á este Dios Salvador confundiendo á los Doctores de la Ley con las luces de su sabiduría, reprimiendo el ímpetu furioso de las tempestades: calmando las encrespadas olas del mar: arrojando de los cuerpos á los espíritus malignos: iluminando al ciego de nacimiento: dando salud á la Hemorroisa con el contacto de sus vestiduras: libertando de la fiebre al hijo del Centurion: resucitando á Lázaro difunto; y difundiendo de su mismo seno las efusiones de una virtud milagrosa que sanaba á todos. No importa, dice el Padre San Ambrosio, que vosotros no veais estas maravillas que obró el Salvador en medio de la nacion Santa; pero no por eso creais que es menos grande y poderoso el Dios que habita entre vosotros: llegaos con una fé animosa, prosigue el gran Obispo de Milán, al real trono que eclipsa su divinidad, y vereis que del seno mismo de esas misteriosas sombras sale una luz prodigiosa que disipa las espesas nieblas de la ignorancia, y dirige vuestros pasos por medio de las tinieblas, que esparce el Egipto del mundo: del centro del tabernáculo se desprende una virtud omnipotente capaz de calmar las soberbias y entumecidas olas de las pasiones, y reprimir la furiosa impetuosidad de vuestra carne rebelde: baxo esas apariencias visibles se oculta el Soberano antidoto que sana perfectamente las ocultas heridas, y cura todas las enfermedades de un cuerpo sensual, inficionado con las venosas mordeduras de la serpiente: baxo las especies Eucarísticas está invisible la mano poderosa que libra de los violentos embates del ángel de tinieblas, y pone en fuga todas sus legiones infernales: entre la cándida nube de los accidentes descansa oculto el Autor de la vida, y la

Prenda de la inmortalidad, que resucita los cuerpos soterrados en las cavernas del sepulcro para introducirlos en las moradas eternas de Sion: baxo esos velos está el pan de los fuertes, que engendra las Virgenes, y robustece á los Atletas de la Religion que han triunfado de la fiereza de los tiranos, y se han burlado del cadahalso y de las hogueras. ¿Pero podré yo invidualizar las copiosas mercedes que reparte, y los inefables prodigios que obra el Salvador en el Sacramento despues que el Angel de las Escuelas ha dicho, que este misterio, no solamente es el mayor de todos los milagros que ha obrado Dios desde el origen del mundo, sino que tambien es el compendio de todas sus maravillas? Alegraos fieles, vosotros teneis la dicha de poseer á un Dios hecho hombre, cuya omnipotencia en nada se disminuye por estar invisible y oculto en vuestros tabernáculos: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Dexad, dice un celebre Expositor, que el discípulo amado pinte la grandeza de este divino Salvador con toda la pompa y magnificencia con que le vió en la Isla de Patmos: dexad que diga en su Apocalypsi que era tan grande el aparato de su Magestad, que de sus manos pendian las llaves del infierno y de la muerte, de su trono salian relámpagos y truenos, la tierra temblaba al eco de su voz, su rostro era mas brillante que el sol, y sus vestidos tan blancos como la nieve: toda esta pompa y magnificencia exterior nada aumentaria el poder y grandeza del Dios invisible que habita en medio de vosotros; antes bien, creedmelo, este aparato sería gravoso para vosotros, y rebaxaria mucha parte de vuestra dicha: al ver tanta pompa y magestad, reusariais llegar á los pies del altar poseidos de pavor, de respeto, y de un terror sagrado, y seriais tan infelices como los Israelitas á

quienes no se dignaba hablar sino entre nubes y uracanes, entre relámpagos y rayos: por eso el mismo Señor para haceros soportable su grandeza, se oculta baxo el velo de los accidentes, y de este modo se proporciona á vuestra flaqueza, y se acomoda á vuestra pequeñez, quedando invisible en un Sacramento que nada tiene en el exterior que inspire rezelo ó infunda temor: desde allí abre los tesoros de su misericordia, os convida para que parezcais en su presencia, llama sin distincion á grandes y pequeños, y á todos ofrece sus dones y mercedes.

¿Puede ser mayor vuestra felicidad en la posesion de un Dios tan grande y liberal que ha puesto su morada perpetua entre vosotros? ¿Podreis desear mayor consuelo que tener siempre presente en vuestros santuarios el tabernáculo donde habita indefectiblemente el Soberano del universo, el Rey de cielos y tierra, vuestro Señor y vuestro Padre? ¿Habrà en toda la tierra nacion mas dichosa que la vuestra? Yo bien sé que el pueblo escogido tuvo la gloria de poseer dentro de sus mismos Reales, y en medio de sus pavellones aquella Arca Santa de la Alianza donde el Señor tenia siempre abiertos sus ojos y sus oidos para ver las miserias de su pueblo, y escuchar sus quejas y lamentos; y por eso el mismo Moysés, para dar á entender á los Hebreos esta preeminencia y privilegio que gozaban sobre todas las naciones de la tierra, les decia: no hay nacion tan grande ni tan dichosa como la nuestra, porque no hay pueblo alguno de quantos existen en el mundo que tenga tan cerca de sí sus Dioses como tenemos á nuestro Dios; ¿pero qué cotejo puede tener la gloria del antiguo pueblo con la dicha que gozais vosotros en la posesion de aquel Dios Sacramentado, de quien el Arca de la Alianza no

era mas que una sombra, y una figura muy imperfecta? Si el pueblo escogido escuchaba la voz del Señor por ministerio de un Angel que baxaba en una nube sobre el Arca Santa, vosotros teneis la dicha de oir la voz no de un Angel, sino del Rey y Señor de los Angeles, que os habla á los pies de los altares con un language interior y secreto; pero penetrante y capaz de insinuarse hasta las médulas del corazon; con un language mudo é imperceptible á los sentidos del cuerpo; pero que en un momento enseña mas que quanto puede explicar toda eloquencia humana con un idioma lleno y devoto que inflama, y causa en el alma maravillosos efectos: con un idioma útil que conforta á los débiles, asegura á los vacilantes, sostiene á los combatidos, consuela á los atribulados, endulza sus penas, y disipa sus pesares. Vosotras, almas mundanas, no entendeis este language divino porque jamás os poneis en disposicion de comprehenderle; pero si os llegarais á los pies de Jesuchristo con una fé viva, una esperanza animosa, y una caridad ferviente, entonces su divina palabra caería sobre vosotras como un rocío del cielo, os iluminaría y penetraría intimamente: ello es que los Alcántaras, Diegos, Baylones, y tantos Santos postrados ante las sagradas aras aprendieron verdades mas importantes que quanto enseñaba Atenas en su famoso Liceo: recibieron impresiones vivas y penetrantes, que los transportaban fuera de sí: sacaron nuevos y mayores progresos en la virtud, y apenas podian vivir separados de la sagrada mesa. Ved ahí las ventajas que os proporciona la presencia del Dios humanado que mora entre vosotros: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Si el Arca Santa era todo el asilo del pueblo escogido, en la que ponía toda la defensa de sus

tropas, y de donde salía el Angel exterminador que derramaba la sangre de los enemigos de Judá, y abatía el orgullo de los Reyes incircuncisos que embarazaban su tránsito; vosotros teneis en la mejor Arca de la nueva Alianza un apoyo firme para vuestras almas, un baluarte contra el qual se estrellarán todos los monstruos que os asaltan en el camino de vuestra peregrinacion, y un pan de fortaleza que os hará subir sin riesgo como otro Elías á la cumbre santa del Oreb. Si, finalmente, el Arca Santa era para los Israelitas un salvo conducto que les franqueaba el paso para llegar con seguridad á la tierra prometida, y en cuya presencia se desplomaron las murallas de la orgullosa Jericó para dar entrada y posesion al pueblo escogido; vosotros poseeis en aquel Dios Sacramentado un pasaporte divino que os llenará de aliento y de consuelo en los últimos instantes de vuestro tránsito á la celestial Jerusalem; entonces aquel Divino dueño de vuestras almas, llevando tras sí con los ministros del altar la numerosa corte de espíritus celestiales, entrará en vuestros pechos, tomará posesion de vuestro corazon, calmará el impetu de las pasiones, aprisionará á todos vuestros enemigos, y os llenará de paz y consolacion para que voleis sin susto á la region de la eternidad, y descanséis en el seno del Dios que os ha visitado: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Ahí teneis, Católicos, los frutos maravillosos que os ofrece la presencia real de aquel Dios Sacramentado sobre vuestros altares, y los motivos que teneis de júbilo y alegría en la posesion de tan gran tesoro: no hay entre todas las naciones dicha como la vuestra: vuestro Dios y Señor por una sancion irrevocable se ha establecido entre vosotros, no por una hora, ni por un dia, sino por todos

los siglos, para daros una prueba la mas grande de su predileccion, una dádiva la mas preciosa de su poder, y un recurso el mas facil y poderoso para todas vuestras necesidades.

Entonad pues el cántico de Isaías con que os exhorté en el exordio de mi Panegirico, en señal de vuestro reconocimiento: desatad vuestras lenguas en sus divinas alabanzas por la dignacion que ha tenido de elegir vuestros santuarios para habitacion suya: *Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel.* Adoradle en espíritu y verdad, vosotros que teneis el honor de vivir baxo la dominacion del mas piadoso Monarca, que para monumento inmortal de su ternura y gratitud á tan gran Señor, manda que sus tropas abatan por el suelo las vanderas reales para que pase sobre ellas el Dios de las batallas en el día solemne de su triunfo, imitad su piedad y su zelo por el culto de un Dios Sacramentado, dad testimonio de vuestra fidelidad acompañando á nuestro augusto Soberano en la sumision, reverencia y profunda veneracion al Rey de cielos y tierra, que mora en medio de vosotros, y ha querido ser á un tiempo vuestro apoyo, vuestro consuelo, vuestro refugio, vuestro asilo, y vuestro remedio en todos los peligros de esta vida: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Vos, Señor, que os habeis quedado oculto baxo las sombras de ese tabernáculo por nuestro bien, hacenos dignos de vuestros favores, vencid los obstáculos que oponemos á vuestros designios, allanad la resistencia de nuestro corazon, disipad la ilusion de nuestros sentidos, y dad fuerza á nuestra flaqueza para que sepamos aprovecharnos de las gracias que nos franqueais con vuestra real presencia, y merezcamos por medio de ellas un galardón eterno. Amen.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Adeamus cum fiducia ad tronium gratiæ ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio oportuno.

Ap. ad heb. cap. 4. v. 16.

Acerquemonos al trono de la gracia si deseamos conseguir mercedes y auxilios oportunos.

Es posible decia antiguamente Salomon, aquel Monarca pacífico, sucesor en Israel, y heredero del cetro de David; es posible que un Dios inmenso y eterno, árbitro y autor de la naturaleza, que con sus resplandores alumbró las primeras luces de la eternidad, y para quien la vasta redondez del orbe es habitacion estrecha y limitada; es posible que un Dios Criador del universo, que vió salir de repente debaxo de su fecunda mano la tierra y los astros, y en cuya presencia los Angeles se sorprenden de veneracion y respeto; es posible que este Dios de gloria y de magestad, de grandeza y de poder ha de habitar en el corto recinto de nuestros templos? Y á la verdad, este es el gran Dios de Sabaoth, engendrado antes de la aurora en el seno del Padre, que habita en las alturas de Sion en un trono de luz inaccesible, rodeado de todo el esplendor y magnificencia de su gloria. La virtud, el poder, la sabiduría, el honor, la divinidad y la gloria brillan al rededor de su magestad: su ros-

los siglos, para daros una prueba la mas grande de su predileccion, una dádiva la mas preciosa de su poder, y un recurso el mas facil y poderoso para todas vuestras necesidades.

Entonad pues el cántico de Isaías con que os exhorté en el exordio de mi Panegirico, en señal de vuestro reconocimiento: desatad vuestras lenguas en sus divinas alabanzas por la dignacion que ha tenido de elegir vuestros santuarios para habitacion suya: *Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel.* Adoradle en espíritu y verdad, vosotros que teneis el honor de vivir baxo la dominacion del mas piadoso Monarca, que para monumento inmortal de su ternura y gratitud á tan gran Señor, manda que sus tropas abatan por el suelo las vanderas reales para que pase sobre ellas el Dios de las batallas en el día solemne de su triunfo, imitad su piedad y su zelo por el culto de un Dios Sacramentado, dad testimonio de vuestra fidelidad acompañando á nuestro augusto Soberano en la sumision, reverencia y profunda veneracion al Rey de cielos y tierra, que mora en medio de vosotros, y ha querido ser á un tiempo vuestro apoyo, vuestro consuelo, vuestro refugio, vuestro asilo, y vuestro remedio en todos los peligros de esta vida: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Vos, Señor, que os habeis quedado oculto baxo las sombras de ese tabernáculo por nuestro bien, hacenos dignos de vuestros favores, venced los obstáculos que oponemos á vuestros designios, allanad la resistencia de nuestro corazon, disipad la ilusion de nuestros sentidos, y dad fuerza á nuestra flaqueza para que sepamos aprovecharnos de las gracias que nos franqueais con vuestra real presencia, y merezcamos por medio de ellas un galardón eterno. Amen.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Adeamus cum fiducia ad tronium gratiæ ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio oportuno.

Ap. ad heb. cap. 4. v. 16.

Acerquemonos al trono de la gracia si deseamos conseguir mercedes y auxilios oportunos.

Es posible decia antiguamente Salomon, aquel Monarca pacífico, sucesor en Israel, y heredero del cetro de David; es posible que un Dios inmenso y eterno, árbitro y autor de la naturaleza, que con sus resplandores alumbró las primeras luces de la eternidad, y para quien la vasta redondez del orbe es habitacion estrecha y limitada; es posible que un Dios Criador del universo, que vió salir de repente debaxo de su fecunda mano la tierra y los astros, y en cuya presencia los Angeles se sorprenden de veneracion y respeto; es posible que este Dios de gloria y de magestad, de grandeza y de poder ha de habitar en el corto recinto de nuestros templos? Y á la verdad, este es el gran Dios de Sabaoth, engendrado antes de la aurora en el seno del Padre, que habita en las alturas de Sion en un trono de luz inaccesible, rodeado de todo el esplendor y magnificencia de su gloria. La virtud, el poder, la sabiduría, el honor, la divinidad y la gloria brillan al rededor de su magestad: su ros-

tro divino despide rayos de luz, que eclipsan los mas resplandecientes astros: animales misteriosos le adoran sin interrupcion, y publican sin cesar sus grandezas: ancianos venerables arrojan sus coronas á los pies de su augusto trono: millares de espíritus bienaventurados sobrecogidos de un temor reverencial, se postran continuamente en su presencia: todas las celestiales inteligencias, las potestades, los tronos y los serafines forman un velo de sus alas, se humillan, se abaten, se anonadan, le adoran y le reconocen por su Rey y Soberano. Desde allí sentado á la diestra del Eterno domina como dueño absoluto todas las naciones que habitan el orbe desde donde el sol empieza su carrera hasta las regiones donde la fenece: sojuzga á las leyes de su imperio las monarquías de la tierra, las testas coronadas, los semidioses del mundo, las potestades sublunares, al cielo y al infierno, al mar y á los vientos, á la vida y á la muerte: todo quanto hay en los abismos y en la region etérea, espera solamente sus preceptos para parecer y desaparecer, para existir y dexar de ser.

Por eso los antiguos Profetas para anunciar á este Dios poderoso que habia de libertar á Israel de la dura esclavitud del demonio, usan de títulos pomposos que indican la grandeza y magestad del Dios que habia de nacer, y así le llamaron el Dios de los exércitos, el Angel del gran consejo, el padre de los siglos futuros, el legislador de los pueblos, el conductor de las naciones, el exterminador de las potestades infernales, el león misterioso de Judá, el Dios fuerte, el Dios admirable, el deseado de los collados eternos, el Monarca conquistador y victorioso, que aniquilando los tronos de sus enemigos, habia de trasladar á manos de la nacion santa los despojos de las profanas genera-

ciones. Así hablaron en los pasados siglos David y Zacarías, Daniel y Isaias, para darnos una idea cabal de la autoridad y poder de un Dios hombre. ¿Pero qué vista habrá tan perspicaz que reconozca á este Dios de gloria y magestad en el Dios que adoramos en nuestros altares? ¡Ah! Este mismo Dios, árbitro del universo, lleno de amor y mansedumbre eclipsa toda su grandeza, apaga los resplandores de su divinidad, oculta hasta su misma humanidad, y erige sobre los altares un trono de benignidad y de clemencia, desde donde distribuye con mano pródiga las gracias y auxilios oportunos á todos los que se acercan á él con confianza: movido de aquella caridad inmensa, que le obligó á derramar su sangre sobre el patíbulo, inventa el divino arbitrio de permanecer disfrazado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. ¡O invencion admirable! ¿quién la hubiera jamás imaginado?

Aquel Dios terrible que no hablaba á Israel sino con la voz del trueno, que no se aparecia sino entre nubes y uracanes, entre relámpagos y rayos: aquel Dios poderoso que venció al infierno, triunfó de la muerte, y reyna en lo mas alto del Empireo, se digna de habitar en nuestros tabernáculos encerrado como en un sepulcro, y para hacernos soportable su grandeza, se cubre como otro Moysés la cara, se proporciona á nuestra flaqueza, se acomoda á nuestra pequeñez y se oculta baxo las apariencias de un Sacramento que nada tiene en el exterior que inspire rezelo ó infunda temor: desde allí franquea los tesoros de su misericordia, nos convida para que acudamos á su presencia, llama sin distincion á grandes y pequeños, y á todos ofrece los dones y mercedes que reparte su mano soberana. Acercuémonos pues, Católicos, al trono de su gracia si

deseamos enriquecernos, y alcanzar los auxilios oportunos que necesitamos para conducirnos á nuestra patria por el desierto de este mundo: *Adamus cum fiducia*, &c.

Ved aquí como se presenta mi designio simplemente en las palabras de mi tema, y como yo lo propongo con igual sencillez. Escuchadme: Jesu-christo Sacramentado erige sobre nuestros altares un trono al que justamente conviene el noble título de trono de gracia: *Adamus ad tronum gratiae*; primer punto. Nosotros debemos esperar con confianza que alcanzaremos las mercedes y auxilios que reparte á los pies de su trono si nos llegamos á él: *Ut gratiam inveniamus in auxilio oportuno*; segundo punto. Imploremos la gracia para el acierto, por la intercesion de María, saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

¿Qué temor y respeto infunde la augusta ceremonia con que la Iglesia nuestra Madre honra á su divino Esposo en el solemne octavario que consagra á su memoria! Todo respira magestad y grandeza: los sagrados ministros, los Sacerdotes y los levitas adornados con vestiduras de pompa y gala, rodean su real solio para hacerle la corte: lo mas precioso de la naturaleza, y lo mas primoroso del arte se emplean y destinan para la magnífica decoracion de su tabernáculo: el humo del incienso y de los perfumes sube y se esparce por los ayres: las bóvedas del templo resuenan con músicas armoniosas y cánticos de alegría, y en medio de este solemne aparato que adorna el lugar santo, se dexa ver el verdadero Salomon sentado sobre un trono de luces, recibiendo los obsequios y alabanzas de un

pueblo numeroso, compuesto de todo sexó, y de toda edad que se apresura á postrarse en su presencia para conciliarse su agrado, y rendirle los homenajes dignos de su infinita soberanía. ¿Quién al ver tanta pompa y magestad no reusaria llegar á los pies del altar poseido de pavor, de respeto y de un terror sagrado? Pero no temais, amados oyentes, porque el divino Salomon ansioso de enriquecer á los hombres con los tesoros de su gracia, por una metamorfosis inaudita, ha cambiado toda su gloria y toda su grandeza en un perfecto anonadamiento: lejos de hacer ostentacion de los resplandores de su divinidad, llega á esconder hasta su misma humanidad baxo la misteriosa nube de los Accidentes Eucarísticos, y podemos decir con verdad, que en el misterio de la Eucaristia se despoja enteramente de todo el aparato de gloria y magestad, y se reduce á un estado el mas completo de aniquilacion y abatimiento que jamas vió en el discurso de su vida, á fin de alentar nuestra timidez, vencer nuestra repugnancia, y remover los impedimentos que pudieran alejarnos de su real trono.

En efecto, en los demas pasos y misterios de su vida sacratísima se advierten entre los mismos zelages algunos rastros y vestigios de su sér divino: en el pesebre aparece una milagrosa estrella, que con una voz muda anuncia á los Magos la divinidad del tierno infante á quien adoran. En el discurso de su vida mortal se descubren en sus mismas acciones ciertos indicios que hacen venir en conocimiento del Dios que se oculta baxo el velo de la humanidad: en sus milagros se trasluce la omnipotencia, en su conversacion la sabiduria divina, y en sus costumbres la santidad infinita. En el Calvario publican á un tiempo su divinidad los astros,

la luna, el sol, la tierra y los muertos que resucitan, y aun sus mismos contrarios se ven precisados á vista de los milagros á exclamar que aquel hombre era verdaderamente Hijo de Dios: *Verè hic homo filius Dei erat.* De suerte que aunque el pesebre y el Calvario no presentaban á la vista mas que el aspecto de un hombre; pero mostraban al mismo tiempo un hombre que era Dios, y daban á conocer con la voz de los milagros la divinidad escondida baxo las apariencias de un hombre mortal.

Pero en la Eucaristía sucede todo lo contrario, pues léjos de presentarse en ella el Salvador como Dios, ni aun parece un mero hombre, porque la humanidad está en ella tan escondida como la divinidad: y los milagros que allí obra, en lugar de contribuir y facilitar la fé de su real presencia, son el mayor impedimento que tienen que vencer nuestros sentidos, para persuadirse que baxo las especies Sacramentales existe el Dios hombre que adoramos, de manera que el entendimiento humano, eludido con las apariencias exteriores, necesita apurar toda su docilidad para rendir el vasallage y obsequio debido á un Dios oculto, y anonadado en el Augusto Sacramento del Altar.

Y habrá necesidad de otra prueba para convencernos que el Salvador nada mas intentó, ocultando toda su gloria baxo el velo de los accidentes, que hacerse accesible, y acomodarse á nuestra miseria para que nos acerquemos sin rezelo y sin temor al trono de su gracia? ¡Ah! El divino Salvador, figura y esplendor del Padre, se ha despojado de la magestad que le rodea por alentar nuestra flaqueza, por inspirarnos una esperanza animosa, por facilitarnos el acceso, por precisarnos á que penetremos hasta su mismo Santuario, por derra-

mar sobre nosotros mas de cerca sus dones, y enriquecernos con los tesoros de su misericordia; á este fin trastorna el orden de las cosas, y á expensas de su propia grandeza se reduce á un estado de humillacion y anonadamiento, sin mas objeto que allanarnos el camino, y franquearnos la entrada á su real trono, para que llenos de confianza le pidamos las mercedes y favores que desea repartirnos su mano benéfica; este fué el designio que tuvo en la institucion de tan venerable Sacramento, permanecer entre nosotros para que acudamos á sus pies, teniendo él la satisfaccion de oir nuestras súplicas, haciéndonos dignos de sus gracias y beneficios, y remediando nuestras necesidades.

¿Qué resta, amados oyentes, sino que yo os renueve las mismas palabras con que exhortaba el Apóstol de las Gentes en su carta á los Hebreos, quando les decia: *lleguemos con confianza á un trono que es propiamente el trono de la gracia: Adeamus ad tronum gratiæ.* Abramos de par en par nuestros corazones á los pies del divino solio, presentemosle nuestras súplicas, contemosle una por una nuestras necesidades con franqueza, con sencillez y con confianza, para que él nos consuele en nuestras aflicciones, nos alumbre en nuestras tinieblas, nos anime en nuestras tibiezas, y fortalezca nuestra debilidad; y aunque es cierto que la Soberana Magestad de un Dios escondido infunde respeto y temor reverencial en todos aquéllos que no han perdido todavia la fé; pero es igualmente indubitable, que la bondad de su corazon, y el zelo que tiene por nuestro bien, debe inspirarnos una fé animosa, y una esperanza firme, que escuchará nuestras súplicas, y se compadecerá de nuestros gemidos. Porque, christianos, la magestad del trono no es la que debe regular los afectos del pueblo, ni

la elevacion del solio debe infundir en los ánimos la confianza ó el temor. No señores, el corazon tierno ó feroz del Príncipe, el semblante afable ó espantoso del Monarca, es la única señal que decide de la suerte ó desgracia de los vasallos segun la frase de los Proverbios: *In hilaritate vultus Regis, vita.* ¿Qué trono mas magestuoso, mas magnifico, ni mas á propósito para aterrar los ánimos, y engendrar el temor mas profundo que el célebre trono del Rey Salomon? Sin embargo, todas las naciones de la tierra, los pueblos mas distantes, la Reyna del Austro, y los mismo Soberanos deseaban con ansia ver con sus propios ojos al mas benigno Monarca de Israel sentado en el trono de sus padres, y suspiraban por tener parte en las magnificas profusiones de un Príncipe tan amante de la felicidad de su pueblo.

Imagen la mas expresiva de lo que sucede en el augusto misterio de la Eucaristia. El Rey de las eternidades, en cuya presencia tiemblan los Serafines, reside sobre nuestros altares en un trono de gloria, capaz de intimidar nuestra pequeñez. Pero acercaos sin temor á su real solio, contemplad con los ojos de la fé la ternura de su corazon, la clemencia y benignidad de su rostro, considerad baxo esos signos visibles al mejor Salomon, dispuesto á derramar sobre vosotros sus profusiones, mirad entre la nube de los accidentes al Príncipe magnifico, al padre amoroso, al amigo consolador, al Pontifice Sumo de la Ley de Gracia, que está reconciliando al mundo con su padre: contempladle ardiendo en amor, y que desea daros la bendicion paterna, y con ella todos los tesoros de su gracia. ¿Habrá esperanza tan desmayada, habrá fé tan tímida que no se aliente al escuchar las tiernas expresiones de un Dios liberal y generoso, que desde el recinto de su taber-

náculo expone todas las riquezas de su omnipotencia, y las entrega en manos de sus queridos hijos? Venid, os dice, á los pies de mi trono, acudid con confianza y con amor, humillad vuestra alma en mi presencia, descubridme vuestro pecho, que yo os haré felices, y os daré las pruebas mas auténticas de mi ternura y liberalidad.

Si vuestra alma se halla manchada con la inmundicia de la lepra del pecado, yo la purificaré con los candores de mi gracia: si teneis necesidad de consejo y de luces, yo os iluminaré con los resplandores de mi sabiduría divina: si os acobardan los continuos asaltos de vuestro adversario, yo os prevendré con la eficacia de mis auxilios: si os abrazaís con los ardores de la concupiscencia, yo apaciguaré sus movimientos con el saludable rocío de celestiales auxilios. Y para que vivais seguros de mi amor y proteccion, me obligo por una sancion irrevocable á permanecer sobre los altares para estar mas cerca de vosotros, para escucharos con mas facilidad, para hablaros á toda hora, y ayudaros en todos los instantes. ¿Y podreis despues de esto todavia dudar de su ternura, de su generosidad, de su profusion, y de su infinita liberalidad? ¿Será necesario que yo produzca nuevas demostraciones que decidan y afiancen la verdad de mi proposicion; esto es, que el trono Eucaristico es propriamente trono de gracia? Concluyamos, que Jesuchristo ha levantado su real solio sobre nuestros altares, al que justamente conviene el noble título de trono de gracia: *Adeamus &c.* De esto os he hablado en la primera parte. Continuada vuestra atencion para que os hable con mas individualidad de las mercedes y favores que distribuye á los que se llegan á él: *Ut inveniamus gratiam &c.* Estoy en el segundo punto.

SEGUNDO PUNTO.

No lo dudeis. El Salvador, ya lo he dicho, erige á pesar de nuestros deméritos sobre las sagradas aras un trono de gracia para franquearnos las liberalidades y resoros que le inspiran la grandeza de su amor, y la generosidad de su corazón: su ternura se extiende indiferentemente á los buenos y á los malos, á sus amigos y á sus enemigos, no hay reserva en sus profusiones, porque á todos quiere hacer experimentar la liberalidad de su amor; ninguna cosa puede entibiar las ansias y el ardor que tiene por nuestro bien, y solo espera nuestro consentimiento: desde ese instante comienza la época feliz de sus favores: desde entonces él mismo se constituye y se hace nuestra guía, nuestro conductor, nuestra luz, nuestra compañía y nuestro padre para dirigir nuestras pisadas por medio de los escollos y tinieblas que esparce el Egipto de este mundo. No es ya el Arcángel Rafael que acompaña al joven Tobías en sus jornadas hasta la ciudad de Rages; no es el Ángel del Señor que conduce á los Israelitas por medio de un desierto espantoso y amenazado de armas enemigas, sino el Ángel del gran consejo, ó por mejor decir, el Rey y Señor de los Angeles, que quiere conducirnos baxo sus mismos auspicios á la verdadera tierra de promisión; nada podeis temer con tal conductor; escuchad con atención su voz, seguid con fidelidad su conducta, executad con prontitud sus órdenes, y poned en él toda vuestra confianza: él os cubrirá con una nube para libraros de los ardores de la concupiscencia, levantará sobre vuestra cabeza una columna de fuego, que aun mismo tiempo alumbre vuestras tinieblas, y acalore la frialdad de vuestro corazón.

Seria poco para satisfacer la generosidad y grandeza de su amor haberos iluminado en vuestros pasos: su inmensa prodigalidad le hace poner en movimiento todos los arbitrios de su omnipotencia, y le obliga á renovar con vosotros los prodigios que obró con su antiguo pueblo en tiempo de Josué. Así como el arca de la alianza conducida por los Sacerdotes entre el ruido de los tambores, y el sonido de las trompetas arruinó las murallas de Jericó, y echó por tierra los baluartes de aquella ciudad orgullosa; no de otro modo el Salvador comunica á los que se llegan á los pies de su trono una virtud sobrenatural, que postrando los muros de la prostituta Babilonia, nos hace triunfar de sus atractivos, despreciar sus lisonjas, descubrir sus falacias, penetrar sus intrigas, frustrar sus sacrificios, y tener en poco todas sus pompas y vanidades. Aun mas añade San Gregorio Nacianceno: ¿habeis visto, dice este célebre Obispo del siglo IV, los saludables efectos de la medicina que restablece al hombre, destruye su qualidad morbosa, y pone en equilibrio la desigualdad de sus humores? De este modo Jesu-christo Sacramentado, á manera de un nuevo antidoto, corrige la mala disposición de nuestra carne rebelde, reprime el tumulto de los apetitos, muda las inclinaciones viciosas, abate el orgullo del amor propio, inspira el horror al vicio, y engendra el amor á la virtud.

Ved todavía otra figura mas puntual de todo esto al capítulo tres de Daniel, tres jóvenes hebreos cantan á Dios alabanzas en medio de un horno encendido, la presencia de un Ángel suspende la voracidad de las llamas, y una aura suave los refrigera para que el fuego no pueda ofender ni un solo cabello de su cabeza: imagen expresiva, dice San Pedro Damiano, de la singular Providencia con que

un Dios oculto baxo la sombra de los accidentes, suaviza con su presencia el ardor de las pasiones, apaga el fuego de la concupiscencia, impide el impetu de una carne corrompida, y extingue las chispas de los hábitos viciosos, cuya violencia queda suspensa ó detenida. Casi en los mismos términos expone San Juan Chrisóstomo aquel misterioso pan de Abacue, que con su virtud milagrosa aseguró en Babilonia al jóven Daniel en medio de los ambrientos leones: así el hombre, dice este gran Patriarca de Constantinopla, colocado en un cuerpo de maldad, puesto á la faz de unas pasiones amotinadas dispuestas á devorarle, rodeado de apetitos que rugen en el fondo de su corazón á manera de leones, si se pone á la sombra del trono Eucarístico, experimentará una virtud superior, que inutilizando los esfuerzos de sus enemigos domésticos, le hará sentir en su corazón la paz interior, y una virtud capaz de arruinar la prepotencia de una carne indómita, que humillada baxo el yugo de Jesus Sacramentado, sujetará su altanería al imperio de la razón; una virtud al fin, que no solo pondrá al hombre á cubierto de los embates interiores de la carne, sino que tambien le hará inaccesible á los tiros de sus enemigos exteriores.

No hay que dudarlo, continúa el mismo Padre; porque así como el Angel exterminador no pudo herir en Egypto á los Israelitas que tenían sus puertas teñidas con la sangre del Cordero Pascual de este modo el Angel de las tinieblas no puede acercarse á aquel que se ha acogido baxo el augusto solio de la Eucaristia: en vano pondrá en arma todos sus artificios la sierpe seductora; nada importará que el tentador despliegue todas las banderas de su furor, que acometa con sus legiones infernales, que junte la astucia á la fuerza, ó la sor-

presa y asalto á una guerra declarada y abierta, porque todas sus máquinas se disparán con el humo, sus proyectos serán vanos, y toda su fuerza y poder se debilitará en presencia de la Sagrada Eucaristia.

A tantas gracias y mercedes que reparte el Salvador á los que se llegan con confianza al trono de su misericordia, parece que ya no podia añadir nuevos favores por estar su omnipotencia casi agotada con la continua efusion de sus tesoros; pero dexad obrar á su tierno amor, y vereis que aun tiene recursos que nadie sino él los conoce. No contento con derramar sobre el hombre las gracias preservativas, que lo aseguran contra los ataques enemigos, reserva las gracias especiales para las almas fervorosas, á quienes por un efecto de predileccion inunda en torrentes de suavidad y dulzura. ¿Pero cómo podré yo pintar las inefables delicias con que regala á los pies de su trono á estas almas sus queridas? ¡Ah! Unidas íntimamente á Jesuchristo por medio de un enlace maravilloso, sienten que en el fondo de su corazón se excita un indecible deleite, y desprendiéndose un rayo de luz celestial que hiere en sus ojos, parece que les descubre en toda su plenitud la hermosura eterna; acalorase su alma, abrasase, se derrite y suspira, y ya no conoce nada, ni aun á sí mismas se conocen: experimentan unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem: beben en aquella fuente de delicias que embriaga á los Santos, oyen aquellas palabras misteriosas, que ningun hombre mortal puede proferir, y ésta como imagen de la felicidad celestial les hace casi dudar si viven aún en este destierro, ó son ya habitantes de la Sion santa.

Yo bien veo, Católicos, que este idioma os parecerá nuevo y extraño, porque no todas las almas

son dignas de recibir á los pies del altar dones tan sublimes, ni favores tan señalados; pero también sé que muchas no lo son, porque no prestan la docilidad necesaria, ni dan oídos á la voz del Salvador que las llama. ¿Quántas almas resisten á los mas activos impulsos de la gracia, poseídas de la tibieza, de la negligencia, y de una reprensible timidez? ¿Quántas almas faltan á Jesuchristo á quienes Jesuchristo no faltaria? ¿Por ventura aquel Dios escondido en el tabernáculo, no es hoy lo que ha sido en todos los tiempos? ¿Está acaso abreviado su infinito poder, ó reducida su mano omnipotente á términos mas estrechos? ¿No solicita su amor inmenso comunicar todavía en estos desgraciados tiempos los mismos favores y gracias que en los pasados siglos? ¡Ah! Si no vemos que el Salvador obre ya al rededor de su trono Eucarístico las maravillas que solia, es porque ya no experimenta á sus divinos pies á las Gertrudis, Brigidas, Catalinas, Teresas, Neris, Gonzagas y Baylones. Imitad vosotros á las almas justas en las disposiciones con que se preparaban para llegarse á la Eucaristía, y tendreis la dicha de recibir los mismos dones y mercedes.

Jesuchristo está siempre dispuesto á derramar sobre vosotros sus liberalidades: su trono no es como el del Rey Asuero, aquel fastuoso Monarca de la Persia, cuyo ayzado aspecto desmayó á la primera vista á la bella Estér: no señores, su trono está rodeado de la mansedumbre, de la benignidad y de la clemencia: de vuestra parte está el no poner obstáculos á la efusion de sus dones: vuestras disposiciones son las que han de decidir de la medida de gracias que habeis de recibir á los pies del Sagrario. Llegaos con confianza, pero advertid, que debeis primero mejorar de conducta, romper las

cadenas que os tienen atados á la tierra, corregir vuestros defectos, reformar el luxo, domar las pasiones, mortificar el genio, y vivir una vida mas christiana: entónces derramará el Salvador sobre vosotros las mas copiosas profusiones de su gracia, y será á un tiempo vuestro apoyo, vuestro consuelo, vuestro refugio, vuestro asilo y vuestro remedio en todos los peligros de esta vida.

Vos, Señor, que os habeis quedado oculto baxo las sombras de ese tabernáculo por nuestro bien, hacednos dignos de vuestros favores y mercedes, venced los obstáculos que oponemos á vuestros designios, allanad la resistencia de nuestro corazon, disipad la ilusion de nuestros sentidos, y dad fuerzas á nuestra flaqueza, para que sepamos aprovecharnos de vuestras gracias para merecer por medio de ellas un galardón eterno. Amen.

SERMON IX.

DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.

Psalm. 84.

Has llenado, Señor, de bendiciones tu tierra, y has separado de ella el cautiverio de Jacob.

David, aquel piadoso Rey á quien Dios por una justa condescendencia de su liberalidad, habia separado de la ocupacion pastoril para sentarle en el trono de Israel, y formar de un rústico un xefe digno de su pueblo; este gran Principe, contemplando en un profundo éxtasis las maravillas que el Altísimo obraria en la série de los siglos á favor de aquella incomparable Reyna, exclamó en medio de la admiracion lleno de un júbilo extraordinario: *Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.* Señor, ahora conozco que has colmado de bendiciones tu tierra, y has separado de ella la cautividad de Jacob. Expresiones magnificas, palabras misteriosas con que el Psalmista Rey (segun la exposicion del Abad Ruperto) quiso significar una tierra virgen prevenida con anticipacion por la diestra del Omnipotente, y santificada con sus mas preciosos dones: una tierra de bendicion preservada por su brazo dominante del contagio de aquel lodo de que fué formado el primer hombre: una tierra pura y exenta de toda mancha

que habia de abrir sus entrañas para brotar la salud de las naciones: una tierra al fin dichosa, que anunciaba ya el privilegio glorioso de María en el primer momento de su inmaculada animacion.

No es arbitrario, Católicos, el sentido que dá este insigne Abad á las misteriosas palabras de David; escuchad su pensamiento. Leemos en el Génesis, dice este sabio, que la tierra de que fué formado el antiguo Adán, no la llama Moysés tierra de Dios, sin duda porque manchada y profanada poco tiempo despues con la original prevaricacion, solo era propia para producir abrojos, espinas é hijos de ira por una fatal propagacion del pecado: pero quando esta misma escritura, intérprete de la verdad, habla por boca de David, de la tierra de donde habia de salir el segundo Adán la llama tierra de Dios: *Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob.* Porque escogida antes de la revolucion de los tiempos para dar un fruto bendito, tomó posesion de ella, y la separó del cautiverio de Jacob: porque prevenida con el mas copioso rocío del cielo, derramó sobre ella el Altísimo todas las bendiciones de que es capaz una tierra virgen destinada á brotar el mejor lírio de los campos: porque exenta de la original cizaña, no podía tener parte en ella sino aquel Señor que le habia preservado para sí por un derecho privativo al mismo salir de la nada: *Benedixisti, Domine, terram tuam.*

Con que en sentir de este grande Abad, el objeto inmaculado de vuestro culto estaba ya figurado en aquella tierra de bendicion, que vió en espíritu el Profeta Rey. Así es, señores, ¿y qué debéis en su consecuencia practicar vosotros? Poseídos de un profundo respeto, y llenos de un humilde reconocimiento, rendid homenaje á la santidad de aque-

lla prodigiosa Reyna; pero advertid, que estais en una tierra santa: quitaos como el Legislador de los judíos las sandalias de vuestros pies, y llegaos á admirar en ella una zarza milagrosa, incombustible á la voracidad del fuego: un jardin hermoso impenetrable á los insultos de la antigua sierpe: una azucena cuya blancura resalta en medio de las espinas: una rosa de Jericó cuya belleza nunca estuvo ajada ni marchita: un ciprés incorruptible, que jamas vieron los montes mas elevados de Sion: una palma que con su verdor excita la emulacion de Cadés: un plátano de los mas bellos que florecen á la orilla de las aguas: un cedro de los mas encumbrados del Libano: un bálsamo de los mas aromaticos: un cinamomo de los mas exquisitos: un terebinto de los mas frondosos.

Pero hablemos sin enigmas, y dexemos unas figuras, que aunque magnificas, son poco expresivas, y apenas bosquejan el inmaculado misterio de vuestra devocion. Venid si, y admirareis una hija de Adan, una porcion de la masa corrompida, que á pesar de la culpa original que se apodera de todos, conserva toda la pureza de su alma en el primer instante en que sale de la nada, y permanece incorrupta en el seno de la misma corrupcion: una Virgen á quien Dios por un privilegio singular y único, exceptúa de aquella ley general comprensiva de los miserables hijos del primer hombre, por la que todos comienzan á ser hijos de ira, y victimas de la justicia divina desde el momento mismo en que empiezan á vivir: una Virgen á quien Dios por una gracia preveniente, por una gracia especial, por una gracia muy singular, que no ha concedido á ningun mortal, la sostuvo en el mismo instante critico de su concepcion, para que su alma no contraxese la mancha original aquel contagio

transcendente, y tan ignominioso para los hijos de Adan.

Este es, oyentes, el privilegio glorioso, al que pretende dar culto la Iglesia en esta augusta solemnidad que nos congrega: privilegio ventajoso para María; pero al mismo tiempo muy propio para vuestra comun edificacion. María fué concebida entre esplendores de la gracia; esta es su prerogativa singular, pero tambien es el fundamento y raiz de todas las gracias y privilegios que ha recibido del cielo: origen y principio de todos los elogios y alabanzas que ha recibido de los hombres. Y ved aquí en bosquejo todo mi discurso: yo pienso hablaros del privilegio sublime de la Inmaculada Concepcion, de las gracias y dones, de las excelencias y aplausos, de los honores y bendiciones que la acompañan; circunstancias todas que formarán las dos proposiciones á que voy á ceñirme: quiero decir, que la gracia, preservativa de María fué el principio y fundamento de todos los favores del cielo: ahí tenéis la primera parte. La gracia preservativa de María fué la fuente inagotable de todas las alabanzas de la tierra: segundo punto. Mas breve: la Concepcion Inmaculada de María fué el fontal origen de todas las bendiciones del cielo y de la tierra: *Benedixisti, Domine, terram tuam*. Feliz yo si llego á ampliar dignamente un discurso, que aunque comun, es muy edificante.

Virgen Santa, nadie puede interesarse mas que vos en las glorias de vuestra inmaculada animacion; alcanzadme los auxilios que necesito para hablar de ella como debo: ésta es la gracia que solicito, y á este fin os saludamos con el Angel.

AVE MARIA.

Dios había dispuesto **antes** del nacimiento de los siglos exceptuar á María de aquel primer decreto de maldición tan funesto para los hijos de Adán, porque había de ser madre suya, Reyna del cielo, y terror de satanás, cuya cerviz había de pisar; pero un privilegio tan augusto no podía menos de pasar por el conducto de los oráculos, y predicciones de los Profetas antes de manifestarse á la vista del universo: un prodigio tan insólito exigió una multitud de pronósticos, de ensayos y de preparaciones: los suspiros de los Patriarcas, el deseo de las naciones, las figuras y sombras misteriosas debían ser otros tantos pregones, que anunciassen anticipadamente su cumplimiento en la serie de los tiempos. En efecto, Moysés había vaticinado en el Génesis la preservación futura de esta incomparable Virgen, quando dixo á la Serpiente: una muger quebrantará tu cuello, y hará pedazos tu cabeza. El Espíritu Santo la habla dibuxado en aquella arca de la alianza fabricada de una madera incorruptible, y adornada de un oro finísimo por dentro y por fuera: Isaías la había figurado en aquella florida vara de Jesé, en la que no se halló nudo alguno ni corteza: el Sabio en aquel profético éxtasis en que poseído de una santa admiración, exclama: ¿quién es esta que arroja tantos resplandores como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como un ejército formado en batalla? Salomon en aquella Esposa de los Cantares, baxo cuya cabeza puso el esposo su mano izquierda, y la abrazó con la derecha para impedir su caída: el Evangelista Juan en aquella misteriosa muger que vió despues en la Isla de Patmos, vestida del sol, y coronada de es-

trellas, la que tenia la luna á sus pies.

Estas figuras que habían anunciado antiguamente la santidad preservativa de María, tuvieron su cumplimiento luego que el Altísimo manifestó los inefables tesoros de su misericordia, y se dignó de regar esta tierra bendita, preparada desde la eternidad, con un torrente de gracias: luego que el divino Asuero extendió la fuerza de su brazo á favor de esta hermosa Estér, si señores, llegó el tiempo en que debía animarse esta criatura privilegiada que había sido tantos siglos el objeto y la especulación del universo, y al punto baxa la palabra del Señor desde su trono real, para interesarse en su admirable formación: el Verbo Divino viendo que llegaba el instante en que iba á concebirse esta niña, que había de ser su Madre, y que por consiguiente se acercaba el tiempo de su encarnación en el vientre virginal de esta casta doncella, reputó como una gloria particular, y creyó debía santificarla en el momento mismo de su animación, enriquecerla con sus dones, y colmarla de sus favores mas singulares, por su mismo honor: la memoria de que muy presto había de ser hijo suyo, le hizo olvidar las leyes generales de su justicia rigurosa para separarla de la masa comun de los hijos de Adán, para privilegiarla, para distinguirla, para honrarla y para consagrar en ellas las primicias de su sér con aquella unción de santidad de que fué llena: la representación de que había de ser su hijo, le movió á tributar anticipadamente un género de respeto á su maternidad futura para derramar en su seno virginal un manantial inagotable de gracias, y formar de este modo un templo digno de su augusta magestad.

El Unigénito del Padre era árbitro, y podía haber formado para sí una Madre en quien concur-

riesen á un mismo tiempo las ventajas del nacimiento, los bienes de fortuna, lo elevado de la condicion y esplendor del poder: una Madre adornada con todas aquellas qualidades que el mundo reputa por mas brillantes; pero estas ventajas fugaces serian comunes á Maria y á las gentes del siglo. La Madre de un Dios merecia una distincion y un privilegio que le fuese de tal modo propio, que no conviniese á otra persona sino á ella; un privilegio particular que la distinguiese de los Isaías, de los Jeremías, de los Bautistas, de los mas grandes Santos y de todas las Vírgenes: un privilegio al fin tan grande y tan singular, qual podia darse á una pura criatura predestinada á una dignidad la mas augusta que el entendimiento humano puede imaginar.

Pues este privilegio único que debia formar el carácter y distintivo de la grandeza de Maria, no podia ser otro, segun la expresion de San Bernardino, sino la santidad preservativa que la exime en el instante de su Concepcion de toda mancha: esta insigne gracia es la que tira el último rasgo de su gloria, y la que únicamente ha juzgado el Verbo digna de la Madre que escogió desde la eternidad; de una Madre en cuyo seno habia de nacer como en su templo, y de la que habia de tomar aquella carne purísima, incapaz de morar con la menor sombra del pecado.

Los caracteres gloriosos de hija de David, luz de Israel, estrella de Jacob, vara de Jesé, arca de la nueva alianza, Reyna de los Angeles, primogénita del Altísimo y Esposa del Espíritu Santo, son sin duda unas prerogativas, que decoran la excelencia de Maria; pero estos títulos, aunque tan sublimes, la degradarian mucho si la faltara la inocencia original que la indemniza de toda culpa: la misma maternidad divina, este insigne privilegio no seria

para ella un título de tanto honor, si un solo instante hubiera estado contaminada con la fea mancha del pecado, si un solo momento hubiera gemido baxo la dura esclavitud del demonio, si por un brevísimo tiempo hubiera sido objeto de ira y de indignacion ante los ojos de un Dios que iba á ser su propio hijo: de un hijo, que siendo por esencia la misma santidad, no hubiera consentido que corriese por sus venas una sangre que habia sido envenenada con la ponzoña de la culpa.

Ved aquí el poderoso motivo que se propuso el Verbo Divino para substraer á Maria de la ley general que la exime de aquella lepra de iniquidad corrompedora de toda la naturaleza humana; para levantar á favor de ella unos diques impenetrables á aquel diluvio de prevaricacion, que inundó toda la faz de la tierra: para comunicarla una gracia tan asombrosa que solo un Dios la puede conceder, y solo puede recibirla dignamente la Madre del mismo Dios, gracia original que la distingue del resto de todos los hombres, y la eleva á una esfera superior á nuestra imaginacion.

¡Qué dicha para esta hija del Príncipe, y escogida Madre del unigénito! ¡Qué hermosos fueron sus primeros pasos, y qué dia de tanto esplendor fué para ella el momento primero en que salió de las manos del Criador! Apenas acaba, católicos, de concebirse esta augusta niña, quando ya puede presentarse delante del Autor de la vida, no como enemiga suya oprimida con el peso de su maldicion, sino como la mas digna de todas sus finezas: apenas se anima en el seno de su anciana madre, quando adornada con los resplandores de la gracia, se dexa ver mas pura que todas las Vírgenes, mas abrasada de amor que todos los Serafines, mas santa y mas perfecta que todos los Espíritus Bienaventu-

rados: por eso la Iglesia contemplándola en aquel primer momento de su Concepcion la aplica con el Espíritu Santo aquellas palabras de los Cánticos: *Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te*: toda tú eres santa, toda perfecta, toda hermosa, amada Esposa del Rey de los Reyes; y los ojos de aquel supremo Monarca, tan santos, tan puros y tan penetrantes, no pueden descubrir en tí la mas leve sombra del pecado: *Et macula non est in te*.

¿Quáles serian, señores, los dones de naturaleza y de gracia que en aquel instante enriquecieron el alma dichosa de María, de resultas del privilegio extraordinario que la preservó en su Concepcion gloriosa? A la verdad, esta incomparable Virgen desde el instante mismo en que recibió la primera gracia, principio, basa y fundamento de todas las gracias, entró en la posesion de los mas preciosos tesoros de la naturaleza; quiero decir, que la naturaleza misma atenta á los candores de su inocencia, y como respetando su original pureza, la preparó una organizacion la mas perfecta, un cuerpo el mas hermoso, una complexion la mas noble, un rostro el mas peregrino, un corazon el mas vasto, un natural el mas feliz, una carne sin fragilidad, un parto sin dolor, una vida sin miserias, y una muerte sin aquellos penosos deliquios que la hacen tan terrible para los descendientes de Adán.

Juntad á estas ventajas de la naturaleza los dones sobrenaturales que inundaron su alma como consecuencias precisas y efectos necesarios de la primera gracia: yo llamo así los hábitos infusos, las virtudes morales, y los dones gratuitos; estos fueron las primicias de su sér inmaculado. Una fé mas viva que la de los Apóstoles, una esperanza mas firme que la de los Patriarcas, una caridad mas ardiente que la de los Serafines, estas virtudes en

el grado mas sublime fueron tempranos frutos de su Concepcion santa. Los dones de profecía, de lenguas, de milagros, de discrecion de espíritus, de imperio sobre la naturaleza, de interpretacion de arcanos, de inteligencia de las Escrituras, estas gracias fueron otros tantos gajes de su santidad preservativa.

¿Qué mas? Concebida entre los albores de la gracia fué en el mismo instante llena de una santidad inalterable que jamás perdió, ni podia perderla, al paso que los Angeles y el primer hombre, aunque criados en el seno de la gracia santificante, no estaban seguros del triunfo, y podian perder su inocencia original. Confirmada en la primera gracia que la santificó, fué íntimamente unida á Dios y por un particular favor exenta por toda su vida, aun de los defectos mas leves, al paso que los Apóstoles, el Bautista y algunos Profetas, aunque confirmados en gracia, no quedaron libres de toda imperfeccion.

Victoriosa del demonio y del pecado, preservada del contagio original, única causa de la rebellion de los sentidos contra la razon, tampoco debia sufrir los efectos de la concupiscencia, enemigo doméstico y compañera inseparable de la naturaleza corrompida, y por eso desde aquel primer momento, origen de las bendiciones del cielo, no experimenta María rebellion en sus miembros, ninguna ilusion en sus sentidos, ningun desorden en sus potencias, ninguna obscuridad en su entendimiento, ninguna flaqueza en su voluntad: no experimentó aquellos combates interiores, fruto infeliz de la desobediencia de un Padre prevaricador que hacian suspirar al Santo Job, ni siente dentro de sí misma aquella guerra intestina de que se lamenta el Apóstol en su carta á los de Roma: la

paz establece su mansion, y fixa su trono dentro de su inmaculada alma: su espíritu está siempre sujeto á la ley de Dios: sus inclinaciones, sus deseos y sus afectos siempre conformes á la razon, y su razon siempre gobernada por la fé y por las santas impresiones de la gracia.

¿Cuán gloriosa fué, oyentes, para la Reyna del cielo esta primera gracia de su Concepcion? No se puede decir, ni aun se puede comprehender lo que la valió este insigne privilegio; porque ¿qué progresos no debia hacer en la santidad una alma adornada con todas las gracias santificantes y gratuitas, y que no sentia ninguna imperfeccion de la naturaleza corrompida? ¿A qué grado de contemplacion no debia elevarse, la que no sentia el peso de su cuerpo, y la que tenia un espíritu mas ilustrado que las mas sublimes inteligencias? ¿Cuál debia ser el exceso de amor á Dios, en una voluntad enriquecida con los hábitos mas ventajosos de las virtudes sobrenaturales y morales? Esta justa consideracion hizo decir á San Epifanio, que María en fuerza de la gracia que recibió en el momento de su animacion, se elevó á una santidad inmensa: San Agustin la llama inefable: San Anselmo afirma que fué un abismo insondable: el Chrisóstomo, que tocó la raya de lo infinito; y Santo Tomás de Villanueva concluye que fué tan prodigiosa esta santidad de María, que ni ella misma acaso pudo comprehender su elevacion y grandeza.

Locuciones al parecer hiperbólicas; pero en realidad muy conformes á los sentimientos mas inconcusos de la Teología. Oid el fundamento: es comun sentir de los Doctores de la Iglesia, que María en virtud de su inocencia original fué dotada de todo el lleno de una razon perfecta desde el instante mismo en que fué concebida: que

desde este tiempo empezó á conocer á Dios con un conocimiento el mas sublime y el mas ilustrado con todas las luces de la sabiduria: que desde entonces su voluntad no cesó un solo momento de amar á Dios con toda aquella extension, de que es capaz una criatura adornada con la plenitud de la gracia santificante: que por medio de continuos actos de virtud los mas ventajosos, mereció á proporcion de su felicidad, nuevos aumentos de aquel primer grado de gracia, y se enriqueció cada vez mas con nuevos tesoros en la presencia de Dios: ¿pues cuál seria el grado de santidad á que se elevó su nobilísima alma, que desde el punto de su animacion ya comenzó á merecer por medio de un exercicio continuo de acciones las mas heroycas? Confesemos, Católicos, que habiendo estado María nueve meses sin interrupcion alguna aprovechándose de esta gracia en el seno de su venturosa madre, llegaria aun antes de nacer á un grado de gracia y de mérito, y á una plenitud de santidad y perfeccion incomprehensible aun para los mismos Angeles y Santos.

¿Pero acaso esta santidad extraordinaria fué el último fruto de su Inmaculada Concepcion? No, Católicos. Otra nueva excelencia no concedida á ninguna pura criatura fué el mas precioso gaje de su inocencia original: hablo, señores, de la vision clara de Dios con que fué dotada desde el primer momento de su sér, de aquel galardón que forma toda la grandeza y felicidad de los espíritus bienaventurados, de aquel privilegio tan deseado de los mayores Santos que jamas pudieron conseguir en esta vida, de aquellos dos estados de viador y comprehensor tan opuestos entre sí, que solo pudieron hermanarse en la sagrada humanidad del Verbo: estos dos extremos tan distantes se reunieron en María

al tiempo mismo de concebirse: en aquel instante sin dexar la condicion de viadora, se eleva al monte Santo, y entra en la nube donde se oculta la magestad del Señor: su espíritu se inunda á un mismo tiempo de un torrente de gracia para merecer, y de un torrente de gloria para hacerse partícipe de la felicidad eterna: rodeada de gloria descansa dulcemente en el seno de la divinidad: allí se vé anegada en un abismo de delicias, de dulzuras y de suavidades eternas: allí descubre los mas altos misterios y los arcanos mas impenetrables: unas veces la Trinidad de las Personas, otras la unidad de la Esencia, otras la inmensidad del Divino Sér, ya la plenitud de su poder, ya la generacion eterna del Verbo, ya finalmente las maravillas de su futura Encarnacion. ¿Qué fondo de gloria, de mérito y de privilegios! ¿Seria esto empezar á vivir entre las prisiones de la carne, ó reynar ya en la patria celestial?

No extrañeis unos privilegios tan singulares y tan contrarios á las reglas establecidas por la Providencia: María estaba predestinada para Madre de un Dios, el Verbo Divino habia empeñado su palabra, y era necesario trastornar en el instante primero de su sér los fueros mas respetables de la naturaleza y de la gracia: era preciso invertir las leyes generales, que como Autor Supremo se habia impuesto en la formacion del universo: era forzoso hacer el mayor esfuerzo de su misma omnipotencia, y ostentar su infinito poder, para observar con ella una economia extraordinaria, que no ha guardado con ninguna pura criatura: una economia por la que previniendo á María desde el principio de sus caminos con la plenitud de una gracia tan especial, era consiguiente adornarla con la infusion de los dones de naturaleza y de gracia, elevarla luego á

la sublime condicion de viadora y comprehensora, y últimamente, confirmarla en la posesion inadmisibile de tan extraordinarios favores.

En virtud de la especial providencia con que santificó á María en el primer instante de su sér, por medio de un privilegio sin exemplar, se vió en cierto modo precisado á franquearla todas aquellas gracias extraordinarias que conducian á valorar su original santificacion, á hacerla brillar cada dia con nuevos resplandores, á engrandecerla con unos favores insólitos, á colmarla de todo quanto hay mas precioso en los ocultos seños de su omnipotencia, y ponerla en estado de ser el espectáculo de admiracion para los Angeles, y de complacencia para el mismo Dios: siguiéndose de aquí que aquella gracia preservativa fué como la raiz y fundamento de todos los dones, de todos los privilegios, y de todos los tesoros, con que el Altísimo la enriqueció despues. La gracia original fué el manantial perenne de las bendiciones mas copiosas del cielo, y al mismo tiempo la fuente de todas las bendiciones de la tierra: *Benedixisti Domine terram tuam*: Ved aquí la segunda verdad que os propuse, y en la que debeis vosotros convenir.

SEGUNDA PARTE.

Porque á la verdad, la Iglesia, esta casta Esposa del Salvador, mancomunada con todos sus hijos, y siguiendo las huellas del divino espíritu que la gobierna, empezó desde su misma cuna á mirar la inocencia original de María como el fundamento de sus elogios, y una fuente inagotable de sus alabanzas; por esta razon nunca se ha detenido en aplicar á esta gran Reyna las frases mas honoríficas que se hallan esparcidas en los libros santos, á fin

de aplaudir su inmunidad: así vemos que empleando en honra suya toda la eloquencia de los escritores canónicos la acomoda algunas veces, en sentido figurado, lo que Salomón dixo del Verbo Divino, que era una efusion de la claridad del Todopoderoso, un rayo de su eterna luz, y una imagen viva de su bondad: otras veces la apropia aquellas expresiones magnificas de los Proverbios: el Señor me poseyó en el principio de sus caminos como la primogénita de las criaturas antes de la revolución de los siglos; y quando los abismos aun no existian, ni los cielos se habian formado, ya era yo concebida en la mente del Altísimo.

Unas veces recorriendo los principales pasages de la Escritura, escoge aquellas heroínas mas famosas que por sus virtudes se adquirieron en la Sinagoga una gloria inmortal, y tomando sus nombres y su propio carácter para aplaudir el misterio de su Inmaculada Concepcion, la llama valerosa Judit, que domó el orgullo del infernal Olofernes; esforzada Débora que derrotó las tropas del impío Sisara; Estér hermosa, á quien no comprendió la fatal ley fulminada contra la descendencia de Adán; Lia fecunda, caritativa Sara, bella Raquel, Abigail prudente, compasiva Tecuitis, casta Abisag: otras valiéndose de figuras enigmáticas para retratar su pureza la compara con el lucero de la mañana, precursor de los resplandores del divino sol, ya con un espejo sin mancha, que jamás pudo empañar el soplo venenoso de la serpiente, ya con la torre de David inaccesible á los golpes del comun enemigo, ya con un esquadron formado en orden de batalla contra la potestad de las tinieblas, ya finalmente la llama luna sin mengua, mirra escogida, lirio entre espinas y vaso de honor.

Los Santos Padres, aquellos Panegiristas irrepre-

hensibles, acordes con los sentimientos de la Iglesia han empeñado sus plumas para pintar con religiosa magnificencia la santidad primordial de María los unos con San Cirilo la han llamado obra de un eterno consejo: los otros con San Ambrosio la han mirado como la perspectiva de Dios: aquellos con San Bernardo la han considerado como un prodigio de la omnipotencia: estos con el Serafin Buenaventura la han representado como un rayo que sale del seno de la divinidad, un rayo puro, vivo y resplandeciente, en el qual se pinta como en su mas bella imagen una expresion de aquel divino original.

Estos son los sublimes elogios que los Santos Padres han dado á la pureza original de María, los que han servido de materia á los gloriosos trofeos que han levantado á su memoria los xefes de la Iglesia: estos sabios pastores, órganos indeficientes de la verdad, siguiendo el language de los Padres, han manifestado á competencia su amor y ternura al inmaculado misterio, y han apoyado este singular privilegio con las decisiones mas terminantes; si me fuera lícito referir por menor las Bulas, Breves y Decretos que han expedido, tendriais el consuelo de ver una cadena que forma una continuacion de elogios, privilegios, gracias y favores con que se han explicado sucesivamente para excitar el fervor de los fieles; pero baste decir, que despues de Sixto IV, todos los Sumos Pontífices han procurado con los mayores esfuerzos inspirar á todos los pueblos la mas alta veneracion á la inocencia original de María, haciendo resonar sus extraordinarias excelencias en los sagrados templos, y señalando dia en que todos la tributen solemnes cultos, y reúnan sus votos para celebrar y aplaudir las maravillas que el Altísimo ha obrado en el primer

instante de su animacion santa.

¿Qué testimonios mas decisivos podeis pedir para acabaros de persuadir á que la gracia preservativa de María ha sido el fundamento de los elogios que ha recibido de los grandes honores, y del origen de todas las bendiciones de la tierra? Pero si aun deseais otras pruebas auténticas de esta verdad, estended la vista por el orbe literario, y vereis que las mas célebres Universidades de Paris, Colonia, Maguncia, Salamanca, Alcalá, Valencia, Praga, en una palabra, vereis que las mas plausibles Academias de Europa y del nuevo mundo, émulas de la ternura y devocion de los Sumos Pontífices, han dedicado sus vigilias en obsequio de tan santo misterio, han empleado todo el caudal de su sabiduría en promover sus glorias, y aun muchas de ellas han establecido como una sancion inviolable, que sus alumnos no puedan condecorarse con la borla de Doctores, á menos que por medio de un voto expreso se constituyan apologistas y defensores de la santidad originaria de María.

Volved los ojos á los claustros, y vereis que las sagradas religiones, valuartes invencibles del Cristianismo, han dado igual testimonio de su zelo y tierna devocion en honrar este primer privilegio de la Reyna de los cielos, ya descubriendo con la fuerza de sus ingenios nuevos caminos para afianzar mas su culto, ya empleando en los púlpitos la eficacia de su doctrina para adelantar y amplificar sus grandezas, ya finalmente ligando á sus profesores con la obligacion solemne de hacer frente á los enemigos de tan santa inmunidad aun á costa de los mayores sacrificios.

Pero lo que mas claramente manifiesta la verdad de mi proposicion es el zelo con que las potestades de la tierra han juntado sus votos á la co-

mun aclamacion: si señores, apenas Roma desplegó sus labios á favor de la opinion piadosa quando las principales Cortes de Europa dieron las muestras mas singulares de su cordial devocion á la pureza de María. Viena, despues de interesar al Cesar á una solemne consagracion de su persona y estados al feliz auspicio de tan gran Reyna, erige en su plaza mayor una soberbia columna adornada de emblemas y figuras como otros tantos simbolos de los triunfos que María ha conseguido contra el pecado. Francia interpone la autoridad de sus augustos Monarcas con el sucesor de San Pedro, y se gloria de haber impetrado un octavario solemne en memoria de la Inmaculada Concepcion.

España... ¿pero qué no ha hecho la península á favor de la inmunidad de María? ¿Ni quién ignora los piadosos esfuerzos de los devotísimos Reyes dedicados á darla el último esplendor? ¡Oh! Si yo pudiera hacer hablar las angustas cenizas de aquel héroe, que fué honor del trono Español, por su valor y por sus virtudes: de aquel inmortal Borbon que supo reynar él, y hacer reynar á su Dios: de aquel nuevo Constantino que defendió con igual zelo los intereses de su Corona y los de la Iglesia; ya me entendeis, del ínclito Carlos: entónces oiriais con edificacion vuestra un catálogo de señales decisivas de su singular ternura al inmaculado misterio, porque á la verdad este gran Príncipe apenas empuña el Real cetro, quando elige entre los demás misterios de María el de su Concepcion santa por númen tutelar de todos sus dominios, asegurando baxo su patrocinio una doble felicidad á toda la nacion: luego funda para realzar el misterio un esclarecido orden, en que distinguiendo á ciertos vasallos con el real hábito de la Concepcion, los eleva á la mayor dignidad, y los hace dignos de su mas

alta estimacion: despues establece un congreso magistoso de Teólogos, que semejantes á aquellos robustos de Israel que guardaban el florido lecho de Salomon, defiendan el sagrado depósito de la inmunidad, promoviéndola con infatigable zelo, hasta inclinar, si posible es, la balanza del Santuario, á una definicion dogmática á favor de la opinion piadosa.

¿No es todo esto, señores, un conjunto de acciones llenas de ternura y devocion á la Reyna de los Angeles, que por sí solas manifiestan que su santidad preservativa ha sido el fontal origen de todas las alabanzas de los hombres, y el principio de todas las bendiciones de la tierra? *Benedixisti Domine terram tuam.* Pero no me admira la tierna devocion de los fieles quando se trata del culto de la Imaculada Concepcion: tampoco me admiro de que los primeros xefes de la Iglesia la hayan consagrado sus elogios, los Principes Christianos sus votos, los Teólogos sus vigilias, los oradores sus Panegíricos, los pueblos sus respetos, y todos los estados desde el cetro hasta el cayado la mas alta veneracion, porque todas estas demostraciones de honor han sido unas resultas necesarias, y unas emanaciones forzosas de aquella primera gracia preservativa que la eximió del contagio original, y este mismo privilegio la puso en estado de ser un objeto digno de todas las bendiciones del cielo y de la tierra: *Benedixisti Domine terram tuam.*

Estas son las gloriosas utilidades que María ha sacado del sagrado misterio de su Concepcion, utilidades que encierran en sí toda la grandeza, toda la gloria, y todas las distinciones que puede gozar una criatura la mas privilegiada; pero al mismo tiempo utilidades muy oportunas para nuestra comun edificacion. Si, señores, María por el privilegio de su Concepcion triunfó del pecado, y la gracia al mis-

mo tiempo que santificó su persona, fué en ella un manantial de méritos para realzar las obras de su vida: ved aquí la idea mas ajustada de nuestra Concepcion espiritual en el Sacramento del Bautismo: en él se nos infunde una gracia, que aunque de orden inferior á la de María, no dexa de obrar en nosotros á proporcion semejantes efectos; quiero decir, que recibimos una gracia capaz de santificar nuestras personas, que nos eleva hasta la dignidad de hijos de Dios, nos hace partícipes de la naturaleza divina, comunica á todas nuestras acciones un mérito digno de la vida eterna, y pone en nuestras manos un título auténtico de adopcion que nos da derecho á los bienes celestiales.

Por otra parte María, aunque concebida en medio de la abundancia y plenitud de gracias, aunque exenta de la rebellion de las pasiones, sin embargo usa de todas las precauciones necesarias para conservar el privilegio de su inocencia. Ved aquí un exemplar el mas excelente que debemos proponernos para velar sobre la gracia de nuestra adopcion. Porque si María sin embargo de haber poseido una gracia inalterable, y como dicen los Teólogos, inamisible, camina siempre por la estrecha senda del temor de Dios, huye del mundo desde sus tiernos años, y busca su asilo en el sagrado de un templo: allí encerrada en aquel feliz albergue, distribuye las horas del dia entre la oracion y el trabajo, y si despues se vé obligada á seguir á su santo Esposo, y dexarse ver en público, es solamente por exercitarse en obras de piedad para luego esconderse y retirarse, no solo de los peligros del mundo, sino aun de su aliento ponzoñoso; ¿será razon que nosotros llevando el tesoro de la gracia en unos vasos de barro, como dice el Apóstol, y siendo tan frágiles y débiles, nos exponamos temerariamente á todos los peligros?

¿Será razon que frecüentemos las ocasiones mas halagüeñas, que caminemos sin rezelo por entre los mismos escollos, que abandonemos todas las precauciones necesarias, y vivamos de asiento en el seno mismo de los precipicios? ¿Y despues de eso no querremos ser el juguete de nuestras pasiones, ó nos admiraremos de nuestras repetidas caidas? ¡Ah! Tomemos, señores, lecciones de aquella incomparable Virgen, y aprendamos á cautelarnos como ella, para que podamos conservar la gracia de nuestra adopcion: estudiemos el modo de darla todos los días nuevos aumentos, y rompamos todos los embarazos que nos pueden detener en el camino de la virtud.

Con esta firme resolucion presentemos nuestros votos y súplicas á nuestra ínclita patrona, no solo para atraer sobre nosotros los efectos de su proteccion, sino tambien para que Dios por su poderosa intercesion se digne proteger la Iglesia Católica y su cabeza visible, prosperar á nuestro Católico Monarca, para que su Real Corona esmaltada con la señal de la santidad, del honor y de la fortaleza, brille como un globo de luz sobre su cabeza, reuniendo en sí las glorias de su Serenísimo Padre, de su augusto Abuelo, y de todos sus illustres progenitores: para que prospere á nuestro dignísimo Prelado, á esta noble ciudad, y á su Excelentísimo xefe, y á todos los pecadores, para que llamados á penitencia alabemos á Dios con María en la gloria Amen.

SERMON X.

EN LA PROFESION DE UNA RELIGIOSA.

Elegi esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.

Psalm. 82.

Escogí de mejor acuerdo habitar en la casa de mi Dios, que morar en los tabernáculos del siglo.

¿Con que al fin, Sor Bartolina de las Mercedes, llegó el deseado momento por el que tanto suspirabas? ¿Llegó el instante venturoso, que quedará para siempre grabado en tu corazon, cuya memoria será para tí indeleble? ¿El momento mas dichoso que esperabas con santa impaciencia, y en el que vas á consagrarte enteramente á tu divino Esposo por medio de una alianza la mas pura, la mas casta y la mas santa? ¿Qué feliz te contemplo, quando llena de una alegría inesplicable, y poseida de un gozo extraordinario, te das prisa á consumir un sacrificio el mas interesante que has ofrecido en toda tu vida: quando arrebatada de un santo fervor te resolviste á abandonarlo todo, por entregarte á la voluntad de tu celestial Esposo, á quien hoy vas á dar la mano!

Este divino Señor, que como dice San Agustin, siempre se anticipa á nuestros deseos, te habia separado un año há de los bullicios del mundo por medio de una predileccion singular: la divina gra-

¿Será razon que frecüentemos las ocasiones mas halagüeñas, que caminemos sin rezelo por entre los mismos escollos, que abandonemos todas las precauciones necesarias, y vivamos de asiento en el seno mismo de los precipicios? ¿Y despues de eso no querremos ser el juguete de nuestras pasiones, ó nos admiraremos de nuestras repetidas caidas? ¡Ah! Tomemos, señores, lecciones de aquella incomparable Virgen, y aprendamos á cautelarnos como ella, para que podamos conservar la gracia de nuestra adopcion: estudiemos el modo de darla todos los días nuevos aumentos, y rompamos todos los embarazos que nos pueden detener en el camino de la virtud.

Con esta firme resolucion presentemos nuestros votos y súplicas á nuestra ínclita patrona, no solo para atraer sobre nosotros los efectos de su proteccion, sino tambien para que Dios por su poderosa intercesion se digne proteger la Iglesia Católica y su cabeza visible, prosperar á nuestro Católico Monarca, para que su Real Corona esmaltada con la señal de la santidad, del honor y de la fortaleza, brille como un globo de luz sobre su cabeza, reuniendo en sí las glorias de su Serenísimo Padre, de su augusto Abuelo, y de todos sus illustres progenitores: para que prospere á nuestro dignísimo Prelado, á esta noble ciudad, y á su Excelentísimo xefe, y á todos los pecadores, para que llamados á penitencia alabemos á Dios con María en la gloria Amen.

SERMON X.

EN LA PROFESION DE UNA RELIGIOSA.

Elegi esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.

Psalm. 82.

Escogí de mejor acuerdo habitar en la casa de mi Dios, que morar en los tabernáculos del siglo.

¿Con que al fin, Sor Bartolina de las Mercedes, llegó el deseado momento por el que tanto suspirabas? ¿Llegó el instante venturoso, que quedará para siempre grabado en tu corazon, cuya memoria será para tí indeleble? ¿El momento mas dichoso que esperabas con santa impaciencia, y en el que vas á consagrarte enteramente á tu divino Esposo por medio de una alianza la mas pura, la mas casta y la mas santa? ¿Qué feliz te contemplo, quando llena de una alegría inesplicable, y poseida de un gozo extraordinario, te das prisa á consumir un sacrificio el mas interesante que has ofrecido en toda tu vida: quando arrebatada de un santo fervor te resolviste á abandonarlo todo, por entregarte á la voluntad de tu celestial Esposo, á quien hoy vas á dar la mano!

Este divino Señor, que como dice San Agustin, siempre se anticipa á nuestros deseos, te habia separado un año há de los bullicios del mundo por medio de una predileccion singular: la divina gra-

cia cuya dulzura no disminuye su eficacia, se habia insinuado en tu corazon para preferirte y escogerte entre una multitud de jóvenes doncellas, á quienes podia hacer el mismo honor, y á quienes sin embargo ha dexado envueltas en la masa comun del siglo: Dios te habia hablado interiormente al alma: y te habia inspirado con aquellas palabras secretas, pero eficaces, con que en la ley natural movió el corazon del Patriarca Abraham, quando le mandó salir de su patria y de la casa de sus padres: con las que movió el corazon de Loth, quando por medio de un Angel le aconsejó que huyera de los incendios de Sodoma: con las que en la Ley de gracia conduxo despues de los Apóstoles á los Brunos, Bernardos, á las soledades de Grenoble y Claraval: con las que finalmente conduxo á pesar de la delicadeza de su sexô á las Claras, Isabelas, Teresas é Ineses al retiro de los monasterios. No nos detengamos: Dios te habia prevenido anticipadamente con la eficacia de sus divinos auxilios, te habia buscado entre millares de vírgenes que habitan los tabernáculos del siglo, y te habia solicitado con los atractivos de su gracia para colocarte en el sagrado de su santa casa; y tú por la eficacia y fuerza de esta misma gracia, empezaste á oír, á responder, y á seguir los impulsos de su celestial voz: empezaste á romper los vinculos mas sagrados de la naturaleza, abandonando á tus padres, y apartando de tí á los mismos que te dieron la vida para emanciparte de su dependencia y de su conducta.

Con estas felices disposiciones pisaste los umbrales de este santo monasterio para dar principio á un acto el mas puro y el mas insigne de piedad: con este mismo fervor continuaste el año de tu noviciado; y animada ahora del mismo espíritu, te

has empeñado en la generosa resolucion de hacer con el mundo un eterno divorcio: has formado el heroyco proyecto de abrazarte para siempre con Jesuchristo, tu celestial esposo, para habitar de mejor gana en su santa casa, que morar en los tabernáculos del siglo: *Elegi esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* Pensamiento á la verdad, conforme á las sagradas máximas del Evangelio, y por eso mismo el mas prudente, el mas ventajoso y el mas acertado. ¿Cómo así? Porque gobernándote por un conocimiento recto y juicioso, desprecias al mundo, y esto es efecto de la prudencia: porque ocultándote en la soledad de los claustros, te desprendes del mundo, y en esto consiste tu descanso: porque escogiendo la casa de Dios para morar en ella, huyes del mundo, y por este medio aseguras tu eterna salud. Tres circunstancias que realzan el valor de tu sacrificio, y van á formar todo el plan de mi discurso. Escuchadme.

Salomon, aquel Rey pacífico, á quien Dios por una justa condescendencia de su liberalidad, concedió el inestimable don de la sabiduría sobre todos los mortales, este gran Príncipe, ansioso de conseguir y poseer el precioso carácter de un verdadero sabio, exclamaba á Dios con instancia en lo mas profundo de sus éxtasis con las siguientes expresiones: "enviadme, Señor, desde lo alto de vuestro trono un rayo de aquella luz, que es preciosa participacion de vuestra sabiduría divina." Pues esta prudencia celestial, á que tanto anhelaba el Rey Sabio, es la que ha entrado en tu alma, y se ha establecido en ella para iluminarte acerca del juicio que debias formar del mundo. Creemelo hermana mia. En la flor de tu juventud, quando el mundo suele presentarse mas lisongero brindando con la dorada copa de sus placeres: en aquella tier-

na edad, en que las jóvenes doncellas se dexan seducir con los falsos resplandores de la prostituta Babilonia: en aquel tiempo, en que las pasiones fogosas de una lozana adolescencia están mas prontas á bullir y amotinarse contra la razon: en estas circunstancias tan peligrosas, ilustrada con las luces de la fé, llegaste á conocer repentinamente que el mundo no era otra cosa que el centro, domicilio, mansion y depósito de todos los males: que todo quanto brilla en él, no es mas que un entretexido de lazos y redes: que la inocencia y virtud que aparenta, no es mas que corrupcion y malicia: que quantas verdades nos propone á la vista, no son mas que mentiras y fraudes: que quantas constancia y permanencia nos promete, no es mas que infidelidad y perfidia: que quantas recompensas nos hace esperar, no son mas que ilusion y engaño; y de aquí concluiste por una legitima deducccion, que el mundo á pesar de todas sus lisonjas y oropeles, no es mas que un embuidor, un hipócrita, un impostor, un pérfido y un ingrato.

Esta es la idea, este es el concepto, y este es el juicio que has formado de las lisongeras promesas del mundo, y es el mismo que formaron los sagrados Evangelistas, los antiguos Profetas, los Santos Padres, los mas célebres Ascéticos, y los justos todos que han resplandecido en la Iglesia de Dios: y aun los mismos Paganos ilustrados con las luces naturales de la sindéresis, llegaron á penetrar á fondo el verdadero carácter de los placeres transitorios con que brinda el mundo. No solo los Padres de la Iglesia, que florecieron en todos los siglos, no solo los Agustinos, los Ambrosios, los Chrisóstomos y los Naciancenos, sino tambien los Filósofos gentiles, los Platones, los Sócrates, los Zenones y los Sénecas, conocieron con sólo el au-

xilio de la razon la falencia de los deleytes terrenos, y nos dexaron pintado en sus escritos el triste quadro, y el funesto retrato de sus infortunios. ¿Pero qué digo? Los partidarios mismos del mundo, esos hombres engolosinados con sus engañosas dulzuras y pasatiempos, ellos mismos confiesan de buena fé que todo quanto promete el siglo, léjos de hacer felices á sus poseedores, los inquieta, los turba, los aflige, y por un justo juicio de Dios, viene á ser el verdugo, el torcedor, el potro y el primer suplicio del corazon que en ellos colocó su felicidad. Salomon, de quien antes, hablé, este famoso Rey, que algun tiempo fué partidario del mundo, y que puede llamarse entre todos los Monarcas de Israel el mas rico y el mas dichoso: despues de haber concedido á sus sentidos todo quanto la concupiscencia mas ingeniosa pudiera imaginar, despues de haber edificado magníficos palacios y vistosos jardines: despues de haber juntado inmensas riquezas y alhajas de inestimable valor, confiesa llanamente en los últimos dias de su vida, que todas las felicidades y placeres que disfrutó no fueron mas que vanidad, engaño y afliccion de espíritu.

Dichosa tú, amada Bartolina, porque no has esperado á la ancianidad para llegar á comprehender lo que el Rey Sabio apenas pudo conocer en los postreros dias de su vida: dichosa, porque en la primavera de tus años formaste del mundo el mismo juicio que hicieron de él las santas Escrituras, los Doctores de la Iglesia, y los Sabios de la antigüedad: dichosa al fin, porque la primera vista que diste al mundo, fué una mirada de desprecio. Y ve aquí en lo que consiste tu prudencia, y la ventaja que por este medio adquieres sobre todos los adoradores del siglo: estos desventurados hombres

hechizados con el falso resplandor del mundo, caminan por unas veredas sembradas con la fatal mezcla de las adversidades, desgracias, prosperidades, molestias, placeres, aflicciones é infortunios, y no lo advierten, porque deslumbrados con el aparente brillo de los bienes caducos, corren precipitados á la ruina que no acaban de comprehender: ellos pasan los dias de la vida al parecer alegres, festivos y contentos; porque estragados con la emponzoñada dulzura de los deleytes, no perciben el tósigo que los envenena; pero en los últimos momentos de su infeliz carrera, á la hora de la muerte quando la pasión calla y habla la razón; entonces mirando sus pasados gustos con el telescopio de la conciencia, abren los ojos para ver que todo quanto amaron en el siglo no fué mas que un fantasma, una apariencia y una sombra: entonces echan de ver el irreparable trastorno de sus ideas, y la monstruosa imprudencia, con que abrazaron los bienes transitorios de la tierra, y penetrados de un vivo dolor, conocen que se habian dexado alucinar de un mundo falaz y seductor. Al contrario tú, hermana mia, no tendrás que arrepentirte de la heroyca resolución que hoy tomas: en aquella hora conocerás con claridad que fué efecto de una singular prudencia haber despreciado en tu juventud á un mundo lisongero, y haber conocido en la primavera de tus años, que sus promesas eran engañosas, sus honras fugaces, sus deleytes llenos de amargura, y sus bienes pasajeros. Este pensamiento causará en el fondo mismo de tu corazón un maravilloso gozo, un placer interior, un gusto esquisito, y una paz inefable: tranquilizará tu inocencia, desvanecerá tus temores, y derramará en tu alma una alegría y dulzura, que el hombre carnal no es capaz de penetrar, y solo puede comprehender quien lo ha experimen-

tado; de este modo tendrás en aquella hora la satisfacción de haber despreciado á un mundo engañador, y tambien de haberte desprendido de sus lazos, por solicitar tu descanso, que es la segunda circunstancia que realza el valor de tu sacrificio, y paso á explicarle. Atendedme.

El Apóstol Santiago indagando el origen y la raíz de las inquietudes que padece el hombre que vive en medio de los bullicios del siglo, concluye que la causa única de las turbaciones y sobresaltos que afligen su espíritu, es la avaricia que consume y despedaza sus corazones: de modo, que las inquietudes y zozobras están de tal suerte anexas á las riquezas, á las honras, á los placeres, y á las dignidades, que á proporcion que estos bienes se multiplican entre las manos, crece tambien el temor en los corazones; por esta razón el hombre desprendido del siglo, eleva su alma á aquel heróico aborrecimiento, á aquella indiferencia, y á aquella abnegación á que nos convida el Salvador en sus Evangelios: este aborrecimiento del mundo produce en su alma el mismo efecto que el amor de Dios obra con los Santos en el cielo, apaga el fuego de la avaricia, amortigua los deseos de la ambición, extingue los ímpetus de la concupiscencia, pone freno á todos los sentidos, calma el tumulto de las pasiones, regula el desorden de los apetitos, y pone á raya todos los movimientos de la carne: como el hombre desprendido del mundo no ama sus máximas, ni apetece sus bienes, estos por lo mismo no excitan en su corazón ni deseos, ni inclinación, ni alegría, ni pesares, ni temor, ni dolor, ni tristeza. De aquí resulta, que desprendido del siglo y de todas sus pompas, goza de una paz interior, á la que no puede alterar ni la codicia de los deseos, ni la inquietud de los

delitos, ni la amargura de los pesares, ni el embarazo de los cuidados, ni la multitud de los negocios, ni la ambicion de las honras, ni la avaricia de los bienes terrenos: las riquezas no le corrompen, la prosperidad no le engrie, las aflicciones no le abaten, las ocupaciones no le disipan, las concurrencias no le distraen, los placeres no le alucinan, ni los peligros le arrastran; desprendido del mundo y encerrado dentro de sí mismo, vive á la faz de un siglo tumultuoso, reposando en el suave lecho del descanso: su espíritu tranquilo no puede distraerse á los objetos terrenos, y pasa la vida plenamente satisfecho, porque no desea otra cosa fuera del sumo bien por quien aspira.

Ved aquí, hermana mía, el grado de quietud y descanso que vas á disfrutar, desprendiéndote enteramente del siglo y de todas sus vanidades; asistida del espíritu celestial que te anima, vas á romper de un golpe todo comercio con el mundo, y abandonarle para siempre por medio de una profesion solemne, irrevocable y eterna: el siglo ya no podrá intentar nada contra tí, porque estarás absolutamente fuera de su dominio, y fuera del tiro de sus dardos: ya no hará esfuerzos para atraerte á sí, y te dexará gozar tranquilamente del descanso en que te has establecido, y el que en vano intentaría turbar. No lo dudes, amada Bartolina, el desprendimiento y abnegacion evangélica en que vas á entrar, te coloca sobre el monte santo de la religion, donde como en la cumbre del monte Olimpo, estarás á cubierto de todas las borrascas que se forman en la atmósfera inferior, quiero decir, que en el centro de los claustros estarás libre de todos los males que afligen á los amadores del mundo: exenta de los peligros, de las ocasiones, de los precipicios y de las miserias en que gimen los habita-

dores de la tierra: oculta y separada de todas las tempestades que baten y agitan el proceloso mar del siglo; y apartada de todas las revoluciones y sucesos que circulan por las calles y plazas de la prostituta Babilonia. Desde la cumbre de la religion mirarás á lo lejos los lamentables gritos y funestos gemidos de los que perecen en las furiosas olas y redes que tienden las encantadoras sirenas, cuyos silvos oirás con indiferencia en el reposo de tu quietud y descanso: desde allí experimentarás lo que le sucedió á Loth, uno de los famosos Patriarcas de la ley natural, que llegó á registrar desde lo alto de la montaña, adonde le conduxo el Angel, el incendio en que se abrasaba la infeliz Sodoma, de donde habia salido con su familia: así llegarás desde el seno de los claustros á oir los pesares, las discordias, las pérdidas, las caidas, las confusiones, y tantos otros accidentes inopinados en que se abrasa la Sodoma del siglo, pero defendida con el muro impenetrable de la religion, y puesta una barrera de separacion entre tí y el mundo mirarás con una santa indiferencia todos sus acaecimientos: tu corazon vacío de las cosas terrenas, no tendrá ocasion de anhelar por las riquezas, por las honras, ni por los placeres: los infortunios no te molestarán, los cuidados no dividirán tu ánimo, las desgracias no te amargarán, y nada será capaz de disputarte el reposo y descanso en que te has fixado.

Es verdad que no por eso debes lisonjearte de que en el retiro de tu soledad no puedan acometerte algunas representaciones terrenas, algunos espectáculos halagüeños, y algunos objetos engañadores que pretendan turbar la serenidad de tu corazon; porque aunque vas á desprenderte enteramente del mundo, pero jamás podrás desasirte totalmente de tí misma, de tu imaginacion, de tus sentidos, y de una carne

prevaricadora que siempre conserva en el fondo de su misma substancia algunas chispas de fuego atizadas por el fomes de la concupiscencia. También es cierto, y no te lo puedo negar, que en el seno mismo de los claustros tendrás que tropezar tal vez con algunos genios desabridos, con algunas superiores indiscretas, con algunas subalternas mal avenidas, y con algunas compañeras de condicion contraria á la tuya, que pudieran entorpecer los progresos de tu adelantamiento, é inquietar, en cierto modo, el sosiego y quietud que te proporciona la casa de Dios que has elegido; pero también es constante que en el retiro de los claustros lloverá Dios sobre tí mayor abundancia de dones celestiales, de soberanos auxilios, y de gracias sobrenaturales, que á manera de un maná oculto suavizarán todos tus trabajos, todas tus pensiones, todas tus cruces, y todas las contrariedades que puedan choarte: apoyada con la eficacia de estos divinos auxilios, animada con los buenos exemplos, sostenida con la separacion de los peligros, fomentada con reflexiones santas, y fecundada la imaginacion con la leyenda espiritual y la continua oracion, llegarás facilmente á reprimir el tumulto de las pasiones, apaciguar el desorden de los sentidos, triunfar de la rebeldía de la carne, y desembarazarte de las contradicciones y tropiezos que de puertas adentro pudieran alterar tu reposo, y de este modo ponerte en estado de gozar sin dificultad de la paz interior de la conciencia, de una suave tranquilidad de ánimo, y de una calma inalterable que te durará hasta los últimos momentos de tu dichoso tránsito. Aquí tienes allanado el paso, y conseguido tu descanso con solo el hecho de haberte desprendido del mundo, y también puedo prometerte, que huyendo hoy de este mismo mundo aseguras tu eter-

na salud: no te engaño, escuchame, que voy á explicarte la última circunstancia de tu sacrificio.

El Profeta Isaías al capítulo 32, San Pedro al capítulo 2 de los Hechos Apostólicos, el Doctor de las gentes en su Canónica á los Corintios, el Evangelista Juan en su Apocalypsi, y los Santos Padres en sus escritos, claman con instancia á todos los escogidos á que huyan de los lazos de la profana Babilonia, para enseñar, dice San Basilio, á los hijos de Dios la necesidad que tienen de huir de los hijos del siglo para salvarse; porque para la seguridad de la salvacion, continúa este Padre, no basta despreciar al mundo ni desprenderse de él, sino que también es necesario huir de sus lazos para poder conservar el desprendimiento y el desprecio que ha hecho de él; no haciéndolo así, muy presto se vuelve á recobrar su estimacion y su amor, á causa de los malos exemplos que en él se ven, á causa de las ocasiones que en él se presentan, y á causa de las condiciones á que se hallan ligados, y que como otros tantos lazos los detienen en él, y los hacen amar su comercio y su mansion.

Pues estos son los dos escollos que huyendo del mundo vas á evitar, y por cuyo medio aseguras tu eterna salud. Aseguras tu eterna salvacion, he dicho, porque ¿quién duda que los malos exemplos son á manera de un torrente de iniquidad que inunda la inocencia, la ahoga y la precipita al abismo de la perdicion? Y para usar de otros similares, ¿quién no vé que los malos exemplos son como unas serpientes venenosas escondidas debaxo de las flores, sobre las que no se puede caminar mucho tiempo aunque se observe el mayor cuidado sin recibir alguna vez una mortal mordedura? ¿Quién no vé que el mal exemplo no es otra cosa que un ayre contagioso, que insinuándose sutilmente por

los sentidos, fomenta poco á poco las pasiones hasta llegar á corromper las médulas mismas del corazón? El mismo Dios para enseñarnos á huir de ellos, nos da una idea clara de la fuerza y poder que tienen sobre la voluntad criada en uno de los hechos del Viejo Testamento: este gran Dios quando quiso introducir al Pueblo escogido en la tierra de Canaan, pudiendo conducirlo en solos tres dias desde Egipto á Palestina, le precisó á rodear por sendas desiertas y extraviadas, gastando el prolongado espacio de quarenta años para poder concluir una marcha tan larga, sin mas motivo que impedir por este medio el contagio de los malos exemplos en que incurria aquel pueblo si transitaba por medio de las Ciudades incircuncisas; y mas bien quiso obrar en un viage largo los mayores prodigios, impidiendo los rayos del sol con la sombra de una nube, alumbrando de noche con una columna de fuego, sacando agua de las entrañas de los riscos, abriendo camino por medio del mar Rojo, y lloviendo todos los dias un maná milagroso, que exponer su pueblo, en un viage corto y mas cómodo, al contagio del mal exemplo.

Este solo hecho hace ver con evidencia la fuerza que tiene el mal exemplo para arrastrar la voluntad humana, y de este venenoso incentivo te libras hoy, querida Mercedes, huyendo de un mundo engañador: con esta sola fuga te colocas en un lugar enteramente remoto á todos sus tiros, que lejos de tener la contagiosa infeccion de los malos exemplos, tendrás mucho que imitar en las sagradas vírgenes, á cuya conducta te agregas hoy por la solemne profesion: libre en su compañía del mal olor de las costumbres corrompidas del siglo, te llenarás de una santa emulacion, capaz de animarte á correr tras el buen olor de tu Esposo, para

vivir solo con él, y para él; en unas encontrarás una pobreza consumada, y una abnegacion perfecta de sí mismas, que te empeñará á ser una fiel imitadora de la desnudez de tu crucificado Esposo: en otras verás una sumision y una subordinacion rendida á la voluntad aiena, que te estimulará á ser pronta y obediente á la voz de tu Prelada: en aquellas notarás un candor y una pureza, qual se requiere para entrar en las bodas con el Cordero imaculado, y sacarás estímulos para huir con prontitud hasta de la sombra misma de la impureza; en éstas advertirás una continua mortificacion de sentidos, de pasiones y de cuerpo, que te obligará á afligir tu carne virgen con los crueles instrumentos de la penitencia; en aquellas otras.... pero yo debo pasar en silencio muchos otros estímulos que á manos llenas te ocurrirán en la casa de Dios donde moras, porque temo ofender la modestia de las humildes esposas de mi Salvador; lo que yo puedo asegurarte es, que encontrarás con frecuencia varios ramilletes de flores, y chupando á manera de una industriosa abeja todo su xugo, formarás un panal agradable á tu celestial Esposo, y semejante á otro Eliseo, aunque no lleges á heredar la capa de tus Preceptoras, tendrás el consuelo de heredar todo su espíritu.

Cargada con las preciosas reliquias y hermosos frutos de la imitacion, echarás de ver que librándote del pernicioso tropiezo de los malos exemplos aseguras tu eterna salud, y mucho mas evitando el funesto escollo de las ocasiones que hay en el siglo. Estas son tantas, hermana mia, que bullen en todos los estados, en todos los lugares, en todas las condiciones, y todo el mundo está lleno de ellas; las hay, dice el Papa San Leon, en la opulencia, en la mediania y en la pobreza: hay

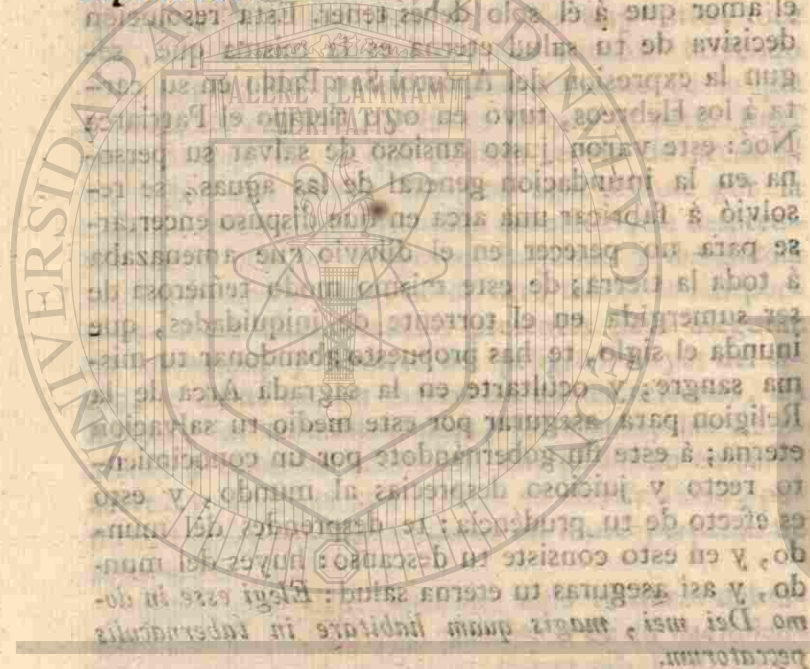
ocasiones de perdicion en la alegría, en los pesares, en los sucesos felices, en las concurrencias, en las desgracias, en el seno de la familia, en el trato de los parientes, en las conversaciones con los amigos, en las conexiones con las gentes, de modo, que en cada mal y en cada bien hay ocasion peligrosa. ¿Pues qué remedio? No hay otro, dice San Gerónimo, que el que has tomado huyendo del mundo, porque así te desembarazas de lo que pudiera unirte á él, y haces lo que el casto Josef despojándose de lo que pudiera servir de presa al enemigo: este joven heroyco agarrándole por la capa su Señora que intentaba seducirle, se desprendió de la ocasion peligrosa, huyendo y dexandola en las manos la capa; no de otro modo te has portado en las circunstancias presentes para asegurar tu salvacion, y librarte del peligro: huyes del siglo, le dexas en las manos los bienes terrenos, las honras, las comunicaciones, los tratos, las conexiones y todas las ocasiones, que pudieran embarratar, y aseguras con la fuga tu eterna salud, poniendo entre ti y las ocasiones un muro perpetuo de separacion.

Finalmente, huyendo del siglo te libras del último escollo, que es la condicion de tu nacimiento, y aseguras de nuevo tu eterna salud. En efecto, la Providencia divina por un rasgo de singular predileccion te habia hecho nacer en el seno de una familia honesta y virtuosa, en la que habia entrado á manos llenas la fortuna para hacer brillar mejor la piedad: allí despues de una educacion christiana, vivias alegre y contenta, disfrutando los buenos exemplos de tus padres, y consanguíneos, aplicada á los deberes de la Religion, y amurallada en cierto modo contra los ataques de un mundo seductor, pero no teniendote aun por bas-

tante segura, te empeñaste en romper los vínculos mas estrechos de la carne y sangre: tuviste valor para volver las espaldas á los mismos que te habian dado el sér, y despedirte para siempre de las personas á quienes mas amabas, porque de algun modo dividian tu corazon, y partian con Dios el amor que á él solo debes tener. Esta resolucion decisiva de tu salud eterna es la misma que, segun la expresion del Apóstol San Pablo en su carta á los Hebreos, tuvo en otro tiempo el Patriarca Noé: este varon justo ansioso de salvar su persona en la inundacion general de las aguas, se resolvió á fabricar una arca en que dispuso encerrarse para no perecer en el diluvio que amenazaba á toda la tierra; de este mismo modo temerosa de ser sumergida en el torrente de iniquidades, que inunda el siglo, te has propuesto abandonar tu misma sangre, y ocultarte en la sagrada Arca de la Religion para asegurar por este medio tu salvacion eterna; á este fin gobernándote por un conocimiento recto y juicioso desprecias al mundo, y esto es efecto de tu prudencia: te desprendes del mundo, y en esto consiste tu descanso: huyes del mundo, y así aseguras tu eterna salud: *Elegi esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.*

He aquí, dichosa Bartolina, las grandes ventajas de la profesion solemne que hoy vas á abrazar. Sales como Israel en otro tiempo de la tierra de Egipto, y entras en el desierto de los claustros, en donde no encontrarás obstáculo alguno para vivir bien; en donde ofrecerás tranquilamente tus sacrificios al Señor: en cuya soledad te alimentará con el maná de su divina palabra: te ilustrará con las luces de su verdad; y te inundará con las aguas de su gracia, en donde te cubrirá con la nube

de su protección y fortaleza contra los enemigos de tu salvación, y desde cuyo seno te hará pasar sin tropiezo á la tierra prometida, que es el Reyno de los cielos, el que deseo para todos mis oyentes, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

EN LA RECEPCION DE DOS RELIGIOSAS

CARMELITAS.

Accedens ad servitutem Dei, præpara animam tuam ad tentationem.

Eclé. cap. 2. v. 2.

Quando empieces á servir á Dios, dispon tu alma para la tentacion.

Que haya de venir yo, hijas, á importunar vuestra quietud en el día de vuestra alegría! Que haya de mezclar los armoniosos vivas de la victoria con los tristes ecos de la guerra! Podré desentenderme en el día de vuestras bodas de aquel dulce convite del Esposo al huerto de delicias donde me consigo mismo con el nudo mas sagrado: las vírgenes que se le consagran (a)? No vienen mejor á esta santa ceremonia aquellas palabras del Profeta, en que promete el Señor á los que le siguen una mansion de paz, unas tiendas de seguridad y de confianza, un asilo de dulzura y abundancia (b)? A qué fia preveniros al combate, tocar al arma y comenzar la guerra, la guerra compañera inseparable del trabajo, la guerra enemiga de la quietud, la guerra donde suele pelearse con varia fortuna?

Hijas, no lo extrañeis; son fuertes los atractivos de la Religión. Quién podrá negarlo? Aquí se encuentra una serpiente de bronce cuya vista

(a) Prov. cap. 2. v. 2. (b) Isai. cap. 2. v. 2.

de su protección y fortaleza contra los enemigos de tu salvación, y desde cuyo seno te hará pasar sin tropiezo á la tierra prometida, que es el Reino de los cielos, el que deseo para todos mis oyentes, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

EN LA RECEPCION DE DOS RELIGIOSAS

CARMELITAS.

Accedens ad servitutem Dei, præpara animam tuam
ad tentationem.

Ecle. cap. 2. v. 2.

Quando empieces á servir á Dios, dispon tu alma para la tentacion.

¡Que haya de venir yo, hijas, á importunar vuestra quietud en el día de vuestra alegría! ¡Que haya de mezclar los armoniosos vivas de la victoria con los tristes ecos de la guerra! ¿Podré desentenderme en el día de vuestras bodas de aquel dulce convite del Esposo al huerto de delicias donde me consigo mismo con el nudo mas sagrado las vírgenes que se le consagran (a)? ¿No vienen mejor á esta santa ceremonia aquellas palabras del Profeta, en que promete el Señor á los que le siguen una mansion de paz, unas tiendas de seguridad y de confianza, un asilo de dulzura y abundancia (b)? ¿A qué fin preveniros al combate, tocar al arma y comenzar la guerra, la guerra compañera inseparable del trabajo, la guerra enemiga de la quietud, la guerra donde suele pelearse con varia fortuna?

Hijas, no lo extrañéis; son fuertes los atractivos de la Religión. ¿Quién podrá negarlo? Aquí se encuentra una serpiente de bronce cuya vista

(a) Cant. cap. 5. (b) Isai. cap. 62. (c) Prov. cap. 15. (d) Prov. cap. 15. (e) Prov. cap. 15.

sana las mas crueles mordeduras, el maná que cae del cielo suple con abundancia quanto falta, las piedras se convierten en copiosas fuentes, se vive baxo la conducta de un Moysés, que desarma á los mas fuertes. Esto es verdad; pero igualmente lo es que en el camino que emprendeis se encuentran serpientes cuyas heridas son mortales y aguas amargas: falta algunas veces el pan: se secan los arroyos, los enemigos se insolentan, y Amalech ha atado al carro de su triunfo no pocas vírgenes locas. Quiero decir, que hay redes en el Tabor, segun la expresion de un Profeta, como en las llanuras de Samaria.

No creais á aquellas almas que nada temen en la carrera de la sabiduría, que caminan sin precaucion, y sin defensa. No hagais hijas un juicio tan distante de la verdad. Desde el momento en que os dedicais al Señor, dad por sentado que entráis en el campo de la prueba y de la tentacion. Oid pues para que camineis con cautela: *Præpara animam tuam ad tentationem*: sufríreis tentaciones de fervor, tentaciones de disgusto, tentaciones de tibieza. He ahí lo que voy á preveniros para que no quedeis vencidas.

PUNTO PRIMERO.

Vosotras entráis en el camino de la devoción, ¡O qué resplandor, qué dulzura, qué gustos divinos, qué incendios, qué éxtasis de divino amor sentireis en la bodega del Esposo! Allí se encuentra un placer, dice Salomon, que aventaja al convite mas delicado (a): allí los consuelos espirituales que compara San Juan al maná escondido que sabe á todo (b): allí una mano consoladora tan pródiga de

(a) Prov. cap. 15. (b) Apoc. cap. 2. (c) 1.ª Cor. cap. 13. (d) 1.ª Cor. cap. 13.

favores que hizo asegurar á San Bernardo, que eran dulcísimas las amarguras de los justos; y á San Cipriano, que las lágrimas de los penitentes eran mas agradables que las representaciones de los teatros.

Con esta santa embriaguez saldreis de vosotras mismas, desafiareis los peligros, ansiareis por las prácticas de piedad, desafiareis con el Apóstol los peligros para probar si son capaces de entibiar el amor al divino Esposo.

Os parece hijas, que ya no hay que temer? ¡Ah! y si soltais la rienda al amor propio, que presto os hallareis en una region de tinieblas. Con este falso fervor añadiréis ejercicios extraordinarios sin discrecion y sin licencia: querreis pasar por la mas mortificada de la casa: os dominará el espíritu de singularidad: orareis quando las demas duermen, y querreis dormir quando ellas oran: débiles para el ayuno en el dia de regla, y robustas en el tiempo de recreacion: destinadas al trabajo corporal, pasareis todo el dia en la contemplacion, amareis los ocios de María, y aborrecereis las ocupaciones de Marta: quando os envien al huerto, querreis ir al coro: dexareis el azadon, y tomareis en la mano el breviario, que no conviene á vuestro estado: alegareis que mas tiempo de oracion teniais en el siglo: que el trabajo exterior os distrae, y no osareis moveros, como dice con su acostumbrada gracia Santa Teresa, temiendo que se os vaya de las manos el recogimiento; os preocupará tanto el capricho, que llegareis á decir como David: *Non movebor* (a), no abandonaré mi dictamen, porque voy bien.

Esta es aquella tentacion con que el demonio triunfa mas de una vez, como asegura Santa Teresa en el libro de la Perfeccion: tentacion de fervor que

(a) Psalm. 29.

limita la virtud. El que se dexa poseer de ella, solo obra á lo que le incita su temperamento, se exercitará en obras de penitencia, y huirá los abatimientos de la humildad, tendrá amor al retiro, y perderá el mérito del trabajo. Vendrá dia en que oyga esta reprehension: *Hæc oportuit facere, et illa non omittare* (a).

Tentacion de fervor que hace á la virtud indiscreta. Este fervor todo es extravagancia y arrebatos, ni consulta la ley, ni da oído á la razon; lo que es solo de consejo practica antes que lo que es de precepto: muchas oraciones y poca negacion de sí misma, muchos silicios y poca humildad, muchos suspiros y poca mortificacion interior: se hace mas de lo que Dios quiere, y no se hace lo que Dios quiere. Fervor de Fariseos, que no comian sin lavarse las manos, y jamas purificaron el corazon.

Tentacion de fervor, que hace á la virtud inconstante. Estos fervorosos que quieren hacerse Santos, segun su propia idea, pasan de un sistema de devocion á otro sistema, todo lo empiezan, nada acaban, y lo peor es, que esta inconstancia va debilitando el amor á la virtud, hasta que da insensiblemente en una funesta facilidad de dexar el bien por el mal, la virtud por el vicio. Fervor como el de la infiel Judá, de la que dice Jeremias, que se volvió á su Dios con un propósito falaz y mentiroso (b).

Guardaos, hijas, de este fervor, que no es mas que un sutil artificio del amor propio, que aun en lo mas santo quiere tomar partido: guardaos de esa vívora ponzoñosa, dice San Bernardo, probad ese fervor en la agua de los zelos, para ver si es puro; quiero decir, que os entregueis á la voluntad

(a) Math. cap. 23. (b) Jerem. cap. 3.

agena, y aun en las prácticas mas santas vuestra luz sea la obediencia. Este sepulcro de la propia voluntad, como le llama el Abad Climaco, es mas agradable á Dios que los sacrificios.

Aunque veáis en el coro el rostro de Dios rodeado de la gloria del Tabor, si llega la hora del trabajo levantaos á prisa, no queráis fixar allí vuestra mansion, porque se os dirá lo que á San Pedro, que no sabéis lo que pensáis (a), pedireis mas tiempo de oracion, añadiréis prácticas de piedad; pero si los Prelados no lo aprueban, si eso os imposibilita para el trabajo, callad, aunque os lo nieguen; vuestra peticion es indiscreta como la de la muger del Zebedeo (b).

En nada agradareis á Dios si vuestro fervor está mezclado con propia voluntad. ¿Qué cosa mas santa que el ayuno? Pues Dios le prohibe á su pueblo, porque le practicaba, segun su capricho, en frase de Isaías (c). ¿Qué cosa mas sabrosa que el nabal? Pero si no se recogia segun la ley, se convertia en gusanos. Por eso, hijas, observad esta regla para los aprietos en que os veáis: quando aquel Monge de Egipto quiso vivir sobre una columna, dixo el Prelado que le mandasen por obediencia baxar de ella; y si lo executaba prontamente le dexasen allí, pero si lo reusaba le baxasen con violencia, porque estaba engañado del demonio. ¿Lo ois? Pues no abandoneis esta virtud si no quereis ser vencidas con esta tentacion. Esta es aquella regla eterna que nos escusa la molestia de averiguar á cada paso qual sea la voluntad de Dios: nos escusa las ansiedades que acompañan siempre á nuestras determinaciones: precave los engaños que nos pudieran seducir; lo diré de una vez, nos descarga de nosotros mismos para poner

(a) Marc. cap. 16. (b) Math. cap. 26. (c) Is. cap. 58.

nos en manos de Dios y baxo de su amparo.
 ¡Oh! baxo esta mano obradora de prodigios, ¡cómo debereis los consuelos de la paz y de la justicia! ¡Qué suaves serán las cadenas que os unirán al esposo! Pero mirad que no siempre percibireis estas dulzuras. Vendrán días en que caigan sobre vosotras como una copiosa lluvia las tentaciones de disgusto. Atencion os pido para que aprendais como os habreis de librar de sus asaltos: *Prepara animam tuam ad tentationem.*

SEGUNDO PUNTO.

¡Qué vida tan igual fuera la que abrazais, si la felicidad del principio correspondiera al fin! La inclinacion, la novedad, el gusto sensible, y la viveza de la gracia suaviza en el principio todos los ejercicios de la religion. Todo se cumple con una puntualidad igualmente alegre que exácta. El gusto sensible se derrama por nuestras potencias como un precioso licor, que rebosa por los labios del vaso que le encierra. Pero este atractivo pasa, y nada queda que haga amables las obligaciones del claustro. La oracion se hace penosa, la regla inobservable, el claustro habitacion de monstruos devoradores cada paso nos cuesta un nuevo esfuerzo, parece que se ha amortiguado en nosotros todo el fuego del amor: se camina á tientas y á ciegas por medio de un árido desierto sin saber adonde vamos: á cada paso se encuentran precipicios sin descubrir mano que sostenga; se ignora si Dios está favorable, ó enemigo, si se pecca ó se merece: se rezela como Job en todas sus obras, y sólo se encuentra martirio en los ejercicios de piedad. Todo es desconsuelo, como sucedia á los Israelitas en las orillas de los rios de Babilonia; todo es náusea y sinsabor como el maná en

el desierto (a). ¿Lo creéis hijas? Pues este es el estado en que se ven muchas almas: estado terrible, tormenta deshecha, en que el piloto mas diestro suele naufragar, y en el que pereceria sin duda el que no velase sobre sí para ponerse cuidadosamente á cubierto de esta tentacion.

La mas peligrosa señal de una salud alterada, ó que comienza á alterarse, es el disgusto de los manjares mas propios para excitar el apetito. Ya desde entonces se hace juicio de que hay en el cuerpo algun fermento venenoso, y se emplean todos los socorros del arte para precaver sus funestos efectos. Ved aquí como debeis pensar del disgusto en las prácticas de piedad. Él es buena señal para el que vive con indiferencia y sin inquietud de una conciencia desarreglada, ó es un testimonio del peligro de caer. Me explicaré hijas con mas claridad. Hay un disgusto en la religion que viene de Dios, otro cuyo fondo está en nosotros mismos. El uno es prueba de Dios, el otro nace de la indiferencia de nuestro corazon, la que quiere Dios corregir.

Disgusto que es prueba de Dios. Hijas ahora os trata Dios como á un niño, despues os tratará como á un varon robusto: ahora sostiene vuestra debilidad con leche, mañana os dará pan amasado con agenjo. ¿Qué sentireis, hijas, entonces de vuestro Dios? ¿Direis que os ha criado para condenaros? ¿Le mirareis como á esposo de sangre? ¿Caereis en aquel escandalo acerca de la Providencia, si me es lícito llamarle así con San Agustin, escandalo que ha desenfrenado á los impíos, y turbado á los justos?

Aguardad pusilánimes. Vuestro mismo corazon protege la causa de Dios: él os dice que ese Dios que os aflige, es aquel Dios de tan piadosas en-

(a) Numerorum cap. 21.

trañas, que darramó lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro, que no vió el desconsuelo de Marta y Magdalena sin compadecerse, que lastimado del silencio doloroso de la viuda de Nain, mandó á la muerte que restituyese á aquella madre el hijo de su dolor; aquel Dios que lloró las calamidades de la ingrata Jerusalén, cuya justísima ira se dexa aplacar de la sincera contrición de un pecador. Y si esto no anima la debilidad de vuestro corazón, subid al Calvario: advertid esa sangre que corre por el monte santo: ya nada la tierra en ella, ya está aplacada la ira divina; pero su amor no está satisfecho: no descansará hasta que extraiga de los senos de las venas la última gota de su sangre para espiar vuestras iniquidades, á fin de que cubiertas con la sangre del hijo no os presenteis ante los ojos de su Padre, sino como objetos de amor y de ternura.

¿Qué pensais ahora de Dios? No condeneis su conducta. Vosotras ignorais los designios de Dios; pero él vé lo que vosotras no veis, y él dice lo que decia á San Pedro: *Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea* (a). Sufrios á vosotras mismas, Dios quiere probar vuestro amor y vuestra fidelidad, quiere ver si sois de aquellas almas que se pagan de modo de la devoción sensible, que en faltándolas, nada hacen de provecho, se aburren, se desconsuelan, lo dexan todo. Almas de las que dice San Francisco de Sales, que mas sirven á los consuelos de Dios, que al Dios de los consuelos. Quiere Dios... no queramos sondear lo impenetrable de sus juicios. Lo que á vosotras os toca es permanecer fieles y constantes, besar la mano que os castiga, resignaros en la voluntad de Dios, permanecer constantes en los ejercicios de piedad.

(a) Joan cap. 13.

manteneros tranquilas y siempre iguales, animadas con el escudo impenetrable de la fé, sostenidas con el áncora de la esperanza: luchad con el mismo Dios qual otro Jacob, luchad con él por toda la noche del disgusto, no le dexéis aunque os hiera, aunque se os acaben los alientos; él se dará por vencido. La vírgen mas práctica en la desolacion de espíritu, Santa Teresa, os lo aconseja, y vosotras lo vereis por la experiencia si cobardes no volvéis la espalda al enemigo. Entonces direis con David: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi* (a).

Con mas tesón debeis, hijas, trabajar si el disgusto proviene de vosotras mismas. Este es mil veces mas dañoso, y en el que debeis usar de mas cautela. ¡Ah! Y si decae en vosotras el primer espíritu, si alterais las observancias religiosas, si comenzais á ser infieles á vuestro Esposo aun en lo mas mínimo, vuestra suerte inevitable será el disgusto. Si no os purificais y arrancais de raíz las pasiones de vuestro corazón, vereis en ese desierto un Angel, que con la espada desnuda os llenará de asombro. Si desconfiais de las promesas de vuestro Esposo, no vereis como Moysés las dulzuras de Canán. Si desobedeceis á los preceptos de vuestro Dios, seréis arrojadas como Adán, del Paraíso de delicias, ó tal vez caereis en las garras de un rabioso león, como el Profeta enviado á Geroboán. Vuestro Esposo se irá poco á poco desviando de vosotras, la nube conductora desaparecerá de vuestra presencia, el maná ya no caerá con abundancia; la oración, que antes era para vosotras un santo comercio de amor, no será mas que una violencia y un martirio, seréis molestas á vosotras mismas, mirareis con algun gusto las lisonjeras alegrías del siglo, y

(a) Psalm. 19.

despues participareis de sus molestias y disgustos: vuestro corazon, que antes vivia tranquilo, se agitará con un fluxo y refluxo de tristes pensamientos, se equivocará con el corazon del impio, de quien dice el Espíritu Santo, que es semejante á un mar embravecido: en una palabra, en el lugar de refugio hallareis todas las amarguras que el mundo da á beber á sus secuaces.

Así lo ha asegurado, hijas, el Señor, reconviniendo á la infiel Jerusalén: caminaste, la dice, por el camino de tu hermana Samaria, imitaste sus infidelidades: *In via sororis tuæ Samariæ ambulasti* (a). Pues sabe, pues participarás del cáliz de tristeza de Samaria, pues has participado de su espíritu; yo convertiré los consuelos en disgustos, mi casa será para ti casa de luto y de violencia, caminarás por entre abrojos y espinas; y Samaria en medio de sus abominaciones no será mas desgraciada que tú en un lugar de inocencia: *Repleberis calice mæroris, et tristitiæ, calice sororis tuæ Samariæ, et bibes illum, et epotabis usque ad fæces*.

Quando os veais, hijas, en este estado, examinad los secretos de vuestro corazon, y vereis que habeis degenerado de vuestro primer fervor, rompied la pared de vuestro interior, y hallareis allí como el Profeta una multitud de ídolos lisonjeros: poned á los rayos del sol ese primer fuego de fervor que se ha convertido en agua, y tomará nueva violencia y nuevo ardor; no os precipiteis facilmente en pequeñas infidelidades, que en verdad no deben llamarse así, dice San Bernardo, y como añade el Chrisóstomo, se hacen mas temibles á los justos que las mismas culpas graves. Esforzaos á violentar vuestras pasiones. Es verdad que os costará algun

(a) Ezeq. cap. 23.

trabajo, que tendreis que combatir con vuestro corazon; pero esto no será en vano. Dios, que es testigo de vuestra vigilancia, se dejará vencer á vuestro favor, y os colmará de aquellas bendiciones de dulzura que prepara para sus escogidos en el idioma de un Profeta: *Prævenisti eum in benedictionibus dulcedinis* (a). Esta es la senda que debeis seguir, si queréis caminar de enemigo en enemigo, de tentacion en tentacion, de la tentacion de disgustos á la tentacion de tibieza. Esto es lo último de que quiero precaveros: *Præpara animam tuam ad tentationem*. Renovad vuestra atencion.

PUNTO TERCERO.

No os escandaliceis, hijas. No hay Comunidad religiosa, dice San Bernardo, donde no se hallen almas tibias, que llevan el yugo de la religion de mala gana: que necesitan de azicate para caminar: que no piensan sino en sí mismas, y en lo que puede agradarlas, que obedecen sin virtud, que oran sin atencion, que hablan sin circunspeccion, y que leen sin edificacion. Estos son males necesarios y conseqüencias funestas de la debilidad de nuestro sér. Esta es aquella tentacion de tibieza, que se introduce en nosotros sin advertirlo, apaga el espíritu de la religion, debora el ardor de la caridad. Tentacion temible. El Espíritu Santo asegura, que el estado de la tibieza es mucho peor que el del pecado. Porque no hubieran podido sufrir largo tiempo los remordimientos de un pecado grave, se hubieran estas almas humillado mil veces con David, se hubieran cubierto de silicios con Judit; siendo así que no hacen escrúpulo de

(a) Psalm. 10.

la tibieza. Casiano afirma, que ha conocido pecadores que se han mudado en fervorosos; pero que jamas ha observado esta mudanza en los religiosos tibios. Asi el Profeta llama llagas incurables las llagas del santuario: *Desperata est plaga ejus* (a).

Tentacion que nos priva de los medios de buscar á Dios. La tibieza es una especie de entorpecimiento con que miramos los objetos mas terribles de la religion; todo lo que conmueve y reanima la fé y la piedad del comun de los fieles, aumenta, por decirlo así, el letargo del tibio, y apenas despierta su atencion: que es lo mismo (y esta verdad me hace temblar al deciroslo, y al decirmela á mi mismo) que si dixeramos que los recursos de la religion nos entibian mas, y nos yelan con un frio mortal, porque Dios castiga la tibieza con la misma tibieza. Por eso dijo San Buenaventura, que era menos difícil la conversion de un secular pecador, que de un religioso que desfallece.

Tentacion que nos hace objeto de odio en la presencia de Dios, sin haber perdido aun su gracia. Necias llama á ciertas vírgenes el Evangelio; ¿y por qué? Porque eran tibias. Se queja Dios agriamente de un Prelado en el Apocalypsis. ¿Y por qué? Porque se habia apagado en él el primer fervor. Al paso que el corazon se resfria, Dios se retira, el mundo toma su lugar, se fortifican las inclinaciones viciosas, del mismo modo que en una tierra sin cultivo crecen los cardos, las espinas, y las malas yerbas. Se dexa el alma conducir por la pasion hasta caer como aquel Angel, que de lo mas alto del cielo fué precipitado á lo mas profundo del abismo.

(a) Mich. cap. i.

¿Qué os parece, hijas de este monstruo? Os despedazará si novelais, si no gravais en vuestra memoria los beneficios del Señor. En vuestra memoria, que no debe ser como la de los Sacerdotes y Levitas de Israel. Se familiarizaron estos con la vista del tabernáculo, y se acabaron las precauciones: el prodigio de la columna de fuego, que Dios obraba todos los dias, perdió su aprecio, y al fin sucedieron á la veneracion las profanaciones. Unos ministros temerarios se atrevieron á presentar un fuego extraño: otros usurparon las funciones reservadas á solo el Pontífice: las hijas de Madian fueron para ellos ocasion de escándalo, y apenas en toda la tribu de Leví se halló un Phinés que vengase la santidad de la ley.

Así se entibia el alma, hijas: la familiaridad con las prácticas de piedad apaga el primer fervor, ¿y de aqui? Sentado un género de vida acomodado al amor propio, se permiten sin escrúpulo ciertas omisiones, de que antes se formaba grande escrúpulo, se sirve á Dios segun el albedrio, y no segun su voluntad.

Para defenderos de este escollo, acordaos, dice San Buenaventura, del día en que os ha sacado Dios del Egypto del siglo: advertid qué humildes erais entonces, qué obedientes, qué activas, y que os ofrecisteis á Dios en holocausto vivo: el último de vuestra carrera debe parecerse en el fervor al primero con que hoy dais principio. No os lo he dicho todo. Cada día debeis adelantar en la virtud. El que no camina adelante, dice un Santo Padre, breve volverá atrás. Peleamos con las pasiones, y si no dais primero el golpe, os exponeis á salir heridas. Si llegais á caer en algun leve defecto, no os acobardeis: *Pœnitentiam age, et prima opera fac*: llorad ese defecto, humillaos á vista de la carne

que vestís. Seguid los pasos de vuestro dueño hasta dar las últimas pinceladas á la imagen de Jesu-christo crucificado. Armadas con este escudo nada será capaz de separaros del amor de vuestro Esposo.

De ese Esposo de amor que os llenará de fortaleza como á Judith, os pondrá en la mano un clavo traspasador como á Jaél, os dará el espíritu de temor como á Tobías, el escudo de la paciencia como á Job, el don de lágrimas como á David, el fervor y espíritu de la Esposa santa. Con el amparo de esta mano poderosa ¿teneis algo que temer? Así degollareis á Olofernes, vencereis á Sisara, rompereis los lazos del Leviatan seductor, vencereis los Reynos, gozareis de las promesas de vuestro Esposo: vencereis, vencereis aquí, y sereis coronadas en la eternidad. Amen.

DE SAN BENITO DE PALERMO.

Dominus suscitavit de pulvere egenum... ut sedeat cum principibus, et solium glorie teneat.

1. Reg. cap. 2.

El Señor levanta al pequeño desde el polvo, le eleva al solio de su gloria, y le hace brillar entre los Grandes de su Reyno.

Aquel gran Dios que forma los Santos segun los inmutables decretos de su Providencia, no solo destina para sentarse con los Grandes de su Reyno á los que llevaron su santo nombre en alas de su zelo apostólico por toda la redondez de la tierra, como los Pedros, Andreses y Bernabés: no solo á aquellos, que vestidos de púrpura manejaron la espada, y empuñaron el Real Cetro, como los Fernandos, Luises y Casimiros: no solo á los que adornados con la tiara Pontificia resplandecieron en la cumbre del honor, como los Gregorios, Bonifacios y Leones: no solo á aquellos que defendieron la Iglesia con los admirables rasgos de su valiente pluma, y la ilustraron con los resplandores de su celestial doctrina, como los Atanasios, Agustinos y Gerónimos: no solo á los que despreciando la grandeza y fastuosa pompa del mundo, eligieron una vida peregrina y solitaria como los Roques, Alexos y Egidios: no solo á aquellos que

Tom. VI.

Hh

que vestís. Seguid los pasos de vuestro dueño hasta dar las últimas pinceladas á la imagen de Jesu-christo crucificado. Armadas con este escudo nada será capaz de separaros del amor de vuestro Esposo.

De ese Esposo de amor que os llenará de fortaleza como á Judith, os pondrá en la mano un clavo traspasador como á Jaél, os dará el espíritu de temor como á Tobías, el escudo de la paciencia como á Job, el don de lágrimas como á David, el fervor y espíritu de la Esposa santa. Con el amparo de esta mano poderosa ¿teneis algo que temer? Así degollareis á Olofernes, vencereis á Sisara, rompereis los lazos del Leviatan seductor, vencereis los Reynos, gozareis de las promesas de vuestro Esposo: vencereis, vencereis aquí, y sereis coronadas en la eternidad. Amen.

DE SAN BENITO DE PALERMO.

Dominus suscitavit de pulvere egenum... ut sedeat cum principibus, et solium glorie teneat.

1. Reg. cap. 2.

El Señor levanta al pequeño desde el polvo, le eleva al solio de su gloria, y le hace brillar entre los Grandes de su Reyno.

Aquel gran Dios que forma los Santos segun los inmutables decretos de su Providencia, no solo destina para sentarse con los Grandes de su Reyno á los que llevaron su santo nombre en alas de su zelo apostólico por toda la redondez de la tierra, como los Pedros, Andreses y Bernabés: no solo á aquellos, que vestidos de púrpura manejaron la espada, y empuñaron el Real Cetro, como los Fernandos, Luises y Casimiros: no solo á los que adornados con la tiara Pontificia resplandecieron en la cumbre del honor, como los Gregorios, Bonifacios y Leones: no solo á aquellos que defendieron la Iglesia con los admirables rasgos de su valiente pluma, y la ilustraron con los resplandores de su celestial doctrina, como los Atanasios, Agustinos y Gerónimos: no solo á los que despreciando la grandeza y fastuosa pompa del mundo, eligieron una vida peregrina y solitaria como los Roques, Alexos y Egidios: no solo á aquellos que

Tom. VI.

Hh

con una santa intrepidez se arrostraron con los tiranos, y expusieron sus miembros en obsequio de la fé á las ruedas, á los toros de bronce, á las hogueras, y al furor de las bestias, como los Policarpos, Marcelinos, Ignacios y Lorenzos. No señores: hay otros muchos á quienes el Señor eleva al solio de su Reyno, y los hace brillar como astros del firmamento, sacándolos de una condicion obscura y despreciable, para darnos á entender que igualmente tiene sus delicias con los que nacen en las cunas de marfil y de oro, como las tiene con aquellos que han nacido en medio de las selvas, y de las chozas mas humildes.

¡Qué testimonio tan ventajoso voy á presentaros de esta verdad en el incomparable héroe, cuyo panegirico comienzo! ¿Quién era San Benito de Palermo considerado segun la carne? Vosotros lo sabeis: un hombre sin letras, sin autoridad, sin prosapia, sin fortuna y sin riquezas: un hombre, en cuyo árbol genealógico no se leían los nombres de los Césares, de los conquistadores, ni de los Potentados del siglo, y cuya humilde cuna empañaban los densos vapores de la sangre etiópica. Un hombre que no habiendo heredado de sus progenitores mas que la piedad, no podia gloriarse de haber nacido entre los esplendores de la opulencia, de la sensualidad, ni de la gloria mundana; pero á este mismo hombre de nacimiento tan obscuro, puesto en las manos de Dios, y considerado en el orden de la gracia, le eleva el Señor á la cumbre misma de su gloria, le coloca entre los mayores héroes de la Religion, y fixa su morada entre los cortesanos del Empíreo: los mas famosos conquistadores Moysés, Josué y Samuél son sus conciudadanos: los Santos Reyes David, Eduardo y Hermenegildo son sus compatriotas: los mas

grandes Apóstoles Pablo, Santiago y Felipe son sus asociados.

Benito, el admirable Benito, agregado á los habitantes de la Santa Sion, brilla como refulgente antorcha entre las estrellas que lucen en la presencia del Señor en perpetuas eternidades, sus luces llenan de claridad la Corte del supremo Rey, y sus resplandores resaltan hasta las últimas márgenes de la militante Iglesia; las naciones que habitan la tierra bendicen su memoria, los pueblos aplauden el heroismo de su excelsa virtud, y el universo entero se une y congrega para honrar las cenizas de su sepulcro: su nombre célebre en los fastos de la Iglesia se propaga maravillosamente de generacion en generacion: el siglo de su nacimiento forma época para las edades venideras, y el dia de su dichoso tránsito se renueva todos los años hasta la posteridad mas remota: los mismos Soberanos, estas deidades sublunares, á pesar de su grandeza, se postran en su presencia, las criaturas insensibles oyen su voz, las potestades del abismo tiemblan su virtud, el mar calma sus hinchadas olas, la tierra vomita, si le invocan, sus difuntos, el fuego detiene sus ardores, el ayre pierde sus pestilentes influencias, y la naturaleza toda respeta su poder: *Dominus suscitavit de pulvere egenum.... ut sedeat cum principibus, et solium glorie teneat.*

Benito, semejante al caudillo de Israel, expuesto en su infancia al arbitrio de las aguas del Nilo, llega despues como aquel Profeta á la cumbre misma del honor. ¡O gran Dios! ¡Quién hubiera creído que el pequeño Moysés fluctuante entre las olas del mar, y sacado casualmente por una Princesa compasiva: quién hubiera creído que este desgraciado infante habia de ser aquel hombre milagroso que Dios habia escogido para conducir á su pueblo por sen-

das ignoradas en un vasto desierto, para intimarle las sagradas Tablas, fieles depositarias de su voluntad: para llenar de terror las Cortes de los Principes, y hacer servir al verdadero culto los vasos profanos de las naciones incircuncisas! ¡Quién hubiera creído que el niño Moysés era aquel varón portentoso, á quien queria Dios dar una gloria igual á la de los Santos: aquel hombre glorioso delante de los Reyes, santificado en su fé y en su dulzura, que haciéndose grande y temible á sus enemigos, debia domar los indóciles, y amansar los monstruos con sus palabras: aquel hombre singular y amable que habia de hacer resonar su voz en medio de las naciones, dar una ley de vida y de ciencia á los Pueblos, y enseñar su testamento á Jacob, y sus juicios á Israel! *Docere Jacob testamentum suum, et iudicia sua Israel.*

Quien hubiera visto al infante Benito á principios del siglo XVI, reclinado sobre una humilde cuna envuelto en unas pobres mantillas, y reputado como un niño vulgar que nacia sujeto á la servidumbre de un caballero Siciliano: quien le hubiera visto, digo, en este estado, ¿hubiera podido imaginar que este desvalido pequeñuelo era un infante prodigioso, suscitado por la Providencia Divina para ser el mas glorioso ornamento de las Islas Sicilianas, honra del mar Mediterráneo, planeta luminoso, cuyos resplandecientes brillos compiten con los primeros astros del cielo Franciscano: esto es, con los Antonios, Buenaventuras, Bernardinos, Alcántaras y Capistranos; portento de la casa del Abraham de la Ley de Gracia: el Benjamín amado entre los hijos del nuevo Jacob: la imagen mas expresiva de su extático Patriarca, y crucificado penitente el Serafin de Asís: gloria de la nacion Africana, y luz prodigiosa del Septentrion y

Mediodia, cuyos fulgores se han difundido de polo á polo?

Ello es, amados oyentes, que S. Benito de Palermo ha llegado sin hipérbole en estos últimos tiempos al colmo de la gloria por consentimiento común de los pueblos, porque empeñado Dios en glorificar su santo nombre, le ensalzó sobre los Grandes de la tierra, depositó en sus manos toda la fuerza de su poder, y le constituyó árbitro Soberano de su Omnipotencia divina, para postrar en su presencia el fastuoso orgullo de los hijos del siglo, y ostentar al mismo tiempo el esplendor y magnificencia de su brazo: le elevó á la mayor grandeza á los ojos del mundo y de su Religion: á los ojos del cielo y de los Angeles: á los ojos de los hombres y de toda la tierra, le hizo grande por las heroycas virtudes en que resplandeció: grande, por los señalados favores que disfrutó: grande, por los asombrosos milagros que obró: *Dominus suscitavit de pulvere egenum.... ut sedeat cum Principibus, et solium gloriae teneat.*

Ya podeis inferir de aquí mi pensamiento; pero yo os hablaré con mas claridad. Benito fué entre las asperezas de la Religion un prodigio de santidad sin exemplar: esto será el primer punto. Benito fué entre las delicias de la fruicion un comprehensor bienaventurado sin lumbre de gloria: he aquí la segunda parte. Benito fué entre las escaseces de la pobreza un rico dispensador de los tesoros del cielo: ahí teneis el tercer punto. Mas claro: Benito fué á un mismo tiempo entre los bienaventurados un Santo sin igual, entre los viadores un comprehensor mortal, y entre los hombres un bienhechor liberal. Tres partes de mi oracion.

Ved aquí, ilustre Archi-cofradía del Cordon, el justo tributo de alabanzas que voy á consagrar á

la memoria inmortal de vuestro singular Patron: ved hai tres proposiciones, con que á manera de palmas pienso entreteger una guirnalda para coronar las sienes de mi incomparable héroe: vosotros unid vuestras súplicas, y ayudadme á pedir al Divino Espíritu las luces que necesito para proponer sus admirables exemplos de un modo que sirvan de edificacion á vuestra piedad, y alienten la fé del numeroso pueblo que me escucha. Para alcanzar esta gracia pongamos por intercesora á María, saludándola con el Angel

AVE MARIA.

Benito fué entre las asperezas de la Religion un prodigio de santidad sin exemplar.

PRIMERA PROPOSICION.

Aunque el Santo Concilio de Trento, siguiendo las huellas del Apóstol San Pablo, nos enseña en la sesion quinta, que el primer hombre rebelándose contra su Criador inficionó con la ponzoña de su pecado á toda su desgraciada posteridad; sin embargo, todos los Teólogos ascéticos convienen en que si el pecado original se considera en su misma raiz, no hay hombre alguno que formado en el vientre de su madre no tenga por hermana gemela la culpa, y no lea su nombre señalado con caracteres de muerte entre los proscriptos del cielo; pero si la culpa original se mira en orden á sus perniciosos efectos, entonces afirman unánimes, que son diversas nuestras suertes; y que así como no todas las partes de la tierra son otros tantos jardines de Tesalia, ni todas las aguas del Oceano entran en el mar muerto, así tambien hay ciertos es-

píritus llenos de pasiones feroces, y de una naturaleza que parece desproporcionada para el bien; pero otros hay dotados de una índole de oro, y de un corazon semejante al de Salomon lleno de dulzura, y formado á expensas de la bondad y del talento: *Puer ingeniosus et sortitus animam bonam.*

Casi del mismo modo podemos discurrir hablando de los maravillosos frutos del sagrado Bautismo; porque aunque este gran Sacramento imprime igualmente en todos los párvulos el honroso carácter de hijos de Dios, sin que el mérito ó delito de quien le administra, aumente ó disminuya un solo ápice de su virtud sobrenatural: sin embargo ¿quién podrá negar que Jesuchristo principal agente, y dispensador de toda gracia, no pueda infundir en sus escogidos mayor ó menor abundancia de dones sobrenaturales, segun los ocultos designios de su eterna sabiduría? ¿Quién podrá dudar que en aquellos primeros crepúsculos de la razon puede proveer á algunos de los dotes mas eminentes, para que en su misma aurora resplandezcan como planetas de primer orden en el cielo de su Iglesia? ¿Quién podrá afirmar que Dios no puede á manos llenas derramar el Oceano de sus celestiales dotes en una alma de su agrado, para que en su misma cuna llegue á una santidad consumada, y camine con pasos de gigante como el sol, que apenas se descubre sobre el Orizonte quando ya se dexa ver todo entero?

Pues esta fué la sabia economía que la Providencia observó con el prodigioso Santo que hoy veneramos. Filadelfia, pequeña Ciudad del Reyno de Sicilia, vió asomar sobre su hemisferio á principios del siglo XVI á este astro de primera magnitud, á este varon extraordinario, que habia de ser gloria de su Religion, honor de su patria, mode-

lo de la piedad, y consuelo de su humilde nación: los héroes nacen en la religión sublunar de quando en quando para arrebatár la admiración, así como los grandes meteoros aparecen de tiempo en tiempo en la atmósfera solar para sorprehender los ingenios.

Apenas salió á luz este prodigioso fenómeno de la gracia, apenas estuvo formado el tierno corazón de Benito, quando sin esperar la edad madura como los Agustinos, Bonifacios y Magdaleñas, consagra al divino Hacedor los primeros fervores de su alma: dueño de sus potencias en un tiempo en que los demás hijos de Adán aun no piensan en sí mismos, sacrifica á su Criador las primeras aspiraciones de su balbuciente lengua, le ofrece todos sus respetos, se entrega á él sin reserva alguna, y le hace un pronto homenaje de su entendimiento, de su corazón y de todos sus sentidos. Todavía no puede fixar sus tiernas plantas en la tierra, y ya empieza á ocultarse furtivamente de la vista de sus padres y como un ermitaño doméstico á esconderse en lo mas retirado de su familia, sin otro director que los impulsos de su delicada y temprana piedad: allí le veriais suspirar humillado, y puestas sus vacilantes rodillas en tierra, levantar sus brazos al Empíreo en ademán de unirse con el sumo bien: abrir su pecho y cerrarlo como quien intentaba depositar en él á su Dios. Desde aquí le veriais volar al Templo sobre las alas del amor en compañía de Diana su piadosa madre: asistir al augusto sacrificio de la Misa, convidar á los Angeles á trasportar las alabanzas del cielo, fixar sus ojos en Jesuchristo crucificado, salir fuera de sí, y arrebatarse en éxtasis no conocidos, que le elevaban pequeño Angel á las familiares conversaciones de su Dios. Señores, ¿es este

un santo nacido desde el vientre de la madre, ó formado sucesivamente como los demás á influxos de la gracia? ¿Es este un anacoreta encanecido entre las austeridades de un bosque, ó un Angel bien hallado entre las miserias de la vida humana?

Avivad vuestra fantasía, y seguidle conmigo sus gigantes pasos; ¿pero á dónde? A los campos de Sicilia, donde va á manejar el humilde cayado de pastor que empuñaron en la ley natural un Abel, un Jacob, un Josef, un Simeon, y un Ruben: en la ley escrita un Moysés, un Saúl y un David; y en la ley de gracia el mismo Jesuchristo, que renunciando tantos títulos magníficos con que le habian honrado los Profetas, eligió con preferencia el de buen pastor: sí señores, destinado Benito á los nueve años de su edad á guardar de noche en el campo abierto el rebaño de su casa, dió principio con esta ocupacion á una vida capaz de excitar emulacion en las aclamadas memorias de los Pablos, Antonios, Hilariones y Pacomios. ¿Qué objeto tan digno de admiracion era el verle unas veces aplicado á cortar los ramos de las tiernas plantas, y formando de ellos una pequeña Iglesia asociarse á los espíritus bienaventurados, y entonar con ellos en la selva los cánticos de Sion; otras veces salir cuidadoso al mediodia de su retiro en solicitud de los pobres, y distribuyendo entre sus manos aquel escaso pan que recibia de su familia, y practicando ayunos poco menos que continuos: unas veces ocultándose de sus compañeros, volar secretamente al pie de una encina, y exhalar noches enteras los tiernos suspiros de su corazón en holocausto al Rey inmortal de los siglos, otras contemplando la mansedumbre de las ovejas que apacentaba, y la inocencia de los cordeiros de su redil, confirmarse en aquella sencillez de ánimo, y en aquella rectitud de corazón que con-

servó hasta los últimos alientos de su preciosa vida: otras veces advirtiéndole la humilde sujeción de su rebaño al eco de su voz, y la vigilancia de los canes que custodiaban su manada, excitarse á un mismo tiempo á escuchar con prontitud la voz de su Dios, y á observar una exácta fidelidad contra las sorpresas de satanas!

Pero estos admirables rasgos, que al parecer son consumados progresos de la virtud, no eran mas que unos débiles bosquejos de su temprano heroismo: su rara santidad que estaba como oculta entre los celages de la puericia, se manifestó con todo su resplandor, quando trasplantado de los campos de San Fradelo al desierto de Coronía, se alistó á los veinte y un años entre los heremitas Franciscos baxo las banderas de mi seráfico Padre: aqui fué donde soltando los diques á su elevado espíritu, parecian pigmeos en su comparacion aquellos venerables ancianos que habian envejecido entre las rocas y torrentes: de modo, que podemos decir con verdad del jóven Palermo, lo que el Poeta cantó ingeniosamente del grande Aquiles vencedor de Troya, que lo que en otros era el ápice de la virtud, era en Aquiles el primer rasgo de su fortaleza: *Quod alterius esset gloriæ, et summum decus, iter est Aquiles*. Se asombra la misma admiración al contemplar á un jóven novicio transformado en un cadaver viviente, extenuado con los ayunos, consumido con las vigiliass, inundado en lágrimas, vestido de un tosco saco mas propio para manifestar su amor á la pobreza que para defenderle de las inclemencias del tiempo: ceñido de un áspero silicio, y alimentado escasamente con las amargas raíces que nacen en aquel pais inculto, se sorprenden los mismos Angeles al ver al pequeño anacoreta elevado por los ayres á impulsos de

su amor en medio de aquella silvestre gruta que habitaba, y preguntar en lo mas profundo de sus éxtasis como la esposa de los Cantares por el Dios de su corazon á todos los objetos que le rodean, como si solo viviera de la esperanza de hallarle, y del deleyte de buscarle: se estremece la misma penitencia al escuchar los pavorosos estruendos de disciplinas y cadenas, con que desgarrá inhumano aquella carne misma santificada tantas veces con la unción del Espíritu Santo, hasta llegar á padecer mortales deliquios en los que pedia ansiosamente á su enamorado Jesus que trocasse aquellas sangrientas sombras de la muerte en las amargas agonías que él habia sufrido sobre el madero santo.

No es exágeracion oratoria, señores: los historiadores de su preciosa vida nos aseguran, que éste crucificado angel llegó en los primeros fervores de su vocacion al ápice de una santidad consumada: todos contestan que sus asombrosas austeridades llenaron de horror y espanto las insensibles peñas del desierto que habitaba, y de edificacion á los ancianos Religiosos que le acompañaban solitarios pobladores del yermo: que las luces de este gran planeta brillaron tanto en las sombrías selvas del bosque, que no pudiendo contenerse sus resplandores en medio de las grutas, se difundieron sobre las altas cimas de aquellos montes hasta propagarse á las regiones vecinas: que los pueblos conmovidos al oír el sonido de sus portentosas virtudes, se animaban recíprocamente á entrar en aquella tierra inculta por escuchar las palabras de vida eterna que salian de la boca de este humano serafin: que aquellas montañas, riscos y valles desconocidos en otro tiempo, no podian ya contener la multitud que inundaba sus tenebrosas cavernas: que por último aquellas selvas

inaccesibles se habian convertido en teatro de las glorias y aclamaciones de Benito, precisado á vagar por la soledad llorando sus importunos aplausos.

Y si estos fueron los resplandores que esparció este nuevo sol en el mismo oriente de su vocacion, ¿quáles serian los progresos ulteriores que hizo en la edad mas provecta, despues que por orden del Pontífice Pio fué trasplantado del yermo á la soledad de los claustros? ¿Quáles serian los excesos de su fervor despues que asociado á los Religiosos de Palermo, soltó de nuevo los vuelos á su gigante espíritu? ¡Ah! Sigamos á este jóven atleta en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este antiguo colono del desierto pisa la nueva Tebaida de los claustros, se propone por exemplar de sus acciones á los mas famosos héroes, que como estrellas de primer orden resplandecieron en el firmamento seráfico; quiero decir, que asi como los mas insignes pintores, y los mas célebres escultores aspirando á eternizar su memoria, hacen un particular estudio sobre los inimitables rasgos de un Parrasio y de un Zeuxis, y sobre los preciosos fragmentos de Policeto y de Fidias, asi el incomparable Benito solícito en extraer de lo bueno lo mas distinguido de la perfeccion, se propone en su imaginacion las altas ideas, y los sublimes originales por una parte de su llagado Patriarca, por otra de un San Antonio de Padua, y por otra de un San Pedro de Alcántara: fecunda su fervorosa fantasía con mil exemplares de santos Mártires, y admirables penitentes de su Religion. La noche, que para él era el tiempo destinado al estudio de sus fervores, entra todo fuego en esta academia de héroes que inspiran fervor, piedad, emulation y valor: todo lo que en ellos fué esfuerzo

de invencion y de espíritu, viene á ser en Benito un infatigable estímulo de imitacion y de fervor.

Pero yo me engaño, señores, Benito no queda satisfecho con tan excelentes modelos, y le parece todavia poco el seguir las brillantes pisadas de tan ilustres campeones: él no se contenta con las prodigiosas virtudes que practicaron unos héroes tan famosos: piensa elevar á mas alto grado sus rápidos vuelos, y no se aquieta sino emprendiendo lo mas raro que hay en la virtud, y añadiendo á lo grande lo sublime, y á lo perfecto lo mas heroyco de la perfeccion: animado de tan superior impulso, y embebido en pensamientos tan nobles, aumenta á las rigurosas abstinencias del serafin de Asís quaresmas nunca oidas, y ayunos casi perpetuos que le reducen muchas veces á los umbrales de la muerte: á las prolongadas vigiliass del grande Antonio, dobla nuevas fatigas hasta privarse enteramente del sueño, sin conceder mas descanso á sus agonizantes miembros, que un corto y pequeño alivio que toma alguna vez recostado sobre un manojo de sarmientos: acrecienta á los crueles silicios y multiplicadas disciplinas del extático Alcántara, horrorosas cadenas y mallas de hierro con que aprisiona de continuo su moribundo cuerpo: añade á las penosas distribuciones del claustro el vergonzoso ejercicio de mendigar enteramente descalzo por las calles mas públicas de Palermo, expuesto á las intemperies de las estaciones, y abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los pies, y otras tantas heridas en el corazon.

Yo quisiera, amados oyentes, haceros una prolija enumeracion de sus asombrosos rigores, para que vierais que Benito reunió en solo su cuerpo las espantosas austeridades con que los Arsenios, Macarios, Egipciacas y Pelagias horrorizaron los desier-

tos de Nitria y Tebayda, y aun puedo decir mas: para que vierais que habia juntado voluntariamente en sola su persona los inhumanos suplicios que inventaron los Domicianos, Maxencios y Falaris en odio de la Religion; pero los límites de un Panegírico son muy cortos para poder abrazar austeridades nunca vistas: contentémonos con admirar sus sangrientos pasos, quando á la sombra de las tinieblas se conduce al cementerio de sus Religiosos difuntos, preciosos exemplares del crucificado: allí entre aquellas confusas mezclas de tierra y ceniza, aprende en la escuela de los muertos la importante leccion de morir á sí mismo y al mundo: allí prostrado sobre aquellas sagradas victimas de la penitencia, despues de haberlas regado con la abundancia de sus lágrimas, alimenta su enamorado espíritu con la dulce memoria de las verdades eternas: allí besando muchas veces aquellos tristes despojos de la mortalidad, se hace á sí mismo estrechos cargos de los delitos que no ha cometido, y se excita á extinguir las últimas reliquias de las pasiones que ya habia vencido: allí en presencia de aquellas inanimadas tumbas, llamando de su reposo á los santos cadáveres, los hace jueces á un mismo tiempo, y testigos de su religiosidad quimérica: allí finalmente contemplando en aquellos roídos huesos la inestabilidad de la vida humana, se llena de santos deseos, y quisiera que llegase ya su disolucion última para estrecharse íntimamente con el soberano dueño de su corazon.

Desde aquellos lugares subterráneos se dirige á las oficinas mas penosas del Convento, donde se exercita en los ministerios mas humildes de la Comunidad, reputándose, como él decia, por el oprobio y periséma de los claustros. Este hombre extraordinario que habia empezado la carrera de la per-

feccion, por donde otros tendrian á gran dicha el finalizarla, se tiene en su concepto por el mas inutil y pequeño entre sus hermanos: llega á tanto su humildad, que quando los pueblos le acarician prorrumpe en sollozos y suspiros, temiendo que estos aplausos no fuesen el paraíso que Dios destinaba á un Religioso prevaricador como él: otras veces se oculta en los ángulos mas retirados del Convento, para no ser visto de nadie, porque decia que no habiéndole permitido el Padre Eterno que fuese mas que un pobre lego, no debia vivir sino en los rincones como un vil gusanillo: este espíritu de abatimiento le conduce á las chozas mas humildes, y le abandona al trato de la mas infima plebe, á fin de conciliarse el desprecio de los pueblos, y hacerse mirar como insensato ó extravagante: este mismo espíritu le arrebató á las cárceles y hospitales, domicilio del hambre y del contagio, donde se mezcla y confunde entre los leprosos y facinerosos, cuyos pies lava, cuyas úlceras besa, cuyo desfallecimiento socorre con los mendrugos que ha reservado á costa de sus rigurosos ayunos: este espíritu por último le hace atravesar errante las calles y plazas de Sicilia, agoviado con el grave peso de un costal, depósito fiel de las limosnas que mendiga para el alivio de los miserables.

¿Qué tiempo me bastaría si intentára yo recorrer las demas virtudes en que resplandeció este varon singular: si me empeñára en referiros aquella pobreza altísima que le hizo mirar como á su modelo la desnudez de Jesus crucificado, y á la suma indigencia como á su único patrimonio: aquella obediencia ciega con que rindió la cerviz á la voluntad de todas las criaturas: aquella pureza angelical que le hizo abominar hasta la sombra misma de la sensualidad: aquella caridad ingeniosa que no cono-

cia otra ambicion que la de ser util á sus hermanos, ni otro deleyte que el de procurar la felicidad de los pobres: aquella inocencia extraordinaria de costumbres, que su fervor perfeccionaba mas y mas todos los dias, y en la que no pudo encontrar que reprehender cosa alguna el mas rígido censor, y para decirlo en compendio, aquel heroismo sin igual de virtudes tan sublimes y elevadas á un grado de perfeccion tan alta, que cada una bastaba para constituir á Benito uno de los mayores Santos que se conocen en los anales del tiempo?

Este admirable conjunto de virtudes tan heroicas fué la escala por donde subió á la eminencia de Guardian del Convento de Santa Maria de Jesus. Si señores: Benito, aunque lego, aunque desvalido, aunque rudo, como le canta la Iglesia en el oficio público que le consagra, fué colocado con preferencia en la prelación de Palermo, para verificarse á la letra que Dios le elevaba desde el polvo para sentarle entre los Principes de su pueblo seráfico: *Dominus suscitavit de pulvere egenum... ut sedeat cum Principibus, et solium glorie teneat.* ¿Pero qué eloquencia, por afuente que sea, podrá expresar los resplandores que difundió puesto en el candelero de la prelación? Vosotros sabeis que un Prelado para ser cabal y perfecto debe unir á un mismo tiempo en su persona el zelo de un Elías con la prudencia de un Salomon, la intrepidez y fortaleza de un Finees con la humildad de un David, y la rectitud de un Samuel con la discrecion de una Estér: es necesario que sea tan manso como Moysés, tan paciente como Job, tolerado como Miqueas, y lleno de caridad como Tobías: es preciso que vele de continuo sobre el alcazar de Sion, como aquellos fuertes de Israel, que guardaban el florido lecho del Rey sabio, que como Esdras, rodee sin cesar los

muros de la nueva Jerusalem, y como Neemias repare con una mano las brechas de la ciudad Santa, y con la otra rechace las sorpresas de sus émulos: digámoslo de una vez, es necesario que un Prelado posea un talento comprehensivo, y una virtud universal.

Pues todas estas prendas en el grado mas heroico supo conciliar en si el incomparable Benito. ¡Qué espectáculo tan digno de admiracion el verle rodeado de su pequeña grey, haciéndose como el Apóstol todo para todos! A unos manifiesta con sus exemplos la santidad de su vocacion, en otros aviva con sus exhortaciones el amor de la observancia regular: á aquellos consuela con sus santas conversaciones: á estos dirige con sus discursos al reyno de los cielos: él con su prudencia y consejos contribuye á restablecer las leyes y constituciones de su orden: él con sus acciones enseña á los inferiores cómo han de obedecer, y á los superiores cómo han de mandar: él instruye á los novicios en los mas menudos ápices de la Religion: él anima á los mas provecos á caminar sin descanso hasta elevarse á la cumbre misma de la perfeccion: él, en fin, dexa en su gobierno las mas sabias lecciones, á las que nada han podido añadir los mayores Prelados que han florecido después de él en el gobierno monástico, llegando de este modo á ser un Santo sin igual, como lo habeis visto, y tambien un bienaventurado mortal sin el lumbre de la gloria, como lo vais á ver en la segunda parte.

SEGUNDA PROPOSICION.

Benito fué entre las delicias del gozo un comprehensor mortal sin lumbre de gloria.

El Santo Job, aquel famoso Rey de la Idumea, penetrado vivamente de las angustias que sufría en medio de un muladar, nos asegura en su canónica historia al capítulo 14, que el hombre viador apenas nace del vientre de su madre quando ya se mira rodeado de un cúmulo asombroso de miserias. Heredero de la prevaricacion de su antiguo padre, lo es igualmente de todas sus funestas consecuencias; y aunque purificado con las saludables aguas del bautismo logra ser inocente, no por eso dexa de ser siempre miserable. Reengendrado en Jesuchristo ya no puede llamarse delinquente; pero la pena de su desgraciado origen le acompaña hasta las cenizas mismas del sepulcro: santificado por la infusion de la gracia bautismal, entra en la eterna herencia del reyno prometido; pero acá en la tierra queda siempre padeciendo las tristes reliquias de su culpa original en las adversidades que sufre, en el hambre, en la desnudez, en el trabajo, en los dolores, en las aflicciones, en las enfermedades y en la muerte misma; que por esta puerta entró en el mundo, como dice San Pablo.

Pero estas terribles plagas que son como un trofeo de las venganzas de un Dios irritado por el delito de Adán: estas formidables penas que publican la justa cólera de un Dios fuerte y zeloso que sabe castigar en los hijos el crimen de los padres, se mitigan en mucha parte, y tal vez se suspenden del todo en aquellas almas escogidas, que de tiempo en tiempo saca Dios de los tesoros de su mi-

sericordia y á quienes regala en este valle de miserias con el torrente de sus delicias, haciéndolas entrar por un privilegio singular en los antiguos fueros de la justicia original. A estas almas dichas las conduce como por la mano por las deliciosas sendas del Tabor: excita en ellas un indecible deleyte, inunda sus potencias con una impetuosa avenida de celestiales dulzuras: derrama sobre ellas un rayo de luz celestial que hiriendo en sus ojos parece que les descubre en toda su plenitud la hermosura eterna: abrasa sus corazones con las llamas del divino fuego, las hace experimentar unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem, las da á beber en aquella fuente de delicias que embriaga á los Santos, las habla con aquellas palabras misteriosas que no se concedió proferrir á ningun hombre mortal; y esta desmayada imagen de felicidad celestial, este abreviado compendio de bienaventuranza eterna, las vuelve insensibles para los trabajos de esta vida, las hace olvidar de las adversidades de la tierra, y las pone en estado de dudar, si viven aun en carne mortal, ó son ya moradores del Empíreo.

No ignoro, Católicos, que no todas las almas son llamadas para recibir favores tan sublimes, ni todas son capaces de sostener los poderosos impulsos de la gracia. Este privilegio quedó reservado para los Franciscos, Teresas, Loyolas, Alcántaras y Regalados, y tambien para el gran Benito de Palermo, á quien Dios se propuso elevar desde el polvo hasta el solio de su gloria: *Dominus...* Idlo observando segun la relacion que voy á presentaros: el Divino Esposo admite en carne mortal á esta alma privilegiada á las eternas bodas del Parayso, la arrebatá á las mansiones de la santa Sion, rasga á su vista el velo que cubre la magnificen-

cia y hermosura de su real palacio, la embelesa con el Iman de los eternos contenidos, la introduce como á la Esposa de los Cantares hasta lo mas interior de su celestial bodega, y la da á gustar las preciosas gotas de aquel divino licor que sustenta a los espíritus bienaventurados, y forma su felicidad, ciñe sus sienes con una brillante diadema semejante á la de aquella muger misteriosa del Apocalipsis coronada de doce estrellas, la viste de los resplandores del sol, y pone la luna debaxo de sus pies.

Pero como por ley ordinaria del amor divino segun nos enseñan los libros Santos, el gozar es premio que se alcanza con el mérito del padecer, era forzoso que el bienaventurado Benito, antes de ser colmado de delicias, y coronado de flores como la Esposa de los Cantares, fuese penetrado de las saetas y atormentado con los estragos del amor divino para poder decir con el Profeta Rey: *Sagittæ tuæ infixæ sunt mihi*; quiero decir, que fuese destinado á sufrir como viador mortal ciertas visitas rigurosas, y de dolor antes de gozar en la tierra las delicias del cielo como comprehensor bienaventurado sin la luz de la gloria: era necesario que fuese atormentado con horribles sequedades que le obligasen á vagar lleno de angustias, por los claustros, calles y plazas de Palermo, como las Catalinas de Sena, Rosas de Lima y Magdalenas de Pazis: era indispensable que padeciese en su alma unas amarguras mayores que las que sufrió David fugitivo de Saúl en los páramos de Idumea.

Por esta razon antes de entrar en el gozo del sumo bien, ¿qué tormentos no junta de un golpe el amor divino, y fomenta de noche y de dia en el corazon de esta alma enamorada? Se agolpan en tropel confuso á las ideas de su fantasía las

tibiezas, los disgustos, las revoluciones, los desamparos, las arideces, los abandonos y la insensibilidad: su memoria se llena de fantasmas, de ilusión, su entendimiento fluctúa en un abismo de obscuridad, su voluntad reusa el trabajo, la penitencia le asusta, la soledad de los claustros le acobarda, y la oracion le repugna: su razon anublada solo despide vislumbres oscuros é instantáneos, y solo vé por entre densas nubes á su ausente Dios: queda solo y abandonado á sus penas, gime irresoluto en medio de sus temores, atormentado de remordimientos, y acongojado con escrúpulos: en vano levanta al cielo su voz interrumpida con suspiros, porque el cielo se hace de bronce, el rocío de la gracia no desciende ya, y su corazon es como una tierra estéril, que no produce sino abrojos y espinas: si se le muestra su amado allá de lejos entre espesas tinieblas, es para producir en su corazon nuevas inquietudes y zozobras: ansioso de poseer al tierno objeto de su amor, corre detras de su Dios, que ya se manifiesta, ya se retira, que ya se acerca, ya huye, que parece se va á comunicar y se suspende. Desfallecido el corazon de Benito á tanto rigor, suspira, se queja y exclama continuamente con la Esposa de los Cantares: ¡O Angeles del cielo! ¡O bienaventurados de la gloria, que rodeais el trono del Altísimo! presentad á mi Dios mis gemidos y mis congojas amorosas; decidle como yo muero de amor: *Adjuro vos... ut nuntietis ei quia amore langueo*.

De este modo probó Dios á su fiel siervo, como se prueba el oro en el crisol, y le halló digno de su Magestad: desde este momento se disipan las tinieblas que obscurecian á Egypto, y amanece una hermosa luz sobre esta tierra de Gesén: desde este instante derrama el Señor en su alma á ma-

nos llenas todas las mercedes del cielo, cuya corriente se habia suspendido por tanto tiempo: Benito ya se mira en posesion de quantas dulzuras contiene el Paraiso, de quantas alegrías gozan los espíritus angélicos, y de quantas delicias promete en la tierra la union íntima con el celestial Esposo: todo quanto constituye la felicidad y la grandeza de los bienaventurados en el cielo, vision beatífica, sabiduría divina, consuelos celestiales, delicias inexplicables, fruicion perenne, poder sin limites, todos estos bienes posee en el grado mas eminente en que pueden comunicarse á una criatura sobre la tierra; en una palabra, Benito resucitado de un golpe á una vida de dulcísimo amor, goza en un cuerpo corruptible todas las alegrías del Empíreo, y aunque viador mortal gusta sin la luz de la gloria las anticipadas delicias de comprehensor bienaventurado sobre la tierra.

No toco, señores, este punto de las escuelas para disputar con los Teólogos, si el hombre puede ver á Dios como es en sí, mientras vive en esta vida mortal: sé muy bien que algunos famosos ingenios apoyados sobre el dictámen de Tertuliano y San Ambrosio, han sostenido, que el Patriarca Jacob tuvo la dicha de ver con los ojos del cuerpo la gloria de Dios en el desierto de Aran, quando se le representó en sueños aquella misteriosa escala, por donde baxaban y subian los Angeles: sé tambien que el doctísimo Tostado, Obispo de Avila, afirma en sus eruditos Comentarios, que el Sumo Sacerdote Aaron, Nadab, Abiú, y los setenta ancianos de Israel, tuvieron la gloria de ver á Dios á la falda del Monte Sinai, en ocasion que su Magestad descendió de las alturas para asegurar el pacto de alianza, que celebró con su pueblo; sé finalmente, que el Angélico Doctor, el Chrisóstomo, y el sagrado

Concilio de Ancira fueron de sentir que Moysés y San Pablo gozaron de este mismo privilegio, quando aun vivian en carne mortal.

Tampoco es mi ánimo averiguar con las dos escuelas de Santo Tomas, y del sutil Doctor, si la bienaventuranza de las almas se produce en el entendimiento, ó en la voluntad de los bienaventurados, ó en las dos potencias juntas: á mí me basta que todos los Teólogos concuerden en afirmar, que la felicidad de la gloria resulta de la íntima union que tiene Dios con el alma bienaventurada, no de otro modo que el sol, mediante la aplicacion del calor y de la luz produce y hace ver en un delicioso jardin, la belleza y hermosura de las flores: de este modo el sol de justicia Dios por un exceso de su liberalidad hace felices á las almas sus favorecidas, y las hace gustar una especie de Paraiso anticipado en la tierra, comunicándose á ellas con las finezas de amante, ó ya con una presencia espiritual, por medio de ciertas gracias especiales con que las eleva á un sér celestial en los pensamientos y en los afectos: ó como quieren algunos, por una presencia parte espiritual, y parte corporea en el admirable Sacramento del Altar, infundiendo á las almas que llegan bien dispuestas tiernos sentimientos de gozo, y dulces éxtasis de alegría, ó como afirman otros con una presencia rara y poco acostumbrada, tomando el aspecto de un tierno infante, ó de un Señor glorioso, y haciéndose visible á los ojos de sus favorecidos, enardecer, abrasar y derretir con el fuego del divino amor sus corazones, introduciendo por los sentidos todo el Paraiso en el interior de sus almas.

Baxo qualquiera de estos aspectos que queramos considerar al incomparable Benito, no me seria difícil haceros ver, que este gigante de la gracia

gozó en la tierra todas las delicias del Paraíso celestial, sin tener que envidiarle su felicidad, ni á Moysés honrado en el desierto con la vista de su Dios, ni á San Pablo arrebatado hasta el tercer cielo, ni al Príncipe de los Apóstoles embelesado en el Tabor con los resplandores de su Maestro, ni al Protomartir Esteban que miró los cielos abiertos, ni á los Neris, Brigidas y Cantalicios, recreados con la presencia de su Soberano dueño; pero yo solo quiero hablaros de las gracias que disfrutó Benito como bienaventurado mortal en las frecuentes apariciones de Jesus niño, que desprendiéndose de los brazos de su santísima Madre, se transportaba con frecuencia al seno de su amado. ¿Quién podrá comprender la plenitud de favores y de dones, que en estas ocasiones arrebatava el corazón de este bienaventurado mortal? ¡Ah, qué espectáculo tan tierno y tan digno de la admiración de los Angeles y Serafines! Jesus niño en los brazos de la Reyna de los Santos baxa á la tierra, se hace visible, y transforma en un doméstico Paraíso la pobre celda de un lego franciscano: Jesus niño se presenta temblando de frío, y llorando como en lo mas erizado del invierno, del mismo modo que salió del vientre de su santísima Madre en Belén; sin duda, porque con finezas de amante quería nacer segunda vez, para presentarse mas cariñoso ante su querido siervo: Benito se llena de un extraordinario júbilo; al ver que en el mismo momento que pasa el divino Infante á sus brazos del regazo de su Madre, cesan luego los temblores y las lágrimas, y todo lleno de alegría da á entender, que las llamas amorosas de este Serafin terreno no han quitado toda su fuerza al rigor de las nieves y del invierno.

¡Qué argumento éste para llenar con solo él el

mayor panegirico! Yo me contento con convidar á los espíritus bienaventurados, para que vean que tambien en la tierra se celebran las castas bodas del Cordero immaculado. Abrios cielos, salid Serafines á cortejar á estos dos amantes, tomad el vuelo habitantes supremos, ya que todo el cielo se pone en movimiento: Jesus niño estrechado intimamente con su amado Benito, ¡qué bella conjunción la de estos dos astros! ¡qué reciproca correspondencia de afectos simpáticos en estos dos corazones! Los ojos de Benito se encuentran con los de Jesus, y los de Jesus con los de Benito: los ojos de Jesus todo gracias, todo atractivos, todo ternuras mientras pasa las noches enteras en los brazos de su amado como purísima perla en el seno de la concha marina: no se puede decir ya que Benito tuviese dividido su corazón entre María, que se hallaba presente á estos dulces espectáculos, y entre Jesus, á quien acariciaba entre sus brazos, porque en el corazón de la Madre encontraba el del Hijo, y en el corazón del Hijo el de la Madre: yo estoy persuadido á que en estos momentos rebosaba el amor de Benito por los ojos, por los labios, por el corazón, y por todo el cuerpo; para que en todos sus miembros se viese superabundantemente el contento que tenía de ver, de besar, de abrazar, y de estrechar entre sus brazos á su divino bien. Así creo que si en aquellas circunstancias los ímpetus del amor no le quitaban la vida, Benito ciertamente fué quien lo embarazó, porque tenía fuertemente estrechada en sus brazos la misma vida: lo diré mejor: ¿cómo podria, señores, morir Benito en aquella ocasion por vehementes que fuesen los éxtasis de su amor, si participando de los dotes de gloria que gozan los bienaventurados en el cielo, ardía y vivía de caridad, y poseía con gozo el Su-

Tom. VI. LI

mo bien? ¿Cómo podría espirar en aquellos dichos instantes, si transformado su corazon en su amado Jesus, alma de su cuerpo, y principio vital de todos sus movimientos, gozaba terreno comprensor los privilegios del Empíreo?

No es arrojo temerario de mi pensamiento, no: Benito ciertamente disfrutaba en aquellos momentos sobre la tierra toda la felicidad de una alma, bienaventurada, y la verdad de mi proposicion se deduce por un recto racionio de los dotes que resultaban en su cuerpo, como resultan en los cuerpos gloriosos de los Santos por la comunicacion de sus almas eternamente bienaventuradas. ¿Qué otra cosa era aquel extraordinario resplandor que despedia de sus ojos y de todo su rostro mientras oraba, que un rasgo de gloria anticipada que despedia su alma, y que trascendia y se insinuaba visiblemente en su cuerpo? ¿Qué otra cosa eran aquellas luces que bañaban todo su cuerpo, quando retirándose de la sagrada mesa del altar, se veia en la precision de cubrirse con un velo como Moysés, para ocultar aquella gloria exterior de los ojos de los hombres, atento solo á gozar la gloria que el Salvador baxo el velo de los accidentes Eucarísticos no queria ocultar á los ojos de su fé? ¿Qué otra cosa era aquel calor sensible que percibian en su exterior los que se llegaban á él, si no ciertas emanaciones sobrenaturales, y vapores exteriores de aquel amor beatífico que ardia en su enamorado corazon? ¿Qué otra cosa era aquella agilidad que poseia su cuerpo, y con que se elevaba visiblemente en el ayre, siguiendo ciudadano de los Angeles, y cortesano celestial los atractivos de un amor á nosotros incógnito, pero para él muy familiar y comun? ¿Qué otra cosa era el dexarse ver á un mismo tiempo entrando y saliendo de los templos con las puertas cerradas, hacien-

do su misma casa este nuevo planeta de santidad la mismo casa de Dios? Por último, ¿qué o ra cosa era el pasar las noches enteras en conversacion familiar con los espíritus bienaventurados; pero en especial con su seráfico Patriarca, como hijo legítimo de tal Padre, y poco menos que conciudadano de la misma patria?

Ciertamente, Señores, exáminando con atencion las maravillosas circunstancias de este varon extático, jamas será temeridad el persuadirnos, que antes de tiempo gustaba en la tierra los frutos celestiales de la bienaventuranza. Y á la verdad, yo leo en los historiadores de su portentosa vida muchos ramos admirables, que no son otra cosa que preciosos gages y reliquias de la fruicion beatífica: yo hallo que Benito sin haber matriculado su nombre en las universidades de Europa: sin haber cursado las aulas como el Taumaturgo de Neocesarea baxo la disciplina de Orígenes, ni como un Atanasio baxo el magisterio de San Alexandro: sin haber frecuentado las academias, discurre sobre los puntos mas delicados de la Teología con tanta penetracion, que los hombres mas famosos de su siglo al oírle, repetian admirados lo mismo que los Doctores de la antigua ley decian, hablando del Salvador del mundo: *Quomodo hic litteras scit cum non didicerit?* El renueva en sí todos los conocimientos de los antiguos Profetas: penetra como Samuel lo mas interior de las conciencias, y registra los secretos de los corazones: él uniendo las diferencias de los tiempos, predice como Isaías los sucesos futuros, y como si tuviera presentes todos los lugares, declara todo lo que pasa en todas partes.

El revela á unos, como Ezequiel, el funesto decreto de su muerte, y á otros anuncia sucesos prósperos y favorables: él semejante al Cordero del Apo-

calipsi abre los siete sellos del libro misterioso, esto es, conoce los pensamientos, las ideas, y los designios mas escondidos del hombre, aquellos que segun San Pablo, solo puede conocer el espiritu que en él habita: él al fin descubre en sus prodigiosos raptos los misterios mas altos, y las verdades mas impenetrables: unas veces la Trinidad de las adorables Personas, otras la unidad de la esencia Divina, otras la inmensidad de su sér, ya la plenitud de su poder, ya la generacion eterna del Verbo en el seno del Padre, ya las maravillas de su encarnacion temporal. ¿No es esto haber poseido todos los dotes propios de una alma bienaventurada? O mas bien diré: ¿no es ésto haber sido un comprehensor mortal sobre la tierra? A no ser que vosotros querais añadir que Dios colmando á Benito de tantos dones, le quiso hacer grande á los ojos del cielo y de los Angeles en el gozar, así como se empeñó en hacerle grande á los ojos de los hombres y de toda la tierra en beneficiar, que fué lo último que prometí demostraros: *Dominus suscitatur de pulvere egenum... ut sedeat cum Principibus et solium gloriæ teneat*; y estoy en la tercera parte.

PROPOSICION III.

Benito fué entre las escasezes de la pobreza un rico dispensador de los tesoros del cielo.

Aunque Dios, segun la doctrina del Apóstol, dispensa los bienes espirituales, y las gracias á medida de los varios empleos á que destina á sus siervos: comunicando á unos el don de la sabiduría, á otros el fervor de la caridad, á unos la virtud de la palabra, á otros el espíritu de la fé, á aquellos la gracia de los milagros, á estos la gloria de la

profecía, y á no pocos la penetracion de las divinas disposiciones y misterios; pero en el glorioso Benito, y en solo Benito, parece que reunió la Providencia divina todo este ilustre cúmulo de dones, gracias y privilegios: se propone este gran Señor exaltar desde el polvo, el propio abatimiento de este su querido siervo, y lo constituye de un modo maravilloso á un mismo tiempo Apóstol, Profeta, árbitro de la naturaleza, depositario universal de las divinas gracias, un santo obrador de maravillas: *Dominus suscitatur de pulvere egenum... ut solium gloriæ teneat*. Pero el humilde Benito entre tantos dones sobrenaturales, siempre zeloso de la santa pobreza, parece que solo recibe las gracias celestiales para volverlas á dar, pudiéndose con verdad decir, que su liberalidad vuelve á dar quanto recibe, ó que no recibe para otro fin, sino para repartir mercedes segun las necesidades de los pobres: semejante al cielo que no recibe en su atmósfera los vapores del mar y de los rios, sino para repartirlos transformados en copiosas lluvias, ó quajados en nieves y escarchas para remediar las públicas indigencias de toda la tierra: así el incomparable Benito no deposita en su seno los bienes celestiales de que le colma el Padre de las luces, sino para manifestarlos por los maravillosos efectos de su beneficencia, ya en provecho de todo el universo por medio de sus fervorosas oraciones, ya abriendo el erario de sus dones y poder milagroso para socorrer las ajenas miserias, mereciendo por esta razon las públicas voces de gratitud con que los pueblos de Sicilia, y las regiones del Aquilon y del Austro le aclamaron, y le aclamarán el consolador de los afligidos, el amor de la christiandad, el padre de los pobres, el recoleto maravilloso, el liberal, el benéfico, el milagroso: *Dominus suscitatur de*

pulvere egenum... ut solium gloriæ teneat.

Consideremos á este Taumaturgo como un Apóstol benéfico, poseído de los mas vivos y ardientes deseos de beneficiar á todo el universo. ¡O si me permitiese el cielo penetrar lo mas secreto y oculto de su fervoroso recogimiento, y registrar en su enamorado corazón la carta geográfica, ó mejor diré, el abreviado mapa de las quatro partes del mundo, á cuyos inmensos espacios se conduce continuamente con la imaginación, no para esparcir en ellos el terror y el espanto con el estruendo de las armas como aquellos conquistadores sanguinarios los Anibales, Escipiones, Pompeyos, Pirros, Alexandros y Césares, sino para volar á ellos en alas de su zelo y de su ferviente caridad! Entonces si que podria haceros ver sus heroicas peticiones, y su asombrosa beneficencia dilatada por toda la redondez del Orbe: os diria que postrado ante el trono de la augusta Trinidad dirigia á los divinos estrados sus ardientes súplicas, que derramándose como los quatro rios del Paraíso sobre la faz del universo, servian de fomento al fervor de sus próximos, y de luz y gracia para la conversion de los enemigos de la fé.

A mí se me figura que veo al extático Benito conducirse en espíritu todas las noches por las quatro partes del mundo, y extender los santos proyectos de su zelo hasta los mas remotos confines de las Indias Orientales y Occidentales: no hay parte del universo donde los incendios de su caridad no se propaguen en alas de sus fervorosas oraciones, á manera de un fuego voraz que consume en pocos instantes las inmensas selvas de un dilatado bosque: no hay lugar, por remoto que sea, donde no lleguen los ímpetus de su zelo apostólico impelidos de las encendidas súplicas que dirigia al Padre de las

luces. Vosotros, sagrados templos de Palermo, lo experimentasteis muchas veces quando le admirabais postrado al pie de vuestros altares, exhalando al Dios de las misericordias sus humildes suspiros, que agregados á los sudores de los operarios evangélicos de su Orden, ayudaban á suavizar el corazón de los pecadores mas obstinados en los vastos Reynos de la Europa. Iglesia de Santa María de Jesus, tú fuiste testigo de las copiosas lágrimas con que regaba ese pavimento, y que subiendo en purísimos vapores hasta el alcázar del Dios Eterno, bañaban las abundantes influencias del Espíritu Santo para purificar con las aguas del Bautismo innumerables idólatras del Asia, Africa y América: vosotros tambien lo experimentasteis, misioneros zelosos, ocupados en restituir al gremio de la católica Iglesia los cismáticos de la Moscovia y de la Persia: vosotros que trabajasteis en la Grecia y en las Islas del Archipiélago, tuvisteis el honor de haber hecho trofeos de vuestro zelo por las oraciones de Benito millares de almas unidas al catolicismo para gloria del crucificado y de la fé.

Se puede decir, señores, sin hipérbole, que Benito semejante á Moysés, levantando su corazón y sus manos sobre los mas elevados montes de Sicilia, se apropió con sus oraciones las victorias de sus hermanos soldados de la Cruz, y capitanes del Evangelio, que nada inferiores al General Josué, combatieron y triunfaron en los valles, en las ciudades, en los reynos y en los imperios: ó si á vosotros os agrada, podemos aplicarle lo mismo que sucedia en aquel misterioso carro que vió el Profeta Ezequiel en la Caldea, el qual, aunque conducido por la fuerza y valor del Leon, por la razon y prudencia del hombre, por las fatigas y sudores del buey, volando no obstante todos sostenidos del águila

la; cada progreso era un triunfo, y cada triunfo una corona de honor á las poderosas alas de aquella ave real; así tambien las conquistas de los Religiosos Franciscanos, obtenidas con tantos aumentos de la fé en las quatro partes del mundo, eran padrones de gloria, y recompensas concedidas del cielo á las fervorosas oraciones de un pobre Lego, de un simple Mendicante, á quien Dios habia elevado desde el polvo hasta el solio de su gloria para beneficio comun del universo: *Dominus suscitavit de pulvere egenum.... ut solium gloriæ teneat.*

¿Y podré yo todavía añadir alguna cosa á lo dicho? Si católicos. Diré que no se agotaron sus manos bienhechoras con tanto zelo. ¿Quién tuviera el rápido vuelo de un Serafin de aquellos que siempre asisten ante el trono del Altísimo para seguir los pasos benéficos que arrebatában á Benito á los hospitales de los agonizantes, y á las casas de los necesitados, de los enfermos, de los febricitantes y desahuciados! Allí es donde los consuela con su amable presencia, los excita al dolor de sus pecados con discursos llenos de unción, y despues de reconciliarlos con su Dios, les da instantaneamente una perfecta salud: unas veces semejante á su soberano Maestro que resucitó en Nain al hijo de la viuda, restituye vivos á sus padres dos niños, el uno despedazado con la violenta caída de un coche, y el otro, despues de muchas horas que habia espirado en presencia de innumerable pueblo que habia concurrido á sepultarlos; otras veces, renovando aquel portentoso obró San Pedro en el pórtico del templo de Jerusalem, hace caminar perfectamente á un paralítico con solo el contacto de sus manos, despues de muchos años que habia gemido á las puertas de las Iglesias: unas veces saca de las fauces de la muerte con la aplicacion sola de su báculo á una

noble matrona ya desahuciada entre las violentas agitaciones de un doloroso parto: otras veces da perfecta vista á dos ciegos de nacimiento con sola la accion de cubrirles las cabezas con la manga de su hábito: ya se conduce á las márgenes del rio Oretto, y con una simple bendicion llena las redes de innumerables peces, y á los circunstantes de asombro y admiracion, del mismo modo que el Salvador lo habia hecho en el mar de Tiberiades: ya se dirige á los poblados, y con el olor de una manzana, ó dándoles á los enfermos á mascar una corteza de pan, ó con un solo sorbo de agua comun, cura las úlceras mas agangrenadas, y las calenturas mas pútridas: ya la levanta instantaneamente de la cama con solo tocarla la frente á una muger hidrópica de muchos años, despues de haber apurado en su curacion todas las fuerzas del arte.

¿Pero qué intento yo? Ni vosotros tendrais sufrimiento para escucharme, ni yo lengua para contaros los innumerables portentos con que explicó su beneficencia el bienaventurado Benito hasta los últimos momentos de su dichoso tránsito. ¿Pues qué, este Angel inocente, que al parecer disfrutaba todos los fueros de la justicia original, murió como los demas hombres? Sí; pero muere como Moysés en ósculo del Señor, visitado de la Santísima Virgen, y del Niño Jesus, que no sufriendo esperas, le venian á recibir en persona para colocarle en la patria de los Santos: muere; pero su preciosa muerte no ha podido deshacer el vínculo de su benéfica caridad para con sus devotos en la tierra: id vosotros con la imaginacion á venerar las cenizas de su sepulcro; y oireis el tropel confuso de los ciegos que recuperan la vista: de mudos que recobran el habla: de sordos que adquieren el oido: de angustiados y afligidos llenos de consuelo: de

desesperados, restituidos á la razon y á la gracia: de hereges ilustrados y reconciliados á la fé, y de energúmenos, poseidos y librados de la tiranía del demonio: id en espíritu, y vereis postrados al rededor de su sagrada urna, y depuesta toda su grandeza á los Eminentísimos Cardenales Doria y Torres, á los Excelentísimos Vireyes de Sicilia, Duque de Alburquerque, y Conde de Alva, de Lisse, pidiendo y alcanzando la felicidad para toda su Metrópoli y Vireynato: id allá, y admirareis suspensas delante de su sagrada tumba una armoniosa mezcla de efigies, que representan á los muertos resucitados á la vida, á los navegantes naufragos puestos en seguridad: á los precipitados de lo alto de las fabricas, sostenidos en el ayre sin peligro: una armoniosa mezcla de cepos y cadenas quebrantadas, de estoques y arcabuces despedazados, y de ligaduras deshechas: vereis que un pedazo de su cuerda grosera, un giron de su hábito roto es mas estimado que la púrpura de los Reyes, y la limadura de sus silicios es mas preciosa que los mas ricos diamantes, por la virtud sobrenatural que contienen y despiden en beneficio de todos, vereis.... ¿Pero qué no veriais en su mismo sepulcro, quando el olor de sus aromas, no pudiendo contenerse dentro de los cortos limites del Mediterráneo, ha volado sobre sus encrespadas olas hasta las regiones mas remotas de la Europa, propagándose desde las márgenes ultramarinas hasta nuestras playas Americanas?

Decidlo vosotros, habitantes del Septentrion y Mediodia en los vastos paises del Perú y México: decidlo amadas Provincias de la Asuncion, Tucuman, y Rio de la Plata; pero tú en especial Buenos Ayres, capital inclita, di, si alguna vez has implorado en vano el glorioso nombre de Benito;

decid si su proteccion benéfica no ha sido siempre á la veneracion y confianza con que le habeis invocado. Decid si su sagrada Imágen no ha sido para sus queridos patriotas como aquella serpiente de metal levantada por Moysés en el desierto para bien de los Israelitas; esto es, si no ha sido salud para vuestros enfermos, remedio eficaz para todos sus males, consuelo para sus aflicciones, norte para sus dudas, y antorcha luminosa que los ha conducido por las rectas sendas de la divina Ley.

Yo estoy cierto, que si mirais imparcial el mérito de este singular Protector, confesareis reconocidos que sus manos bienhechoras han estado de tal modo abiertas para el socorro de vuestras necesidades, y su beneficencia amorosa ha sido tal para vuestros hijos, que lejos de disminuirse con sus continuas efusiones, ha tomado cada dia nuevos incrementos, y mayores progresos; y ved aqui el ultimo realce de mi proposicion, y la prueba mas terminante que voy á producir para haceros ver el empeño con que Dios ha querido glorificar y engrandecer á su fiel siervo Benito: porque á la verdad, en los fastos de la Iglesia leemos, que aunque Dios, queriendo glorificar á los demas Santos que habitan el reyno de los cielos, los ha constituido árbitros de su Omnipotencia, y depositarios de su divino poder; sin embargo, parece que el mismo Señor, pasados algunos años vá poco á poco suspendiendo y disminuyendo aquel amplísimo poder de beneficiar que habia depositado al principio en sus manos portentosas, de suerte, que á los primeros años de su dichoso tránsito ilustra sus sepulcros con una prodigiosa multitud de milagros, y con una asombrosa efusion de sus gracias; pero de allí adelante en los siglos posteriores detiene insensiblemente el primer torrente de sus dones y maravillas, y por

seguiente cesan las aclamaciones de los pueblos, se entibia el fervor, y ya no resuenan al rededor de sus tumbas, ni los suspiros de los necesitados, ni los votos y presentallas de los afligidos.

Al contrario ha sucedido con el incomparable Benito. Despues de muchos años de su dichoso tránsito, no se conoce mengua alguna en su milagroso poder; su beneficencia amorosa quanto mas distante de su primer origen, tanto mas crece y se aumenta en los favores y gracias: sus aplausos resuenan en la boca de todos los pueblos: no hay altar dedicado á su santo nombre, ni lienzo adornado con su prodigioso retrato, en quien no se vean suspender cada dia nuevos despojos de su benéfica proteccion: no se aguarda al dia de su dichosa muerte para renovar su memoria, no Señores: cada semana, todos los dias se registran gentes de ambos sexos, que llegan en honra suya á la sagrada mesa: que hacen arder lámparas delante de su altar: que evaporan inciensos, ante su sagrada imagen: que ofrecen quotidianos sacrificios y pronuncian sus votos á los pies de su simulacro, disponiéndolo así aquel gran Señor que se propuso levantar á su fiel siervo Benito desde el polvo para sentarle entre los Grandes de su Reyno, y colocarle en el solio de su gloria. *Dominus suscitavit de pulvere egenum.... ut sedeat cum Principibus.*

Así es, glorioso Santo, Dios os elevó á la cumbre de su gloria: ofreced por tanto en este dia dedicado á vuestra memoria, nuestros deseos y suspiros ante el trono del Dios de gracia y de misericordias, que galardona y corona á los justos. No hablo ni os pido por la ilustre Cofradía instituida y conservada á la sombra de vuestra proteccion: Vos sois su padre, ella es vuestra hija, y una hija digna de tal padre: el tiempo que todo lo consume, ha respetado

su fervor, y no habiendo degenerado de sí misma, la veis despues de muchos años tal, qual la visteis en los floridos dias de su establecimiento: y supuesto que el curso de los tiempos nada ha alterado en ella, tampoco habrá mudado las disposiciones paternales de vuestro corazon para con ella. Para quienes imploro vuestra intercesion es para nuestro Santísimo Padre Pio VI, y su amada grey, y en especial para nuestro católico Rey Carlos IV y su Real Familia: mira, Santo glorioso, con ojos propicios desde el cielo donde habitas á esta vasta Monarquía: vela sobre la vida y la Religion de sus habitantes, para que en unos tiempos tan turbulentos se conserve la virtud en el trono, y la inocencia de costumbres en sus dominios. No te olvides de este devoto pueblo que espera de tu proteccion todos sus aumentos: alcanzale la paz, la union, la fé rendida, y la caridad ardiente, para que sus moradores y todos seamos conducidos á la patria celestial para alabar á Dios en tu compañía por eternidades de gloria. Amen.

SERMON XIII.

DE LA BULA DE LA SANTA CRUZADA.

Data est mihi gratia evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes quæ sit dispensatio Sacramenti.

Ad Ephes. cap. 3.

A mí se me ha dado la gracia de evangelizar las investigables riquezas de Christo, y la de enseñar á todos qual sea la dispensacion del Sacramento.

Todas las Repúblicas bien ordenadas conservan bancos públicos que son como el apoyo de la sociedad, y salud comun de los miembros que la componen, sirviéndose de sus riquezas para subvenir á las necesidades de la Nacion, y donde permite entrar la mano con generosidad al pupilo, á la viuda y al pobre. Esto no es mas que un remedo de la Providencia veladora, y sabia economía de aquel gran Dios que rico en sus misericordias como se explica el Apóstol, mostró á los siglos venideros las abundancias de su gracia, y los inagotables tesoros que ha amontonado en la bondad de su hijo Jesus, y confiado á su Esposa la Iglesia para que los distribuya en los tiempos de carestías, sostenga nuestra flaqueza, supla nuestra debilidad, y cubra nuestra pobreza. ¡Tesoro inmenso, tesoro infinito, capaz de enriquecer mil mundos mas indigentes que el nuestro!

Porque en efecto, ¿de qué méritos se compone

este tesoro, y cómo se nos dispensa? No hay sino leer la famosa extravagante de Clemente VI, y veremos que este tesoro se compone de los méritos infinitos del hombre Dios, que no teniendo necesidad de dar satisfaccion por sus delitos, aplicó á los hombres sus tormentos, su sangre, su muerte preciosísima á fin de que pagasen las deudas que habian contraído. Y no obstante que este depósito sagrado es infinito, y al que nada se puede añadir en la intension segun los términos de la escuela, de que no puedo prescindir; con todo se aumenta en la extension con los méritos de la Santísima Virgen, y de los Santos que no los necesitaban para sí, y no debian quedar inútiles. De este manantial fecundo saca la Iglesia las gracias que concede, las satisfacciones que aplica, y los tesoros de la preciosísima sangre de Jesuchristo que nos suple. Dichosa liberalidad que se comunica con profusion á todos los fieles comprendidos en los dominios de la España, á los vasallos del gran Carlos por medio de la Bula Apostólica que solicita del dispensador de las gracias, del xefe de la christianidad, y que hoy se publica en este santo templo. Sumario de gracias inestimables, parto de la piedad de nuestro Dios, del amor que nos tiene nuestra Madre la Iglesia, y del zelo del Rey Católico por excelencia, por la extension de la fé, y bien de sus vasallos; pero gracias acaso no estimadas como merecen hasta el dia de hoy. Mi oficio es explicarlas: anunciaros las investigables riquezas de Jesuchristo, comunicadas en la Santa Bula, é instruiros en el modo de participarlas: esta es la gracia que se me ha confiado. Y para aclarar mi designio, advertid tres cosas en la Bula de la Santa Cruzada. Primeramente, qué cosa sea esta Santa Bula: lo segundo, qué bienes nos trayga: lo

tercero, qué sea necesario para tener parte en ella. Esta es una gracia Apostólica, que yo voy á explicaros en qué consiste; y ésta será la primera parte: qué efectos saludables debe producir, y qué utilidades nos traiga; ésta será la segunda: qué es necesario para participar sus gracias, y qué disposiciones debemos llevar; ésta será la tercera. El cielo acalore el zelo que me anima, y la Santísima Virgen me alcance la gracia que necesito.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Si atendemos al nombre de la Santa Bula de que tratamos, ello es que se llama de Cruzada, porque contiene gracias semejantes á aquellas que Urbano II y Inocencio III concedieron á los que alistados baxo el estandarte de la Cruz emprendieron la restauracion de aquella tierra teñida con la sangre de nuestra Redencion. ¿Pero qué cosa es la Bula de la Santa Cruzada, su solidez y su espíritu? Vedlo pues aquí: es un rescripto apostólico que concede el Sumo Pontífice á petición del Rey de las Españas, por el tiempo de un año Eclesiástico, ó de publicacion en publicacion á los que habitan en sus dominios, no solo españoles, sino tambien extrangeros, y contiene muchas gracias á favor de los que dan cierta limosna para auxilio contra infieles y hereges. Sencilla, pero sólida instruccion de este sagrado vale con que el Josef de la Iglesia manda abrir sus graneros, y al que nada tienen que oponer los enemigos de Roma, ni los émulos de las glorias de España sin manifestar que no les es permitido gustar el don de Dios. Oid ahora su origen, su fin y sus circuns-

tancias: ¿Cuál es el origen de donde descende? La autoridad de la Iglesia; ¿y qué cosa mas sólida? ¿Cuál es el fin por que se concede? La defensa de la fé; ¿y qué espíritu mas religioso? ¿Y cuáles son sus circunstancias? Una corta limosna que prescribe para auxilio de las guerras católicas; ¿y qué cosa mas religiosa y christiana?

No hay que perder tiempo: la solidez de este rescripto se apoya sobre la infalible promesa, hecha á San Pedro como á cabeza del rebaño de Jesu-christo, para que ya como legislador, ya como dispensador de Dios facilitase la observancia de las leyes de la Iglesia, y distribuyese entre los fieles sus gracias conforme á los designios de la piedad divina: *Quodcumque solveris super terram, erit solutum et in celo* (a). De este modo la Iglesia gobernada por el Espíritu Santo lo ha practicado en todos los siglos, y el uso de esta absoluta potestad es de tradicion inmemorial.

Porque solo en virtud de este poder San Pablo restituyó al incestuoso de Corinto (b) á la comunión de los fieles, sosteniendo su flaqueza á fin de que no le arrebatase la pasión maniática de la tristeza, como lo explica San Anselmo: tambien en virtud de este poder los Obispos de los primeros siglos, como asegura Tertuliano (c), relaxaban las penas impuestas á los que habian flaqueado en la persecucion, en atencion á los méritos de los que encarcelados esperaban el martirio. Y sobre el apoyo de este poder Gregorio VII, Pasqual II, Eugenio III, Gregorio VIII, derramaron gracias espirituales á favor de los que emprendian la conquista de Jerusalem: privilegios que ampliaron los Con-

(a) Math. cap. 16. (b) 2. ad Cor. cap. 2. (c) Tert. lib. ad Mart. cap. 1.

cilios de Clermont y de Roma á los que no pudiendo concurrir con su persona á esta guerra contribuyesen con sus limosnas. Y por último los Sumos Pontífices que han sucedido á Calixto II, han extendido estas gracias á nuestra España á todos los que auxiliasen en la guerra contra los hereges é infieles. Gracias que de siglo en siglo se han perfeccionado: que los mas graves Teólogos han aclarado, que los Santos han predicado, y los pueblos reciben con alegría, como que llenan los huecos de nuestra penitencia, cubren con la caridad de Jesu-christo la multitud de nuestras flaquezas, ponen de su parte lo que falta á nuestro fervor, sostienen á los pecadores en el curso de su penitencia, aumentan el mérito de los justos, sostienen la debilidad del flaco, aseguran la firmeza de los fuertes, y son el consuelo de su desaliento. Tan seguro es el origen de las gracias que nos franquea la Santa Cruzada. ¿Y qual es su fin? El está bien manifestado; pero le mostraré.

El fin de la Santa Cruzada es la propagacion y defensa de la fé contra los enemigos que la persiguen. Este es un fin conforme al espíritu de la Religion que profesamos. En la causa de Dios todo hombre nace soldado, como dice Tertuliano, y siempre debe estar con las armas en la mano. La honra que adquiere la Religion de verse defendida de sus hijos, es para nosotros un deber de tal modo riguroso que no podemos faltar á él sin hacernos responsables á Dios, á la Iglesia, y á la compañía de los fieles. Sobre este principio, que es de Santo Tomás, la Iglesia ha visto el día de su triunfo quando sus hijos alistados baxo el estandarte de la cruz han peleado las batallas del Señor, y teñido la tierra con la sangre de los incircuncisos. Y sobre el mismo principio el Rey de las Españas man-

tiene continua guerra contra los infieles, como si para esto solo se hubiera derramado sobre su cabeza la uncion Santa, en Africa, en Asia, en América, sin dexar caer de la mano la espada contra los Arabes, Moros, Araucanos, Bárbaros del Sur y feroces gentiles del Chaco. A esto os anima este apostólico y regio tribunal. ¿No le veis levantar la bandera de la cruz como reclutando soldados para alguna accion militar? ¿No advertís que me manda animaros á una empresa digna de vuestra piedad? ¿No son estas ceremonias una simple ostentacion que hacemos los Españoles de los privilegios de la Bula? El fin es confundir nuestra insensibilidad sobre los males que afligen á la Iglesia de parte de sus enemigos, y poner en accion nuestra fé interesándonos en su defensa. Este es el fin y objeto con que franquea sus privilegios la Bula de la Cruzada.

¿Y los que no podeis tomar personalmente las armas, quedais frustrados de sus liberalidades? No lo creais: aquí se renueva la providencia que tomó David determinado á destruir la ciudad de Siceleg partiendo los despojos de la victoria entre los que se hallaron en la guerra, y los débiles que no pudieron pasar el arroyo de Basor, porque la Iglesia ha dispuesto que los flacos que os quedais en vuestras casas gozeis los mismos privilegios que los que van á la guerra dando una escasisima limosna.

Censuren quanto quieran esta práctica los que no tienen que decir de nuestra Religion, siempre será verdad como escribe Santo Tomás (a), que pueden exigirse estas limosnas ordenadas á lo espiritual, como es subyugar á los enemigos de la Iglesia, y esta es la práctica de todos los siglos. Lo sensible es que los christianos se dexen domi-

(a) 4. Sent. dist. 20. q. 2. a. 3. q. 3.

nar de un escándalo de indiferencia en punto tan interesante á la Religion (a). Oímos sus desgracias, y permanecemos en una neutralidad perjudicial. Que la Iglesia sea humillada, desolada, que crezca en ella la cizaña, y se divida en cismas el rebaño de Jesuchristo, nada nos despierta: como si fuese permitido á los hijos mirar con indiferencia las lágrimas de su madre. Una corta limosna es lo que pide para mantener sus tropas, y atrincherar sus fronteras. ¿Y es creible que os sobre para mantener el lujo, y os falte para tomar la Bula conforme á vuestra condicion, ó si la tomáis para vosotros, la habeis de negar á vuestros domésticos y sirvientes? ¡Funesta indiferencia! Si no os mueve el zelo de hijos de la Iglesia, ¿no bastarán para acaloraros los fuegos que saltan de la Santa Bula en la multitud de privilegios que os franquea? Quizá no los habeis penetrado á fondo: imponeos bien en lo que voy á deciros sobre este punto en la

SEGUNDA PARTE.

Yo me figuro la Bula de la Santa Cruzada en aquella fuente que brotaba en el Paraíso, y dividida despues en quatro rios suplia el defecto de las aguas derramándose por la superficie de la tierra; porque del campo de la Iglesia, nuestra Madre, huerto de delicias como la llama el Esposo, salta una fuente fecunda, la Bula de la Cruzada, para suplir la esterilidad de nuestro mérito, la que dividida en quatro rios caudalosos de privilegios á favor de nuestra nacion, inundan con ímpetu saludable la ciudad de Dios: á saber la Bula comun de vivos, la de lacticinios, la de difuntos, y la de

(a) Apud. Nat. Alexand. lib. 2. Theol. Moral. c. 3. reg. 8.

composicion, en las que encontramos mitigaciones que nos suavizan el yugo de la ley de Dios, y satisfacciones para pagar las deudas que debemos á Dios. Voy á decir alguna cosa de cada una de estas gracias aunque con la precipitacion que pide el tiempo.

Y comenzando por la Bula comun, me acuerdo otra vez de la historia del Génesis; porque ello es, que como de los quatro rios de que habla la Escritura, solo del rio Phison se cuentan sus preciosidades: así la Bula comun es la principal, cuyas gracias inestimables provocan el zelo de los oradores, ó por decirlo mejor, es un privilegio que abraza muchos privilegios: ella es para nosotros un muro de defensa. Si la Iglesia desnudándose de las entrañas de Madre, se arma de anatemas en tiempo de entredicho contra los que turban su jurisdiccion, ó profanan sus inmunidades, ¿por qué otro medio que la Bula detenemos los rayos de su enojo? Se cierran los templos, no se reparte el pan de vida, se prohíbe el uso de la mayor parte de los Sacramentos, las bendiciones nupciales, las pompas funerales del sepulcro: los Ministros del altar enmudecen: no se cantan las divinas alabanzas, y todo el culto de Dios hace una pausa melancólica. ¡Qué espectáculo tan terrible! Parece que el cielo despi- de sobre los autores del entredicho fuegos mas abrasadores que los que incendiaron las ciudades nefandas. Pero la Bula de Cruzada es iris de paz y de clemencia, que da facultad á los que no dieron causa al entredicho para que puedan oír, decir y mandar celebrar en las Iglesias y Oratorios privados una y muchas Misas: para que se celebren los divinos Oficios en su presencia, y la de sus domésticos y parientes dentro del quarto grado: para que reciban la Eucaristía y demas Sacramentos: para que sean sepultados sus cuerpos con moderada pompa

funeral, como no hayan muerto excomulgados; y por decirlo de una vez, los que toman la Bula tienen en tiempo de entredicho abiertas las entrañas de la Religión, y pueden practicar privadamente con mérito lo que les es prohibido, sin provocar de nuevo las iras de la Iglesia. Este es el primer privilegio que franquea la Bula comun. Hé aquí el segundo: ¿y qual es? La eleccion de Confesor que puede reconciliaros con Dios aunque seais reos en su presencia de aquellos crímenes que atan las manos á los Ministros del Santuario.

Vosotros lo sabeis que hay ciertos pecados cuya gravedad ha mirado siempre la Iglesia con odio y con santa impaciencia, y á fin de infundir en los fieles un justo temor á estas serpientes venenosas, suspende la jurisdiccion á los Confesores ordinarios reservándola á sí, ya el Papa, ya los Obispos. Sin jurisdiccion de este modo los Confesores (excepto en el artículo de la muerte, en el que no hay reservacion alguna, para que nadie perezca, como se explica el Concilio de Trento) he aquí á los pecadores sin Samaritano que cure sus llagas, sin la medicina de Galaad que los sane, sin hombre que los arroje á las aguas de reconciliacion. ¡Qué millares de leguas, qué caminos tan peligrosos para llegar á Roma, é impetrar la absolucion de los reservados que se llaman Papales! ¡Qué confusion, qué vergüenza para llegarse á los Señores Obispos, y conseguir de ellos la gracia de que los privan los reservados Sinodales! Y para esto es para lo que sirve la Bula de la Cruzada; pues el que la tiene, sin recurrir á Roma, sin comparecer ante el Obispo, puede elegir Confesor Secular ó Regular de los aprobados por el Ordinario, para que le absuelva de qualesquiera pecados ó censuras sin que obste reservacion alguna (excepto el crimen de la heregia)

una vez en la vida, y otra en el artículo de la muerte de los pecados reservados á su Santidad: gracia que se duplica tomando segunda Bula para conseguir la absolucion segunda vez en los límites que acabo de explicar; y que se extiende sin término respecto á los pecados reservados Sinodales: pues puede ser absuelto de ellos tantas cuantas veces los confesare recibiendo penitencia saludable. ¡Qué abundancia de misericordia! Solo la concebirá cabalmente el que haya leído la historia del rigor de la Iglesia en los primeros siglos con los pecadores que quebrantaban sus leyes. Yo haria en este punto el papel de erudito á poca costa, sino executára mi memoria otro privilegio necesario sin duda para el genio de nuestro siglo.

¡Qué facilidad para hacer votos á Dios! ¡Qué tanta infidelidad en cumplirlos! Si se oye, decia Lactancio (a), el estruendo de la guerra, si cunde la epidemia, si las nubes se hacen de bronce, se busca en Dios el remedio, y baxo la religion de su nombre se prometen sacrificios; pero con la prontitud que desaparecen los trabajos por la piedad de Dios se desvanecen los fervores por la ingratitud de los hombres. Semejantes, por usar del emblema de Salomon, á las nubes que prometen copiosa lluvia, y luego se deshacen en viento. ¡Ah! qué lazo tan indisoluble el que se echa al cuello retractando sus promesas: *Ruina est homini post vota retractare* (b). Si prometes al Señor, dice el Espíritu Santo, no tardes en cumplir tus propósitos, porque Dios exigirá tu palabra, y te imputará á pecado el olvido: *Si votum voveris Domino, non tardabis reddere, quia requirit Dominus illud: et si moratus fueris, tibi reputabitur in peccatum* (c). Pero al fin la Bula de la

(a) Lact. l. 2. inst. (b) Pr. c. 20 et 25. (c) Deut. c. 25.

Cruzada os ofrece un modo legítimo de cumplir vuestra palabra. Por ella un Confesor prudente conmutará vuestros votos en una corta limosna para auxilio de la guerra santa: quantos habeis hecho en vuestra vida, aunque esten sellados con la religion del juramento: aunque sean las dos peregrinaciones de Santiago y Roma, sin que reserve la Iglesia para sí otros votos que los de castidad, de religion y de visitar los lugares de Jerusalem; y aun estos pueden conmutarse por la Bula si son penales, ó concebidos baxo de alguna condicion.

Ya es necesario que hable de las mitigaciones que os franquea la Bula sobre la ley del ayuno, y este es otro privilegio de la Bula comun. Espanta la disciplina de la Iglesia, en orden al ayuno, en aquellos siglos de oro en que aun hervía la sangre de Jesuchristo en el corazon de los fieles. Siempre miró como un depósito sagrado la observancia de la tradicion de los Apóstoles que prohibe el uso de las carnes y de los lacticinios en ciertos tiempos del año, y jamas ha usado de condescendencia en este punto sino es quando la naturaleza ha reclamado por sus justos derechos. Con todo la Bula autoriza que en los dias de quaresma podais usar de huevos y lacticinios sin quebrantar por eso el ayuno eclesiástico: autoriza que en caso de duda si hay ó no hay necesidad para eximirse de la abstinencia de carnes, pueda el Confesor resolver á favor del penitente: autoriza para que el dispensado de comer de carne no esté obligado á la forma del ayuno de consejo de ambos médicos siempre que se dude si por la edad, la enfermedad ó la flaqueza podrá traer grave daño al dispensado la única comida, ó el uso de alimentos quadragesimales. Así facilita la Iglesia á sus hijos la observancia de sus preceptos, moderando el rigor de su disciplina, y condescen-

diendo con sus flaquezas, por decirlo así, á fin de que se hagan dignos del reyno de Dios por el cumplimiento de su ley.

Aun es mas recomendable la benigna condescendencia de la Iglesia franqueándonos abundantes satisfacciones, á fin de que paguemos acá las dolorosas penas del Purgatorio, y esto lo hace por medio de las indulgencias de que abunda este prescrito apostólico. La fé enseña que Dios, segun las leyes comunes de su justicia, aun quando perdona el pecado se reserva el derecho de castigar temporalmente al pecador. Natan declara á David que Dios le habia perdonado su delito; pero añade, que para castigarle prepara aflicciones y calamidades. Tan rigurosa es la justicia de aquel Dios, que toma justa venganza hasta de la sombra y vestigios del pecado, castigándole con una pena temporal que solo puede expiarse en esta vida con penitencia sangrienta, ó en el siglo venidero con la actividad de un fuego devorador. Y bien: ¿no es capaz de desmayar el pecador oprimido con el reato de sus culpas, sin las indulgencias, que son las gracias auxiliares que perdona la pena temporal, y suplen por la escasez de nuestras penitencias? Pues he aquí que la santa Bula abre el canal por donde corren á nosotros las fuentes inagotables del Salvador: Indulgencias plenarias que llenan el número de noventa y quatro en cada año, sin contar otras tantas que podeis hacer vuestras si tomais dos Bulas, ni otras ya parciales, ya totales que podeis ganar por las obras que la misma Bula prescribe.

Esto se dice breve; pero encierra el fondo de unas gracias que nos aplican las satisfacciones superabundantes de Jesuchristo, y por las que Dios á imitacion del Ecónomo prudente del Evangelio, nos perdona la mitad de la deuda que no podiamos sa-

tisfacer, y nos hace cargo de cincuenta quando le debiamos ciento. Gracias que acaban de curar las llagas que la penitencia ordinaria habia dexado medio abiertas, y que son un fuego sagrado que gasta y consume todo lo humano y extraño que se habia mezclado en nuestro sacrificio: que acrisola el oro de nuestra caridad y penitencia, y que convierte en un metal precioso lo que ofrecemos de nuestras satisfacciones. Gracias por las que Dios hecha tierra á sus ofensas, comunica mayor gracia, perdona toda la pena; de modo que si un demonio, por decirlo así, fuese capaz de recibir indulgencia total, aquellas llamas inmortales, la eterna desesperacion, el gusano que no debia morir, se convertiria en paz, en descanso y en santos deleytes; porque Dios le admitiria á la gloria sin un momento de Purgatorio. ¡Oh, y qué dignos son de nuestra solicitud estos indultos de misericordia! ¡Quánto se trabaja por la fortuna! ¡Ah! hermanos míos, ¿cómo no hacemos esfuerzos para conseguirlas? Pues sabed que sin ellas las mismas gracias de la Bula no os aprovecharán. ¿De qué servirá componer los caudales mal habidos, conmutar votos, usar de laticinios, si mirais sobre la cabeza aquella cuchilla cortadora que no se cansa de herir? En la Bula las encontrareis, y sin la Bula no solo no ganareis las indulgencias que ella os ofrece, sino que tambien quedareis privados de toda indulgencia; porque en los dominios de España no hay indulgencias algunas de concesion Apostólica sin la Bula. Para facilitar los santos fines de la concesion de este rescripto, el Delegado Apostólico suspende de facultad del Sumo Pontífice todas las indulgencias luego que la Bula se publica, y solo tienen fuerzas sus rescriptos para aquellos que la toman. Vosotros concebireis facilmente con cuánto ardor debeis solicitar esta gracia; y yo paso á instruiros en los privi-

legios que os concede la Bula de composicion.

Y no extrañeis que pase como en silencio las Bulas de laticinios y de difuntos: es demasiado inteligible el uso que debeis hacer de ellas; porque la de laticinios franquea á los Eclesiásticos la gracia de que gozan los legos con la Bula comun; es decir, que pueden usar de esta especie de manjares en el tiempo de Quaresma, exceptuando la Semana Santa, lo que no pueden practicar sin este especial rescripto; y la Bula de difuntos contiene una indulgencia, que aplicada por alguna alma del Purgatorio la librareis de aquellas penas con que son las almas afligidas en espíritu de fuego, y en espíritu de juicio. Esto es claro; y vuelvo á mi asunto.

La Bula de composicion consiste en la gracia de descargar á los que no saben á quien deben restituir lo mal habido de caudales usurpados, celebrando con la Iglesia una especie de transacion misericordiosa. ¡Qué abundancia de gracias en una sola gracia! Figuraos un pecador arrepentido, cierto de que posee bienes ajenos, y ha causado daños irreparables, é incierto de á quienes deba restituir; ¿pensais que descansa en paz su corazon? ¡Ah! Como un mar enfurecido le combaten entumecidas olas de congojas, de temores, de remordimientos y de ansiedades. No puede menos de oir entre los sollozos de su penitencia el eco penetrante del jornalero, con cuya substancia ha engrosado sus haciendas: del público á quien ha defraudado insensiblemente en sus ventas sin peso ni medida: del pobre que ha conseguido el empréstito con paliadas é indignas usuras: del litigante que llora la injusta sentencia que consiguió el dinero, la amistad ó el parentesco: de la Iglesia contra el que no ha residido como pastor: en la que no ha pagado el tributo de las divinas alabanzas algun Beneficiado ó quando alguno no entró en ella con titu-

lo legítimo: acusa la conciencia al que por omisión ó por infidelidad no llenó sus obligaciones, ocasionando perjuicios á su próximo por mandato como señor, por consejo como letrado, por consentimiento como juez, por insinuación como adulador, por oficio como ministro de justicia. En vano buscará consuelo en su arrepentimiento: él se verá oprimido de las terribles maldiciones que fulmina el Espíritu Santo contra los defraudadores de lo ageno. Por el Profeta Abacuch: ay de aquellos que multiplican para sí las haciendas del próximo: *Væ qui multiplicat non sua* (a). Por Zacarias: Dios llamará á juicio al ladrón: en su casa entrará la maldición, habitará en medio de ella, y consumirá hasta los leños y las piedras: *Omnis fur judicabitur: et veniet ad domum furis maledictio et commorabitur in medio ejus, et consumet eam, et ligna ejus, et lapides ejus* (b). Por el Apóstol: los ladrones no poseerán el reyno de Dios: *Neque fures regnum Dei possidebunt* (c). La ley divina y Eclesiástica obligan á este angustiado pecador á poner en manos de los pobres, ó en el depósito de las Iglesias tanta quanta cantidad hubiesen defraudado, si la Bula de la Santa Cruzada no arrancára los abrojos y malezas que hacen difícil el cultivo de nuestras almas, y nos apartan de reconciliarnos con Dios; porque en esto consiste la excelente gracia de las Bulas de composición, que con una moderada paga satisfacéis crecidas sumas. Vedlo aquí: ¿debeis quarenta y un pesos? Con doce reales que dais por una Bula de composición os librais de este cargo. ¿Debeis ciento sesenta y quatro pesos? Tomais dos Bulas. ¿Debeis mil doscientos treinta y siete pesos? Tomais treinta Bulas, que son

(a) Abac. cap. 2. (b) Zachar. cap. 6. (c) Ad Corinth. cap. 6.

las mas que se pueden tomar en las Américas (a); y si todavía es mayor la cantidad que debeis restituir, os permite ocurrir al Delegado Apostólico, que con entrañas de padre extenderá esta gracia imponiendoo una escasa pensión para socorro de la guerra Santa. ¡Qué privilegios tan dignos de nuestro respeto! ¿Y no nos serviremos de ellos para utilidad de nuestras almas? Bien puedo deciros lo que el otro criado á su señor: *Si rem grandem dixisset tibi, certe facere debuisses* (b). Si para gozar tan singulares privilegios se os pidiesen grandes sumas de dinero, en verdad que deberiais franquearlas de buena gana para purificar vuestras conciencias: para no ser arrojados del tribunal de la reconciliación: para facilitaros la observancia de la Ley: para serenar vuestro espíritu, y poseer en justicia las bendiciones del cielo y los bienes de la tierra. Pero quando solo se exige de vosotros una escasa limosna para gozar de los privilegios de la Bula, ¿podrá justificarse vuestra codicia ó vuestra tibieza para no tomar este rescripto de tanta utilidad? Pero ya es tiempo de descender á las disposiciones necesarias para participar de sus gracias. ¿Y cuáles son? Voy á decirlo en la tercera parte.

TERCERA PARTE.

No es mi ánimo hablaros de aquellas condiciones, que aunque indispensables para gozar de los privilegios de la Bula, solo forman como el cuerpo de este rescripto, y son que acepteis la Bula, que escribais en ella vuestro nombre, y que la conserveis con religioso respeto. Voy á hablar de las disposiciones que pertenecen al espíritu de la Bula: es

(a) Murill. l. 5. Decret. t. 18. (b) 4. Reg. cap. 10.

decir: ¿qué es lo que debeis practicar para ganar las indulgencias que os franquea la Bula comun, y para que aproveche á las almas del Purgatorio la indulgencia que podeis aplicarlas por la Bula de difuntos? ¿A quiénes no aprovecha la Bula de composicion? ¿Y cuánta es la necesidad de que oreis por los fines que se propone la Iglesia nuestra Madre? No hay que decir de la de lacticiños, sino que sin ella no pueden usar de estas especies los Sacerdotes, los Obispos, Arzobispos y demas dignidades de la Iglesia, para quienes especialmente se concede. Comencemos.

Y desde luego la primera disposicion de que voy á tratar prueba que nuestros enemigos nos hacen guerra sin conocernos. Reducimos á nada, dicen los hereges, la penitencia por una falsa promesa de la remision de las penas del pecado por medio de las indulgencias de la Bula. Y yo les respondo, que bien lejos de que esta virtud quede destruida por las indulgencias, al contrario es una disposicion necesaria para ganarlas. Vamos por proposiciones: la primera es, que el que las ha de conseguir ha de estar en estado de gracia. La indulgencia es un favor que no hace Dios sino á sus amigos. Por la indulgencia se remite la pena temporal que es debida al pecado en la presencia de Dios: esta pena solo se perdona á los que están en estado de gracia, porque á los que están de asiento en el pecado mortal, aun no se les ha borrado la culpa que les hace odiosos y abominables delante de Dios: y así no se les perdona á estos la pena, porque no se perdona permaneciendo la culpa. Sin renunciar á todo pecado no hay cosa mas inútil que la indulgencia, ó por decirlo mas breve, no hay indulgencia. Todo pecado dixé, y es la segunda proposicion. Basta que la conciencia esté oprimida con un solo pecado mor-

tal para ser incapaz de ganar la gracia de las indulgencias; y aun digo mas, que basta ser culpable delante de Dios de un solo pecado venial que no sea llorado con lágrimas de contricion para no poder ganar las indulgencias plenarias en toda su extension. Porque, á lo menos, no las pueden ganar por lo que mira á este pecado venial, cuya mancha no se halla borrada. ¿Entregará Dios por ventura lo santo y lo precioso á los animales inmundos? ¿Detendrá el brazo de su justicia á vista de una victima manchada? Dios no afloxa de sus derechos en quanto á la pena del pecado, sino á proporcion del dolor con que detestamos el pecado.

Y ved de donde se deduce la tercera proposicion: para participar los efectos saludables de las indulgencias de la Bula, es necesario hallarse verdaderamente contrito y penitente. ¿Pido acaso otra cosa que lo que nos da á entender la Santa Bula quando dice que sus gracias solo se conceden á los verdaderamente contritos y arrepentidos? *Vere contritis, et penitentibus*. Quiero decir, para aquellos que no se contentan con llorar el pecado, sino que arrancan la causa del pecado, que huyen de la ocasion del pecado, que reparan los efectos del pecado, que destruyen el escándalo del pecado, que buscan y se someten de buena fé á los remedios que curan el pecado. Estas son las señales de la verdadera contricion, á las que debeis añadir la satisfaccion de los pecados que habeis cometido, y es la última proposicion.

¿Se os conceden acaso por la Bula las indulgencias para que esteis ociosos en las horas del día en que debeis trabajar para desarmar á Dios enojado por vuestros excesos, y para que recojais los miserables desperdicios de la última hora quando ya esteis inútiles para castigar una carne rebelde y delinquente?

No por cierto; las indulgencias, por plenarias que sean, no eximen al pecador de los rigores de la penitencia necesaria para satisfacer por la culpa ó el pecado. Vosotros, decia San Cipriano, hablando á los Sacerdotes, que á ruego de los Mártires exímian á los pecadores de la conveniente satisfaccion; vosotros obráis contra la ley del Señor, contra la disciplina de la Iglesia, y contra el vigor del Evangelio: os encargo que escribais en los libelos el nombre de aquellos á cuya penitencia poco falta para llegar á la debida satisfaccion: *Quorum pœnitentiam satisfactioni proximam conspiciatis* (a). Y esta era la disciplina de los siglos de nuestros padres como testifican los Concilios de Nicea y Ancira. ¿Por ventura se ha relajado en este punto el espíritu de la Iglesia? Pienselo el blasfemo Quesnel: nosotros siempre sostendremos que mantiene su fuerza y su vigor: que en la concesion de sus gracias, es en todo conforme á las que concedia en los primeros siglos; ni las concede, como dice el sagrado Concilio de Trento, sino es segun la forma de las antiguas. Conforme á este principio el Cardenal Cayetano penetrado de los sentimientos de Santo Tomás y de San Buenaventura dexó escrito, que así como en una república se hace indigno de usar de los caudales comunes, destinados para socorro de los afligidos con deudas, el que teniendo caudal con que satisfacer, no lo hace; así las indulgencias no son para los que no se esfuerzan de su parte á satisfacer á Dios por sus pecados, solo sí para los que hacen lo que pueden; y á estos sólo les suple la Iglesia lo que les falta con los méritos de Christo que benignamente les dispensa. Ved aquí como el espíritu de la Iglesia siempre es uno mismo, y que á todos

(a) S. Ciprian. lib. 1. de lap.

les ofrece el denario diurno, como executó el padre de familia; pero quiere que todos trabajen en su hacienda.

Ni querais inferir por un espíritu de cobardía que de nada sirven las indulgencias que franquea este rescripto. Porque, hermanos míos, por grandes que sean nuestros esfuerzos, por larga que sea nuestra penitencia y austeras nuestras satisfacciones, nunca serán proporcionadas á nuestros pecados: siempre nos hallaremos precisados, como el siervo del Evangelio, á pedir esperas, agoviados de una infinidad de deudas, que aun no hemos podido satisfacer. Y para esto son utilísimas las indulgencias. Hallareis en ellas aquella igualdad de satisfaccion á que no puede alcanzar nuestro mérito. Vereis, que por medio de la abundancia de méritos que os aplica, no hay aquella distancia infinita que entre el Señor y vosotros habian puesto vuestros pecados, y que no hubierais podido saltar en siglos de penitencia. Concluid, si, que debeis esforzaros para conseguir las disposiciones que piden las indulgencias. Y os repito con el Profeta: *Innovate vobis novale, et nolite serere super spinas*. Arad el campo de vuestra conciencia cubierto de espinas y de cardos: penetradle con el azadon de la contricion, arrañad la mala yerba, sin esto el grano escogido de que pensais participar por medio de las indulgencias, nada os aprovechará: se hará inutil como la semilla que cae sobre las piedras. Esta es disposicion necesaria para ganar las indulgencias que franquea la Bula común de vivos. ¿Y qué debeis practicar para que aproveche á las almas del Purgatorio la indulgencia que podeis aplicarlas por la Bula de difuntos? Atended con reflexion á una doctrina que quizá os parecerá nueva. No es corto el número de los que movidos de una piedad christiana se esfuerzan á consolar aque-

llas almas afligidas, que aunque predestinadas, las ha arrojado Dios de su presencia hasta que paguen el último maravedí que deben á la divina justicia; ¡pero qué pocos son los que no solicitan su remedio con una piedad estéril, inútil, y que nada aprovecha! Porque en efecto, ¿qué es necesario para que sea útil esta gracia á estas almas afligidas? Es necesario que el que aplica la indulgencia de la Bula esté en gracia y amistad de Dios. Los que ruegan por los difuntos hallándose ellos mismos en un estado de muerte, en la desgracia y odio de Dios, no son capaces de aliviarlos. Bien sé que hay otras opiniones, pero se sostienen en débiles fundamentos. El pecado aniquila la virtud de toda obra buena, si exceptuamos el sacrificio del altar, cuyo mérito no depende de la santidad del que le ofrece. ¿De qué valor puede ser esta obra para estas almas santas, si no es de precio alguno para vosotros? Socorrer á una alma en el Purgatorio, es como cederla el fruto de las buenas obras que practicais. Mi parecer es, que si en estado de pecado pudieseis aliviarla, sería verdad que vuestras obras en pecado mereciesen si aliviasen á las benditas almas. Y esto es lo que reprobaba la fé, que nos enseña que la caridad es la raíz, la vida y el fundamento de las obras meritorias: la gracia y la penitencia han de ser la llave con que hemos de abrir á estas almas las puertas de la cárcel del purgatorio; y las lágrimas de un corazón contrito serán los Legados de paz que les anunciarán la libertad que van á conseguir por la Bula. Bien sé que el que se halla en pecado debe orar, humillarse y pedir á Dios; y no diga: yo estoy en pecado, nada bueno quiero hacer; porque orando merecerá de congruo, atendiendo á la bondad de Dios, que le convertirá. Oid lo que os pide y á lo que os exhorta Isaías: purificaos en las aguas de la peni-

tencia: *Mundi estote* (a): quitad de mis ojos la corrupción del corazón y los pensamientos de iniquidad que le devora: *Auferte malum cogitationum vestrarum*. Entonces oiré vuestros ruegos, me daré por vencido, y si reclamase mi justicia, argüidme, reconvénidme con mi palabra: *Venite, et arguite me*. Sabido es que una misa que se manda decir por las almas del purgatorio las alivia, aunque el que da la limosna no esté en gracia, porque Cristo es el que sacrifica. Veamos ahora cómo podemos ocurrir á nuestras necesidades por la Bula de composición.

¿Qué abusos tan perjudiciales en el uso de esta gracia, y qué vulgaridades las que se tienen por dogmas! Guardaos de creer á todo espíritu. No creais á aquellos que os enseñan que pueden componerse con la Bula los bienes que tienen dueño conocido, ó porque vive, ó porque dexó herederos que representan sus derechos. No creais á los que dicen que se puede usar de ella sin haber hecho exáctas diligencias de las personas á quienes sois responsables, ó de sus herederos. Ni menos creais á los que piensan que sufraga la Bula de composición á aquellos que confiados en ella, ejecutan estos disfrazados latrocinios. Estas son doctrinas seductoras opuestas á la letra y espíritu de la Bula, como lo declara el Sumo Pontífice. ¿Pues qué, había de servir este santo rescripto para velo de iniquidad? ¿Para fomento de vuestra avaricia? ¿Para opresión y ruina del legítimo Señor? No pensemos así. Quando hay legítimo dueño, y no se han hecho prudentes diligencias para encontrarle, no sirve la Bula de composición; ni se concede esta gracia al que con sacrilega confianza en la Bula comete semejantes in-

(a) Isai. cap. i.

justicias. En este caso, aunque no se halle legítimo dueño, todo debe entregarse á la Cruzada. Esto es claro. Concluyo con la última disposicion, que es orar por los fines que prescribe la Bula, para que nos sufraguen sus gracias.

¿Y qué fines son estos? La misma Bula los expresa. Quiere la Iglesia nuestra Madre, que para participar de las indulgencias que os concede, oreis, y oreis con fervor y espíritu por la paz y union entre los Principes Christianos, la victoria contra los infieles y la exáltacion de nuestra fé. Practicad todas las diligencias á que os he exhortado: si no orais, ó vuestra oracion no lleva el objeto y el motivo que os pide la Iglesia, no ganareis indulgencia alguna. Porque ello es, que para participar de qualquiera gracia debeis practicar á la letra las diligencias que exige, y esta oracion es el alma de todas las diligencias que prescribe la Bula, es la que mueve é influye en todas las demas. Convenís en esto conmigo. ¿Y convenís igualmente en que vuestra oracion debe ser llena de fuego, de espíritu y de fervor? Todo lo perdeis si no pensais así. La Iglesia no quiere conceder á los espiritus tibios y flojos las gracias que estan destinadas para el fervoroso y diligente. Sus indulgencias son unas limosnas santas en que no tiene parte el pobre que no las busca con diligencia: son parecidas á aquel maná que caía del cielo. Si venís solo á recogerle para hacer una provision que ponga á cubierto vuestra pereza, dispensandoos del trabajo de madrugar cada dia para cogerle, se corromperá, se pudrirá, y este regalo del cielo será para vosotros un olor de muerte, y un castigo mas presto que una gracia. Es necesario que oreis con el ardor con que un soldado, con las armas en la mano, defiende la religion en esta guerra santa, al mismo tiempo que un bárbaro blasfema

de la religion, un infiel pisa la sangre de la alianza; pero de la ruina de este atrevido pende la gloria de la victoria. Por falta de este fervor puedo decir á un pueblo numeroso, que solicita las gracias de la Bula, lo que un Profeta á los Judíos: *Seminastis multum, et intulistis parum; comedistis, et non estis satiati: operuistis vos, et non estis calefacti*. Sembrais mucho practicando las diligencias que requiere la Bula; pero habeis recogido poco fruto: habeis comido del pan de vida; pero éste ha sido para vosotros un bocado de muerte: os habeis cubierto con la lana del Cordero que quita los pecados del mundo por las indulgencias que comunican un vestido doble de los méritos de Jesuchristo. Pero esta vestidura no os ha acalorado: os prometiais mucho lógro; pero os ha sucedido lo que al negociante, que despues de haber vendido con utilidad, depositó las ganancias en un saco roto, y todo lo perdió. Pensabais con las visitas de altares, y con vuestras oraciones ganar en toda su extension las indulgencias plenarias de la Bula; pero han venido á ser para vosotros escasísimas, puramente parciales, y á veces sin efecto alguno. ¿Y por qué? Porque no habeis correspondido á la intencion del Vicario de Jesuchristo. Pide poco, pero se ha de hacer bien, con devocion, con espíritu y con fervor: y á proporcion de vuestra devocion lograreis la virtud preciosísima de las indulgencias que franquea la Bula.

Es verdad que para ganar estas gracias basta referir en general vuestra intencion á la intencion del Sumo Pontífice que concede la Bula. Pero decidme, ¿podrá el espíritu entrar en fervor con una oracion en globo, y sin hacer un perfecto analisis de los trabajos de la Iglesia? Mucho temo que de este principio nace la languidez de vuestras oraciones, y el ningun efecto de las indulgencias. ¡Oh!

y si quando os poneis ante el altar, advirtierais por menor la impiedad de los Antiochos, Heliodoros y Nabucos, que presentan guerra á la Iglesia; la desolacion de tantas iglesias que han hecho en otro tiempo el decoro del christianismo; la multitud de impios que se burlan de nuestra religion, de infieles que la ignoran, de hereges que la combaten, de malos christianos que la deshonoran. Entonces advertiriais las lágrimas que saltan de los ojos y desfiguran el rostro de la bella Jerusalem, tomariais parte en sus trabajos, animariais vuestra fé, se encenderia vuestra caridad, y vuestra oracion respiraria incendios y llamas.

¿Y quién sabe si del fervor de vuestra oracion depende que Dios disipe los enemigos de la Iglesia, como el viento disipa el humo, y la restituya los dias de su alegría y de su gozo? Lo cierto es, que la oracion fervorosa es poderosísima para atraer las misericordias del Señor quando en los momentos de su ira pone su arco en manos de los hombres para castigarnos (a). Moysés por la oracion consiguió la derrota de los Amalecitas (b): Ezequías se vió libre de las amenazas de Senachêrib: el pueblo de Betulia de las tiranías de Olofênes. Oid como se explicaba en tiempo de la famosa Judith el Sacerdote Eliaimi: sabed que el Señor escuchará nuestros ruegos, si permanecemos en ayuno y en oracion en su presencia: *Scitote quoniam exaudiet Dominus preces vestras, si permanseritis in jejuniis, et orationibus* (c).

Entremos en estos sentimientos christianos, é instruidos en lo que es la Bula de la Cruzada, qué bienes nos traiga, y qué disposiciones requiere, le-

(a) Exod. c. 17. v. 9. (b) Ezeq. 1. Reg. cap. 19.

(c) Judith. c. 41.

vantemos las manos al cielo para recibirla con respeto, con reconocimiento y con deseo de aprovecharnos de ella: recibámosla con un profundo respeto: ella es una aplicacion de la sangre de Jesu-christo. ¿Con qué veneracion no hubieramos recogido las gotas de esta sangre adorable quando la derramaba por nosotros en el monte de sus dolores? ¿Y nos descuidaremos en los medios de que se sirve su misericordia para aplicarnosla? Recibámosla con reconocimiento. Ella es un socorro de que Dios nos provee, para que paguemos nuestras deudas. Si de parte de Dios anunciase un Angel en el infierno que les era concedida semejante remision, ¿quáles serian los excesos de alegría de aquellos réprobos! Quizá nosotros la habremos merecido menos que algunos de ellos; no obstante se nos concede pagar tan á poca costa nuestras deudas. Recibámosla con deseos de aprovecharnos con un corazon contrito y humillado. Hagamos aquel sacrificio de justicia que debemos ofrecer al Señor para esperar sus misericordias. Entreguémosle el corazon, trabajemos para conseguir por este medio nuestra santificacion en la vida, y la gloria en la muerte.

SERMON XIV.

DE LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

Mittam omnes plagas super cor tuum.

Exod. cap. 9. v. 14.

Afligiré tu corazon con todos los trabajos.

Dios eterno, Dios santo! fuiste soberanamente justo y digno de nuestras adoraciones, quando en el exceso de tu indignacion y de tu cólera hiciste esta terrible amenaza contra un Rey, que será en todas las edades el escándalo del mundo, Rey impío, injusto, homicida, obstinado, y aun el mas obstinado de los Reyes: yo descargaré todos los trabajos sobre tu corazon: tu corazon solo experimentará todos los azotes, que repartidos han puesto horror y espanto á todo Egypto. Pero en verdad, que son un abismo tus juicios quando descarga sobre el corazon de aquella angustiada muger un diluvio de aflicciones, capaz de acabar de un solo golpe con la vida de todas las criaturas, si se repartiera en todas ellas, segun la juiciosa sentencia de San Bernardino de Sena.

Faraon fué un Príncipe soberbio que se propuso desconocer tu soberanía, y sacudir el yugo de vasallage, debido á tu suprema dominacion: María, la Santísima Virgen, es aquella criatura que se conoció esclava, y vil insecto de la tierra entre la abundancia misma de gracia con que la favoreció

tu diestra poderosa. Faraon fué un monstruo enemigo de la humanidad, no menos que blasfemo de tu santo nombre: la amabilísima María ha llenado la tierra de sus virtudes, y suben hasta tu trono los perfumes que exhála su espíritu abrasado en amor á Dios y al hombre. Faraon indócil á tu voluntad, intimada por medio de Moysés, impidió á tu pueblo que te ofreciese víctimas en la soledad, multiplicó sus cadenas, é hizo insoportable su servidumbre: la grande María ha sido mas conforme que Abraham á tu divino beneplácito: ella misma, como heróica Sacerdotisa, hubiera puesto en la Cruz al hijo de su amor, si hubieras fiado á sus manos el sacrificio doloroso.

¿Por qué pues, Señor, equivocas en las aflicciones á tu esposa María con el reprobado Faraon? ¿Por qué te has mudado para ella en un Dios de crueldad? ¿Por qué propinas al delinquente, y al justo un mismo cáliz de amargura? ¿Qué digo, un mismo cáliz? El de Faraon no fué sino un rio de hiel y agenjo, y el de María es un mar, cuyo seno no se puede ver ni medir su inmensidad.

Descarga, Señor, tu pesado brazo sobre ese Príncipe impío: él ha puesto en tus manos el arco para que dispares tus saetas empapadas en indignacion: humillale con peste devoradora: truenos espantosos intimiden su corazon: una lluvia impetuosa de granizo, de que no tenga memoria Egipto desde su fundacion hasta el presente dia, asole desde el hombre hasta el jumento: si resta aun planta verde, consumala el diente roedor de la langosta: no amenaces, dispon el golpe decisivo de tu cólera: muera su propio hijo: justo es que todos los trabajos se acopien sobre ese infiel corazon: *Mittam omnes plagas in cor tuum.* ¿Pero con María ha de executarse á la letra, y aun en mas doloroso sentido

esta terrible amenaza? No, Dios justo, no observes con ella esta conducta afligidora. Si es la obra principal de tu diestra, piensa sobre ella pensamientos de paz, y no de aflicción: si es tu esposa, no le seas un esposo de sangre, llamala al Puerto de los aromas, y no á la cueva de los leones: si es tu hija querida, no escribas contra ella amarguras.

Afuera pensamientos inútiles: mi corazón, sin duda, me ha dexado sorprendido con las angustias de esa dolorosa hija de Sion. ¿Con que habia de ser sacrificada en el altar de la Cruz esa paloma inocente y sin mancha, segregada de los pecadores, y mas elevada que los cielos? Y la otra que era inseparable del sacrificio, segun el precepto de la ley, ¿no habia de teñirse en sangre, y padecer igualmente? ¿Con que el Hijo habia de ser el objeto del furor del Padre, y la Madre no habia de tener parte en sus tormentos? Adoremus los juicios del Señor, que si no perdonó á su propio Hijo, tambien llenó de amarguras á la Madre, sin otra diferencia que haber padecido Jesuchristo en su propio cuerpo, María en el corazón: Jesuchristo por la justicia del Padre, y barbarie del Judaismo; María por la participacion de los dolores de la Pasión de su Hijo. Estas son las llagas afligidoras que son como el compendio de todas las aflicciones, y nos la presentan á nuestra contemplacion la madre mas afligida, la muger mas desconsolada. Dos reflexiones en que debe tomar partido nuestro corazón. Madre la mas afligida; ¿y por qué? Porque es testigo de los tormentos del Hijo. Muger la mas desconsolada: ¿y por qué? Porque el Padre le ha cerrado todas las puertas al consuelo.

PUNTO PRIMERO.

Si fiais al juicio de los ojos la idea que debeis formar de los dolores de María, extrañareis que yo sostenga, que sus tormentos fueron semejantes en la acerbidad á los del Hijo. Me preguntareis en verdad: ¿dónde están los azotes? ¿Las espinas? ¿Dónde aquella profunda agonía en que entregó el espíritu á su Padre? No me arguyais así. La Santísima Virgen no recibió heridas en el cuerpo, no derramó sangre, ni menos sufrió la muerte. Solo el hombre Dios, segun el lenguaje de Isaías, cargó sobre su cuerpo con el peso de nuestros pecados, derramó su sangre preciosísima, porque solo él podia satisfacer condignamente á Dios irritado contra el pecador. ¿Mas qué? ¿No podré decir del dolor lo que escribió del deleyte el Padre San Agustin? *An habent corporis census voluptates suas, et animus deseritur voluptatibus suis?* Tienen los sentidos del cuerpo sus propias delectaciones: ¿y se ha de privar de ellas el espíritu? ¿Qué, no hay mas dolor que el exterior que traspasa la carne, como agudas espinas? Hay dolor interior que es la angustia, que aflige al hombre en la porción mas noble, en el espíritu. Tal fué el dolor de María, dolor interior, dolor del alma. Vendrá tiempo, le dixo el santo viejo Simeon, en que traspasará tu alma un profundo dolor, al modo de una espada de dos filos: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* (a). Entendedlo, dice el Santo Obispo Paulino (b), que no anuncia Simeon dolores á la carne de María, sino á

(a) Luc. cap. 1. (b) S. Paulin. epist. 50.

su tierno y afectuoso espíritu, que dominado de amor y piedad á su hijo moribundo, sintió tanto mas vivamente las impresiones del dolor, quanto el acero, impelido con impulso, profundizó las heridas en el Hijo.

¡O corazon, ó corazon angustiado! Tú te sentiste en el Calvario embestido del mayor dolor, de que es capaz una pura criatura. El puñal que te traspasó medio á medio, fué aquel que hizo romper de sentimiento los peñascos, obscurecerse los cielos, abrirse los sepulcros, y llorar amargamente á los Angeles de paz. La presencia de Jesus agonizante fué el cincel penetrante que grabó en tí, si me es lícito decirlo así, la viva y sangrienta imagen de los desapiadados estragos que padecia el Redentor en su cuerpo. Entónces fué, segun el pensamiento del Abad Ruperto (a), igualmente célebre por su piedad y su doctrina, quando te mostraste propiamente lirio entre las espinas; porque entrando al corazon por los ojos las penas de tu amado, y penetrándolas la mente con toda la viveza de que es capaz, venia el alma á sentir los tormentos, como si de hecho ella fuese herida con los azotes, traspasada con las espinas, y clavada en el duro leño de la cruz.

¡Qué feraz es la imaginacion para producir angustias si se la presenta un objeto doloroso! ¡Qué desapiadada, qué cruel! Ella atormenta, angustia, produce deliquios de muerte, y es capaz de dividir el espíritu del cuerpo si una fuerza superior no la sostiene. Corred el velo al dolor de Jacob á vista de la ensangrentada túnica de Josef: al dolor de Jeremias, previendo las calamidades que habia de padecer la ingrata Jerusalem. Traed solo á la me-

(a) Abad Rup. lib. 1. in cant. cap. 1.

moría las angustias del Salvador en el huerto. Hablaba de su pasion inminente con el Padre. ¡Ah! que en el acto en que ora con instancia mas fervorosa, cae enagonia de muerte: su cuerpo se cubre de un sudor de sangre que forma como una especie de arroyo: *Sicut gutta sanguinis decurrentis in terram* (a). Yo no veo en el huerto azotes, espinas, cruz, ni aquellos instrumentos de que se armó contra el hombre Dios la rabia y odio de los hombres. Es verdad; pero le aflige la idea de sus cercanos trabajos, y esta aprension sangrienta le abre las venas, y le presenta lleno de heridas desde el pie hasta la cabeza, y hecho un varon de dolores: *Vir dolorum* (b). Volved del Hijo á la Madre. ¡Muger afligidisima! ¿qué concepto formaré de tu dolor? La imaginacion sola de sus trabajos abatió á la misma fortaleza. ¿Qué no haria en María, que aunque muger fuerte por excelencia, era al fin criatura, era Madre de un Hijo á quien veia padecer con tanta inhumanidad? El Evangelista nos la representa como testigo del mas sangriento espectáculo. Miraba en el Calvario á ojos claros obscurecida la belleza del mas hermoso de los hijos de los hombres, herido y humillado al hombre Dios, despedazado con mil llagas profundas, y cubierto de sangre. ¡Ah vista amarguísima! Ella imprime en el corazon de esta muger de dolor la imagen despedazada de su amado Jesus, con caracteres vivos, penetrantes, activos, y por consiguiente fué penetrado aquel corazon, no solo de los tiernos sentimientos de Jacob quando deseaba descender al infierno para llorar sobre Josef despedazado por una fiera inhumana: se llenó la Virgen de amargura, embriagada con axenjo como Jeremias al contemplar á Jerusalem desola-

(a) Luc. cap. 22. v. 44. (b) Isaia cap. 58. v. 8.

da, sin templo, sin altar, sin sacrificios, sin Rey: el dolor de María fué mas completo, y solo tiene simil en el dolor de Jesuchristo: sintió que su corazón era el blanco de las saetas, que animadas con fuerza omnipotente, herian la carne de su Hijo: *Posuit me quasi signum ad sagittam* (a); y que si las saetas de la crueldad hacian el mas inhumano estrago en el cuerpo de Jesuchristo, retrocedian hacia ella sin perder su impulso, y le traspasaban hasta los riñones: *Misit in renibus meis filias pharetræ suæ* (b). ¡Quién tuviera una vista perspicaz para registrar con San Gerónimo (c) en el corazón de María esculpidos los azotes, las espinas, los clavos, y quanto inventó la barbarie del judaismo para que fuese un prodigio de dolor en la pasión del Salvador!

Es verdad que no sudó sangre esta señora; ¿pero acaso no fué por eso excesivo su dolor? Jesuchristo permitió este desahogo á su amor para autorizar, dice el Padre San Bernardo, que venia á lavar con lágrimas de todo el cuerpo las manchas de los pecados de todo el cuerpo místico de su Iglesia. El dolor no concedió á María este pequeño desahogo. Reconcentrado todo en el corazón la niega la efusión de una sola lágrima, no la permite exhalar un solo suspiro, padece una especie de agonía que la priva hasta de las facultades para quejarse. Su corazón sufre todo el ímpetu de una pena de primer orden que no encuentra puerta para desahogarse. ¿Habeis visto un vapor fogoso que encerrado en las entrañas de la tierra busca por todas partes su libertad, y no hallando como desahogar sus incendios se acalora, se inflama, y reuniendo

(a) Thren. cap. 3. v. 12. (b) Ibid. v. 13.

(c) S. Hier. serm. de Assump.

do contra sí todo su ardor, estremécese la tierra, sacude los montes, y produce estragos capaces de infundir pavor? Otro tanto executó el dolor en el corazón de nuestra amante Madre, encarcelado en sus bóvedas, y privado del desahogo, de sollozos, gemidos y lágrimas. Ved ahí por lo que la contempla San Bernardo apenas con alientos de vida, agonizante como el Salvador, y como añade San Buenaventura, herida con mil saetas empapadas en la hiel del Calvario.

Aun no habeis oido lo que mas acredita el dolor de María, de máximo entre los dolores despues del de Jesuchristo. Aun no hemos vadeado sino un brazo de este mar inmenso de aflicción, como le llama Jeremías: *Magna est velut mare contritio tua* (a). El Sabio dexó escrito que á medida del conocimiento de las bellas qualidades del objeto afligen sus desgracias: *Qui addit scientiam, addit, et laborem* (b). ¡O buen David! Yo te veo abandonado al sentimiento: ¿qué aflige tu corazón? ¿qué? Saber que Absalon, aquel hermoso jóven de Israel, aquel cuyos cabellos arrebatában la atención de las hijas de Sion, queda pendiente de un árbol atravesado con tres lanzas, y muerto ignominiosamente en la batalla. ¡Desmayada comparacion! ¿Qué simil hay entre las bellas qualidades de Jesuchristo, y el ingrato Absalon, y entre el conocimiento de María y el de David? La Santísima Virgen conocia á mejor luz con mas claridad que los hombres y los Angeles, que el objeto de las iras del judaismo era aquella belleza que llama San Agustín siempre antigua y siempre nueva. Su espíritu penetra la dignidad infinita de su persona, la inocencia de su alma, el esplendor de su virtud, la amplitud

(a) Thren. cap. 2. v. 13. (b) Eccles. cap. 1. v. 18.

de su beneficencia, y su abrasado amor para con el hombre; y de aquí la correspondencia que era debida á su amor y el trato á que era acreedor su mérito. Pero todo lo mira al contrario: vilipendiada la magestad, hecha el oprobio de los hombres, y el desprecio de la plebe: sentenciado á muerte, y clavado en la cruz como impío malhechor al Justo por excelencia. ¿Qué dolor para María ver las bellas cualidades de su Hijo mudadas en vilipendios y desprecios? Su luz, su conocimiento era como el rayo que tanto mas se presenta terrible, y hace mas estragos, quanto es mas vivo, mas resplandeciente el fuego que le compone: con mas razon que David pudo esta Madre del conocimiento y del amor hermoso ofrecerse á la muerte por librar de la cruz al Hijo de su corazon, y exclamar en el exceso de su dolor: ¡O Hijo mio Jesus, y si me fuere permitido morir por tí en ese leño para salvar tu vida! *Filii mi Jesu*, como se explica San Bernardo: *Qui mihi det, ut ego moriar pro te*. Sin duda fuera esto un lenitivo para el dolor de María; pero el cielo conserva su vida para que en una agonía continuada muera mil veces en cada instante.

Unid á este conocimiento de las bellas qualidades de Jesus el amor de María á este Hijo amable de su corazon. ¿Quién podrá formar cabal idea de su amor? Madre: he ahí el fondo del amor mas vivo, mas tierno, mas afectuoso, y por consiguiente el principio del dolor mas penetrante. No os sorprendais, escribe San Ambrosio (a), al ver que la muger del Zebedeo pide con importunidad las primeras sillas para sus hijos. Confieso que su súplica fué imprudente. Pero al fin ella era madre: *Ma-*

(a) S. Ambr. de fide ad grat. lib. 5. cap. 2.

trum cogitate. Pedia á proporcion del amor que animaba su corazon. ¿Queréis pues concebir el amor de María á Jesuchristo? *Matrem cogitate*. Acordaos de que era Madre, y Madre de corazon tan amoroso y el mas racional en sus afectos hacia un Hijo el mas bello, el mas sabio, el mas hermoso de los hijos de los hombres, como se explica la Escritura, y á quien el alma de la Madre estaba estrechamente unida, y hacia como una sola alma con el corazon del Hijo, segun la doctrina de San Lorenzo Justiniano (a). ¿Quales serian los afectos y los deseos del corazon de esta Madre? Afectos y deseos tanto mas fervorosos, tanto mas probados quanto mas unian la fé y la razon con el amor. Se aflige, se consume, se aniquila aquel corazon grande, á fin de que Jesuchristo fuese conocido por el Mesias esperado, que fuese oida su doctrina, imitados sus exemplos, obedecidos sus preceptos, y que el pueblo dócil practicase con él los oficios de obsequio y sumision que por tantos titulos le eran debidos.

Deseos razonables, deseos prudentes, pero impedidos y frustrados; porque ¿qué mira María en el Calvario sino un teatro funesto de ingratitud, de oprobios, de blasfemias é impiedades? ¡Oh! ¿Y con qué dolor volverian contra un corazon lleno de amor estos afectos? ¿Con qué violencia heririan aquella alma, y penetrarian el afectuoso espiritu de María? ¿Le heririan con el dolor que sufrió aquella buena madre que pretendia su hijo en el juicio de Salomon (b) viendose atropellada, y frustrados sus deseos por una madre aparente? ¿La amargarían en el alma con la hiel que inundó el corazon de la va-

(a) S. Laurent. de Christ. agone, cap. 18.

(b) 3. Reg. cap. 3. v. 26.

lerosa madre de los Macabeos (a), mirando á sus hijos despedazados por la crueldad del Rey Antioco, y privado su seno de aquellos pedazos de sí misma? ¿La afligirían como á la Sunamitis (b) quando vió morir entre sus brazos aquel hijo por cuya salud ansiaba, y cuya vida había pedido con tantas lágrimas?

Pero los afectos, dice el Padre San Agustin (c), que formamos para nuestro interes, podemos formar idea de los del corazon de quien ama. Nos alegramos si el objeto del amor se ve libre de trabajos, tememos que cayga en ellos, que perezca, que se aflija, y nos abandonamos al dolor si le vemos padecer. Esta es la índole del amor, dice este Padre del siglo IV; quando desea conseguir es apetecer con ansia, quando goza del objeto es alegría, quando huye del mal que le es molesto es temor, y quando cae en lo que aborrece y siente sus golpes es tristeza. Discurrid de la Santísima Virgen sobre este fundamento: ¿qué amor mas fervoroso que el suyo para con el Hijo? ¿Quién deseó mas sus felicidades? ¿Quién aborreció mas sus trabajos? ¿Pues quién sentiría mas verle en tan lamentable estado? Clavado en un suplicio de oprobrio. ¡Ah! Hijo mio, le diría la angustiada Madre, ¿quién te ha puesto en tan lastimoso estado? ¿Una corona de espinas se ha seguido á una corona de gloria? ¿El trono de tu Magestad se ha mudado en una cruz? ¿La púrpura de tu vestido son profundas y penetrantes heridas? ¿Con que has de morir, Hijo mio, con muerte tan ignominiosa? Una espada que por dos partes le hiere el corazon y le traspasa el alma, no la dexa arbitrio para articular mas expresion: su lengua mori-

(a) 2. Machab. cap. 7. v. 41. (b) Reg. cap. 4.
(c) S. Aug. lib. 4. de Civ. Dei, cap. 9.

bunda enmudece; pero el corazon en alas del amor vuela á la cruz para arrebatarse á su Hijo sus dolores. Así la contempla San Epifanio como una copia perfecta sacada del original de su Hijo, como una imagen moribunda y crucificada con su amado: *Cruciformis*; y el devotísimo San Bernardino de Sena la contempla no tanto al pie de la Cruz, quanto clavada con los mismos clavos del Hijo en la Cruz: *Non solum in cruce stabat, verum etiam in cruce pendebat* (a): fuera de sí misma, porque se había transformado en los dolores de su amado: *In se nihil remanserat, tota commigraverat in dilectum*. Frases expresivas y vivas; pero que aun todavia no dan justa idea del martirio de María. Me parece que en la misma Cruz de Jesuchristo no hubiera padecido tanto; porque padecer en compañía de la persona que se ama, sirve de algun consuelo: y en este caso la esperanza de una cercana muerte hubiera mitigado en parte su dolor. Convengamos en que el dolor de María es un misterio, y que no hay expresiones para pintar la mayor afliccion que jamas se vió en el mundo. Y en este estado, ó dolorosa Madre, ¿quién podrá dar algun consuelo á vuestro espíritu, y aplicar remedio á vuestros males? *Quis medebitur tui* (b)? ¡Ah! tu llaga es incurable; porque si sois el blanco de los tormentos del Hijo, lo sois igualmente de los desamparos del Padre. Este era el segundo pensamiento, renovad vuestra atencion.

(a) S. Bernardin. serm. 51. pant. 2. art. 1. cap. 3.
(b) Thren. cap. 2. v. 13.

SEGUNDO PUNTO.

Isaias, el Profeta mas ilustrado acerca de los misterios del Calvario, se figura en un santo entusiasmo una nave despedazada, sin velas, sin remos, sin timon, embestida de furiosos aquilones, agitada de recios uracanes en medio de un tempestuoso mar, y como sorprendido exclama: pobre nave, quién te socorrerá? ¿De dónde te vendrá consuelo si te hallas sola, y entregada á la furia de un elemento enemigo? *Paupercula tempestate convulsa absque ulla consolatione* (a). ¿De quién es este retrato tan vivo? ¿A quién representa esa nave en borrasca sino á la afligidísima Maria al pie de la Cruz de Jesus su Hijo? ¡O tempestad deshecha la que levanta en el Calvario la crueldad de los Judios! Unas olas suceden á otras olas: brama el mar, y levanta sus aguas hasta las nubes; destrozan, despedazan la inocente carne de Jesus hasta desfigurarle, y no dexarle forma de hombre, como lo habia vaticinado un Profeta: *Non est species ei, neque decor*. Parece un leproso herido de la mano de Dios: el cuerpo lleno de llagas, ó por mejor decir, todo él no era sino una sola llaga; y como si fuera poco, que se abrieran en él profundas y penetrantes heridas, las aguas de la angustia afligen su espíritu hasta obligarle á clamar y representar al Padre su afliccion: *Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam* (b). En tan deshecha borrasca naufraga aquella nave que nos traxo de léjos el pan de la salud. Penetran las olas de la tribulacion ese triste barquillo, le cubren, le inundan, ya es preciso preguntar con el devoto San Buenaventura: ¿dónde está

(a) Isai. cap. 54. v. 11. (b) Psalm. 68.

la triste Maria? *Quero Mariam*, y responder con el mismo que no se encuentra en el Calvario, porque se ha transformado en los clavos, espinas y cruz: *Quero Mariam, et invenio clavos; quero matrem Dei, et invenio spinas quia in ista conversa est*. Aquel suavísimo corazon de amor y de dulzura se ha convertido en corazon de dolor: ya no es corazon, sino hiel amarga y axenjo: *Non est cor, sed fel amarum, et absintium*. ¡Dolorosa Madre, quién te consolará, quién te dará la mano en tan deshecha afliccion! Tu hijo abandonado, agonizante, herido y lastimado, ¿quién hablará á la desconsolada Madre una sola palabra de consuelo? Pobre Madre, pobre Madre, te ves abandonada, y sigues la misma ruta que el Hijo: él morirá al golpe de trabajos y desastres inhumanos, y tú serás espectadora de sus dolores y su muerte sin hallar alivio ni consuelo: *Paupercula tempestate convulsa absque ulla consolatione*.

Si, devotos fieles, el cauce inagotable de las misericordias del Eterno se ha cerrado para Maria, está tan desamparada como el Hijo, y su dolor es irremediable. Las antiguas alegrías, aquellas palabras dulces, aquellos ósculos de amor con que la trataba como á Esposa, han desaparecido como el tabernáculo que se levanta para una sola noche, y la ha rodeado de hiel y de trabajo: *Circumdedit fele et labore* (a): el dolor la aguarda en la espesura del Calvario como el oso que pone asechanzas, y como el leon que se esconde en la cueva para asegurar la presa: *Ursus insidians factus est mihi: leo in absconditis* (b). No sé si diga, que Dios dispara saetas contra la triste Madre de Jesus, como si él fuese su enemigo: *Tetendi arcum suum, quasi inimicus*.

Jesuschristo en la cruz es rodeado de furiosos

(a) Thren. c. 3. v. 5. (b) Ibid. v. 10.

y carnívoros leones, que rugiendo al rededor intentan devorarle. María, qual otro Jacob, llena de amor, quisiera encontrar una mano poderosa para curar las profundas heridas que abren los dientes envenenados de aquellas fieras pésimas. Clama en el día y en la noche de su aflicción: pero no es oída, antes se abren cada instante mas ríos de sangre que corren de aquel bendito cuerpo, y bañan mas el corazón de María, que la misma tierra: *Clamabo per diem, et non exaudies*: en vano representa su aflicción: *Vide Domine quoniam tribulor*: su espíritu rebosa con las aguas del dolor, no resta lugar vacío para mas amargura: *Subversum est cor meum, quoniam amaritudine plena sum* (a). Pero aquel Dios que preparó una viuda caritativa para socorro del perseguido Elías: un Etiope que amparase á Jeremías maltratado de sus compatriotas: un Rey extranjero que auxiliase al fugitivo David, cierra sus oídos á los clamores de María, la desampara, la abandona, y se la muestra enemigo: *Tetendit arcum suum, quasi inimicus*.

La dolorosa María oye blasfemias contra el santo nombre de su Dios: sus ojos son testigos de las inmundas salivas que arrojan á aquel rostro en que se miran los Angeles: sus enemigos ensorbercidos y furiosos pasan delante del Dios terrible con irrisión y befa; le zumban, le silvan, le dan palmadas, y preguntan burlándose: ¿es este el Mesías prometido? Nosotros le devoraremos al modo que las hambrientas fieras, quando ensangrientan sus dientes en la humilde presa. Los soldados dice San Cirilo (b), á presencia de la madre, despedazan con triunfo y risa los vestidos del Redentor. ¿Quién podrá ponderar, dice el Padre San Anselmo (c), el

(a) Thren. c. 7. v. 20. (b) S. Ciril. lib. 12. in Joan. c. 33.
(c) S. Ans. de compat. vir.

dolor de María á vista de tan desmedidos desacatos? Como otra Jerusalem pide auxilio en los días de su calamidad: suspira para que el cielo envíe el remedio que la tierra le niega; pero el Dios terrible que envía fuego del cielo que abrasase á los mozelos que motejaron al Profeta: que da permiso á la muerte para que acabe con Oza por haber sustentado el arca con mano temeraria: que toma venganza de Antioco por haber profanado el Santuario: este Dios de venganzas envaina la espada para no castigar á los profanadores del Dios del Templo, del Dios del Arca, del Dios de los Profetas: dexa padecer al Hijo, no menos que á la Madre: no oye sus súplicas, recibe sus clamores como enemigo, y multiplica sus saetas afligidoras: *Tetendit arcum suum, quasi inimicus*.

Un dolor se sigue á otro dolor: una lánguida voz sale de la cruz, el Salvador clama: *Sed tengo*. ¡Qué cuchillo tan penetrante para una Madre, que con mas ardor que David desea poder refrigerar las adustas fauces del Hijo de su amor fatigado, y sediento en la lid del Calvario! Si Agar no tuvo corazón para ver á su hijo agonizante al golpe de una sed consumidora, y le abandona por no verle padecer, *non videbo morientem puerum*, ¿quál estaria el alma de María mucho mas amorosa que la de la criada de Abraham mirando á un hijo digno de mayor compasión, y en angustia superior á la de Ismaél? Se consume su corazón de dolor, dice San Bernardino, vuelve los ojos al cielo tan fecundo de lluvias en ocasiones menos oportunas; pero le halla de bronce: Dios mismo que envió un Angel para que descubriese á Agar un pozo de agua; que obró igual piedad con Elías en el torrente *Carith*, y con Manasés en la fuente de Siloé, este mismo opone una densa nube entre el cielo y la tierra para que

320 . . . SERMON XIV. . .
 no se oigan los clamores de María: *Opposuisti nubem tibi, transeat oratio* (a). María está abandonada al dolor, el Padre Eterno la mira como enemigo: *Tetendit arcum suum, quasi inimicus*.
 201 Acerquémonos al último espectáculo del dolor. La palidez, el caimiento se dexan ver sobre el rostro del Redentor. La muerte, el golpe decisivo de la muerte se presenta con todo su funesto aparato: el Hijo agonizante mira por la última vez á aquella dolorosa Madre anegada en un mar de amargura, y sus ojos casi apagados van á acabar de morir para ella. ¡Quáles serian las reciprocas miradas de María Santísima y su Hijo que agoniza! ¡Qué dolores y secretos serian los testimonios de su reciproco amor en esta triste separacion! ¡Qué espada de dolor atravesaria entonces el alma de aquella afligida Madre! ¡Qué sacrificio, gran Dios, exiges de tal Hijo y de tal Madre! ¡Solo vos podeis declararnos el intenso dolor de aquel, y el sumo consuelo de ésta! ¡Ay, qué puro y santo es el incendio en que se abrasan; pero qué cruel! Jesuchristo envia por último hácia el cielo un fuerte clamor, espira y entrega á su Padre el espíritu, que de él habia recibido: *Inclinato capite tradidit spiritum*. Consumóse la grande obra de la reconciliacion del mundo. Amor, ¡oh amor riguroso é inflexible, ya no tienes mas que pedir á Jesuchristo, supuesto que ya no tiene mas que darte! Pero veo que ensangrienta su guadaña sobre el corazon de su tristísima Madre. Consumóse la pasion de Jesuchristo; pero puede decirse que ahora comienza la de María. ¡Ah, pérdida! ¡Ah, desamparo sin igual! Micas, lloroso Micas, enxuga tus lágrimas: no ignoro que un cuerpo de seiscientos hombres te ha

(a) Thren. c. 3. v. 44.

DE LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA. 321
 robado tus ídolos, á quienes adorabas como á Dios: *Deos meos, quos mihi feci, tulistis, et omnia, que habeo* (a). No obstante, tu pérdida es ninguna, comparada con la de María. Ha perdido un hijo, que por no tener padre, como hombre, era todo de su madre: ha perdido un padre á quien habia engendrado como madre, y que la habia formado como hija: ha perdido un esposo que era su amado, su amigo y el objeto de sus confianzas; ha perdido un Señor, á quien podia mandar, y el que la obedecia: ha perdido un tesoro, en quien estan encerrados los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios: todo lo ha perdido con perder la dulce sociedad y trato de Jesus, como lo reveló esta Señora á S. Genadio. ¡Qué criatura ha tenido pérdida semejante?
 Pero ni quién se ha visto en el desamparo de María? Noemí pierde á su esposo, la Sunamitis á su hijo, Josef á su padre, Ana á Tobias, David á Absalon: motivos poderosos para un sentimiento grande; pero aun les resta un motivo de consuelo: Dios está con ellos, Dios no los ha abandonado, y con este auxilio los carbones encendidos del infierno no serian tormentos, ni afligirian demasiado. Pero María ha perdido á su hijo, y parece que el Padre se ha olvidado de sus aflicciones: *Dereliquit me Dominus, et Dominus oblitus est mei* (b). Ella es con preferencia por quien se dixo con mas razon que por Jerusalén: mi abandono y mi dolor durará todo el dia de mi vida: *Posuit me desolatam tota die mæore confectam*. ¡Qué amargura!
 Y á quién te compararé, Virgen, hija de Sion, en el dia de tus desgracias? *Cui comparabo te filia Jerusalem?* El diluvio universal que inundó la tierra, y casi la reduxo á nada: una triste paloma,

(a) Judic. c. 18. v. 23. (b) Isai. c. 49.
 Tom VI. Ss

que no encuentra donde fixar el pie: Jerusalem empapada en la sangre de sus habitantes, rodeada de enemigos, las virgenes pálidas, el santuario sin culto, los Sacerdotes sollozando y gimiendo: todos los tormentos de los Mártires son una sola gota comparados con la amargura de María. En efecto, en el diluvio se acordó Dios de los hombres en medio de sus iras, y les preparó una arca de salud: la paloma enviada por Noé para ser testigo de las ruinas del mundo, volvió al fin con un ramo de oliva, señal de paz y de serenidad: Jerusalem vió renovados los días de su juventud: los Mártires en medio de los tormentos fueron consolados por el Señor con visiones y favores celestiales. ¿Y la afligida María? En la tierra no halla sino implacables enemigos, y en el cielo ve á su Eterno Padre airado y sordo á sus clamores: busca quien la consuele y no le encuentra: *Consolantem me quæsi, et non inveni*. Su dolor es semejante al mar, su desamparo no tiene semejante: *Magna est velut mare contritio tua*.

Hagamos una ligera reflexion sobre el entusiasmo de Jeremias, para dar la última idea del dolor y desamparo de la madre de Jesus: *Magna est velut gigas contritio tua*, como lee la paráfrasis de los Caldeos. Es decir, exceden las amarguras de María á las del resto de los vivientes, como el gigante excede á los pigmeos: el dolor de esta Virgen es un dolor gigante, dolor superior: *Magna est velut aqua calida contritio tua*, como vierte San Gerónimo. Es decir, los dolores del resto de los hombres son como el agua helada; el dolor de María es como el agua que hierve, que adonde toca la carne forma ampollas, abre úlceras, y profundiza la herida con dolor mas penetrante que los fuegos encendidos, porque penetra los poros con mas facilidad: *Magna est velut mare contritio tua*, como

lee nuestra version. Es decir, otros dolores son rios y fuentes; el de María es un gran mar. Y como las aguas de las fuentes y de los rios son dulces, y las del mar amargas; así otros dolores en comparacion de los de María debemos mirarlos como dulces: *Magna est velut mare contritio tua*; como todas las gotas del mar son amargas, así el dolor de María fué contrario declarado del consuelo. Como los golpes del mar no cesan de embestir los peñascos, así las amarguras de María no cesaron de combatir su corazon. *Magna est velut mare contritio tua*, como el mar reúne en sí todos los rios y fuentes, así María todas las aflicciones de los hombres. De estos unos lloran la pérdida de sus bienes, otros la ausencia de sus amigos, aquellos el honor perdido, estos la muerte de sus hijos. María llora á un tiempo á su Príncipe, su Esposo, á su Padre, su Hijo, y con él todos sus bienes: *Magna est velut mare contritio tua*. No hay quien pueda sondear los abismos del mar; y no hay entendimiento humano, ni angélico, que conciba dignamente los dolores y aflicciones de María. Es necesario concluir, que ella fué la madre mas afligida, la muger mas desconsolada.

¿Y quien la ocasionó estas amarguras, sino nuestros pecados, y los extravíos de nuestro corazon? Lloremos pues amargamente el origen de tantos males: consuélennla nuestras lágrimas, acompáñennla nuestros suspiros, y sea el bálsamo que cure sus heridas la contricion del corazon. Suplid, Madre afliccidísima, nuestra debilidad: socorred á los que os rodean en la amargura del Calvario: *Sancta Mater istud agas*. Te pedimos, por única gracia, que nos hagas sentir el cáliz de tu pasion. Si te hemos ofendido, hiere por justicia nuestro corazon; si hemos sido fieles, te pedimos por esas llagas con el espíritu que tu apasionado San Buenaventura: *Si te offendi*

pro justitia cor meum vulnera; si te servivi, nunc pro mercede peto vulnera. Para que penetrados de un vivo sentimiento de su muerte, muramos á nosotros mismos, al mundo y á todas las criaturas, para solo vivir en Jesuchristo. Amen.

DE SANTO TOMAS DE AQUINO.

Qui fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum.

S. Mat. cap. 5.

El que hiciere y enseñare será grande en el reyno de los cielos.

Los libertinos, los impíos, los falsos filósofos, esos monstruos de iniquidad que en todo tiempo ha vomitado el infierno, poseidos de un espíritu de orgullo y soberbia, no solo rompen osados las barreras de la razon en orden á las verdades naturales, sino que pretenden temerarios subir por sí solos á la altura de los divinos misterios y dogmas de nuestra fé: quieren remontarse con sus vuelos al inaccesible trono de la Magestad suprema, y se persuaden poder sondear con sus discursos lo impenetrable de los Sacramentos mas reconditos: claman por la libertad de pensar, califican de espíritus débiles y apocados á los que se rinden al parecer ageno, y establecen como un principio inconcuso, que la naturaleza nos dió el entendimiento para que en todas materias indaguemos con él lo cierto, sin prestar mas firme asenso á lo que no llegamos á comprender. Recurren al exámen y escrutinio sin seguir la autoridad de la Iglesia, aun en puntos de Religion; porque este rendimiento, dicen, es una baxeza indigna de los racionales, y aun mucho mas

pro justitia cor meum vulnera; si te servivi, nunc pro mercede peto vulnera. Para que penetrados de un vivo sentimiento de su muerte, muramos á nosotros mismos, al mundo y á todas las criaturas, para solo vivir en Jesuchristo. Amen.

DE SANTO TOMAS DE AQUINO.

Qui fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum.

S. Mat. cap. 5.

El que hiciere y enseñare será grande en el reyno de los cielos.

Los libertinos, los impíos, los falsos filósofos, esos monstruos de iniquidad que en todo tiempo ha vomitado el infierno, poseidos de un espíritu de orgullo y soberbia, no solo rompen osados las barreras de la razon en orden á las verdades naturales, sino que pretenden temerarios subir por sí solos á la altura de los divinos misterios y dogmas de nuestra fé: quieren remontarse con sus vuelos al inaccesible trono de la Magestad suprema, y se persuaden poder sondear con sus discursos lo impenetrable de los Sacramentos mas reconditos: claman por la libertad de pensar, califican de espíritus débiles y apocados á los que se rinden al parecer ageno, y establecen como un principio inconcuso, que la naturaleza nos dió el entendimiento para que en todas materias indaguemos con él lo cierto, sin prestar mas firme asenso á lo que no llegamos á comprender. Recurren al exámen y escrutinio sin seguir la autoridad de la Iglesia, aun en puntos de Religion; porque este rendimiento, dicen, es una baxeza indigna de los racionales, y aun mucho mas

agena de aquella sublimidad de ingenio que es como el carácter y distintivo de los hombres grandes.

Este es el tono en que se explican los falsos sabios, que con sus detestables máximas expresadas en un lenguaje culto y brillante, han llevado tras sí tanto número de incautos. ¿Mas qué son ellos si no unos ciegos, y guías de otros ciegos? ¿Qué son si no unos verdaderos necios á quienes ha deslumbrado su misma malicia, y á quienes el ímpetu de las pasiones mas feas y vergonzosas ha precipitado en los mas extraños desbarros?

Los verdaderos sabios son aquellos que reconociendo la debilidad y flaqueza de la razon humana, se someten con ciega obediencia á creer las inescrutables verdades á que no puede alcanzar su penetracion: aquellos que en sus especulaciones se proponen por blanco la santificacion propia, la edificacion de sus próximos, y la exaltacion del divino nombre: aquellos que sacrifican gustosos todas sus potencias, sus conocimientos y sus desvelos á la fé: aquellos á quienes no tanto ilustra la sublime doctrina, quanto ennoblece el exercicio de las christianas virtudes, y no menos las predicán con su recto proceder que con sus lecciones y enseñanza: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno celorum.*

Este complexo de circunstancias admirables formó á los Atanasios, Hilarios, Ciprianos, Cirilos, Naciancenos, Augustinos, y fué el mismo que hizo lucir tan magníficamente al esclarecido, al máximo al incomparable Santo Tomas de Aquino, cuya memoria renovamos hoy con el mas tierno júbilo, y cordial reconocimiento: un Santo que obró para enseñar, y un Doctor que enseñó lo mismo que ha obrado: santísimo entre los sabios, y sapientísimo entre los Santos, porque enlazó la mas alta cien-

cia con la mas heroyca perfeccion: que habiendo logrado las mas singulares prendas, el ingenio mas penetrante, la memoria mas feliz, la capacidad mas vasta, y adquirido por estos medios el dominio en todas las facultades, todo lo consagró á la Religion Católica, y de todo se valió para propagarla, mereciendo así que se hiciese su fama sobremanera plausible: filósofo verdadero, y teólogo exáctísimo, porque no ordenó la religion á su sabiduría, sino por el contrario, su sabiduría á la religion.

Este fué su mayor timbre, y todo el fundamento sobre el qual se elevó á la eminente dignidad de ángel de las escuelas, de xefe invencible de la christiana milicia, que por sí solo bastó para contrarestar al infierno entero, de un modelo de sabios, lleno como un rio de sabiduría, que todo lo bañó y fertilizó con su riego, de un sol que comunicó sus influxos hasta los mas retirados payses del orbe, de un oráculo de la ley, por el qual se aclararon todos los puntos tocantes á nuestra creencia, y llegó á ser el Doctor de los Doctores, y el sabio de los sabios. Este fué el fundamento de todos los elogios, que tan justamente le han tributado los Pastores de la Iglesia, los sagrados Concilios, las mas célebres Universidades, y los Teólogos mas famosos que han florecido desde su edad hasta nuestros tiempos, y por lo mismo será tambien el asunto sobre que formaré yo su Panegírico, el que dividiré en dos puntos: en el primero os mostraré que Tomás se santificó á sí mismo estudiando la ciencia de la religion en la práctica continua de todas las virtudes: *Qui fecerit.* En el segundo vereis que Tomás enseñó á los hombres lo que habia aprendido en el exercicio de las mismas virtudes: *Et docuerit:* dos partes de mi oracion.

Santísima Virgen, á vos dirijo mis ruegos, para

que me alcanceis de vuestro Divino Esposo los auxilios que necesito para hacer el elogio de un Santo, que tantas veces os formó Panegiricos, dignos de vuestra grandeza. Esta es la gracia que solicito, y para esto os saludamos con el Angel

AVE MARIA.

Qui fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno celorum.

Dios que habia elegido á Tomás para colocarle sobre los muros de la ciudad santa para terror de las naciones enemigas del nombre de Israel, previno su alma anticipadamente con las soberanas bendiciones de su diestra, derramó en ella á manos llenas los dones, las gracias y los dotes, que fueron como una sagrada semilla de los prodigios que habia de obrar por su medio, fortificó su corazon desde el seno de su madre, y dirigió como por la mano sus pasiones desde su dichoso nacimiento: le dotó de una bella indole, de un entendimiento claro, de un espíritu ilustrado, penetrante y universal, de unas inclinaciones benéficas, y de un candor natural, que fueron otros tantos presagios de los admirables progresos que haria este vaso de elección casi desde los primeros pasos de su infancia.

Italia vió nacer á principios del siglo trece á este hombre extraordinario, que habia de ser gloria de su patria, honor de su sagrada Religion, y consuelo de toda la Iglesia. No se gloria menos la Europa de haber dado al mundo un Tomás, que la Africa de haber producido un Agustino, Asia un Chrisóstomo, Dalmacia un Gerónimo, Francia un Bernardo... Los héroes nacen en todos los países de la tierra: apenas los vislumbres de su razon na-

tural penetraron las nubes de su infancia, cuando ya empezó á caminar con pasos de gigante: á la sombra de unos padres igualmente ilustres por su piedad y por su nobleza, oyó desde sus tiernos años, como otro Samuel, las palabras del Señor, y se llenó de aquel espíritu que algun dia le habia de hacer tan respetable en toda la Iglesia: en una edad en que los demas niños apenas se conocen á sí mismos, volvió sus ojos á Dios como David, y le ofreció el sacrificio de la mañana de su vida, levantando al cielo sus tiernas é inocentes manos llenas de fervorosas oraciones, y desde el mismo punto en que amaneció su razon, su única curiosidad fué el deseo de conocer á Dios, su mayor ansia el servirle, su consuelo amarle, y su temor ofenderle.

Encargado á los cinco años de su edad á la direccion de los hijos de Benito, se anticipó á los cuidados de aquellos piadosos solitarios por la feliz disposicion que habia en su alma, y fueron tales los progresos que hizo, baxo su conducta, que excedieron á las grandes esperanzas que de él habian concebido: moderado en sus conversaciones, humilde, circunspecto y exáctísimo en el cumplimiento de sus obligaciones, manifestó desde aquel tiempo una madurez igual á la de los mas ancianos: apenas pudo fijar el pie, quando caminando por las estrechas sendas de los preceptos evangélicos, practicó las heróycas virtudes en una edad todavia imperfecta, y muy presto fué con su exemplo la admiracion de aquellos célebres Monges que estaban destinados para ser sus maestros.

Pero el Monte Casino era un teatro muy corto para poder contener los vuelos de su agigantado espíritu. Tomás cumple los catorce años de su edad, y al punto forma la resolucion de abrazar el estado religioso: las mas lisongeras esperanzas de una

casa ilustre, hereditaria de los Príncipes Normandos y de los Reyes de Sicilia y Aragon, son pequeños embarazos para este jóven héroe: los brillantes adelantamientos, que sus prendas é ingenio singular le prometen, son incapaces de detenerle: todos los atractivos que el mundo lisongero le presenta, no le hacen fuerza: nada le parece digno de consideración y aprecio, y hasta los mismos vínculos de la carne y de la sangre los mira con desden.

¿Y adónde os parece, católicos, que irá á sepultarse esta casta paloma, esta inocente víctima, para vivir segura de los insultos de un mundo corrompido? ¡Ah! esta fué la feliz época en que el ilustre Orden de Predicadores vió asomarse sobre su horizonte un nuevo fenómeno, que algun dia habia de esparcir sus resplandores en todo el orbe: Tomás elige el sagrado instituto de mi gran Padre Domingo: baxo sus auspicios se resuelve á profesar una regla, que admiró á los Sumos Pontífices, que estremeció á los primeros que tuvieron el valor de profesarla, y que solo su querúbico autor pareció capaz de observarla.

Una resolucion tan inopinada en un jóven heredero de los Condes de Aquino, pasmó al mundo, sorprendió á la Condesa su madre, y puso en movimiento á sus dos hermanos Andulfo y Raynaldo, que militaban baxo el estandarte de Federico: prontamente se dirigen éstos á la capital de Roma, persuadidos á que triunfarian del inocente jóven con tanta mayor facilidad, quanto era mayor la flaqueza de su edad: apuran quantos ardidés puede inspirar una passion ingeniosa para seducirle: emplean todo el artificio de las caricias, de los halagos, de la ternura, de las lágrimas y de la autoridad para ablandar su constancia.

¿Qué hará Tomás, á vista de una madre y de

unos hermanos, á quienes mira con profundo respeto, al mismo tiempo que los ama tiernamente? Oid, jóvenes del mundo, la incomparable respuesta de este nuevo Angel de las Escuelas. ¿Será posible, les dice, que yo deshonre mi nacimiento, mi persona y mis talentos? ¿Será posible que mi nombre solamente hubiera de ser famoso por la memoria de un delito? ¿He de haber yo guardado hasta aquí tan grande fidelidad á mi Dios para violarla del modo mas indigno, y hacer mas ruidosa mi infidelidad? No es posible que yo me haga cómplice de un afecto, que jamas tuvo en mi corazon la preferencia: nunca se dirá que Tomás manchó su nombre con esta infamia, ni que cometió tal perfidia contra su Dios.

Irritados sus hermanos con tan generosa resistencia, inmediatamente mudan el amor en odio, su confusion los induce al furor, y viendo que no podian ganar á nuestro jóven con caricias, recurren á las amenazas para vencer su valor, ó vengarse del desaire: encierran, como los hermanos de Josef, á este nuevo Benjamin en la obscura torre de un castillo; y á esta extraordinaria violencia añaden el último y mas infame ardid, que les sugirió su despecho: se valen de la venal hermosura de una muger prostituta, introducen esta furia infernal en la prision donde estaba el inocente jóven, para exponer á su saña su castidad, lisonjeándose de que seria infiel á su vocacion, porque perderia su pureza.

¡Qué combate tan terrible! Los lisonjeros encantos de una muger licenciosa facilmente pueden engañar á un inocente jóven con sus atractivos: el fuego de la edad juvenil le pone en peligro de seguir el ímpetu de las pasiones: la dura prision en que se halla, le imposibilita la fuga: la obscura so-

ledad del calabozo alienta su apetito, y oculta su pecado. ¡Qué peligro tan inevitable! Sansón, aquel terror de las naciones incircuncisas: David, aquel jóven de tanto valor, que postró á sus pies al soberbio gigante: Salomón, aquel héroe de la sabiduría en circunstancias menos estrechas, fueron despojo vil de la sensualidad. Pero no temais, católicos, porque el valor de Tomás excede á nuestras esperanzas: él renovará aquellos prodigiosos rasgos de castidad, que aplauden los libros sagrados en la incomparable Susana; aquel triunfo de pureza que admiró el Egipto, en Josef; y la Betulia en la valerosa Judit.

El se armará con un generoso furor para arrojar de sí aquella infame muger, y el peligro que os parece tan alagüeño será el mayor trofeo de su victoria. Si, señores, Tomás, este nuevo Querubín, arma su brazo con una espada de fuego, y arroja del paraíso de su corazón á aquella Eva pecadora, que pretende osada robar el inocente fruto de su pureza: toma en su invicta mano un tizon, que le previno la casualidad, y retirando con su llama el fuego lascivo ensalza el resplandor de su pureza con el mérito de su victoria: con ésta de tal modo se mudó la naturaleza de su cuerpo, que no sintió mas combates su castidad. Espíritus celestiales que fuisteis testigos incontestables de la lucha de este Ángel en la tierra, baxad desde las mansiones de vuestra felicidad al tenebroso teatro de su combate, purificad la carne inocente de Tomás con vuestra pureza angélica, ceñidle con el cingulo de una castidad perpetua, y formad una metamorfosis de su naturaleza carnal en vuestra substancia espiritual.

Coronado Tomás de laureles, y restituido á su libertad, después de una larga prision, sigue los im-

pulsos de su espíritu, toma alas como de paloma, vuela á Nápoles y abraza el sagrado instituto de Domingo. Allí, muerto al mundo y á sí mismo, ratifica de nuevo sus santos propósitos, y se excita sin cesar al cumplimiento de su vocación: allí recoge las reliquias del espíritu de su querúbico Padre, para renovarlas en sí mismo: allí bebe en las fuentes de la disciplina monástica las reglas del fervor y de la penitencia christiana, para aprender á ser santo, y dexar después de sí un modelo perfecto de santidad: allí, postrado sobre los sepulcros de aquellos primeros profesores de su santa regla, se confirma en el designio de morir enteramente al mundo, y vivir solo oculto con Dios y con Jesuchristo: allí su abrasado espíritu subiendo como el Profeta de virtud en virtud, llega á ser en breve tiempo tan humilde como David, tan manso como Moisés, tan benigno como Josías, tan paciente como Job, tan mortificado como Pablo, tan casto como Josef, tan caritativo como Tobías: no hubo sentido en su cuerpo, pasión en su alma, pensamiento en su espíritu, ni deseo en su voluntad de que no hiciese á su Criador una verdadera víctima, y un perfecto sacrificio: de este modo la soledad de los claustros de Domingo fué para él la escuela de ciencia y de santidad, donde purificándose su espíritu, y separándose, en cierta manera, de su cuerpo, se hizo mas capaz de recibir las impresiones de la gracia.

De este modo.... pero sigamos á este héroe á los lugares á que le destina la obediencia. Colonia es el primer teatro donde empieza la carrera de las letras, baxo la disciplina del grande Alberto; y sus primeros ensayos fueron la admiración de sus condiscípulos y maestros: trasplantado luego á la Universidad de París se descubren y perfeccionan sus raros ta-

lentos: París era en aquel tiempo el centro de la emulacion, porque lo era de los ingenios: la fama de los maestros atraía á aquella Universidad una multitud de discípulos, los que convertidos en oráculos de Italia, Alemania é Inglaterra, llevaban á todos los países de Europa la fama de una Universidad, que debe su nacimiento á Carlo-Magno, y sus progresos á todos los Príncipes sucesores de aquel Monarca en el trono de Francia.

Inmediatamente que se presenta Tomás en aquella universidad, se adquiere una inmortal fama, no tanto por su aplicacion, quanto por la extraordinaria facilidad con que explica las ciencias mas abstractas: apenas empieza á aprender, quando publicando la fama sus singulares talentos, es condecorado, á pesar suyo, con la borla de Doctor. Luego que empieza á explicar al Maestro de las Sentencias, aplaude aquella famosa Universidad su clara y sana doctrina: luego que interpreta los arcanos de la religion, los Teólogos mas consumados le respetan como á uno de aquellos felices fenómenos, que con sus sabias lecciones va á hacer renacer universalmente el gusto de las ciencias sagradas, y á hacer salir del seno de la indolencia un fuego rápido, cuya llama volará por todos los países del mundo christiano.

En medio de tan agigantados progresos, y de una aclamacion universal, solamente él, semejante á Moysés, ignoraba los resplandores con que brillaba: Dios, que le habia dotado de un talento universal, le concedió al mismo tiempo un corazon humilde: jamas cupo en él aquella infame emulacion, que pretende ser preferida á todos, y que gusta de hacerse admirar á costa de la ignorancia de otros: jamas se le vió apetecer vanas distinciones, ni desear las alabanzas que en la realidad se le debian. La

humildad que se habia hecho dueña de su corazon, le hacia apetecer con ansia los desprecios, y semejante al Apóstol de las gentes, se tenia por el perisema de los claustros: la humildad le hacia abandonar los estudios mas sublimes por ocuparse en los oficios mas baxos, y en los exercicios mas humildes de su orden; y olvidándose del esplendor de la casa de sus padres, solamente tenia presente que era hijo de Domingo: amaba á sus iguales, veneraba á sus mayores, honraba á sus hermanos como á sus maestros, y obedeció muchas veces á los preceptos de sus inferiores: la humildad le enseñó á huir con igual constancia de los puestos eminentes de su religion, y de las dignidades de la Iglesia. La heroyca renuncia que hizo del Arzobispado de Nápoles, con que le brindó Urbano IV, y el amor que tuvo á vivir siempre sujeto á la obediencia, son pruebas convincentes del temor que tenia de verse elevado, y de lo mucho que cuidaba de ocultar su mérito.

Era tan humilde, que apenas cabia en sí mismo, y aunque al parecer no se empleaba mas que en actos de humildad, miradle en la Cátedra, y le vereis discurrir con general aclamacion por las Universidades de Roma, Nápoles y Bolonia, esparcir nuevas luces sobre aquellas célebres academias, plantar un nuevo método de discurrir, y dar á la sagrada teología aquella nueva claridad que la hace mas perceptible en su magestuosa obscuridad: todas le admiran sucesivamente, oyen las palabras de verdad que salen de su boca, y en todas las academias recibe su doctrina unos mismos aplausos y elogios; en todas ellas le admiran, porque cada uno de aquellos sabios teólogos reconoce en sus discursos la fé de sus padres, y se convence mas y mas con las pruebas sólidas, nerviosas y evidentes que oye á este nuevo Angel.

Volved los ojos á los claustros, y le hallareis embebido en una continua leccion de la antigüedad profana; en pocos dias, y sin ayuda de otro, devora las quëstiones mas sutiles de los filósofos, penetra las ideas de Platon y las categorías de Aristóteles; purifica sus raices sospechosas, mezcla sus aguas corrompidas con las aguas vivas de doctrina evangélica, y con un nuevo artificio consigue que la mentira sirva á la verdad, la filosofia á la fé, la supersticion al verdadero culto y los despojos de Egipto á la construccion del Tabernáculo. Luego emprende las divinas Escrituras, entra en la luminosa obscuridad de aquellos libros sagrados y convierte en su substancia, como otro Profeta, aquel sagrado volúmen. Pasa con celeridad á la historia de la Iglesia, registra sus diversas épocas, se instruye en sus cronologias, medita los misterios y las verdades del christianismo y penetra todos sus arcanos. Despues busca la sagrada tradicion en los Concilios, y adquiere en poquisimo tiempo grande multitud y sublimidad de conocimientos. Lee con suma atencion uno por uno á los Doctores antiguos que le habian precedido, y á manera de una industriosa abeja, recoge de todas sus flores lo mas precioso, lo apoya con nuevas razones, lo autoriza con los argumentos mas sólidos, lo estiende con curiosos exemplos y lo adelanta con ingeniosas invenciones.

En medio de estas ocupaciones inmensas, jamas olvidó Tomás los intereses de su alma, no hubo virtud alguna en que no se exercitase aun en medio de los mas penosos afanes: verdadero sucesor de Domingo, era distinguido entre todos por la austeridad de su pobreza: su habitacion, su lecho, su vestido, su trato, sus muebles eran tan estrechamente pobres, que podemos decir con verdad, que su vida no era otra cosa que una continua y prolon-

gada pobreza. Fiel imitador de San Pablo, llevaba en su cuerpo, como él, la mortificacion de Jesuchristo, mas bien para manifestar á todos las señales del Redentor, que para reducir su carne á la servidumbre. Semejante á los Pablos y Antonios pasó los dias enteros sin tomar mas alimento que el pan de sus lágrimas: observó, como Job, una perpetua custodia de sus sentidos, lloró como David y casi siempre se sepultó como Elías en la soledad de su celda.

De este modo iba el valeroso atleta enriqueciendo su alma con la práctica de las virtudes, que despues habia de esparcir en sus prodigiosos escritos para iluminar los corazones de los hombres; pero donde encontró las armas omnipotentes, con que habia de combatir á los pecadores, á los ateistas idólatras, cismáticos y hereges, fué en la escuela de la oracion: esta admirable virtud, segun el pensamiento de San Pedro Crisólogo, eleva al hombre hasta el trono del mismo Dios, le separa del mundo, le quita lo que tiene de corruptible y de mortal, y ensalza su naturaleza y condicion: la oracion fué la que sirvió de carro á Elías, para transportarle al cielo; la que dió tan nobles pensamientos á Moisés, y la que imprimió en su alma mayor luz, que la que apareció en su semblante quando baxaba del monte: la que elevó á San Pablo hasta el tercer cielo para penetrar los arcanos de la eternidad, que despues nos dexó en sus prodigiosas epístolas, como reliquias de su apostólico espíritu.

En esta escuela divina se elevó tambien Tomás sobre todas las cosas criadas, para unirse á la verdad eterna: en ella aprendió á desenredar con tanta facilidad los secretos de la naturaleza, y los mas enmarañados sofismas de los filósofos: por medio de la oracion consiguió la inteligencia de las Escrituras.

sagradas, para explicar sus diversos sentidos con método, con pureza y con sencillez: Dios le concedió en esta sagrada escuela el don de discernimiento para formar aquella inmensa obra de la Suma teológica, obra prodigiosa, en que abraza todas las materias sin confusion, y las explica sin molestia: en ella se ve la razón sujeta á la Escritura, la Escritura interpretada por los Padres, los Padres conformes en la doctrina de la Iglesia, y la doctrina de la Iglesia vengada de sus enemigos, y explicada con la mayor claridad. En la oración, finalmente, recogió el espíritu y médula de los Gerónimos, Agustinos y Chrisóstomos, y semejante á un caudaloso río, que en su vasto seno recibe las aguas de otros muchos para llevarlas al mar, reunió en sí todas las copiosas fuentes de la fe, para depositarlas con la mayor pureza en el seno de la Iglesia.

Y ved aquí las disposiciones con que preparó su alma enriquecida con tantos dones para coronar sus triunfos, y Dios le abrió los tesoros de su ciencia para que con su doctrina fuese la columna del templo, y el oráculo de la Iglesia: *Et docuerit.* Este es el segundo punto.

PUNTO SEGUNDO.

Como Dios ama á su Iglesia, y nunca la abandona, segun la promesa de Jesuchristo, la suscita en todos tiempos santos y sabios que la defiendan: estos se suceden unos á otros y se manifiestan como astros, que aunque diferentes en claridad y virtud, todos la protegen con igual zelo contra sus enemigos, todos son sus columnas, sus oráculos y su gloria. El inclito y bienaventurado Tomás ocupa un lugar muy distinguido en el magestuoso esquadron de sabios, que han resplandecido en la

Iglesia por su santidad, por su ciencia y por su zelo: vino al mundo mas tarde que los Taumaturgos, los Crisólogos, los Nacianzenos y los Bernardos; pero no resplandeció menos que ellos: las luces y astros que le precedieron, de ningun modo han podido ofuscar su angélica ciencia, y su heroica virtud, porque semejante á aquel Angel, que vió el Profeta Daniel, que tenia una voz de muchedumbre, se puede decir que su voz era la voz de todos los Padres, ó que todos ellos hablaron por la boca de Tomás; y siendo posterior á ellos en el tiempo, reunió en su persona, como otro nuevo Eliséo, el espíritu y la sabiduría de sus ilustres predecesores.

Dotado por la naturaleza de un ingenio claro, despejado y comprehensivo, que penetraba la profundidad del mas artificioso raciocinio, y allanaba en un momento los mas intrincados laberintos: de un ingenio profundo y penetrante, para quien el raciocinio, las expresiones y las frases parece que le nacian debaxo de su pluma veloz: de un entendimiento casi inmenso, capaz generalmente de todas las ciencias, y fecundado con la mas vasta erudicion: dotado, vuelvo á decir, de un entendimiento universal compuesto de toda suerte de entendimientos, su primer cuidado fué reformar la sagrada teología, ciencia divina, que nos asegura en nuestra fe, y nos instruye en los admirables misterios de nuestra religion: en el siglo de Tomás, la teología estaba sepultada entre el polvo de las Bibliotecas, porque los teólogos habian hablado con demasiada obscuridad: la Iglesia gemia al ver á sus hijos entre tantas tinieblas, y parecia que no podia defenderse con las armas poderosas que administra esta ciencia divina, pues para unos eran inútiles, porque no las usaban, y para otros peligrosas, por no saber servirse de ellas.

Tomás se tomó el trabajo impropio de reducirla á un método conciso, claro y perceptible, y de hermosearla con expresiones propias que representan la verdad palpablemente: con raciocinios sólidos y convincentes que cortan de raíz las dificultades, consiguiendo de este modo quitar á la teología el velo que la ocultaba para los talentos regulares, y acortando el tiempo de su estudio para los mas sublimes: él explicó, y puso en claro todos los dogmas, probó todos los artículos, fundó todos los principios, y trató todas las cuestiones: qualquiera parte de la teología que se intente estudiar, se encuentra á Tomás por maestro y por guia: la existencia y unidad de Dios, la Trinidad de las Personas, la divinidad del Verbo, la sabiduría de la Providencia, la verdad de la fé católica, la virtud y la eficacia de los Sacramentos, el pecado y la justificación del hombre, la necesidad y el influxo de la gracia, las máximas y la doctrina del Evangelio, la autoridad y la potestad de la Iglesia. ¿Para qué me canso? Todos los teólogos que han florecido despues de él, no han hecho mas que seguir sus huellas: todos le reverencian como á autor de la teología, y maestro de la religion, y le miran como aquella misteriosa torre de David, de la que estan colgados mil escudos impenetrables á los dardos de la impiedad, y son como otras tantas armas de la luz con que se deslumbran las potestades de las tinieblas.

¿Qué zelo el de Tomás por el bien de la Iglesia! No contento con haber reformado la teología para el estudio y adelantamiento de las áulas, aplicó con igual teson la vivacidad de su ingenio en restablecer la pureza de las costumbres: dexó á la Iglesia las mas sabias reglas de moralidad, donde los Príncipes aprendan la prudencia y rectitud con

que han de gobernar los pueblos, y estos la obediencia y la lealtad que de su parte les deben: los Obispos la integridad, zelo y caridad que han de observar con sus súbditos; y estos el amor y sumision con que son obligados á recompensarles: los magistrados la justicia: los inferiores la subordinacion: los eclesiásticos la compostura y buen exemplo: los Religiosos abstraccion: pundonor las vírgenes: recogimiento las viudas: los casados recíproco afecto y fidelidad: los poderosos misericordia: los pobres resignacion y paciencia: los ignorantes docilidad: humildad los doctos. Para todos dexó Tomás reglas saludables, y puede vivir asegurado de que jamás errará quien ponga en execucion sus advertencias. El célebre Pontífice Inocencio VI declaró, que nadie podia separarse de su doctrina, sin hacerse sospechoso de error.

¿Quereis ver un zelo activo, laborioso é intrépido? ¿Quién mas vigilante que Tomás en defender los intereses de la Iglesia? ¿Quién persiguió con mas teson á los enemigos de la religion? ¿Quién los acometió con mas aliento? ¿Quién los sujetó con mas gloria? Tomás abre sus angélicos labios, y calla en su presencia el tenebroso escuadron de la heregia. Como astro luminoso centellea vivas luces de su doctrina, y al punto se eclipsa el falso brillo de los planetas errantes. Esgrime su pluma veloz, como una espada versatil, y cae á sus pies para siempre el orgulloso imperio de los sectarios.

Naciones enemigas del nombre de Israel, Asirios soberbios, Amalecitas atrevidos, Gabaonitas engañadores, pueblos oscuros, envidiosos de la gloria de Jerusalem, desapareced; porque Tomás confunde todos vuestros consejos, y vuestra ruina será irreparable. ¿Qué cotejo podré hallar, señores, que sea acomodado para dar una cumplida idea de sus

triumfos? ¿Le compararé con aquellos héroes, que por sus hazañas lograron ser adorados como Dioses? ¿Le compararé con un Hércules, que mató á la horrible hidra Lernea, ó mas bien con un Teseo, que domó al Minotauro?... Pero estas son absurdas extravagancias, y monstruosas quimeras del paganismo, y no es justo alegar en confirmacion de unas verdades irrefragables, unos delirios que solo pueden servir de entretenimiento á la fantasía, y fueron parto de una necia incredulidad.

Para describir las proezas de Tomás, no nos faltan en las sagradas letras exemplos muy oportunos: él fué un Moysés constituido por el Todo-Poderoso Dios de Faraon, para sumergir á una nacion, enemiga del pueblo escogido: él fué un Josué el máximo escogido para la salud de los electos de Dios: él fué un Elías, que dió muerte á los infames Profetas de Baal: él fué un esforzado David, que por todas partes dispó los enemigos de Israel, y destruyó su trono é imperio para siempre... ¿Pero qué necesidad hay de recorrer estos exemplares, que nos suministra la Escritura, quando no es dudable, que quantos hechos memorables se refieren en ella y en los fastos de la Iglesia, se efectuaron por Tomás, uniéndose en él solo el valor de los mas famosos héroes? Continúadme vuestra atencion.

Casi nunca ha permitido Dios, que alguna nueva heregia haya afligido á su Iglesia, sin que haya dexado de suscitar con especial providencia algun varon insigne, que defendiese el dogma combatiendo: apénas el impío Arrio empezó á impugnar la Divinidad de Jesuchristo, quando San Atanasio esgrimió la pluma contra él: contra la heregia de Nestorio se opuso San Cirilo: contra las falsas doctrinas de Eutiques el gran Pontífice San León: contra los nuevos yerros de Orígenes San Gerónimo:

contra los delirios de Pelagio San Agustin: contra la impiedad de los Monotelistas San Máximo: contra Macedonio San Basilio: San Gregorio Niceno contra Apolinar: San Juan Damasceno contra los Iconómacos: San Bernardo contra Abaylardo, y el Cardenal Humberto contra los Griegos cismáticos. En los siglos anteriores habia suscitado Dios, con igual providencia, á San Justino, mártir para confutar los errores de los Gentiles: á un Tertuliano, para impugnar á los Judíos: á San Ireneo contra Ebion: á San Epifanio contra Marcion: un Dionisio Alexandrino contra Sabelio: un San Cipriano contra Novato, y al insigne Paziano contra Manés.

Pero la gloria de refutar á un tiempo todas las sectas enemigas de la religion christiana estuvo reservada para el Angel de las Escuelas: Tomás combatió con su invencible pluma, en sus prodigiosos escritos, todas las heregias anteriores á su siglo, y convenció de falsas las que se levantaron despues de sus días, descubriéndolas por una especie de profecía, antes que naciesen. Tomás fué el héroe universal de la Iglesia, y hablando con mas propiedad, fué el defensor y vengador universal de todas sus injurias, los mismos sectarios del error no conocieron enemigo mas terrible, y llegaron á confesar, á despecho suyo, que no podrian ofender á esta casta Esposa de Jesuchristo, mientras que Tomás estuviese colocado sobre los muros de la Ciudad santa: *Tolle Thomam, et dissipabo Ecclesiam Dei*. Extraño testimonio, semejante al que en otro tiempo dieron los Arrianos en presencia del Emperador Constancio, quando le decian, que nada podian conseguir mientras estuviese vivo el grande Osio, Obispo de Córdoba, testimonio que llenando de confusion á todos los hereges, aumenta la gloria y los

trionfos del invicto Santo Tomás de Aquino.

Parece que este insuperable caudillo se había multiplicado y reproducido, según las necesidades de la Religión: levanta cien veces la pluma de una obra para aplicarla á otra que pide mas urgencia, y cien veces, recobrado algún sosiego, vuelve á su primer trabajo. ¡Qué multitud de penosas ocupaciones! Vigilias sobre vigilias: escritos sobre escritos: se empeña en refutar la falsedad de quantas sectas se habían suscitado hasta sus dias, y se suscitasen en lo sucesivo: escribe el tratado de la Divina Providencia, y hace palpable el errado sistema de los Deístas: demuestra la existencia de Dios contra los Ateístas: convence la necesidad de la revelacion contra los Naturalistas: prueba la inmortalidad de nuestra alma contra los Materialistas: persuade la certeza é infalibilidad de las verdades católicas contra los Pirronistas: explica la esencia y facultad del libre albedrío contra los espíritus fuertes: en suma, ningún error ha nacido hasta ahora, ni nacerá en adelante, que no esté anticipadamente confutado por Santo Tomás: así lo había dicho antes que yo el Papa San Pio V.

En efecto, Tomás había encontrado con la grandeza y perspicacia de su ingenio un principio destructivo de todo error, cuyo principio es aquella Suma Teológica que compuso en beneficio general de las escuelas, y remedio común para todas las edades: obra prodigiosa, en la que vive y respira la mas noble porción de este grande hombre, que es como una roca contra la qual se estrellará indispensablemente toda nueva y errónea doctrina: puso tanto esmero en formarla, estudió con tanto cuidado en perfeccionarla y profundizarla, y en exponer con tanta claridad sus consecuencias, que salió al encuentro, y previno todos los artificios, todos los

efugios, todos los ardides, todas las astucias, y todas las cavilosas de quantas sectas puedan levantarse en la Iglesia de Dios.

No fueron estas solas las luces que derramó Tomás sobre el campo de la Iglesia: su zelo encontró otra nueva materia en que cebarse. En la insigne Universidad de París se levantaron ciertos espíritus vanos, malignos y sutiles, que queriendo acomodar la razon humana con el Evangelio, y los misterios de Jesuchristo con la prudencia de la carne, rompieron aquellas sagradas barreras que habían prescripto nuestros Padres, y confundieron la razon con los derechos de la religion: de allí nacieron aquellas persecuciones tan sangrientas contra las Ordenes Mendicantes, que parece iban á sofocarlas en su misma cuna: aquellos vanos discursos tan contrarios á la pobreza de Jesuchristo, y aquellas profanas novedades de palabras y de sentimientos que destruían claramente la doctrina que el Apóstol de las gentes había establecido en una de sus Epistolas.

Tomás á todos los confunde con su pluma, y á manera de un rayo introduce el terror en los ánimos de Guillermo de Santo-amoré, Giraldo y Segerio, caudillos de aquella pestilencial secta: les hace ver á aquellos espíritus sediciosos las consecuencias y los errores de su falsa doctrina: los exhorta, los reduce, y los convence. Opones al atrevimiento la modestia, á la novedad la fe de nuestros Padres, y al espíritu del hombre la ciencia de Dios; y aquellos hombres criados en las escuelas, acostumbrados á las especulaciones y á la disputa, consumados en las ciencias humanas que habían aprendido á fuerza de un estudio infatigable; aquellos hombres petulantes y atrevidos que se creían capaces de responder á todas las dificultades de Tomás, se ven por último

confundidos, pierden la razon y la memoria, y confiesan que no pueden resistir á la sabiduría y á la doctrina celestial del Angel de las escuelas.

¿Deseais ver un zelo devoto que confunde la impiedad de los enemigos de la Iglesia, al mismo tiempo que fomenta la piedad de sus hijos? Pues ved á Tomás, que por orden de Urbano IV compone el oficio del adorable Sacramento, con el que inflama los corazones de los fieles para adorar á un Dios oculto baxo los venerables velos de la Eucaristia: de Moysés aprendió Israel á tomar conciertos de instrumentos y voces para alabar á su libertador: las bóvedas de nuestros templos resuenan continuamente con los sagrados cánticos que compuso Tomás en obsequio del Arca de la nueva alianza: cánticos, que aunque tan antiguos, siempre parecen nuevos: cánticos en que incluyó tan alta inteligencia del mas augusto de nuestros Sacramentos, y tan vivas expresiones de su caridad, que podemos dudar si son las mas profundas meditaciones de su entendimiento, ó los mas puros afectos de su corazon: pero bien podemos decir, que el espíritu de santidad y verdad le dictó estas expresiones, para que al mismo tiempo fuese Doctor de la devocion y de la fé: era preciso que el que habia sido oráculo de la Iglesia, enseñase tambien á ser eloqüentes á las lenguas de los fieles, para contar las maravillas de un Dios presente en nuestros altares, del mismo modo que hizo de antemano enmudecer las blasfemas bocas de Lutero y Melancton, que quisieron impugnar su existencia, y destruir su culto.

¿Qué honores no le deberá tributar la Iglesia á este hombre extraordinario, que despues de haberla ilustrado con su erudicion, despues de haberla defendido de todos sus enemigos, tambien ha fomentado su piedad? Si todos los siglos deben ben-

decir la memoria de los grandes hombres que han consagrado sus talentos en beneficio de la Religion, ¿qué obsequios serán suficientes para recompensar los servicios de Tomás? ¡Ah! Este gran Doctor ha sido el luminar mayor que ha esparcido los resplandores de su luz sobre toda la Iglesia, esto es, sobre los Concilios, sobre las escuelas, sobre los claustros, sobre los sabios, y generalmente sobre todos los christianos: él al mismo tiempo que edificó á los Religiosos con la pureza de su vida, con la inocencia de sus costumbres, y el olor de sus buenos exemplos, confundió á sus enemigos envidiosos de su gloria, que con sus picantes sátiras y crueles murmuraciones los hubieran despedazado inhumanamente. Él sacó las escuelas de un pais de tinieblas, las guió por un camino fácil y espacioso, y las libertó del laberinto y confusion en que estaban sepultadas. Él hizo triunfar á la Iglesia de los errores y de la impiedad con que los hereges y paganos se hubieran arrojado sobre ella para afligirla: él finalmente enseñó á los Pastores las obligaciones esenciales del Sacerdocio: á los sabios del mundo los límites que deben observar en la carrera de las letras: á los ricos y á los pobres, á las vírgenes y á las viudas las reglas mas seguras de la moralidad. Sus lecciones son igualmente propias para todos los estados, para uno y otro sexo, para todas las condiciones, y para todas las edades: mientras Jesu-christo tenga discípulos en la tierra, Tomás será maestro de los fieles: desde la obscuridad de su sepulcro se derrama sobre todo el mundo una luz resplandeciente que disipa las tinieblas de la ignorancia, y sirve de guía y modelo para las costumbres.

Porque, christianos, Santo Tomás es un Doctor

que ha tenido el privilegio de sobrevivir á sí mismo, su espíritu quedará perpetuamente en la Iglesia, y este espíritu será vencedor de la falsa sabiduría, de los errores y de la incredulidad. Alexandro, aquel héroe del Asia, fué vencedor por espacio de algunos años, Tomás nunca ha dexado de serlo: mas gloriosa es para la Iglesia la pluma de Tomás, que para Macedonia la espada de Alexandro, y me atrevo á decir, que Santo Tomás es como el gran libro de todos los christianos: que el que instruyó anteriormente al mundo con su zelo, y despues le está continuamente instruyendo con su doctrina: faltó Tomás, aquel hombre prodigioso, aquel Doctor iluminado, pasando de esta vida mortal á gozar en el Empíreo el justo galardón de sus fatigas; pero no faltarán sus escritos, preciosos monumentos, y admirables reliquias de su agigantado ingenio: escritos que son el pasmo de todos los siglos, por ser tantos que no habrá quien pueda lisonjearse de haberlos leído todos, y de tanto valor que nunca serán apreciados como merecen.

Escritos sobre que han establecido los Teólogos sus aserciones, y por donde se han gobernado las mas florecientes Universidades de París, Salamanca, Tolosa, Lobayna, Coimbra y Bolonia, y á su exemplo todas las demas de la Europa, y de nuestra América meridional y septentrional. Abusaría de vuestra paciencia si os nombrára una por una las sagradas Religiones y sabias Congregaciones que hacen profesion de abrazarlos. Escritos en que no se nota error alguno que los manche, ni aun la mas ligera imperfeccion que los desdore: el mismo Señor, dándole las gracias á su ilustre defensor, despues que en Nápoles habia compuesto el tratado de la Eucaristía, abrió sus divinos labios para canonizar su doctrina con las siguientes palabras: Tomás,

bien has escrito acerca de mí: elogio que renovó el Salvador en Orbiato, y despues en París, quando enseñaba el Santo los misterios que encierra este maná celestial. Escritos de que se ha valido la Iglesia misma en los Sagrados Concilios de Viena, Costanza; Florencia y de Trento, para condenar la impiedad de los Beguardos, Beguinas, Usitas, Wiclefistas, Luteranos y Calvinistas, tomando cláusulas á la letra de las obras de Tomás, para estender sus Cánones y Decretos. A este fin los Padres congregados en el Concilio general de Trento, mandaron poner sobre un altar á la vista de toda la Asamblea, de una parte la Sagrada Biblia, y de la otra la Suma teológica de Tomás, como un armamentario que suministra las armas contra los hereges, y la piedra de toque en que se exámina la verdad. Escritos, cuya doctrina es toda celestial, inconcusa y segurísima, dictada claramente por el espíritu de la verdad, y que contiene tantos milagros, quantos artículos encierra: estas son las mismas expresiones de los Sumos Pontífices Clemente VIII, Inocencio VI, Alexandro VII, Pio V y Juan XXII: en sus escritos finalmente se encuentra toda clase de documentos los mas convincentes para todas las gerarquías y estados.

No os admiréis despues de esto, si os digo que Santo Tomás fué superior á Salomon en la extension y profundidad de su sabiduría: este mismo elogio pronunció en honra suya el Papa Clemente VI, siendo Cardenal: solamente Dios es la misma sabiduría; pero comunicó á Santo Tomás toda la que suele conceder á los hombres mas sabios. Quando San Gregorio Nacianzeno quiso elogiar á San Atanasio, decia que habia sido la misma virtud. San Gregorio el Grande para elogiar á San Basilio, decia que habia sido muy semejante al sol en la luz, en el movi-

miento, en el ardor y en la virtud. ¿Por qué no podré yo decir que Tomás fué como el sol quando resplandece en su mediodia, y como la luna quando está en su plenitud? El Eclesiástico hablando de Simón, hijo de Onías, dice, que brilló como el arco resplandeciente que se pinta en el ayre en tiempo de lluvia: yo diré que Tomás lució como la estrella de la mañana en medio de las tinieblas: le llamaré compendio de los Doctores con el erudito Lavé: entendimiento de todos los entendimientos, como le llama el Cardenal Cayetano: diré que Tomás fué el abismo de la sabiduría, depósito de las ciencias, sustentáculo de la Religion, y columna de la Iglesia: estos mismos elogios le han dado San Antonino de Florencia, San Vicente Ferrer, y el Cardenal Belarmino; pero mejor es que digamos con el Obispo Januense, que toda alabanza es muy inferior á los méritos de Santo Tomás.

Dichosos los discípulos que viven baxo la direccion de tan inclito Doctor; pero mucho mas felices porque herederos de su doctrina, igualmente que de su piedad, y animados con las influencias de tan digna cabeza, han mantenido siempre y mantendrán vivo su zelo contra los enemigos de la Iglesia.

Rindamos todos, católicos, las mas humildes acciones de gracias al Padre de las misericordias, que tan señaladamente quiso hacer ostentacion de ellas, dando á la Iglesia un Tomás: un hombre que dotado de clarísimas luces, y de una comprehension extraordinaria, aspiró incesantemente al universal provecho de la christiandad, á la utilidad suya y la agena, y no menos aspiró á edificar con los exemplos, que á alumbrar con las instrucciones, y por eso mereció que se hiciese tan recomendable su memoria: *Qui fecerit, et docuerit, hic magnus*

Oygamos asimismo á Tomás en este templo, como se le oye en las escuelas: oygamos á este oráculo que nos ha dexado las reglas de moralidad para la reforma de las costumbres: obedezcamos las instrucciones que nos da para guiarnos á la bienaventuranza que goza, y que yo deseo para todos vosotros en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

SERMON XVI.

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. M. FR. JOSEF TOMAS RAMIREZ; DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO, DE LA PROVINCIA DE PARAGUAY, LECTOR JUBILADO,

Via ejus via pulchra et omnes semite ejus pacificae.

Prov. c. 4. v. 17.

Todos sus caminos fueron hermosos, y sus sendas pacíficas.

No estrañéis, señores, esta lúgubre y piadosa ceremonia: la profunda consternacion, la tristeza que se manifiesta en nuestros rostros, ni las lágrimas que saltan á los ojos á pesar de la moderacion que las contiene. ¿Hay necesidad de que yo justifique la causa que las ha merecido despues de la pérdida irreparable de un hermano, de un padre, de un amigo, de un bienhechor, de un hombre amado de Dios y de los hombres? ¡Ah! El dolor sofoca su nombre respetable entre los labios; pero es forzoso nombrarle para honrar su memoria, y excitar vuestra piedad á tomar interés en nuestro duelo. Murió, sí, murió N. M. R. P. Fray Josef Tomás Ramirez, Lector Jubilado en mi Religion Seráfica, Ex-Difinidor, Ministro Provincial, Padre mas digno de esta santa Provincia de la Asuncion del Paraguay, su Visitador General en dos ocasiones, y Presidente de Capítulo con plenitud de potestad; y

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ. 353
si me es permitido añadir, el alma, el apoyo, una de las mas firmes columnas sobre que afianzaba su firmeza la gran fábrica del edificio Franciscano en los departamentos de Tucuman, Córdoba, Paraguay y Rio de la Plata. ¿Y no será racional nuestro dolor? ¿No sellaria nuestro corazon el ignominioso cuño de la ingratitud y de la injusticia, si con sus cenizas sepultáramos su memoria?

Seanos licito tributar las efusiones de nuestro corazon, y este último respeto á la memoria de un Religioso perfecto, y de un Prelado cabal. El Eclesiástico nos exhorta á llorar y honrar á los difuntos á medida de su mérito, y de ello nos han dado exemplo los Ambrosios, los Gerónimos, los Basilio, los Gregorios de Nazianzo y de Nicea.

No hay otro consuelo que elogiar una alma, que mientras duraron los dias de serenidad, supo tomar medidas contra las sorpresas de la tempestad: zelosa del bien, amante de la verdad, afable en su trato, humilde en su conversacion, fiel á su profesion y á las funciones de su Sacerdocio, justa en el Gobierno de la nacion que se confió á su direccion, y que caminó siempre con rectitud por senderos de hermosura y de justicia, de prudencia y de paz. Ved como en resumen las virtudes del M. R. Ramirez, y las que han de ser materia de su elogio. Sus caminos fueron hermosos, porque fué un Religioso piadoso que llenó con edificacion y esplendor las obligaciones de su estado. Sus sendas fueron pacíficas, porque desempeñó con sabiduría y prudencia los ministerios á que le destinó la Religion. Dos puntos á que precisamente convido vuestra atencion: empecemos.

PUNTO PRIMERO.

Solo el que escudriña con lámparas encendidas á Jerusalem, puede dar irrefragable testimonio de nuestras justificaciones, y ya me guardaré yo de usurpar el juicio privativo del canal por donde se comunica la verdad, atribuyendo al respetable Religioso, á quien honramos, virtudes en grado tan heroyco, que le quiera poner canonizable; no obstante, la religion me permite descorrer el velo á los hechos edificantes que se apoyan sobre una fé humana, escrupulosa, prudente, veridica, y que es parto de la caridad que permite decir, segun la teologia de San Pablo (a), quanto nos es motivo de edificacion. Os propondré lo que hemos visto, oido y tocado con nuestras manos; no como quien alaba, sino como quien depone; no como quien hace un elogio, sino como quien lo presenta á juicio. Sobre la fé debida á los sentidos voy á hablar de un hombre consagrado á la vida monástica, y ungido con la unión santa: la integridad de sus costumbres en desempeño de las obligaciones del claustro, y la aplicacion á las funciones del Sacerdocio, me conducen naturalmente á pensar que sus caminos fueron de justicia y de esplendor, y me facilitan manifestaros ya lo que os tengo prometido.

Desde luego, yo me persuado que el R. Ramirez fué uno de aquellos sugetos en quienes Dios hace brillar aquel reflexo de su rostro, que es señal de sus complacencias, y que le tocó en suerte una de aquellas almas, que separadas de los sarmientos secos, se conserva verde, fresca y hermosa en el hacecillo de los vivientes: *Anima custodita*

(a) 1. ad Corinth. c. 13. v. 4.

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ 355
in fasciculo viventium. Dios le queria para sí, y antes que el mundo seductor sofocase el germen de bendicion, le escondió en su tabernáculo. El Reyno de Aragon que le dió patria como á hombre, le franqueó sus claustros como á Religioso, donde se ofreció á sí mismo como hostia viva, santa y del todo agradable, y donde debemos creer sin temor de errar, que llenó los deberes de su sacrificio, y que aquella soledad, Raquel amada de su corazon, admiró un hijo zeloso de la estrecha observancia del Serafin de Asis: el fervor del espíritu es fiel compañero de los primeros ensayos de la vida religiosa; pero la península solo poseyó este tesoro como el tabernáculo que se levanta para una sola noche conforme al emblema de Isaías. Dios le destina á las Indias, y él responde á su vocacion con la generosidad que Samuél: *Ecce ego.* ¿Con qué justicia no pudo entonces quejarse de nuestra fortuna su nacion, su patria, su providencia? De un solo golpe vió separarse de su seno al Religioso, y abstraído Escanilla, al literato Jurado, al sabio, al político Parras, al apostólico Matut, al Religioso, al sabio, al político, al zeloso Ramirez, vaso de utilidad, en que pone su gloria la casa que le ha poseído: *Vas utile in domo, in quo gloriabitur, qui possidet illud.* Pero vos Señor, que jamas habeis pensado sobre la provincia del Paraguay pensamientos de afliccion, vos los dispusisteis así: y esta provincia necesitaba de un hombre como su Paternidad, amante de su profesion, observante de su instituto, y zeloso de la disciplina regular.

El amor á su profesion fué el apoyo, el consuelo, la guia de sus operaciones. ¿Quién vió jamas al R. Ramirez fastidiarse de su estado en las circunstancias mas críticas? ¿Quién le advirtió volver los ojos al Egipto de donde habia salido? ¿Permitió

alguna vez en su presencia envilecer su instituto, ó censurar la conducta de los Prelados? Penetrado de los sentimientos de David, aborrecia con odio santo aquellas almas inconstantes que litigaban para sacudir el yugo de su profesion. ¿Puede haber, decia, honra mas grande que ser Religioso? Siempre miró el Monasterio como aquella ciudad que apareció á San Juan (a) en uno de sus éxtasis. Ciudad santa, celestial, llena de luz divina, habitacion de los escogidos, de los Angeles, del mismo Dios, su tabernáculo, su templo. Este es el plan que formó de la Religion en esta casa de Córdoba, en la apertura de una de las visitas que se confiaron á su vigilancia. Expresiones de fuego que manifiestan el incendio de amor á la Religion que animaba su pecho. Su vocacion fué para él uno de los mayores beneficios con que Dios le habia favorecido, y se alegraba sobremanera quando reflexionaba lo temprano que le habia traído á la Orden: sabia el gran bien que es para el alma llevar este yugo desde la juventud: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua* (b).

Y he aquí que sobre este exe hace rodar la máquina de la observancia de su instituto: *Scientibus legem loquor*. Vosotros sabeis en qué consiste el instituto regular, y que su decoro se cimenta en cierto orden y modo de vivir que prescribe medios para huir del mal y obrar el bien, segun la regla del Apóstol: *Odientes malum, et adherentes bono*. A mí toca señalaros los vestigios que ha dexado de su cumplimiento el R. Ramirez. Si el instituto regular pone entredicho con el siglo, y esconde al Religioso como la paloma en las aberturas de la piedra, para salvarle del contagio: *Odientes malum*; vosotros ve-

(a) Apoc. cap. 21. (b) Thren. cap. 3. v. 27.

reis á este Religioso olvidar, á exemplo de Abraham, su pueblo y la casa de sus padres, de modo, que no queria hablar ni que le hablasen de ellos. ¿Es creible que un Religioso hábil para los negocios, y á quien deseaban complacer los Prelados, no hubiese hallado coyuntura para volver á España? Pero él habia resuelto con el Apóstol, no volver á su tierra en tiempo de su vida. ¿Y el que hizo empeño de romper con la carne y la sangre, se dexaria arrebatar de los empeños del mundo? Nadie podrá decirme que le ha visto enredado en los lazos que extiende el demonio en las llanuras de Samaria. Trataba con los seculares, salia del claustro, es verdad; pero tambien el solitario Antonio se dexó ver en las plazas de Alexandria: ni el espíritu de la Religion cierra la puerta al Religioso, quando es necesaria su presencia para consolar al triste, enxugar las lágrimas de la viuda, mediar por el delinquente, tratar de los intereses de su Orden, atraer á él los poderosos, y aun consultar sobre algun punto interesante. Esto es lo que arranca de su celda al R. Ramirez; porque era enemigo declarado del mal: *Odientes malum*.

Si el instituto regular prescribe la subordinacion á la voluntad aiena para poner á cubierto de los estragos del amor propio: *Odientes malum*; vereis en su Paternidad aquella obediencia espiritualísima, por servirme de la ponderacion de San Buenaventura. Obediencia perfecta, por la qual la propia voluntad se halla como transformada en la de Dios. Siempre obró el R. Ramirez lo que Dios queria, y manifestaba por medio del Superior. Obediencia universal que todo lo abraza. Por la obediencia exerció los diversos cargos de Lector, Guardian, Visitador, Provincial, y con igual prontitud de ánimo le llevaba á auxiliar los moribundos, aun en noches

lluviosas: á decir Misa en qualquier hora del dia: á ser morador de los Conventos mas distantes, sin valerse del favor ó del empeño para frustrar la obediencia. Obediencia perpetua que se extiende á todos tiempos. ¿Fué menos sumiso en su ancianidad venerable que en la juventud? ¿Se ensordeció alguna vez á la campana? ¿Reusó los oficios que le tocaban de tabla? ¡Ah! Oprimido de los años y cargado de graduaciones parece que adivina lo que desean aun los Prelados inferiores. Su obediencia ciega no llamaba á escrutinio el mandato. Si le destinan al Paraguay para que instruya la juventud ó gobierne á sus hermanos, allá va sin alegar la distancia de leguas que se cuentan por cientos, ni advertir las dificultades del camino y rios que ha de vadear, fieras de que se ha de precaver, el aguijon del mosquito que no podrá evitar. ¿Se le manda que tribute los primeros respetos á un Prelado que atraviesa los Andes para visitar nuestros Conventos? Ya está en la Provincia de Cuyo sin que le detengan las travesías, los arenales secos, los infieles del Sur, asoladores de los campos. ¿Lo diré? Su obediencia era como una sagrada semilla que se difundió en todo el cuerpo de su vida religiosa para formarla, consagrarla, señalarla con la marca de aquella sólida piedad que huye del mal: *Odientes malum*.

Si es propio del instituto religioso aquel desprendimiento que desempeña de las perfidias y agitaciones de que está lleno el mundo, ¿quién mas libre de este contagio que el Reverendo Ramirez? ¿Quién fué mas pobre y mas desprendido? Verdadero hijo de mi Padre San Francisco, contento con el sustento de Comunidad, vestido de lana el interior, los pies descalzos en la edad de setenta y ocho años: el ajuar de su celda no excedia al que preparó para Eliseo la prudente Sunamitis: jamas guarda para

lo porvenir. Siempre será memorable el exemplo que dió en su primera visita poniendo en manos del Prelado electo cien pesos que habia economizado del escaso viático con que auxilia la Provincia á los Visitadores. ¡Un Prelado que viajó á Córdoba, Santa Fé, Rincon de San Pedro, con Secretario, compañero y sirvientes: que sostuvo por ocho meses los obsequios forzosos para cumplimentar á los seculares, y la indispensable correspondencia con súbditos y Prelados, y gastar tan poco! Esta es prueba del pobre trato que se daba. ¡Qué mucho! Si llega á carecer algunas ocasiones del desayuno ordinario en estos payses, es necesario que sus amigos indaguen con cautela lo que necesita; porque su Paternidad no abrirá los labios: ó que el compañero con prudente economía oculte lo que ha de necesitar, á fin de que no lo dé á los Religiosos jóvenes y legos; ó que tomándose la libertad de tutor de su pobreza le reconvenga humildemente: solo entonces se le vé enfadado; ¿y para qué quiero, le dice con su genial language, y para qué quiero? Expresion breve, pero digna del espíritu del Apóstol, que protesta no querer tener mas que lo muy preciso para cubrir las carnes, y para sustento del dia: *præter victum, et vestitum his contenti sumus*.

El que abrazó con tanta escrupulosidad los reglamentos de la religion para poner barrera al mal, ¿con qué cuidado no practica los que llevan favorablemente á obrar el bien? *Adherentes bono*: indefectible en la oracion de Comunidad, aun quando la intemperie acobarda á los mas robustos: allí recoge el maná celestial, y abre la boca para atraer á sí el espíritu del Señor. ¿Con qué devocion y constancia paga el tributo de los divinos oficios! Cuatro horas antes de morir esfuerza su voz agonizante, y reza el *magnificat* en conmutacion de las comple-

tas de aquel día. ¡Qué lecciones tan útiles en las que emplea el tiempo! Solo usa de aquellas saludables instrucciones que edifican, y son alimento sólido para el espíritu. ¡Qué rigidez en los ayunos de la Iglesia y de la Orden! ¡Qué sufrimiento en las enfermedades y circunstancias espinosas de su prelación! ¡Qué visitas de altares, qué votos tan ardientes, qué sentimientos tan vivos hácia Dios! A vos solo, gran Dios, son revelados estos misterios; pero nosotros bastante columbramos las disposiciones de su corazón por el zelo que mostró de la disciplina regular.

¿Quién no lo advirtió en las Prelacias del R. Ramirez? Tenacísimo observador de las constituciones y leyes regulares. Estas son, decía, el antemural, que no permite entrar al claustro la bestia feroz del pecado mortal, ni las pequeñas raposas de las leves inobservancias. Siempre tuvo extendido el plomo de la regla, de la constitucion y de la costumbre. *Perpendicularum extendetur super Jerusalem* (a), y á la severidad de este hilo acomodaba las piedras del edificio que dirigia; de modo, que sacaba las obras tan perfectas, que el ojo maestro de los mas peritos arquitectos no advertia distincion entre la copia y el original. ¡Qué asistencia á los actos de Comunidad mas ordinarios! ¿Quándo dispensó la oracion de la mañana y de la noche? ¿Las conferencias morales y místicas? ¿El exercicio penoso de la via crucis, ni la Misa seca? Y esto en el Convento de Buenos Ayres, donde una ocupacion sucede á otra, y fuera de las fatigas ordinarias ocupan á la Comunidad entierros, responsos, laudates, Misas cantadas sin peso ni medida: ¿qué importa? El R. Ramirez no interpreta la ley: *Perpendicularum extendetur*

(a) Zac. cap. i. v. 16.

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ. 361
super Jerusalem. ¿Con qué respeto se paga en su tiempo el divino Oficio? Todo se canta. ¿Y á qué hora? A la que prescribe la Iglesia: los maytines á media noche; y no debe omitirse que alternando la Comunidad, el R. Ramirez se levanta todas las noches á confesar á Dios con los sentimientos de un Rey penitente. Así debe ser dice: *Perpendicularum extendetur super Jerusalem.* ¿Quánto no promueve que se tengan dos veces en el trienio los exercicios del Padre San Ignacio? ¿Con qué teson vela para que sus súbditos se conformen con la mesa comun? ¿Y sobre el estudio y silencio? Cierra las puertas á las Ave Marías, y no franquea la llave sino quando solicitan Confesor. ¿Qué importa que murmuren? Así debe ser: *Perpendicularum extendetur super Jerusalem.* ¿Y es creible tanta atencion á la disciplina del claustro en un hombre ocupado en cien obras diferentes? ¿Quándo estuvo en inaccion su Paternidad? La recoleccion y observancia del Paraguay conservan las obras de su fatiga. ¿Y Buenos Ayres? ¡O amada patria mia! te pondrás una señal de ignominia si escribes en el polvo lo que debes al R. Ramirez. El día mismo que toma posesion de la Guardiania, levanta andamiós para revocar las paredes del Convento informes y asquerosas. Fomenta la obra, hace materiales de ladrillo y cal, sigue la obra del Convento, levanta celdas, repara oficinas; ¿pero en qué no trabajó? Y en medio de estos afanes no dexa de la mano el plomo de la regularidad: con una mano aplica los materiales, y con la otra maneja la espada de su zelo. Todo lo vé, y lo dirige, no huye su vigilancia de la execucion, pero sin faltar á las distribuciones del claustro. Toma á su cargo el exercicio de María, y atiende á las solicitudes de Marta. Lllaman á trabajo, allá vá Ramirez á señalar las ocupaciones de los peones; pero

tocan al coro: *Unum est necessarium*, ya está en la presencia del Altísimo: piden los artifices materiales; allá vá Ramirez á dar las providencias; pero tocan á disciplina, refectorio: *Unum est necessarium*, ya está allí su Paternidad, vuela á los trabajos, dispone, arbitra, vuelve al Convento; y sin entrar en su celda: *Unum est necessarium*, si tocan á ejercicios, parece que para cada cosa tenia una alma distinta, ó para usar de la valiente metáfora de Job (a), que su carne era de bronce, y su fortaleza la de las piedras: ¿os sorprendeis? Pues solo he hablado de su desempeño en las obligaciones del claustro: ¿qué no tengo que decir de su aplicación á las funciones del Sacerdocio?

Dios derramó sobre su cabeza la unción santa para honor de la Tribu de Levi, y él llenó los ministerios que son propios de los ungidos del Señor: ofreció dignamente la oblacion del Sacrificio, procuró la salud de sus hermanos, y miró por el decoro de la casa de Dios.

¿Ofreció acaso un fuego profano en el mismo altar en donde arde el sagrado fuego? Tiembla al meditar que con una alma impura puede poner sobre las aras el pan de los fuertes, y el vino que engendra vírgenes. Al destello de esta luz, ¿con qué honor no poseyó el vaso de su cuerpo por hablar con el Apóstol? ¿Que fé tan viva, qué confesion tan dolorosa la que precede al sacrificio! Sin duda fueron sus sacrificios abrasados con fuego celestial como los de Aaron: *Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie*. ¿Todos los dias? ¿Vaticinó el autor del Eclesiástico los Sacrificios del R. Ramirez, ó mi desgracia me puso en la lengua estas palabras para renovar nuestra herida? La constancia en celebrar

(a) Job, cap. 6. v. 12.

todos los dias, no obstante los achaques y carga de la edad, nos le arrebató al supulcro. El segundo de Noviembre de 1801, dia que la Iglesia consagra á la piadosa memoria de los difuntos, dice su Paternidad las tres Misas, y sin duda la fatiga, ó qué se yo que lo postra con las manos teñidas en la sangre de la víctima. Accidente precursor de su entrada á la casa de Dios, donde se uniría su alma con otras que le habia ganado como buen Sacerdote.

¿Qué no diria de su zelo caritativo en procurar la salud de sus próximos? El estaba vendido á todas las necesidades del espíritu. Yo hablo ahora de su desempeño en el confesonario. ¡Oh, y si hubierais visto la numerosa turba de almas, que en busca de sus consejos rodean su confesonario: otras que admiran su prudencia, su luz, su magisterio para proponer á cada uno lo que convenia á su estado y condicion: otras que confiesan su aprovechamiento y los aciertos de su enseñanza! Diriais que el R. Ramirez era una de aquellas estrellas que saca Dios de entre sus manos para nuestra utilidad: *Sidera emissa ad utilitates*: una de aquellas saetas de salud que no dan golpe en falso: una de aquellas llaves maestras que conservan las conciencias libres de los asaltos del demonio. ¡O tú, María Teresa de San Josef! Interrumpe el silencio de esa Tebayda en que te has escondido: muéstranos la copa en que has recogido las lágrimas que te ha hecho verter la falta de direccion de tu Padre Ramirez. Ella dirá que á su magisterio debe el contarse entre las hijas de la gran Teresa de Jesus, en el Convento de Descalzas de Córdoba. Diré que su llaga es incurable porque le faltó su luz, su báculo, su columna, su Moysés. Dirá.....

¿Y qué teson observa en este punto? Se desayuna en la Sacristia, y pasa la mañana entera reconoci-

liando con Dios á los pecadores. Dan las doce, da la una en los dias de concurso, y es preciso que el compañero le saque, como arrastrando de la silla, para que tome el alimento de la Orden con la insipidez de frio y fuera de hora. Unas tardes vuela á Santa Catalina á confesar las Religiosas, sin que le contenga el frio, el calor, el lodo, ni la distancia de once guadras: otras se emplea en el mismo ministerio en el Monasterio de Capuchinas. El R. Ramirez lleva el peso del dia en el confesonario, y muere como buen soldado en el cumplimiento de esta obligacion. ¿Dónde le asalta la última enfermedad? En la Iglesia cae desmayado dirigiéndose al confesonario. Así levantó su Paternidad aquel duplicado edificio que atribuye la Escritura á Simon, hijo de Onías. Edificio interior en los espíritus que dirigia: edificio exterior en el decoro material que añadió á la casa de Dios.

¿A quién debe la última mano el magestuoso templo de nuestra Iglesia de Buenos Ayres? Al R. Ramirez. Su propone dorar y reformar la talla del retablo principal, y concluye la obra. ¿Y en qué circunstancias? Quando el Sindico se halla sin dinero; pero él se arroja al seno de la Providencia. Y en efecto llueven las limosnas, se gastan quince mil pesos, y sobra plata. Su zelo hace milagros. Idea marcar los sepulcros: pide al Excelentísimo Zavallos, que acaba de desembarcarse cargado de los despojos de Brasil, las maderas que se habian conducido de la Colonia del Sacramento, ya está hecho: su zelo es atrevido. Enloza la Iglesia, provee la Sacristia de lino y seda: renueva los escaños, añade nuevos rasgos de magestad al coro con sillaría de bizarra idea: su zelo no dice basta.

Un Sacerdote de la antigua alianza hizo tales reparos en el templo, y sus alabanzas fueron el asun-

to de las conversaciones: *Sufulsit domum* (a), y no lo será el R. Ramirez? Proferid la sentencia, yo le estoy ligado con los vínculos de la gratitud y del amor. Pero ni estos me han conducido á pintar con colores supuestos su grande alma. He temido, que reanimando sus heladas cenizas, me dixerá con semblante severo: ¿para qué turbas mi reposo con baxas adulaciones que siempre aborreci? Quanto he dicho puedo firmarlo con la Religion del juramento, y repito que sus caminos fueron hermosos, porque llenó con edificacion y esplendor las obligaciones de su estado. Adelanto ahora que sus sendas fueron pacíficas, porque desempeñó con sabiduría y prudencia los ministerios á que le destinó la Religion; y es la materia del

SEGUNDO PUNTO.

No esperéis que os presente al R. Ramirez en aquellas negociaciones que sacando al Religioso como fuera del claustro, le empeñan en las inquietudes del siglo: ni en aquellos penosos artificios en los que vemos á las centinelas de Jerusalem casi no velar mas que en la defensa de Jericó. La historia del R. Ramirez está cubierta con aquella triste mortaja: sus cargos se encierran en las obligaciones de su Orden; y para saber lo que hizo, basta saber lo que debió hacer: saldré pues de Egypto para tributar los supremos honores á este Jacob; pero no vendrán como en otro tiempo las pompas de Faraon hasta una tierra santa á honrar la memoria de un Prelado que conservó la paz mientras vivió, y supo gobernarse en paz en la hora de la muerte. La paz que procuró á la Provincia, y las última-

(a) Eccl. cap. 50. v. 1.

disposiciones con que puso su alma en las manos del Criador, muestran con toda claridad que sus sendas fueron de prudencia y de sabiduría.

Si señores, si: el Prelado á quien lloramos nació instruido en el peligroso arte de gobernar, y recibió del cielo aquellos talentos felices que hallan en su propio caudal lo que no pueden dar ni el estudio ni la experiencia á los que carecen de ellos. Entre los misterios de la Superioridad solamente ignoró los que no quiso seguir; y como el caudillo del pueblo Hebreo supo desde su niñez todos los secretos de la ciencia de los Egypcios. Con esta luz los Prelados descargan desde muy temprano sus cuidados sobre los hombros del R. Ramirez, y le buscan para las Prelacias en todos sus ramos. Le encargan la regencia de estudios en el Convento del Paraguay: las Guardianías de la Recoleccion y observancia de este mismo Convento, y del grande de Buenos-Ayres: se asocia entre los Difinidores, y preside en las juntas de los Ancianos como Conjuez de la Provincia. Esta le elige su ministro Provincial, le recibe con aclamación su Padre mas digno, su Visitador General por dos veces, y Presidente de Capitulo. Si no le distinguió con cargos mas honrosos, fué porque no pudo ni tuvo mas con que honrarle.

¿Y cuál fué el éxito de estas confianzas? Vosotros lo sabeis que fueron la paz, la tranquilidad, un desempeño lleno de gloria, y á medida de los deseos de sus hermanos; y el mas estúpido lo percibirá si advierte que el R. Ramirez no afianzó su gobierno sobre quatro manos y dos leones como Salomon, sino sobre la mano omnipotente: que no le cimentó sobre arena, sino sobre aquellos fundamentos robustos que señaló San Pablo á los Romanos: sobre una solicitud de justicia que vela sobre

EN LAS EXEQUIAS DEL M. R. P. RAMIREZ. 367
el derecho de cada uno: *Qui præest in solitudine*: sobre un amor alegre, prudente, de condescendencia sin baxeza: *Qui miseretur in hilaritate, honore invicem prævenientes*: sobre el deseo de acertar y obrar con rectitud: *Dilectio sine simulatione*; de modo, que el gobierno del R. Ramirez fué de justicia, de amor, y de recta intencion. La justicia fué su fin, el amor su compañero, y la recta intencion su apoyo.

Gobierno de justicia. Fué familiar á su Paternidad aquel aforismo del Sabio, que los juicios en justicia eran como los cerrojos de los claustros, que no permitian que se oyese en el siglo la queja, la murmuracion, el enfado de los Religiosos: *Judicia quasi vectes urbium* (a). Y este sentimiento de su corazon recto era el fin de sus operaciones. A cada uno dió lo que era suyo: no quebrantó los derechos de alguno: *Qui præest in solitudine*. ¿Las temporalidades de los Conventos tienen derecho á su vigilancia? Pide con sumision, suplica sin importunidad, economiza sin mezquindad, guarda sin ambicion. ¿Quántas veces se le ve pedir limosna á los poderosos, no sabiendo desplegar los labios para su propia indigencia? ¿Con qué menudencia apunta lo que se gasta para que no se desperdicie ni un maravedí? De aquí es que parecia en la disposicion de las limosnas qual otro Josef en Egypto, acreditando en su aumento que el Señor llenaba de bendiciones por su medio las casas que gobernaba. Treinta mil pesos da de ingreso en el trienio de su Guardianía en Buenos Ayres: ¡qué justicia tan solícita! ¿Sus Religiosos tienen derecho á que remedie sus necesidades? Era para los enfermos madre caritativa, que se desvelaba en su alivio: para los ancianos y achacosos el hermano mas compasivo: todo

(a) Prov. cap. 18. v. 19.

para todos. ¿Qué joven le pidió pan, y le suministró un escorpion? ¿Quién le pidió vestido, y le envió á fomentar su desnudez al calor del fuego? Yo sin ser su conventual le manifesté que necesitaba paños de honestidad, y en el acto me socorrió. ¿Qué justicia tan compasiva! Sus súbditos tienen derecho á su proteccion, y á la recompensa de sus servicios. Se compadece sensiblemente de los que gemian en silencio, é interpone su valimiento ó autoridad á fin de que no se hiciesen susceptibles de las impresiones tristes que intentan hacer los detractores. Armado de justicia. ¿Qué nubes de iniquidad no disipó? Salvó la reputacion inocente de los dardos de la atormentadora cavilacion de los envidiosos. Jamas dió oidos á chismes, ni á carta sin firma, que suele dictar el furor de una pasion vergonzosa.

De aquí es, que como el hijo de Jacob, siempre visitó personalmente la conducta de sus hermanos en quanto se lo permitió el tiempo, y la ancianidad, derramando como nube santa saludables rocios sobre los conventos de su jurisdiccion. En la execucion de este encargo no hubo derecho que no aclarase, dudas que no resolviere, dificultades que no allanase, súbdito á quien no contentase, mérito que no recompensase. Con su ojo penetrante conocia el corazon de los que dan la muerte riendo, como dice el Sabio, de aquellos que para increpar componen las palabras, segun la frase de Job. Se gobernó por principios de honor, de mérito y de probidad para honrar los sugetos. Amante de la verdad, enemigo de baxeza y adulacion. Mil veces disipó la nube de corrompidos incienso que al altar de la superioridad ofrecen los pretendientes indignos. Corrió mas de una vez con mano severa el velo artificioso con que se cubren algunos para facilitar sus ascensos. ¿Que no pueda yo señalar con

el dedo los hechos prácticos de esta verdad sin manchar la memoria de mis mayores! Mejor será que la gloria que resulta al R. Ramirez se sepulte con su cuerpo. Su Paternidad está en posesion de la solicitud de justicia, que predicán sus determinaciones las mas equitativas; sus decretos los mas propios, á conservar en su decoro la virtud, á establecer la paz de la provincia en el todo y en sus partes.

Así es, y para patentizar el R. Ramirez los sentimientos de su corazon se sirvió en su gobierno como de fiel compañero de un amor de condescendencia sin envilecer su autoridad: *Qui miseretur in hilaritate*. Este es uno de los motivos de nuestra ternura. No hemos perdido un Prelado, sino un padre tierno, un hermano compasivo, un amigo fiel, sufrido, condescendiente y caracterizado con el sello de la verdad y de la amistad. Su corazon estaba en manos de los Religiosos. ¿Su corazon dixe? Me engaño: desde que le hacian Prelado ya no tenia corazon: se le huía, se trasladaba al pecho de sus súbditos.

Su amor fué un fuego activo, cuyas chispas no pudieron apagar las pasiones que arrebatán miserablemente á los que mandan, segun la observacion de San Agustin. La superioridad y la ciencia, dice este Padre del siglo IV, son dos escollos donde se estrella el verdadero amor: porque la ciencia hincha el corazon, y la superioridad entona el espíritu. El R. Ramirez fué Prelado quanto pudo serlo, y sus luces no se vieron desmayadas. Si es verdad lo primero, no es menos cierto lo segundo. La Teologia que enseñó, la moral que practicó, el derecho canónico y regular por donde se dirigió, le adquirieron tales conocimientos, que los negocios mas arduos eran inferiores á su penetracion. La Religion le distinguió con el honroso grado de Lector jubilado. La misma

le admiró defendiendo á un mismo tiempo, con cortas dilaciones y en ocasion menos favorable, los procesos criminales de quatro Religiosos, y promover con ayre su derecho. Y aun se le oyó decir entonces á un Prelado, cuyo criterio era en nada sospechoso, que el R. Ramirez era el hombre de la provincia del Paraguay. No obstante, ni se dexó deslumbrar de tantos resplandores, ni se vió abierta en su corazon la herida mas peligrosa del hombre: su amor era como debia ser, amor de humildad.

Representaba á aquel personage que describe Tertuliano: *Ab omni gloria, et dignitatis ardore frigescens*. A nadie tiene en menos, á todos escucha, aunque sea un ignorante, un aturdido: no manda con imperio, ni habla con voz de trueno que despide rayos. Trata á todos como si fuera uno de ellos, segun el consejo del Espiritu Santo (a), ó conforme á la máxima de mi Padre San Francisco, como siervo de los demas frayles: *Servus aliorum fratrum*. Para conseguir sus gracias no es necesario empeño, y alguna vez se revistió de entereza contra aquellos que intentaron conseguir los empleos por conexiones ridiculas. El empeño mas eficaz para el R. Ramirez es el mismo Ramirez. Por esto el corista se le allega, el lego le habla con satisfaccion, el hebdomadario se sienta á su lado. Todos depositan en él sus confianzas, sus lágrimas, sus trabajos. ¿Y con qué rostro los recibe? Con un rostro de risa: su amor era afable y condescendiente.

¿Fué el R. Ramirez como aquellos, cuyo rostro siempre está cubierto con un velo obscuro, y que nada tienen de venerable sino sus escabrosidades? ¿Fué como aquellos á quienes es preciso hablar con solemnidad, porque como el arca de Israel hieren de

(a) Eccl. c. 31. v. 1.

muerte á los que les faltan al mas leve respecto! Si así hubiera sido en su gobierno, no se hubiera hecho su Paternidad dueño de los corazones. La dulzura, la mansedumbre, la clemencia del hombre, ved aquí lo que rinde al hombre. La bondad no era puramente una de las virtudes de su Paternidad, sino que era propio carácter, y parecia su propio sér. Nació con él, como dice Job, y salió con él del seno de su madre. Y así todas sus determinaciones fueron de clemencia y afabilidad: *Lex clementiæ in lingua ejus*. No se le notó aquel engreimiento y aspereza que acompaña á los de poco mérito; ¿Qué agrado en su trato! ¿Qué afabilidad! ¿Qué palabras tan insinuantes, tan dulces! Entra al gobierno haciendo gracias á los que debiera manifestar su desconfianza. Sigue como las aguas de la fuente, que se derrama blandamente por las llanuras, é introduce la fertilidad aun en las espinas. Camina sobre las huellas de un Emperador del Oriente, mirando como el mayor obsequio que le pueden hacer, el suplicarle que perdone: *Beneficium se putabat accepisse cum rogaretur ignoscere*.

No podian ser otras las ideas de un amigo para con su amigo. Lo dixé, y lo diré otra vez: que el R. Ramirez no era Prelado, sino amigo de sus súbditos. Amistad, amistad suave, consuelo de los pesares de la vida, amoroso lazo de la sociedad, único placer del corazon, yo pensaba que no podias sostenerte sino entre iguales; pero lo veo desmentido. Desde los elevados puestos que ocupa el R. Ramirez desciende la amistad, las expresiones amorosas, y la confianza hasta el mas humilde de sus súbditos. ¿No era este aquel amigo de quien habla la Escritura mas querido, que un hermano? Parece que á todos les dice: *Jam non dicam vos servos, sed amicos*: yo no os miro como á súbditos, os miro co-

mo á amigos. Amistad efectiva, fecunda, que se explica de mil modos diferentes para hacer bien á todos, Palacios, Calvos, Puchetas, Azconas, Parras, vosotros, que le tratasteis tan de cerca, despertad del dulce sueño en que dormís, y descubridnos los senos de aquel corazón amigo. ¿Pero para qué inquieto su reposo? Decidlo vosotros Bazalos, Sulivanes, Villanuevas, Baces. En vano nombraré milares: sus lenguas estan titubeantes del dolor; ya lo manifiestan estas fúnebres exequias que ofrece el Prelado y xefe de esta casa, obligado de su amistad, mas fuerte que la misma muerte; el M. R. P. Er. Pedro Josef Sullivan, Lector dos veces jubilado, Teólogo de S. M. en el departamento de Cordova, y Padre de la Provincia del Paraguay, Rector y Cancelario de la Real Universidad y Colegio de Monserrate.

Ya no hay que extrañar que el gobierno del R. Ramirez fuese lleno de prudencia. El amor presidió en sus operaciones. De hecho su Paternidad edifica un templo á la paz sin valerse de hierro, y sin dar ni un golpe con el martillo. No fué de aquellos de quienes dice un Profeta, que *nescierunt facere rectum* (a), porque ignorando el arte de usar de medios proporcionados, se desviaron en la práctica de la rectitud. La prudencia enseñó este manejo al R. Ramirez: *Intelligens gubernacula possidebit* (b). Obliga con arte á que cada uno le abra el corazón aun cuando no se atreven á hablar. Así conoce el rostro y las intenciones de su grey: *Diligenter agnosce vultum pecoris tui* (c). Si descubre la llaga no toma desde luego el cuchillo, medita la curacion: *Sapiens reservat in posterum* (d). Si castiga es con

(a) Amos c. 3. v. 10. (b) Prov. 1. v. 5. (c) Prov. 27. v. 23.

(d) Ibid. c. 29.

el pan en la mano, y el azote en la otra: truena; pero luego llueve blandamente; arruga la frente, y luego se rie: *Judicat populos, et dat escas* (a). Así, ¿quántas rencillas no apagó? ¿Qué desórdenes no ahogó en la cuna? ¿Quántos abusos que parecían irremediables no desterró? Los mismos culpados le pagan tributo de reconocimiento, y aseguró tanto el respeto por medio de los atractivos, que el delinquente experimenta el gusto de quedar corregido y enamorado de su Paternidad, dexando á los siglos el exemplo de un amor condescendiente sin quiebra de la autoridad, y de que el amor puede ser compañero del que gobierna: *Qui misereatur in hilaritate*.

Igualmente se sirvió su Paternidad de la buena intencion, como apoyo de su gobierno: *Dilectio sine simulatione*. Pudo el R. Ramirez no acertar en algunas determinaciones: ¿y quién de los mortales no yerra? Pero que errase por falta de buena intencion solo podrá pensarlo la calumnia impostora. Pudo errar de entendimiento: aun el astro del dia padece sus eclipses; pero me atrevo á decir, que no erró de voluntad. Su ojo fué sincero, y en seguida el cuerpo de sus operaciones fué luminoso, segun la palabra del Evangelio (b). El R. Ramirez halló dentro de sí la apología de su proceder, porque solo pensaba en establecer la paz, y ser el genio pacífico, y tutelar de su casa: *Pacificantes in domibus suis* (c). Antes de gobernar ya habia sacrificado su descanso á la paz de la provincia. No puede sufrir su corazón la exâsperacion de sus hermanos; atraviesa cordilleras, ya está en Lima. Representa sus quejas al Prelado general con tal verdad y justicia que tiene en sus manos, y dió á la provincia un

(a) Job. c. 36. v. 31. (b) Mat. c. 6. (c) Eccl. c. 24. v. 6.

angel pacificador: lo fué el M. R. P. R. Fr. Antonio Mercadillo. Le he nombrado; no es necesario mas. Entra al gobierno el R. Ramirez, y su entrada es pacífica como la de Samuel. Así lo publican sus letras patentes; la tranquilidad de su ánimo en los Capítulos que presidió, en los que una suerte ambigua suele robar la libertad á los sentimientos del alma, y esto aunque no se llenasen sus ideas. Así lo grita el eco de la fama extendida hasta Europa.

Esto conocieron los Prelados para multiplicar su gobierno, y hasta los seglares muestran que conocen su corazón: quando el año de 1780 le aclamó Ministro Provincial, creo que los vocales de la respetable junta celebrada en este año en Santa Fé hubieran sufrido en Buenos Ayres la suerte de San Esteban si el R. Ramirez no hubiera sido electo xefe de este cuerpo de batalla dispuesto en accion de pelear. ¿Y cuál fué el júbilo de esta Corte quando pisó su suelo honrado conforme á su mérito? ¡Ah! la alegría se dexa ver en su rostro. Allí arrastran los Grandes sus carrozas, y salen á encontrarle: *Hi in curribus* (a). Allí el Español, el Zambo, el Negro, y aun el vendedor sueltan las riendas á las bestias, y gritan: viva el P. Ramirez. *Hi in equis*. Allí los Religiosos entonan cánticos de agradecimiento por la misericordia que Dios ha usado con ellos: *Nos autem in nomine Dei nostri invocavimus*. Las Damas de primer orden salen á las ventanas á bendecir á este Josef. Honores que hubiera recogido por la duracion del mundo, si esta gran estatua no hubiera estado cimentada en barro. La enfermedad le avisa que se acerca su fin, y toma la llave para abrir la puerta del corazón en el momento

(a) Psalm. 19. v. 18.

que Dios le llama. Le acoge al silencio de la santa recoleccion para consultar á su salud y á su alma, y como Zorobabel mide la tierra de su sepulcro: *Vidimus lapidem stagneum in manu Zorobabel* (a). Pero se renueva su juventud: sale de la obscuridad como la aurora. Parece que mandó con imperio á la muerte que no diese el golpe hasta recoger en la primavera de su feliz muerte lo que habia sembrado en el invierno de su vida; hasta poder darnos un Vicario Provincial digno de serlo por su sabiduría, zelo, religion é integridad, qual es el M. R. P. Fr. Josef Bazal: hasta que llegase la feliz coyuntura de que pudiese sucederle por padre mas digno el M. R. P. Fr. Pedro Nolasco Barrientos, cuyo nombre será respetable á la posteridad, hasta que viese unidas en unas mismas ideas las columnas mas firmes de la provincia, cuya voz afianzará su paz, su justicia y su firmeza, venerándola sus individuos, y emulando sus pensamientos, como lo hacian con el árbol de la vida todos los leños del Paraíso: *Emulata sunt eum omnia ligna voluptatis quæ erant in Paradisso Dei* (b).

¡Pero ay de mí! en vano divierto el dolor con ideas consoladoras. La muerte empuña de nuevo la cuchilla quitando la vida á nuestro amable Prelado. Es forzoso que nos acerquemos al pobre lecho donde le ha postrado un ramo de perlesia para advertir las disposiciones de su corazón. ¿Y cuáles fueron? ¿Cuáles habian de ser? Disposiciones de paz para con Dios. El hombre recogerá lo que ha sembrado. Antes que la muerte se muestre con toda claridad abre los ojos, y como otro Ezequías con un espíritu grande vé el último momento, y nos dexa como en herencia para nuestro consuelo, que ha-

(a) Zach. c. 4. v. 16. (b) Ezeq. cap. 31 v. 9.

bia hecho de ante mano lo que debiera hacer en aquella hora: *Spiritu magno vidit ultimo, et consolatus est lugentes in Sion.* ¡Qué excesos de arrepentimiento! Qué fuegos tan abrasados! Recurre á los últimos remedios de la Iglesia: se embriaga con el precioso vino, que no ha de volver á gustar hasta que se halle en el reyno del Padre celestial. ¡Con qué humildad pide de limosna la mortaja, que ha de cubrir su cuerpo! ¡Y con qué espíritu no pide perdón á sus enemigos, aunque nunca los tuvo en su concepto! Era pacífico con los que aborrecían la paz. El mal se aumenta, y tambien el rio de lágrimas que corren de sus ojos: embaxadores, dice San Agustin, los mas poderosos que puede enviar el pecador á Dios para alcanzar perdón: *Lacrime legationem suscipiunt pro delicto.* Protesta una y mil veces con San Agustin, que su único deseo es alcanzar la paz y la misericordia de su Juez: *Tetigisti me, et exarsi in pacem tuam.* Esfuerza su lánguido aliento con las amorosas expresiones de la Esposa, y humildes sentimientos de David, y en este santo ejercicio la muerte decide de su suerte. El día 4 de Diciembre de 1801, consagrado á la memoria de la virgen y mártir santa Bárbara, á las diez y quarto de la noche el alma del R. Ramirez se pierde en el seno de Dios, de donde habia salido, para recibir el premio de su desempeño en las obligaciones de Religioso, y en los cargos á que le destinó la Religión.

Ved aquí la muerte de un hombre encerrado en el claustro, hecha un motivo de luto y tristeza universal, como ponderaba San Ambrosio de la muerte de su hermano. Lloran los Religiosos, las sagradas vírgenes, los hijos de su espíritu, los que no le conocen sino por noticia, y mezclando sus suspiros con sus súplicas las hacen subir hasta el trono del

Cordero. Atraviesa ciento y mas leguas el dolor para provocar la gratitud empeñada en que unais vuestras oraciones con las nuestras, á fin de que Dios derrame sobre su alma sus misericordias, á fin de que borre en ella los vestigios del pecado, á fin de que le perdone las reliquias de la humana fragilidad. Bendecid, Señor, nuestras súplicas, y vosotros proseguid los cánticos lúgubres, que yo os he interrumpido; rociad con el agua de expiacion esas amadas cenizas para que no llegue á ellas el ángel de Satanás. Pedid para este Religioso amador de la paz, que su alma descanse en paz eternamente. Amen.

SERMON XVII.

Á LA REAL AUDIENCIA.

Moyses, electis viris strenuis de cuncto Israel, constituit eos Principes populi, qui iudicabant plebem omni tempore.

Exod. c. 18. v. 25.

Moysés, habiendo elegido á los varones mas señalados de Israel, los constituyó Principes del pueblo, los que juzgaban en calidad de Tribunos y Decanos en todo tiempo.

M. P. S.

Moysés, aquel sabio Legislador elegido por Dios para cabeza de su pueblo, que habia llevado sus órdenes hasta los pies del trono, que autorizado con la fuerza de su divino brazo habia hecho temblar en su misma Corte al Príncipe tirano, y habia sumergido en las aguas del mar Rojo el poderoso ejército de los Egipcios: este gran Profeta, á quien Dios habia constituido xefe de la nacion santa: este gran caudillo de los Israelitas, gravado sobre manera con el insoponible peso de un pueblo numeroso, cuyos intereses debia conservar, y cuyas disensiones debia discernir, deseoso por otra parte de dar todo el lleno á la comision que Dios le habia fiado; dócil al mismo tiempo á los consejos de su suegro Jetró, dividió su potestad judiciaria en los varones mas escogidos de las doce tribus de Israel, y levantó en el desierto de Rafidin un magestuoso tribunal, cuyo

destino era el juzgar las causas menores del pueblo, promover la observancia de los preceptos legales, defender la inocencia perseguida, asegurar á los maridos la fidelidad de sus consortes, á los padres la educacion de sus hijos, al ejército la posesion de sus intereses, y á las familias la paz, el decoro, la armonia, el buen orden y la religion. *Moyses, electis viris strenuis de cuncto Israel...*

He aquí, señores, una figura la mas expresiva, y un modelo el mas excelente del regio tribunal que tan dignamente ocupa V. A. En efecto, nuestro invicto Monarca de las Españas Carlos V. (que de Dios goce) cuya fama llena todos los ángulos del orbe, y cuyo solo nombre es su mayor elogio; este héroe del siglo XVI, este grande Emperador de dos mundos, oprimido con el grave peso de una vasta dominacion, á la que no podia extenderse su real presencia, establece por superior é invariable ordenanza en nuestra América Septentrional unos tribunales incorruptos, compuestos de los sugetos mas distinguidos en literatura y virtud, en quienes deposita su soberana autoridad, y á quienes constituye destellos de su real poder, é imágenes vivas de su augusta persona, para dispensar á sus amados pueblos por medio de tan puros canales, un copioso manantial de mercedes y gracias, para hacer correr por su medio la justicia y la abundancia de la paz, y para ejercer por este conducto la real jurisdiccion que habia recibido del supremo Rey de cielos y tierra.

Establecimiento á la verdad el mas prudente que pudo inspirar el espíritu de la legislacion, y que por sí solo asegura la prosperidad de las vastas regiones del nuevo mundo: establecimiento útil que acredita el zelo y vigilancia de tan católico Rey, y que segun la expresion del erudito Solorzano, es el castillo roquero de las Indias, donde la virtud

halla su apoyo, y los vicios su remedio: establecimiento al fin el mas interesante, que nos conduxo á un mismo tiempo la moderacion, el buen orden, la equidad y la justicia.

¿Y quáles, parece á V. A., deberán ser las bellas qualidades que han de adornar á unos tribunales tan autorizados, que representan vivamente la misma persona del Soberano? ¿Quáles deberán ser las máximas que han de observar unos congresos tan respetables, cuyo carácter es pronunciar los oráculos decisivos que declaran el destino de los pueblos, y determinan la suerte de los delinquentes? ¿Cuál la regla que ha de dirigir sus operaciones para llenar todos los deberes en que se interesa la comun utilidad de los pueblos? Esta es toda la materia que voy á poner á la consideracion de V. A., y el argumento que formará todo mi discurso. Yo conozco que la integridad y la justificacion con que V. A. procede en la administracion de la justicia, no dexa lugar á que se dude, que tienen siempre en su corazon el primer lugar las invariables máximas de la moralidad y la religion: penetra á fondo todos sus deberes, y los cumple indeficientemente en todas ocasiones. Sin embargo, podrá conferir sus operaciones con las saludables máximas que pretendo ampliar en un solo punto, en cumplimiento de mi ministerio, y en su contraste continuar ó reformar sus procedimientos, y evadir así las desgraciadas consecuencias en que puede incurrir un tribunal por su inobservancia. Para poder yo hacer un razonamiento digno de la grandeza de V. A., y de la magestad del asunto que voy á tratar, pidamos los auxilios necesarios por medio de la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel

AVE MARIA. oratio illius

SEÑOR.

Yo no intento por ahora asignar las dotes personales que deben adornar á un Togado, si éste se considera como persona privada en un solo punto en orden á la honestidad de sus vestidos, á la frugalidad de su mesa, á la frecuencia de los Sacramentos, á la práctica constante de la oracion, al ejercicio de las virtudes morales, á la crucifixion de sus pasiones, y á la separacion y desprecio de los placeres mundanos: no señor; los hombres que estan destinados para mandar á los demas, no llenan las obligaciones de su alto carácter, si estrechan sus atenciones y esfuerzos á reprimir sus concupiscencias, que son los enemigos comunes á todo hombre. Por esta razon ceñiré solamente mi discurso á las qualidades necesarias, que impone la toga á un Ministro, que el Soberano constituye superior, y centinela de los pueblos que están á su obediencia.

Discurramos por partes: la prudencia, uno de los principales exes sobre que rueda el carro triunfante de la magistratura: esta virtud politica, á cuya posesion nos convida Salomon en sus Proverbios: esta margarita preciosa de las Repúblicas, á la que llama San Antonino de Florencia la princesa de todas las virtudes, y de la que dice en sus Partidas el sabio Rey Don Alonso, que es una de las cosas porque mejor y mas enderezadamente se mantiene el mundo, y de la que asegura el estagirista filósofo, que proporciona ella sola mas tesoros á los pueblos que la fertilidad de los campos, y la abundancia de las estaciones. Esta joya de sumo valor es aquella virtud singular, que en sentir de

un gran político el Cardenal de Richelieu, es el alma de la justicia, el apoyo de los aciertos, y el gobernalle de la navegacion peligrosa de la judicatura, y la que indispensablemente debe adornar á un ministro revestido con el honroso carácter de la toga.

Sí señor: la prudencia es la antorcha que alumbra y conduce felizmente á un magistrado entre el confuso laberinto de los negocios, y le pone delante de los ojos la hermosa imágen de la equidad: ella es la que regula todas sus operaciones, y la que lleva, como por la mano, por las difíciles sendas del acierto: ella la que templá y modera la impetuosidad de un genio fogoso, y apaga los fervores de un espíritu demasíadamente bilioso: ella la que modifica la severidad y altanería de un temperamento orgulloso, y aviva al mismo tiempo una naturaleza lánguida é inerte: la prudencia es la que suaviza y embota en un Juez las punzantes escabrosidades de una condicion austera, y endulza las impertinencias amargas de una complexion tétrica y melancólica: ella es la que pone freno á los movimientos irregulares de un natural precipitado, y calma los ardores de los espíritus acelerados é impacientes: ella es la que despierta la indolencia de un genio indiferente, y retarda al mismo tiempo las prontitudes de una viveza poco reflexiva: la prudencia, finalmente, es el estímulo que hace entrar á un magistrado en un escrupuloso tanteo de la substancia, circunstancias y accidentes de una causa para descubrir el origen de los males, y aplicar los convenientes remedios: ella la que le hace entrar en una profunda meditacion, y en un exácto cálculo de los tiempos, de los lugares, de las ocasiones, de los sucesos, y de una multitud de circuns-

tancias, que bien combinadas, influyen en el acierto de las providencias; y aun puedo añadir, que esta virtud suple las mas veces las inadvertencias de un Togado inexperto. ¿Cómo así?

Porque la prudencia inspira á un ministro una cuidadosa solicitud, que le precisa á consultar es-
crupulosamente los oráculos de la Jurisprudencia, á cotejar con la mas seria reflexion unas leyes con otras, á exáminar con toda circunspeccion el mérito de los procesos, equilibrando sus fundamentos respectivos, y pesando con maduro acuerdo las razones de una y otra parte: la prudencia le obliga á discernir y separar las formalidades precisas del derecho de los artificiosos rodeos de la sofistería, á descubrir las ocultas colusiones de los litigantes para precaverlas á tiempo; á orientar las tortuosas sinosidades de un profesor astuto, mañoso y falaz para contenerle dentro de los límites de la razon; y para decirlo en compendio, la prudencia es la que gobierna los pasos y resoluciones de un Juez para no naufragar en el borrascoso mar de la Judicatura.

De aquí puede ya V. A. colegir la importancia suma de la prudencia, su necesidad, su precio y su valor: y de consiguiente puede colegir, que un ministro de la justicia para juzgar dignamente y con acierto, debe indispensablemente calcular, meditar, pesar, exáminar, ponderar y reflexionar con la mayor madurez y vigilancia. El mismo Dios nos propone, por boca del Profeta Rey, un exemplo muy oportuno para nuestra instruccion: este Dios, que segun el language del Apóstol, es la misma luz; este Dios en quien no hay tinieblas: este Dios que posee la plenitud de la ciencia, no se contenta con una vista superficial, quando se determina á juzgar

ó condenar; entra, dice el citado Salmista, hasta los senos mas retirados del alma, penetra las junturas y lo interior de los huesos, sondea los mas profundos abismos del corazon, coteja las prevaricaciones con las divinas leyes que ha establecido, pondera los auxilios que ha proporcionado en beneficio del pecador, examina, inquiere, ahonda, y no omite diligencia alguna: *Scrutans corda, et renes Deus*: no parece sino que su vista no es bastante perspicaz; y para que el pecador no se queje de que se le ha juzgado sin conocimiento de su causa, toma una antorcha en la mano, dice el Rey Sabio, y registra los ángulos mas ocultos de la Jerusalem mística, que es el alma: *Scrutabor Jerusalem in lucernis*. Así procede aquel Dios, para quien todas las cosas estan patentes, y cuyo divino exemplo siguiendo V. A. y abrazándole en todas sus partes, formará en todos sus designios las resoluciones mas acertadas, determinaciones las mas equitativas, decretos los mas saludables, y providencias las mas ajustadas á las leyes del reyno, las mas propias á mantener en paz á los ciudadanos, á conservar en su decoro la jurisdiccion real, á distribuir á cada uno su derecho, y á exterminar con pulso las prevaricaciones y delitos.

De este modo no se oirán en las provincias adyacentes aquellas tristes peticiones del pueblo de Israel: *Juzgadnos, Señor, porque no hay justicia sobre la tierra*; ni aquellas quejas vulgares de que la Real Audiencia pretorial es inaccesible á los sentimientos, que el Tribunal ignora las desgracias de los pueblos, que los poderosos prevalecen contra los pequeños miserables, y que los magistrados no se interesan en la suerte de los infelices; no se oirán ciertamente estas quejas, que por lo comun suele animar un

vulgo mal contento é indiscreto; antes bien resonará la voz libre, é ingenua de la multitud: aquella voz que no sabe lisongear á sus Jueces, y que no sigue mas que los movimientos de su candidez y cariño; resonará, confesando que en V. A. tiene el buen derecho un apoyo firme: la inocencia oprimida un defensor, el vicio un enemigo, el delinquente un Juez, y todos los ciudadanos un padre, que sus reales provisiones, siendo hijas legítimas de la prudencia, lo son tambien de la clemencia, de la ternura y de la afabilidad.

Sí señor, la afabilidad, aquella dulzura tan necesaria, pero tan rara en los ministros de justicia, en quienes la importunidad de los negocios, la continuacion del trabajo, y no sé qué espíritu de dominacion engendran un humor austero y melancólico: la amable afabilidad es una de las bellas prendas que deben adornar á un Togado para mandar é imperar, no solo sobre las provincias, sino tambien sobre los corazones de los ciudadanos. Esta virtud, que es el distintivo de los buenos jueces, debe ser singularmente el verdadero corazon de un Togado; ella templá y modifica los resplandores de la toga, para que se acerquen con confianza los miserables, á quienes no les queda otro consuelo, que el decir aunque enfadosamente sus miserias, ella anima y alienta al infeliz para exponer con libertad sus trabajos y necesidades: ella enxuga las lágrimas del huerfano, que no tiene sobre la tierra otro padre que le socorra, sino un juez afable y compasivo: ella llena de consuelo el corazon de la viuda pobre y desamparada: ella al fin inspira confianza en todos los pueblos, para presentar sin empaño sus derechos legítimos, y promover sin recelo y sin temor todas sus acciones.

Pero entre todas las virtudes que deben adornar á un Juez, tiene el primer lugar la integridad; esta virtud principal es la que lleva constantemente á su observancia todas las leyes, y es tan precisa la fortaleza para la rectitud de un juicio, que flaquear un Juez es lo mismo que obligarse á responder por todos los desórdenes del pueblo: su indulgencia quita la máscara á los delitos, y dexa de hacerlos odiosos, decia Marco Tulio: *Impunitas enim magna esse solet ilecebra peccandi*. Yo bien sé que la piedad debe tener su lugar aun en el tribunal mas severo; lo que niego es, que la piedad deba hacer el primer papel en un tribunal de justicia: para convencernos de esta verdad, no es necesario escuchar los sentimientos de todas las naciones, basta consultar la sagrada historia, para conocer los perjuicios que acarrea al público la piedad excesiva con los delinquentes: Moysés y David tenían unos corazones penetrados de la suavidad y de la dulzura, y no obstante, quando conocian la causa de algun reo, parecian hombres insensibles, á quienes el zelo de la vindicta pública habia mudado el genio y la complexion: el Hijo de Dios poseia en toda su plenitud la clemencia, la mansedumbre y la piedad, y con todo eso, quando miró unos delinquentes obstinados en profanar el templo, veo que sin fiar á otro la execucion de su severidad, tomó el mismo Señor el azote en la mano para castigarlos.

Pero para portarse el Juez con esta severidad, y juzgar una causa, segun su mérito, debe ser un hombre en quien ninguna impresion hagan ni el odio, ni el interés, ni el temor, ni la sangre, ni la amistad, ni el respeto humano, ni ninguna de las demas pasiones: en atencion á esto solia proferir Don Alonso Rey de Aragon aquel celebrado apotegma, esto es,

que si hubiera nacido en tiempo de los antiguos Romanos, hubiera labrado á la faz del Senado un templo consagrado á Júpiter Positorio, donde los Senadores, antes de entrar al Capitolio, depusiesen el odio, el amor y todos los respetos particulares. Y á la verdad, porque si se mira con aversion al reo, ó á una de las partes que litigan sus derechos, si se examinan menudamente los delitos de aquellos á quienes se mira con desafecto, y solo por ceremonia se oyen los desórdenes de aquellos que tienen protectores y favoritos, en tal caso las resoluciones, como hijas legítimas de un odio particular, ó de un respeto humano, serán con exceso ardientes, ó demasiado indulgentes: si se hacen eternas las causas de los pobres y desvalidos, y se promueven con ardor los asuntos de los poderosos y de los ricos, entonces el movil de las operaciones no es la integridad, sino el interes. Si en el tribunal se atiende al enlace y conexion de los amigos, si se escucha con demasiado apego la voz del parentesco ó de la afinidad, no puede menos de influir, en los acuerdos la sangre ó la amistad: si se abandona el propio dictamen, que tal vez está fundado en las opiniones mas probables y mas seguras por no disgustar, ni oponerse al voto de los demas sufragantes, entonces no es la rectitud la que dirige, sino el temor y la flaqueza de ánimo, contra el espíritu de las leyes y del ceremonial que preceptuan la votacion alternativa de los inferiores á los superiores, y de los modernos á los antiguos, para precaver este defecto, como lo advierte el piadoso Bobadilla en su Política.

Con que es forzoso, Señor, que V. A., para juzgar dignamente y con la debida integridad, tenga siempre delante de los ojos aquellas terribles ame-

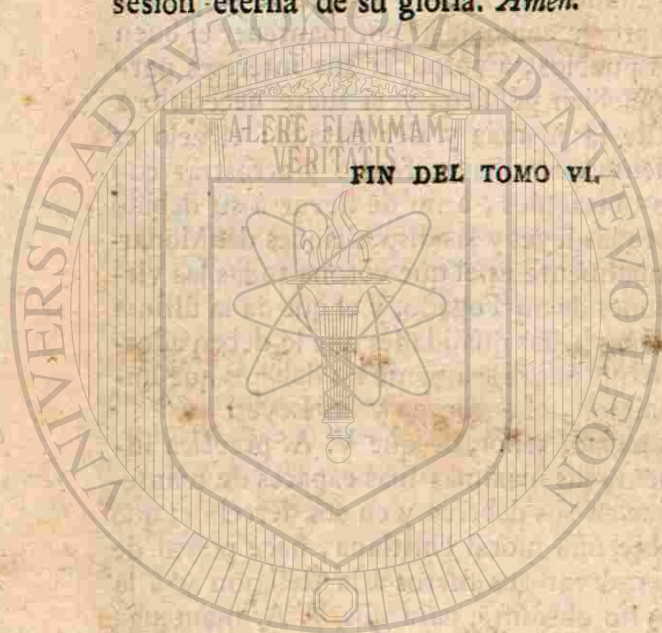
nazas que el Espíritu Santo fulmina en los Proverbios contra los Jueces que tienen en las manos diferentes pesos y medidas para unos y para otros: que V. A. revuelva continuamente con alta consideración aquella célebre decretal del Papa Inocencio IV. en que ordena á los Jueces que atiendan con gran circunspección, á que en los procesos y determinaciones de las causas no intervenga el odio, ni se mezcle el favor ni la amistad, ni el temor, ni el respeto mundano: que jamás olvide aquellas recomendables palabras de Ciceron: *Exuit personam iudicis, qui amicum induit*: es decir, que se desnuda de la toga de Juez el que se viste de la tela de la amistad: que por último, tenga siempre en la memoria aquella máxima del autor de la vida del Emperador Carlos V., referida por Solorzano, esto es, que los Magistrados deben ser como el sol, que se comunica igualmente á toda clase de vivientes, para no mirar las personas, sino las causas, administrando á todos justicia y gracia con igualdad.

Mas sobre todo es necesario, Señor, que un ministro de justicia sea zeloso y activo, y que esté lleno de espíritu y de fervor para sostener los derechos del Príncipe, la gloria de Dios, y los intereses del pueblo. En efecto, el zelo es el que consume y devora á un Togado, y le hace olvidarse de sí mismo, para aplicarse únicamente á hacer valer los fueros de la justicia y de la razón: el zelo es el que le hace abrazar toda especie de trabajos, á fin de remediar los desórdenes públicos, cortar los escándalos que pueden contagiar á los ciudadanos, sofocar en su misma cuna la iniquidad, contener con severidad á los delinquentes, distribuir á cada uno lo que es suyo, poner fin á los pleytos, y conservar en paz la república: el zelo es el que le

da la libertad de espíritu, pureza de intención, y grandeza de ánimo para emprender, proseguir y consumir todo aquello que es conforme al espíritu de nuestra legislación, y conducente al servicio de ambas Magestades: el zelo es el que le empeña á sacrificar su propia comodidad por mantener el buen orden de los pueblos, á posponer sus intereses personales por el bien público, y si fuere necesario á ser víctima de la justicia y del Estado: el zelo es el que le alienta para hacer frente y arrostrar con los mayores obstáculos, á fin de llevar á su debido cumplimiento las leyes y las disposiciones del Monarca: el zelo finalmente es el que corona todas las virtudes y acciones de un Togado, y el que da la última mano á todas las bellas qualidades que le deben adornar para desempeñar dignamente los deberes que imponen la Religión, el Soberano y las Leyes.

Yo estoy cierto, señor, de que V. A. practica indeficientemente las máximas mas capaces de mantener al público en sus deberes y en sus derechos; que apoyado sobre una moral chistiana, hace punto de honor el conservar sus fueros á la Religión y á la humanidad; no obstante, para que V. A. mantenga siempre en justo equilibrio la prudencia, la afebilidad, la integridad y el zelo, le ruego por aquel Dios, en cuyo tribunal han de ser juzgadas las justicias, que tenga siempre presente, que la autoridad que V. A. tiene sobre el público no la ha recibido de Dios, sino con la obligación de servirse de ella, para conservar á cada uno sus derechos, y contener con la severidad á los delinquentes: que en el juicio rectísimo de Dios deberá responder por los delitos de los pueblos, si en ellos ha tenido parte su descuido, ó su lentitud: que vendrá un día en que los Jueces serán presentados como reos, y serán

juzgados sin otra consideracion, que la de sus virtudes ó sus vicios. El Señor, por su misericordia infinita juzgue con piedad á V. A., y le señale como premio de su vigilancia y de su zelo, la posesion eterna de su gloria. *Amen.*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

